

Walter Hanisch, S. J.

La Isla de Chiloé,
Capitana
de Rutas Australes

ACADEMIA SUPERIOR DE CIENCIAS
PEDAGOGICAS DE SANTIAGO

LA ISLA DE CHILOÉ,
CAPITANA DE RUTAS AUSTRALES
Walter Hanisch, S. J.

Inscripción N° 54.238
junio, 1982

Academia Superior de
Ciencias Pedagógicas de Santiago
Avda. José Pedro Alessandri 774
Santiago - Chile

Impreso en los talleres de Alfabetá Impresores
Lira 140, Santiago

DISEÑO GRAFICO DE PORTADA
Allan Browne E. / Alejandro Rodríguez M.

Fotografía: Juan Hernández T.

INDICE

INTRODUCCIÓN	11
Chiloé, su primer contacto con la historia	11
La geografía	12
Los horizontes	13
Evolución singular	14
Piratas, náufragos y viajeros	15
El camino innumerable	15
SÍNTESIS PRELIMINAR	19
Ideales, empresas y navegaciones	20
Elogio de la piragua	23
LOS PLANES Y LAS INSTRUCCIONES	27
Proyecto misionero austral de 1764	32
La respuesta del Gobernador Guill	35
CAMINOS AUSTRALES A LOS CHONOS, A GUAYANECO Y AÚN MÁS ALLÁ	41
Las cartas anuas de la Compañía de Jesús	43
Viaje de Juan García Tao hacia el Estrecho de Magallanes	46
Volviendo a las anuas	47
Viajes australes de 1639, 1641 y 1660	48
Bartolomé Gallardo y Antonio de Vea (1674-1676)	51
Guerra de España con Inglaterra	59
Reconocimiento de Inche y puertos de las Guaitecas en 1763	66
Los indios cauchues y la navegación del P. José García	66
El viaje inconcluso del P. Juan Vicuña	71
Expedición austral de Pedro Mansilla y Cosme Ugarte	74

Viajes del Piloto Francisco Machado a los archipiélagos occidentales de la Patagonia	76
Expedición de Rius al Archipiélago de los Chonos	79
Los franciscanos	81
Viaje al Puerto del pingue <i>Ana</i> por Francisco de Clemente y Miró en 1792	83
Don José de Moraleda pone el punto final	87
 LOS CAMINOS DE NAHUELHUAPI	 91
Juan Fernández en 1620	92
El P. Rosales y el camino por Villarrica	93
El P. Mascardi y la Reina de los nahuelhuapis	94
José de Zúñiga, el hijo del Marqués de Baydes	96
Felipe de la Laguna, el de "las lagunas horribles"	97
Juan José Guillermo y el camino de las cabalgaduras	99
 EL VIAJE DE GUELL A NAHUELHUAPI Y SU NOTICIA	 105
El manuscrito	106
El autor	108
El P. Segismundo Guell, S. J.	110
Hacia una interpretación de Guell	117
El viaje a Nahuelhuapi	119
La huella de Guell	123
Primer viaje del P. Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi	125
Segundo viaje del P. Menéndez a Nahuelhuapi	128
Tercer viaje de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi	132
Cuarto viaje a Nahuelhuapi de Fray Francisco Menéndez	132
José de Moraleda se asoma a Nahuelhuapi	135
 EXPEDICIONES ORIENTALES	 137
Mascardi	138
Francisco Gallardo y Diego de Vera	138
Un tal Mansilla y el P. Tomás Taillebois, OM.	140
Amat y la Historia geográfica e hidrográfica de Chile	141
Los pp. José García y Juan Vicuña	142
Un proyecto de entrada al Palena de Juan Antonio Garretón	144
Los franciscanos Fray Norberto y Fray Felipe	145
Diego Barrientos, sus hijos y las entradas al estero de Comau	146
Lázaro Pérez y su expedición secreta	147
Fray Francisco Menéndez y su viaje a la cordillera	147
Segundo viaje de Fray Francisco Menéndez a las cordilleras	149
José de Moraleda y los estuarios cordilleranos	151

EL CAMINO A OSORNO	155
Amat intenta abrir el camino a Osorno desde sus extremos	157
Otra vez sobre el camino de Osorno	158
Castelblanco y el camino de Osorno por el mar	159
Las expediciones del Gobernador Intendente de Chiloé	160
Mapa de Olaguer Feliú y Pusterla del camino de Osorno por los ríos	162
Diario del cirujano Dr. Juan Isidro Zapata	163
Los dos caminos y la expedición de Sánchez y Torres	165
Informe de Olaguer Feliú y Tomás O'Higgins sobre los dos caminos	167
PERIPLO CHILOENSE	169
Periplo chilense de José de Moraleda	174
GRANDES HOMBRES DEL MAR	177
MAPAS Y NOTICIAS	185
POSFACIO O EL REVÉS DE LA IRONÍA	193
APÉNDICE	197
OCHO DOCUMENTOS:	197
I. Carta del P. Imhoff al obispo Necolalde sobre misiones de Chiloé	198
II. Plan del P. Walter sobre misiones australes, 1764	201
III. Carta de Guill al Rey sobre misiones y villa	209
IV. Informe de contaduría sobre lo mismo	211
V. Carta de Garretón a Guill sobre viaje a Reloncaví	217
VI. Carta de Guell sobre viaje a Nahuelhuapi	218
VII. Castelblanco envía la carta anterior	220
VIII. Noticia breve y moderna del archipiélago de Chiloé	220
Prefacio	220
CAPÍTULO I. Nombre, situación, división de Chiloé. Su clima, mar, ríos, lagunas y cerros	221

CAPÍTULO II. Descripción particular de las islas habitadas y otras adherentes	225
CAPÍTULO III. De otras islas y poblaciones hacia el sur del archipiélago y de las embarcaciones que usan	230
CAPÍTULO IV. Descripción de la costa de tierra firme y el camino de Nahuelhuapi a otras naciones gentiles	235
CAPÍTULO V. Gobierno y comercio de Chiloé. Culturación de los terrenos, costumbres y genios de los naturales	241
CAPÍTULO VI. Del pasto espiritual que tienen los naturales de Chiloé y afanes de los misioneros	247
Adición	257
Adiciones a la breve noticia del Archipiélago de Chiloé, etc.	258

NOTA PREVIA A LAS NOTAS

NOTAS

En las notas se usan las abreviaturas siguientes:

ANS: Archivo Nacional Santiago.

Con sus fondos: Francisco Vidal Gormaz.

C. G.: Capitanía General.

José Ignacio Víctor Eyzaguirre

Jes.: Jesuitas.

F. A.: Fondo antiguo.

F. V.: Fondo Varios.

Morla: Morla Vicuña.

Real Audiencia.

M. M.: Manuscritos de José Toribio Medina (Originales y copias), en Sala Medina, Biblioteca Nacional.

ARSI: Archivo Romano de la Compañía de Jesús (Roma).

F. G.: Fondo Gesuítico (en ARSI, con sigla propia).

AGI: Archivo General de Indias (Sevilla), con sus secciones: Chile, Indiferente General, etc.

AHNM: Archivo Histórico Nacional, Madrid. Sección: Jesuitas.

LIBROS

M. Ch.: J. T. Medina, *Ensayo acerca de una Mapoteca Chilena*, Santiago, 1889.

Atlas I: *Cartografía Hispano Colonial de Chile*, Santiago, 1924.

Atlas II: *Cartografía Hispano Colonial de Chile*, Santiago, 1952, *Atlas II*.

Atlas III: *Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX*, Santiago, 1981.

REVISTAS

RChHG: *Revista Chilena de Historia y Geografía*.

AHMCh: *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*.

INTRODUCCION

La isla de Chiloé, con su aislamiento secular, fue un perpetuo estímulo al viaje por la blanda ruta de las aguas. Sus caminos se abren sobre el mar interior y exterior.

Sus vías de comunicación son surcadas por los carruajes de las aguas, desde la dalca y piragua primitiva hasta otros medios de comunicación más expeditos o modernos.

Sus caminos van a Lima, con su comercio; al sur en demanda del Estrecho, de los ingleses y de los Césares; al norte continental en prosecución de la laguna de Nahuelhuapi, o de Osorno en busca de la continuidad con el resto de Chile; al este tras el oro vegetal de los alerces o los fugitivos Césares. El sur le ofrece tentaciones colonizadoras con pueblos indígenas: chonos, caucahues, calenes y taijatafes.

Las capillas de la evangelización, dalcas de madera orientadas al viaje celestial, se unían en sus enlaces terrestres y celestes cruzando las aguas del mar entre cantos de vientos y de olas.

Por eso Chiloé es capitana de rutas australes.

CHILOE, SU PRIMER CONTACTO CON LA HISTORIA

Es Chiloé una isla singular, que mira a un mar interior y se halla rodeada de innumerables islas.

En 1540 la divisó Alonso de Camargo.

En 1553 la descubrió Francisco de Ulloa.

Y el 28 de febrero de 1558 entró en la poesía con Ercilla:

“Y al fin una mañana descubrimos
“de Ancud el espacioso y fértil raso,
“y al pie del monte y áspera ladera
“un extendido lago y gran ribera.

“Era un ancho archipiélago poblado
“de innumerables islas deleitosas,
“cruzando por el uno y otro lado
“góndolas y piraguas presurosas...”¹.

Martín Ruiz de Gamboa tomó posesión de la isla grande de Chiloé en 1567, con 110 hombres, y fundó la ciudad de San Antonio de Castro a orillas del río Gamboa, llamando a la provincia Nueva Galicia, por ser gallego el gobernador Rodrigo de Quiroga, que había ideado y llevado adelante la empresa.

Y con estos primeros pasos Chiloé entró en la historia.

LA GEOGRAFIA

Hay algo de unitario en la geografía de Chiloé, y hasta su soledad explica su economía. El país extendía hasta Concepción la fácil comunicación de sus poblaciones. Más al sur estaba Valdivia, que tenía una vinculación marítima con el norte, menos aleatoria e inconstante que el camino terrestre, sometido a las alternativas de la guerra con los indios rebeldes. El camino de Valdivia a Chiloé era un sueño. El aislamiento de las islas hizo surgir la idea de trasladar la población más al norte por razones de seguridad, que no fue más que un proyecto irrealizado. La destrucción de las ciudades del sur cortó los fáciles lazos que habían establecido con el archipiélago durante medio siglo y el archipiélago volvió a su soledad.

El medio geográfico desarrolló dos fuentes de riquezas para los isleños: el mar y los bosques. El mar ofrece el rico tesoro de su fauna con sus mariscos adheridos a las rocas de su inmenso litoral, que enriquecen la cocina isleña con su sabrosa abundancia; los peces, que recogen sus ingeniosos corrales de leños, ofrecen otro rubro alimenticio, y los lobos, cuyo aceite alimenta a los chonos, pueblo vagabundo de nómades del mar, y las ballenas, que los indígenas de la isla de Kailin saben aprovechar con sus medios primitivos. Los materiales para naves y casas los ofrecen los bosques por su abundancia y por su facilidad para ser trabajados con sus herramientas simples de piedra.

La agricultura es pobre, porque los campos demasiado húmedos y el sol escaso, a causa de las lluvias, permiten un corto número de cultivos. El principal es la papa, que tiene más de cien variedades, y es lo que los cereales en otros pueblos. Porque a los cereales el breve y lluvioso verano no les permite madurar y se ha de secar el grano al aire o al fuego del hogar. Los árboles frutales no encuentran el calor suficiente para madurar y hacer sabrosos sus frutos, a excepción de frutillas y manzanas. El mismo arado, que clavan en la tierra empuján-

1 Ercilla, *La Araucana*, Parte III, Canto XXXV, octavas 40-41.

dolo con el vientre y haciendo palanca con un leño, es también de madera, remueve apenas la tierra y no permite grandes cultivos.

Los animales de que disponen son en primer lugar las ovejas de la tierra o chilihueques, y luego las ovejas importadas de Europa, que encuentran en las islas su medio apropiado. Los grandes cuadrúpedos, como vacunos y caballares, no se desarrollan mucho y son casi un lujo. Los cerdos se multiplican favorablemente, se alimentan de mariscos y sus jamones se convierten en un alimento regalado y en un comercio espectral.

La geografía es también paisaje entrevisto en los telares de la lluvia con sus bosques solitarios y profundos, donde la isla es un velero y mástiles los alerces con una inmensa voluntad de navegar.

LOS HORIZONTES

Los horizontes de la tierra son reales o fantásticos. Chiloé fue centro de rutas marineras y de empresas audaces. Era la dalca la embarcación chilota que se hacía puente y camino hacia lo desconocido.

“Y son estas piraguas —dice Rosales— embarcación que por las grandes corrientes de aquellos mares se ha hallado la más a propósito para poderlos surcar, porque ni barcos ni otras embarcaciones son bastantes ni a propósito para sobrepujar su braveza y sobrepujanza, por ser tan leves, que suben y bajan sobre las hinchadas ondas como la espuma del mar”.

Estas dalcas acercaban el horizonte de las islas, se internaban por los estuarios y abrían camino hacia Nahuelhuapi por canales, bosques y lagos, o hacia el sur hasta más allá de Taitao. También llevaban a los alerzales, frente a la isla en el continente, por estuarios y ríos, y eran el vehículo del comercio más famoso de las islas: las tablas de alerce.

La isla carecía de caminos y sus poblaciones, siempre costeras, se vinculaban por el camino del mar interior en las frágiles dalcas de tres tablas.

Los caminos de la evangelización seguían también sus rutas. La misión circular de Chiloé llegaba a todos los puntos poblados del archipiélago, todos los años, recorriendo más de ochenta pueblos, colocados en las innumerables bahías. Por el norte ellas abrieron los caminos de Nahuelhuapi mientras fue misión, y aun el P. Nicolás Mascardi inició, desde Chiloé, sus audaces recorridos patagónicos hasta el Estrecho de Magallanes. Por el sur abrieron el camino de la misión de los chonos, y por los vericuetos de los canales alcanzaron hasta los calenes y taijatafes al sur del golfo de Penas.

Y es la misma dalca chilota la que crea el barco fantástico, que recorre las islas, *El Caleuche*, nave desprendida de la imaginación de un pueblo de navegantes de audacias increíbles.

En el confín de los horizontes australes surge una ciudad seductora y rica: la Ciudad de los Césares, siempre buscada y siempre huidiza, que preocupa a las autoridades, exalta el espíritu de conquista y enfervoriza a los misioneros, que desean llevar a ella la luz del Evangelio.

EVOLUCION SINGULAR

Posee Chiloé una vida interior característica, que ha evolucionado hacia adentro hasta formar un conjunto del todo singular. Esto se refleja hasta en el lenguaje, que parece haber adquirido un matiz propio en sus palabras y expresiones. Basta leer un vocabulario de sus expresiones y palabras para percibir una mitología de seres extraños: *Caleuche*, el barco misterioso y errante; camahueto, un unicornio, símbolo de la fuerza, que sólo puede ser atrapado con un sargazo o un huiro; la pincoya o serena, que es un ninfa del mar, que protege la pesca y el marisqueo, cuya danza es propicia a la fecundidad de peces y mariscos, como una diosa antigua; y el thrauco y el imbunche, espíritus malignos. Este mundo mitológico y trascendental se completa con las supersticiones, que son sus ceremonias, y los brujos que son sus ministros sagrados.

En el plano cristiano hay instituciones como los fiscales, que tienen un profundo significado religioso y cuentan con una tradición de tres siglos. Introducidos por los misioneros jesuitas, tienen insignias propias de su cargo y desempeñan una serie de funciones religiosas en ausencia del sacerdote. Y aunque el cargo fue común en América, el fiscal chilote asumió oficios y prerrogativas que no tuvieron sus congéneres de otras regiones. Estaban vinculados a las capillas de madera de los pueblos, a las oraciones, catequesis, atención de enfermos, moribundos y funerales. Llevan una cruz patriarcal de brazos dobles y son asesorados por un sotafiscal. En tiempo de los jesuitas tenía que ser buen cantor para mantener la tradición de la música sagrada. Las capillas tienen sus patronos y patronas que cuidan de los altares e imágenes, sus fiestas de cabildo (de origen español) con sus autoridades de pomposos títulos: supremo, gobernador, coroneles, regidores y ayudantes. Las mujeres participan en ellas como supremas y princesas. Las fiestas están sujetas a un riguroso ceremonial dirigido por un maestro de ceremonias. Se añaden las fiestas de los santos y la de moros y cristianos, viejo auto sacramental orientado a la conversión del pueblo infiel.

Junto a las capillas existe la casamita, que es una habitación destinada a las reuniones, a alojamiento del sacerdote y también a ofrecer alimento a los fieles, muchos de los cuales vienen de sitios lejanos.

La imaginería chilota no es toda importada, porque en las islas hubo artesanía de imágenes de madera y canagua (piedra arenisca), que forma un arte de caracteres propios.

Las palabras isleñas nos conducen a los telares y sus diversas piezas, y a los tejidos, que se llaman bordillos, carros, sabanillas y huiñis.

La alimentación se ilustra de nombres de mariscos isleños, de las variedades de la papa, de bebidas alcohólicas, como guachacay y huachucho, que son aguardientes de trigo y papa, respectivamente. También se encuentran representados en el lenguaje los platos más típicos, como el curanto y el polmay, de mariscos; el baeme, lliullú, milcao y thropon, de papas; el capulli y el luchicán, de lucche; mella, meldu y mingao, de harina, y el loco, de verduras.

Y, así, el lenguaje nos impone de aspectos culturales isleños con expresión propia y típica.

PIRATAS, NAUFRAGOS Y VIAJEROS

La isla recibía, a veces, extraños visitantes: los piratas. Simón de Cordes, en 1600, se apoderó de Castro, pero fue expulsado no sin pérdidas.

De nuevo en 1643 otro pirata, Enrique de Brouwer, asaltó la ciudad de Castro, Carelmapu y destruyó Castro.

Mucho mayor fue el número de corsarios y piratas que pasaron de largo sin tocar las islas del archipiélago.

Otras veces eran náufragos los que llegaban a la isla. El más famoso es el grupo de sobrevivientes de la fragata *Wager*, de la expedición de Lord Anson, formado por el capitán Cheap, el teniente Hamilton, y los guardiamarinas Byron, abuelo del poeta, y Campbell, que arribaron a Chiloé en 1742 y gozaron de amable hospitalidad en Castro más de seis meses. Byron en su relato nos ha dejado un recuerdo amable de la isla, no exento de prejuicios.

Los viajeros y exploradores, misioneros y gobernantes escribieron interesantes informes, sobre todo a fines del siglo XVIII; los nombres más celebres son los de Segismundo Guell, José García, Carlos Beranger, José de Moraleda y Francisco Menéndez.

EL CAMINO INNUMERABLE

Chiloé, la isla lejana y austral, no vive del aislamiento, sino que se crea caminos en la tierra y en el mar. Esos caminos y rutas que irradian de la isla, a ella tornan, como a una capital, que los rige ya adaptándolos, ya rechazándolos.

Los motivos de este incesante navegar y caminar en todas direcciones se concretan cuando los viajeros dejan alguna huella en la literatura o en la tradición. Por ejemplo: el caso del viaje del P. Segismundo Guell ofrece una tradición muy firme en la segunda mitad del siglo XVIII, porque los viajeros que le suceden van detrás de su huella tra-

dicional, porque desconocían la narración escrita por él mismo, que ahora damos a conocer.

Hay motivos reales y fantásticos, económicos y políticos, culturales y celestiales. Nadie puede ignorar que las rutas que se señalan fueron traficadas constantemente y a veces en forma rutinaria, hasta el punto que viajeros conocidos en las dificultades del viaje fueron auxiliados por otros desconocidos que el azar de los caminos reunió en el momento crucial.

Los caminos son varios: el de Nahuelhuapi, el de los alerzales y cordilleras, el del sur, cuyo final es el Estrecho de Magallanes, y el de Osorno, que se completan con un místico camino, que es el de la misión circular por las capillas del archipiélago. El camino de la misión circular tiene un motivo celestial y exclusivo: salvar almas, y no todas, sino las de los indígenas. El camino de los alerzales es económico, porque va tras el comercio de las tablas de alerce, el oro de las islas. Se dirige al este, al Chiloé continental, y se interna por los estuarios hasta los ríos, por donde volverán flotando las codiciadas tablas. Sin el camino andante de los ríos hubiera sido imposible llevar las tablas a sus centros comerciales. Esta facilidad hizo de las tablas el circulante de las islas, la única moneda posible y universal.

El camino de Nahuelhuapi se enrojece de sangre, defendido su secreto hasta la muerte. Se cuelga de la leyenda en la búsqueda incansable de la Ciudad de los Césares, lugar todavía utópico e invisible coma El Dorado o La Fuente de la Eterna Juventud. Los motivos prácticos eran la alternativa terrestre del camino al norte y ser centro de evangelización al este y al sur. Este camino tiene doble derrotero: uno es el de las lagunas, navegando el lago de Todos los Santos, y el otro es el de Bariloche, todo por tierra sin las dificultades de la navegación.

El camino del sur es la única atalaya contra los enemigos: los piratas. El peligro viene de las navegaciones por el Estrecho hacia el poniente en busca del Asia y sus aledaños. La defensa viene de lo poco atractivas que son esas regiones por su falta de riqueza. Se piensa en establecimientos contra los enemigos. Se habla de desembarcos y de instalaciones. Se manda a explorar y nada se encuentra. Se proponen a la corte de Madrid avanzadas contra el enemigo, ya colonizando las tierras, ya poniendo defensas a cargo de soldados. Un proyecto da más esperanzas de éxito: navegar al sur en busca de indios australes, después de la llegada de los indios cauchahues. Esta operación inaugura la ruta de los canales, en lugar de la otra de mar abierto, aunque ninguna esté exenta de peligros.

Al lado de los varios viajes que han dejado huella, existen otros innumerables y anónimos. Es tan evidente el caso que los mismos exploradores famosos legaron sus experiencias gracias a los bravos isleños que se aventuraban por esos caminos, de los cuales eran guías expertos y necesarios, sin que se advierta su nombre postergado u olvidado.

En estos caminos de mares y canales, estuarios, ríos y lagunas, el medio movilizador es la embarcación de madera: botes y piraguas, o dalcas, que formaron un pueblo navegante y audaz. Las primitivas barcas no fueron reemplazadas por otras mejores, ni por los misioneros, ni por las autoridades civiles o militares. Todos, llegados a las islas, se plegaban al medio tradicional de movilización. Desde la Tierra Firme de Chile llegaban los barcos rara vez. España no los permitía si no eran de comercio, y el comercio del archipiélago era una dependencia del Virreinato, hasta el punto que el camino más seguro hacia el archipiélago era la vía marítima de Lima. Barco regular que llegaba una vez al año, absorbía todo el elemental comercio de la isla, y partía. Es cierto que los inconvenientes de grandes navíos eran innumerables y difíciles de superar, empezando por el costo que para la isla habría sido sideral. ¿Qué habrían hecho los grandes navíos, con sus bosques de mástiles y velas, surcando el mar interior, adentrándose entre islas y canales? Era un imposible, un sueño. Sólo habría admitido dos soluciones: conquistar imperios como los pueblos navegantes y circundar el globo como los Elcano y los Drake. Esta habría sido la solución real por un lado e imposible por otro. La otra solución es fantástica, folklórica y al alcance de un pueblo imaginativo y supersticioso, cuyo espíritu percibe la poesía del mar y su horizonte: el *Caleuche*, mito marino como el Holandés Errante. El *Caleuche* es un velero hermosísimo, íntegramente pintado de blanco y profusamente iluminado. Sobre su cubierta la tripulación se divierte bailando al compás de una música enervante y tan maravillosa que atrae y subyuga con mágico encantamiento.

El pasado misterioso recogido por la inspiración y el verso de Ercilla nos entrega una visión más ágil de las islas y llena de un encanto tentador:

“Era un ancho archipiélago poblado
de innumerables islas deleitosas,
cruzando por el uno y otro lado
góndolas y piraguas presurosas...”

SINTESIS PRELIMINAR

El orden es una virtud intelectual, que nos obliga a poner las cosas según puntos de vista claros y unitarios. Este trabajo nos ofrece dos tipos de orden: el cronológico y el de materias. Dada su complejidad, al mismo tiempo que su parecido, porque todos son viajes, lo mejor es combinar ambos tipos y dividir primero por materias, y luego dentro de cada tema poner el orden cronológico.

Los límites en el tiempo de este estudio son los años desde 1600 a 1800, los siglos XVII y XVIII. La primera fecha consagra, por decirlo así, el aislamiento de Chiloé, porque queda un territorio intermedio imposible de cruzar por la rebelión de los indios y la enemistad con los españoles. Aislamiento por falta de flota propia del gobierno de Chile, que depende del Perú en la flota tanto estatal y de guerra como comercial. Aislamiento, porque los barcos llegaban una vez al año. Aislamiento por el camino de Nahuelhuapi, cerrado por la misma rebelión. El aislamiento se convertía en la mejor defensa del archipiélago por su pobreza, por la falta de interés económico de la región. La fecha final se impone, porque alrededor de 1800 empieza una serie de cambios históricos y se multiplica el intercambio marítimo y el aislamiento deja de ser tan crudo como antes.

Los temas los dan los hechos. Es la vida local la que los impone, cuando no viene el impulso de fuera. Es como una vida nueva en la isla grande compartir responsabilidades con las autoridades, desde las locales de la isla, pasando por las de la Capitanía General, las del Virreinato, que un tiempo fue la autoridad directa de la isla, más como sueño y lejanía que como realidad y ventaja positiva.

Las navegaciones de la isla se dirigen al sur para velar por la independencia de unas islas casi solas, donde las piraguas de escasos indígenas van tras el alimento; otros caminos son al oriente, por las tablas de alerce para ganar dinero o para pagar el tributo real; otros a Nahuelhuapi, para buscar un camino de correos; otro camino es a Osorno,

para unir al fin por un camino normal que termine con el aislamiento de la isla. Es increíble el material geográfico, histórico y cartográfico que se acumula por obra y gracia de estos hombres esforzados. Cuando uno lee sus escritos se ve tentado de guardar silencio y dejar hablar a los hechos con las palabras que pronunciaron y escribieron los que vivieron esas jornadas contra la naturaleza bravia que o les obligaba a usar el hacha para cortar una vegetación rebelde y pujante o cruzar los mares arrastrados por el viento, mojados por las lluvias, arrebatados por las olas. Eso hace de Chiloé una tierra de hombres de coraje.

Entre los viajes hay bastante material no explotado ni publicado, pero por no ser una obra documental había que limitarse a una cosa que tuviera algún valor. Este valor se lo asignamos al P. Segismundo Guell, que reanudó los viajes a Nahuelhuapi en 1766-1767, y aunque no logró su objeto, los viajeros que lo siguieron tuvieron en cuenta su experiencia y contaron con la ayuda de los que fueron sus acompañantes. Escribió, además de su viaje, una Noticia de Chiloé bastante completa y que puede competir con las de otros autores de ese tiempo. Asimismo, el P. Guell, junto con su compañero, el P. José García, son los ejemplos más relevantes del plan misionero del P. Walter en 1764, y José García por tener publicada dos veces su obra no estaba tan necesitado de ser dado a conocer con especialidad. Además, el P. Guell por haber estado presente en el pensamiento de algunos autores que se interesaron por su viaje, era bueno darlo a conocer en ese sentido, como viajero que escribió su experiencia.

IDEALES, EMPRESAS Y NAVEGACIONES

Los dos siglos que estudiamos están cruzados por piraguas en todas direcciones. Por algo el P. Ovalle los bautizó como "hombres del mar". Las noticias que tenemos de ellos son variables: viajes y viajeros sólo a veces interesan a la pluma: razones de Estado y defensa, de apostolado y conquista espiritual se reparten los despojos de sus virtudes marineras. En los viajes no van solos y constituyen un tipo de hombre, que tiene por denominador la vocación marinera. En la historia de Europa los vikingos y los normandos son navegantes perpetuos, sólo que los normandos fundaron imperios. Los apacibles chilotes detuvieron imperios, vivieron al acecho de las invasiones inglesas, y aunque son peyorativas las descripciones que del hombre chiloense nos dejaron muchos autores, en el mar eran grandes y el hombre vale por la parte de bondad que realiza. Y esa virtud alcanza a todos los que tripulan la piragua.

Siguiendo la síntesis inicial veamos rápidamente los temas y su desarrollo cronológico para darnos una idea de conjunto.

Para sintetizar podríamos usar las nociones de causa y efecto. Las causas son, según los filósofos, de cuatro clases: material, formal, efi-

ciente y final, se podría añadir la causa ejemplar como expresión externa de la formal.

En estas navegaciones la causa material es la piragua, a pesar de su sencillez y rusticidad, pero es industria propia de las islas y medio universal de movilización.

La causa formal es el viaje, eterno navegar de un pueblo de isleños.

La causa eficiente es el hombre, no uno solo, sino la tripulación, donde cada uno tiene su función: velas, timón, remos, orientación, coordinación. Cada uno tiene su puesto y su oficio, desde el chono, que sobre la piragua es el hombre más importante, hasta los jefes de la expedición y los pilotos, que llevan la carga científica del viaje.

La causa final es el destino del viaje. Cada viaje tiene un objetivo que hay que alcanzar, donde a veces se tropiezan las aspiraciones con la realidad, pero que sirve para poner límites a la ambición que ignora a veces la fuerza de la dificultad.

Causa ejemplar vendrían a ser los planes, instrucciones y proyectos, que hacen de modelo y sirven en la navegación para consultar y comparar, como el pintor que mira el modelo antes de trazar la pincelada.

Todo esto es el plan de este trabajo: piraguas, viajes, hombres, destinos y planes. Donde adquiere más extensión este tratamiento es en los destinos de las exploraciones. A veces el destino es mixto de tierra y mar y el barco es puente tendido al continente, tierra firme, o a las islas.

La ruta del sur es el camino a las Guaitecas, a los Chonos, a Ofqui, Taitao, Guayaneco, la isla Madre de Dios, el Estrecho de Magallanes. Los navegantes son Juan García Tao, 1620, antes y después de él, los misioneros jesuitas Melchor Venegas, Mateo Esteban, Juan López Ruiz, Jerónimo de Montemayor, Nicolás Mascardi. Es curioso que la expedición se carga sobre una iniciativa, aunque a veces es fruto de una colaboración y de un agrupamiento de fuerzas, intereses y recursos. Los motivos de estos viajes son el peligro inglés, que significa un establecimiento o población en las costas australes, la Ciudad de los Césares, que se busca por intereses políticos por el Estado, apostólicos por los misioneros y aventureros por los soñadores. No falta el interés de los misioneros, que se acerca a los pueblos errantes y primitivos de los canales y de las islas para llevarles la luz de la fe y también un modo de vida más llevadero. Entre estos trabajos la evangelización de los chonos reviste unas características muy especiales: primero se les evangeliza en sus islas, luego se van a vivir al amparo de la provincia de Chiloé a Guar, se van después a Chequián y, finalmente, al suroriente de la isla grande, sin perder nunca en tantos años su condición nómada y quedar siempre entre las islas vestigios de este pueblo movedizo, de hábitos de alimentación muy singulares. Desde 1674 a 1676 se multiplican las expediciones por miedo al inglés: Juan de Alamos, Jerónimo

Díez de Mendoza, Bartolomé Díez Gallardo y Antonio de Veá. Este episodio de forma en torno de la frase de un chono traído del sur, que dijo con aire risueño, al sentir los estallidos de unas habas al tostarse: "¡Ca! ya pelean los moros (o el holandés) con los caucahues". En declaraciones, procesos, viajes, porque el indio fue llevado hasta Lima, desde allá como paso definitivo se envía a Antonio de Vera, cuya expedición, un tanto fracasada y desdichada, se consideró definitiva. En el siglo XVIII es el almirante Anson el que provoca viajes con el naufragio de la *Wager* en Guayaneco y la internada del pingue *Ana* en el puerto de Inche, en los Chonos. Viajan Mateo Abraham Evrard, dos veces, Manuel Brizuela, en los años 1744 y 1750; en 1763 va José Domínguez a ver el puerto de Inche, que es como una pesadilla. Desde 1766 a 1768 los jesuitas van al sur por motivos misioneros, y lo repiten los franciscanos de 1778 a 1780. En el intermedio Mansilla es enviado a Madre de Dios, Machado al Estrecho y Ríos a los Chonos y a Inche. Cierran este continuo viajar Francisco Clemente y Miró, que va a los Chonos, y José de Moraleda, que llega a los Chonos también.

Otra dirección es a Nahuelhuapi, que tiene sus mejores logros en el siglo XVI con Mascardi, en el siglo XVIII con los años de la misión (1703-1717), los esfuerzos de Esquivel y de Guell (1765-1767), los cuatro viajes de Fray Francisco Menéndez (1791-1794) y el viaje de Moraleda, que sin asomarse al Nahuelhuapi hace el mapa. Estos viajes pretendían la unión con el país por medio del correo y la evangelización de los indios y la búsqueda de los Césares.

Las rutas al oriente de Chiloé, cordillera y pampas, se inauguran en 1620 con la búsqueda de los Césares, remontando el río Puelo. Y siguen los nombres: Mascardi, Velásquez Alemán, Mansilla y Taillebois, José García y Juan Vicuña, Miguel Barrientos, Norberto Fernández, Francisco Menéndez, Lázaro Pérez y Francisco Delgado, otra vez Menéndez, siempre con los Barrientos, y finalmente Moraleda.

La nueva Villa de Osorno concretó la vieja aspiración de dar a Chiloé un camino hasta Valdivia, que acercando los extremos hizo más expeditas las comunicaciones de ambas partes. Las iniciativas parten del Rey, de los gobernadores de Chile, especialmente Ambrosio Higgins, que hecho Virrey retiene la superintendencia de su obra. Se puede iniciar la repoblación de Osorno con las iniciativas de Ortiz de Rozas en 1752, los posteriores intentos por Maullín y Carelmapu, la vía del mar a Río Bueno en piragua que hizo ensayar Castelblanco a Antonio Olavarría y de que no quedó memoria del resultado. El viaje de Mansilla en 1787, el de Juan Isidro Zapata en 1791, de José de Torres en 1794 y el de Tomás O'Higgins en 1796 y 1797. Todos estos viajes tienen diarios, que los ilustran, no siempre completos.

El periplo chilense es la circunnavegación de la isla grande y sus aledaños, cuyos ejemplos más salientes son la misión circular de los jesuitas, continuada por los franciscanos y el minucioso viaje de Morale-

da en torno a la isla, lo más extenso sobre el tema y lo más valioso desde su punto de vista de geógrafo y viajero dieciochesco, inspirado por la Ilustración.

Una mirada a "los hombres del mar" nos hace allegarnos a la causa eficiente de las navegaciones chiloenses, tal como se desprende de los escritos de la época, con la brevedad necesaria y (ojalá) con el rasgo pintoresco que los caracteriza.

El efecto de tantas causas es el conocimiento de la isla: noticias y mapas, donde se recoge el elemento erudito, que fluye de tanta exploración, si quitamos los diarios e instrucciones, que los hay de los dos siglos, las noticias del siglo dieciocho llevan el sello de la época, de una parte son los ilustrados los que hablan con sus ideales, juicios y prejuicios, siempre con algo de ojo de viajero para mirar los hombres, las cosas y las instituciones, donde a veces apunta el Chiloé soñado, como entonces hubo una "España soñada", que no llegó a ser.

Se cierra el tratado con algo de paradoja y poesía como fruto de tanto mareo y viaje, cuyo resultado para la isla es a veces tan sutil que hace esbozar la sonrisa.

ELOGIO DE LA PIRAGUA

En los siglos XVII y XVIII Chiloé nos ofrece una cultura forestal hecha toda de madera: la iglesia y el camino, la casa y los utensilios, las naves y la moneda.

La isla de Chiloé, la grande y las pequeñas, se unen a la tierra firme por el "puente inestable"² de la piragua. Todas las empresas isleñas tienen que contar con la navegación. La emprendedora isla con sus propios medios, humildes pero eficaces, realiza empresas notables y rutinarias: los alerzales cordilleranos dan las tablas, monoproducto, verdadero oro de las islas; las misiones circulares llevan en dalcas la salvación eterna a todos los puntos del territorio; las expediciones a las cordilleras, a Nahuelhuapi y a los canales y archipiélagos del sur amplían los horizontes más allá de las aguas circundantes y hasta los caminos a Valdivia y Osorno se han de descubrir desde el sur por navegantes andariegos, verdaderos anfibios de rutas infatigables.

Poco atractiva, al parecer, la isla y sus habitantes, se convierte en centro de irradiación geográfica a raíz de la destrucción de las ciudades del sur y son sus canoas monoxilas o sus piraguas, dalcas en lenguaje de la isla, las que recorren sus blandos y húmedos caminos de canales, puertos, mares interiores y exteriores. Los exploradores foráneos usan las embarcaciones chilotas, los prácticos chilotes y como guías infalibles los indios chonos. Los habitantes de la isla no tienen dificultad al llegar a un lago o estero, como llaman a los estuarios, de detener-

2 Góngora, Luis de, Soneto: "Velero bosque de árboles formado".

se unos cuantos días y hacer una piragua para continuar el viaje. Todos los elementos los toman de la naturaleza circundante, sin que les falte nada para su perfecta hechura.

En 1609 las cartas anuas de la Compañía de Jesús las describen así: "Navégase en aquellas islas en unas barcas, que llaman piraguas, hechas de tres tablas grandes, cosidas con bejucos y breadas con una cosa de poca defensa. Cabrán en cada una doce o catorce personas. Andan sobre las olas de la mar como espuma. Con todo, se navega con riesgo por ser la mar muy brava"³.

Rosales en el capítulo "De los artificios de que usan los indios de Chile para pasar los ríos y brazos de mar", explica todas las formas de navegación de los indios y se detiene en la piragua: "Pero la embarcación más usada en la isla de Chiloé es la piragua, embarcación que, desde la California hasta el Estrecho de Magallanes, no se conocen otros indios ni españoles que la usen en todo este mar austral. Fabrican las piraguas de solas tres tablas cosidas. Cortan los tablones del largo que quieren la piragua y con fuego entre unas estaquillas los van encorvando lo necesario para que hagan buque, popa y proa, y uno que sirve de plan levanta la punta delante, y de detrás más que los otros para que sirva de proa y popa, y lo demás de quilla. Las otras dos tablas arqueadas con fuego sirven de costados con que forman un barco largo y angosto, juntando unas tablas con otras y cosiéndolas con la corteza de unas cañas bravas, que llaman culeu, machacadas, de que hacen unas soguillas torcidas que no se pudren en el agua. Y para coser las tablas abren con fuego unos agujeros en correspondencia, y después de cosidas las calafatean con las hojas de un árbol llamado fiaca o mepoa, que son muy viscosas, y le sobreponen cortezas de maque, y de esta suerte hacen piraguas capaces para doscientos quintales de carga. Llevan uno en la popa que la gobierna con una pala o canaleta, y ocho o diez remeros, y uno que va siempre dando a la bomba o achicando con una batea, porque siempre hacen agua.

"Cuando hay viento favorable tienden una vela, y a vela y remo vuela sobre la espuma, sin que la ofendan las hinchadas olas de aquellos tempestuosos mares, por más que se levanten hasta las nubes, que como es tan ligera y los pilotos tienen cuidado de enderezar la proa a chocar con las olas, están tan lejos de sumirla con su hinchazón y de ofenderla con su braveza, que antes la levantan como en brazos y bajándola en ellos la ponen en los brazos de la ola siguiente, y así de mano en mano o de cuna en cuna va nadando sobre los más crespos y erizados mares.

"Y era imposible que ninguna otra embarcación pudiese surcar por ellos como lo han experimentado, que ni barcos, ni chalupas, ni fragatas, ni otros géneros de embarcaciones, con que han probado los espa-

3 *Documentos para la historia argentina*, Tomo XIX, Iglesia, Cartas anuas... Buenos Aires, 1927, pp. 23-24.

ñoles navegar aquellos golfos son tan a propósito como estas piraguas de tres tablas, porque todas las demás embarcaciones peligran y zozobran en aquellos tempestuosos golfos, que hay entre las islas, y sola ésta camina segura sobre las espumas. Y así no sólo los indios, sino los españoles, desechan todas otras embarcaciones y sólo navegan en éstas, fiándose a solas tres tablas cosidas con una soguilla.

“No deja de haber algunas desgracias por arrojarse indiscretamente a mares tan procelosos con tiempos contrarios en tan débiles embarcaciones, donde navíos muy fuertes cada día peligran; pero los que navegan con discreción y observando los tiempos jamás se pierden, como lo hemos visto, que los padres de la Compañía de Jesús son los que más atraviesan aquellos golfos en estas piraguas, doctrinando y convirtiendo aquellos indios, en continuo movimiento de islas en islas, y jamás se les ha perdido alguna piragua ni peligrado religioso ninguno, porque se arriesgan con discreción y no con temeridad que ésta es la que hace naufragar a muchos por hacerse neciamente animosos. Los soldados cuando van a maloquear a las tierras del enemigo, llevan estas piraguas cargadas en piezas, y en llegando a un río cosen los tres tablones, y en pasando los descosen y vuelven a cargar. Y quien no quiere peligrar no vaya contra el viento ni a la bolina estando el mar alborotado, que es ponerse a manifiesto riesgo de naufragar”⁴.

Esta larga cita del P. Diego de Rosales es un cumplido elogio de la piragua y señala todos los aspectos importantes que hay que tener en cuenta en las navegaciones de Chiloé.

En los numerosos viajes que emprenden los chilotes y los navegantes advenedizos, es siempre necesaria la piragua chilota, el práctico chiloense y el indio chono, como si la hazaña fuera propiedad isleña y el advenedizo sólo el cronista, juglar un tanto lugareño de prosa sencilla, que merece nuestra gratitud, porque los actores no creyeron necesario guardar lo cotidiano con caracteres épicos.

4 Rosales, Diego de, *Historia General de Chile*, libro I, capítulo 31, Valparaíso, 1877, tomo I, pp. 175-176.

LOS PLANES Y LAS INSTRUCCIONES

En dos direcciones se disparan las autoridades al propiciar las empresas marítimas de Chiloé. Hay dos autoridades que se interesan por el asunto: la autoridad civil, que vela por los límites del imperio español, y la autoridad eclesiástica, en este caso confiada a los misioneros, que se orienta a la propagación de la fe.

Ambas autoridades trazan las líneas de su actividad. El gobierno es ocasional en sus intervenciones, porque se preocupa cuando ve la frontera amenazada. Entonces da sus órdenes, envía expediciones y redacta instrucciones generales y secretas, a las que se han de ceñir los responsables de las navegaciones. Esas regiones se defendían de cualquier asalto extranjero con su propia naturaleza adversa a la vida humana por el clima, la escasez de medios de subsistencia. Sus condiciones eran tales que resultaban poco tentadoras para el enemigo, y sólo en caso de guerra podían interesar al enemigo más para inquietar y asustar a España que para tomar posesión de un lugar difícil de mantener tanto desde el punto de vista militar como de la subsistencia humana. Las instrucciones se ocupan en primer lugar de verificar si hay algún establecimiento extranjero; en segundo lugar, de fijar la ruta o rutas de navegación e indicar el punto que debe alcanzar. Por su parte los encargados o jefes de las expediciones redactan diarios y trazan planos y mapas como testimonio de su cumplimiento de las normas recibidas. De estos documentos, que iban a parar a los archivos de gobierno en Chiloé, Santiago, Lima o Madrid (y posteriormente al Archivo de Indias de Sevilla), no queda la totalidad, sino parte, y ésta dispersa en diversos lugares. Junto a ella hay que colocar toda la correspondencia oficial cursada con motivo de estas preocupaciones del poder central y de sus subalternos. La isla, por su parte, era vigía que oteaba los horizontes en busca de las deladoras velas enemigas y enviaba los avisos al norte, hasta Concepción, en sus ágiles piraguas, que no conocían el miedo y volaban sobre el mar con tanta urgencia como su mensaje.

Estas navegaciones tienen una historia, a medias conocida, pero heroica y continuada. La isla solitaria creaba sus caminos; su sinónimo, si no su símbolo, era la piragua. No era la inmóvil fortaleza como Valdivia, era la frontera móvil y andariega, el límite dinámico, que se bastaba a sí mismo. Era la Nueva Galicia marinera y mariscadora, extremo del mundo y frontera del mar.

Los planes eclesiásticos y misioneros miran a la evangelización. Algunos son de inmediata realización, como la misión circular que recorría las capillas todos los años en ruta marinera y cuya perseverante continuidad salta la barrera de la expulsión de los jesuitas, y prosigue con los franciscanos.

Los planes más importantes son dos, el del P. Alonso de Ovalle en la *Histórica relación del Reino de Chile*, y el del P. Juan Nepomuceno Walter, en 1764, que al ser aceptado por el gobierno, que conserva algunos controles sobre él, se podría llamar mixto, si no fuera esencialmente misionero y como todas las misiones debía ser aprobado y financiado por el Estado. Hay otros planes como el del P. Juan López Ruiz y los de Mascardi, Felipe de la Laguna, Guillermo, que fueron realidades, pero cuyo plan previo no se conoce.

El P. Alonso de Ovalle hace un plan general de todas las misiones de Chile, que por su vastedad podríamos llamar universal. Empieza por dividir en seis clases los ministerios de la Compañía de Jesús, "Pongamos, pues, dice, en la primera clase los ministerios que se ejercitan en las ciudades, así con los españoles, que son la mayor y principal parte que constituyen estas repúblicas, como con los indios y negros que residen en ellas para su servicio. Los ministerios en que la Compañía se ejercita en esta ciudad de Santiago son los que son tan propios de su profesión y ejercita en todo el mundo, como son confesar, predicar, enseñar, visitar cárceles y hospitales, doctrinar a los niños, a los indios y a los negros, cuidar de sus congregaciones y cofradías, y de las otras que son más lustrosas y principales, de los caballeros, mercaderes y estudiantes.

"En la segunda clase de nuestra división pongo las misiones que se hacen alrededor de las ciudades, a una o dos leguas de distancia, en las que llaman chacras, que son como acá las aldeas, de donde se provee el sustento de las ciudades. Estas misiones son muy acomodadas, y así puede acudir a ellas cualquiera de los nuestros por flaco que sea, porque se vuelve siempre a dormir al colegio.

"En la tercera clase podemos poner otro género de misiones, que ya huelen a mayor mortificación y trabajo, porque saliendo a ellas no se vuelve a casa en dos o tres meses, en que no se pueden dejar de padecer muchas incomodidades, sin embargo de que andamos de ordinario por poblado y por lugares de españoles, que a los padres misioneros reciben como a ángeles del cielo, que así los llaman y así lo publican, viendo el grande fruto que Nuestro Señor coge por medio de sus ministerios. El distrito de estas misiones son a diez, veinte y treinta le-

guas de las ciudades, en las que llaman estancias, que son también como aldeas, pero más apartadas, donde está el grueso de las haciendas, la cría de ganados, los obrajes de jarcia y las curtidurías de los cordobanes y otras granjerías de más tomo. Son estas estancias tan frecuentes y tan cercanas unas de otras que se puede correr casi toda la tierra, durmiendo siempre en poblado desde la Concepción hasta Coquimbo, que son más de ciento y cincuenta leguas, todas llenas de gente, españoles, negros e indios, y por lo general todos muy necesitados de doctrina y enseñanza y del socorro espiritual de la palabra divina y administración de los santos sacramentos de la confesión y comunión...

"A la cuarta clase de nuestra división tocan las gloriosas misiones de las residencias de Arauco y Buena Esperanza, San Cristóbal y Talcahuaya, y las demás casas que tenemos en los presidios que tiene el rey en las fronteras de la guerra, que en aquel reino ha tenido y tiene con los indios tantos años ha... Estas misiones no solamente exceden en rigor, peligros y trabajos a las otras que hasta aquí se han referido, pero absolutamente pueden carearse con las más trabajosas y apostólicas en que están empleados los hijos de la Compañía.

"A la quinta clase pertenecen las apostólicas misiones de Chiloé, a quien en este modo y orden de división que llevamos toca el quinto lugar, siendo así que si consideramos lo crudo de sus rigores en la pobreza de la tierra y mala pasadía que de suyo tiene, en el retiro del sitio tan apartado del comercio humano, en lo proceloso del mar por donde es fuerza andar todo el año de una isla en otra, con manifiestos y frecuentes peligros de la vida, no son de la quinta, sino de prima clase, aunque los comparemos con las más rigurosas que en todo el mundo tiene la Compañía.

"Sexta y última clase. Podemos poner por cabeza de todas las de la Mocha y Chonos, por ser las inmediatas y donde han comenzado a apuntar los crepúsculos del Evangelio. Pertenecen también a esta clase las muchas almas que están en la tierra firme desde Arauco hasta Osorno. En este distrito hay, fuera de los indios que son tantos, las españolas y españoles cautivos, los cuales ya serán pocos y viejos, pero la descendencia que con la violencia del cautiverio no pudieron todos excusar, es muy grande y mayor la que los mismos indios han tenido, porque éstos se han aumentado de manera, que según las relaciones que hay, éstos solos son más que todos los que hay en lo restante que está conquistado de paz. Están estos indios en la tierra firme desde el grado treinta y ocho hasta el cuarenta y uno; pero los que hay desde aquí hasta el grado cincuenta y cinco en que está la boca del Estrecho de Magallanes, no hay quien sepa cosa de cierto, porque la guerra con los araucanos ha impedido el paso y así no se ha podido descubrir esta tierra por esta parte, pero por la de Chiloé han entrado algunos capitanes, con quien yo he hablado, y me han dicho que han hallado noticias de que hay en aquellas tierras muchísima gente y lugares muy

ricos, aunque nunca han podido llegar a ellos por estar muy retirados y necesitar más fuerza de la que llevaban. De estas noticias hay muchas y todos convienen en que la tierra es muy rica y fértil y consiguientemente habrá en ella muchos que la habitan. Es muy célebre la fama que corre de que por este distrito están los Césares. Pongamos también en esta clase los indios puelches, que habitan en los valles y huecos que hace la cordillera, los cuales son en gran número, y no son pocos los que de la otra banda corren hasta continuarse con los de Cuyo por la banda del norte, y por la del sur con la del Estrecho de Magallanes, donde los que han pasado por él han visto de la una y otra parte muchos indios. También pertenecen a esta clase los indios que habitan la grande isla y pedazo de tierra que llaman del Fuego”⁵.

Ovalle escribe su libro con designio misionero y abarca todos los campos de evangelización. Este plan suyo es difícil de superar por la extensión. Me parece que la obra del P. Nicolás Mascardi, que Ovalle conquistó en Europa para las misiones de Chile, debe estar inspirada en este plan de Ovalle, cuyo libro salió en Roma mientras vivía allí Mascardi y luego en el viaje con Ovalle tendría mil ocasiones de hablar de lo mismo. Los viajes de Mascardi lo demuestran, y la ocasión fue la designación de rector del Colegio de Chiloé.

De nuevo y más de un siglo después de Ovalle, sin que obsten los viajes que repetidamente se hacían desde Chiloé en todas direcciones, el P. Juan Nepomuceno Walter, S. J., elabora un plan misionero en 1764, que presentó con éxito al Gobernador Antonio Guill y Gonzaga⁶. Es éste un proyecto misionero, que repite los viejos ideales de la evangelización del sur, mezclados, a veces, con objetivos políticos de la corona frente a ambiciones foráneas. Hay que confesar que el sur por su pobreza se defendía solo. La corona mantenía las tierras semipobladas de indígenas en torno al Estrecho de Magallanes en su soledad sin fuertes, sin ciudades, sin colonos y sin navíos. Este sistema daba resultados, porque se defendían solos con una naturaleza bravía y poco hospitalaria. Más que los objetivos políticos o militares, defensivos o de ambición territorial, eran de vez en cuando los ideales misioneros los que agitaban la conciencia de la monarquía con lejanos remordimientos de bulas alejandrinas y de donaciones pontificias, últimos vestigios medievales de una monarquía universal de hechura europea y de proyecciones mundiales. Título justo o injusto, pero verdadero y definitivo por el momento en que se produjo y por las naciones que lo acataron. El P. Juan Nepomuceno Walter recoge, al presentarlo, el título evangelizador, que gravaba la conciencia soberana, con un leve toque de ex-

5 Alonso de Ovalle, *Histórica Relación del Reino de Chile y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús*, Santiago, 1969, pp. 360, 378, 391, 414 y 429.

6 Plan presentado por el P. Juan Nepomuceno Walter, S. J., a la Junta de Poblaciones sobre las misiones australes, 9 de enero de 1764. MM. v. 191, fs. 239-251. Tomado de AGI, 129-3-9, numeración antigua. Véase al final Documento II.

pansión cultural entre los indios, y con una clara voluntad de dominio territorial frente al peligro inglés a que estaba expuesto el territorio austral de América. No hay que olvidar que el proyecto tocaba puntos de la política de la Ilustración, como era la cultura, con las inquietudes de España frente a la obstinada actitud inglesa, que aún no volvía los ojos a los futuros continentes de su imperio colonial en Asia y el Africa y se enconaba con el imperio español.

Hasta 1600 el acceso al sur no tuvo dificultades en Chile, pero la inmensa y definitiva rebelión araucana y la destrucción de las ciudades del sur produjeron el aislamiento que se hizo secular e impidió una expansión ordenada, pausada y segura. Desde entonces Chiloé con sus propios medios quedó a cargo de una ardua empresa frente al sur desconocido. La vía marítima del Estrecho de Magallanes era usada libremente por los países navegantes de la época, que no se detenían en las islas del extremo austral ni intentaban posesión alguna, porque no había riqueza tentadora y cualquier establecimiento, además de inútil, resultaba costosísimo.

El proyecto del P. Walter era una síntesis de los que se habían intentado durante tanto tiempo, que tuvo éxito, interrumpido por la salida de la Compañía de Jesús de los dominios del Rey Católico. Dos caminos se comenzaron a abrir, sin ningún establecimiento: la vía por los Chonos a Guayaneco, con cierto afán colonizador, aunque erradicando voluntariamente a los indios, tuvo tres viajes exitosos, si se cuenta uno de los indios o los preparativos de José García. En años sucesivos José García y el P. Juan Vicuña alcanzaron sus objetivos. El otro camino hacia la laguna de Nahuelhuapi fue abierto por pasos. Primero el viaje del Gobernador Juan Antonio Garretón, luego el del P. Esquivel, que no pasó de Ralún y, finalmente, el P. Guell que intentó ambos caminos: el de los Baños, Bariloche o las Caballerías, que era todo por tierra, y el camino de las lagunas, donde llegó al ventisquero del Tornador. Sólo le sucedieron dos viajeros: el P. Menéndez, franciscano, que en el primer viaje sólo intentó el camino de las caballerías, y en los tres siguientes llegó a Nahuelhuapi, sin intentar ningún establecimiento, y el viaje de Moraleda, en 1795, que sólo llegó a Peulla.

El proyecto de Walter lo estudiamos en su texto, luego la respuesta de Guill y, finalmente, lo que dijo sobre él la Contaduría General al Consejo de Indias. Guill, experimentado en las demoras de la Corte, dio, con aprobación del Real Acuerdo, principio a la ejecución, avisando simultáneamente a la Corte y basado en permisos otorgados al Presidente del Reino por España. La respuesta de la Contaduría, de 28 de febrero de 1767, habría sido demasiado tardía para la ejecución, y conforme a los informes del Consejo de aquella época es un escrito largo, pero esclarecedor.

Los proyectos⁷ que hemos analizado nos abren el camino para conocer las empresas y viajes de Chiloé en detalle, sus direcciones, sus motivos, sus éxitos y fracasos, las autoridades que los impulsaron, los medios con que contaron y los hombres que los realizaron.

En el campo de los hechos es donde Chiloé justifica su jefatura solitaria de las rutas australes; como todos los pueblos isleños tuvo vocación marinera y la supo desarrollar.

PROYECTO MISIONERO AUSTRAL DE 1764

Nació este proyecto de la petición hecha al P. Provincial de los jesuitas sobre la asignación de los religiosos misioneros que debían trabajar en el pueblo de Chonchi, recién fundado. Por no hallarse en Santiago el P. Provincial respondió, en su lugar, el P. Juan Nepomuceno Walter, Procurador de la Provincia Chilena de la Compañía de Jesús. En vez de limitarse a la asignación, el P. Walter expuso un proyecto más ambicioso y amplio que extendía el campo misionero por toda la región austral. Entre los trabajos del misionero de Chonchi estaba la misión de los caucahues. El conocimiento de esta misión da a Walter la ocasión de pedir aumento de misioneros para evangelizar muchas naciones hacia el Estrecho de Magallanes, y por ellas llegar al conocimiento de otras naciones que habitan en la Tierra del Fuego o Cabo de Hornos.

Los indios caucahues fueron descubiertos con ocasión de la pérdida de un navío de la expedición de Lord Anson a la altura de cuarenta y siete grados. La noticia de este naufragio movió al gobernador de Chiloé a enviar una expedición que registrara todo el sur para ver si había ingleses por esas islas. Casualmente encontraron a los indios caucahues,

7 Hubo proyectos de misión que quedaron en el papel, como el que recoge la Real Cédula de 4 de febrero de 1683, que dice: "En mis reales manos se ha puesto un papel, proponiendo que para hacer a Dios el agradable servicio de reducir a su santa fe innumerables almas en la Tierra del Fuego y ganar aquellos pueblos por amigos, en que hay la conveniencia de afianzar la posesión de mi dominio, adelantándose a los enemigos de esta Corona, en esta diligencia se escriba al gobernador de las provincias de Chile encargándole que para que esta proposición tenga efecto, procure que la habitación de los españoles vaya dilatándose al Estrecho de Magallanes y a la Tierra del Fuego, para avecindarse en ella, dando principio con disponer que algunos religiosos de la Compañía de Jesús y seglares vayan a reconocer la isla de la Madre de Dios, que dista de Castro (Chiloé) hacia el Estrecho ochenta o cien leguas, para que, siendo habitable, hagan asiento allí dichos religiosos como algunos soldados, de tres mil plazas que dice se pagan de mi real hacienda en Chile, el número que le pareciere conveniente, eligiendo los de pacífico natural y de buenas costumbres, que vayan introduciéndose poco a poco con los indios del Estrecho y Tierra del Fuego; y que en la misma conformidad se os escriba a vos, añadiendo que no os descuidéis en que haya embarcación, que corra la costa de Chile hasta el referido Estrecho, haciendo embarcar en ella religiosos de la Compañía de la Provincia de Chile, con seglares, y que se reconozca la dicha isla Madre de Dios, y procuren establecerse en ella". *Colección de Documentos Históricos del Archivo del Arzobispado de Santiago*, tomo III, Cedulario, tomo II, pp. 409-410. Santiago 1920.

mansos y apacibles, que evangelizó el P. Pedro Flores, que iba en la expedición. Conducidos a Chiloé, el gobernador les dio por residencia la isla de Kaylin, donde fueron encargados al P. Francisco Javier Esquivel, que durante trece años se ocupó de ellos; edificaron sus casas y poblaciones en la misma forma que los habitantes de Chiloé y edificaron una iglesia a la Virgen del Carmen.

Pertenecen a esta misión los habitantes del pueblo de Huilad, que está frente a Kaylin en la isla grande. No tienen misionero sino un seglar de su nación, bien instruido, que los llama a la iglesia los sábados y domingos, les enseña los rezos y la doctrina, bautiza las creaturas, ayuda a los moribundos y entierra a los muertos. "Varios de ellos, dice Walter, entienden y hablan el castellano, extendiéndose su habilidad hasta saber leer y escribir, de lo que los mayores entre ellos tienen particular consuelo, diciendo se alegran mucho de que sus hijos sepan lo que ellos ni sus antepasados merecieron". Se preparan para la misión anual comprando trigo, cebada y papas en las cercanías de Castro, adonde llevan mariscos, pescado seco, sacos y aceite de lobo, ostras y "obrilas", que ellos hacen, y con esto se van a su iglesia a esperar a los misioneros, que van por un mar muy peligroso. Se puso al principio la residencia del misionero en Queilen, lugar de los payos, últimos habitantes de la isla grande hacia el sur, porque se creyó que se podía auxiliar mejor que si se pusiera en Kaylin, pero resultó muy incómodo por el lugar y era muy poca la gente para que el misionero ejercitara su ministerio todo el año. Se mudó a Chonchi el misionero, porque lo pedían los habitantes, porque le daban los mejores sitios para la misión, porque estaba rodeado de pueblos y de las islas de Lemuy, que son las más pobladas después de Quinchao. El traslado se hizo en breve tiempo, porque los caciques y habitantes de los alrededores hicieron una buena habitación para el misionero y una sala muy capaz para escuela, gastando en eso tres mil pesos de buena plata. Desde Chonchi atienden también a los caucahues, cuando van a buscar mariscos y los ayudan con limosnas, a pesar de la pobreza de la misión, que carece de sínodo o renta. Si la hubiera para dos misioneros, se podría mejorar la misión de los caucahues y procurar la conversión de otras naciones que residen hacia el Estrecho de Magallanes y de éstas se podría adquirir noticia de las que dicen habría en la Tierra del Fuego y Cabo de Hornos para poder llevarlas a la fe, por ser las almas más desamparadas que se hallan en la América Meridional. Cita la carta del P. Niel, de Lima, 20 de mayo de 1705⁸, que propone aprestar un navío y enviarlo a registrar la Tierra del Fuego, porque dice que está habitada, pone por extenso las particularidades de los naturales, sacadas de las relaciones de García Nodal, que recorrió el Estrecho de le Maire.

8 *Cartas edificantes y curiosas, escritas de las misiones extranjeras, por algunos misioneros de la Compañía de Jesús*, traducidas del francés por el P. Diego Davin, Madrid, 1754, tomo III, pp. 257-269.

Insiste luego el P. Walter en la necesidad de poner una misión en Tierra del Fuego: "Todas las propiedades de los isleños de Tierra del Fuego merecen ser atendidas: el desamparo por ser los más conocidos mueve la cristiana piedad a favorecerlos, su natural dócil y buen entendimiento prometen al celo copioso fruto, y el color blanco con que muestran descender o de los españoles, que allí al principio de este descubrimiento se habían fundado, o de otros que perdidos y náufragos ganaron tierra, obliga en cierto modo a hacer algunos esfuerzos para hallarlos y restituirlos a la fe de sus mayores. Allégase a esto que el establecimiento de una misión en la Tierra del Fuego no sólo fuera de provecho a sus isleños, sino también de mucha utilidad a la Corona y de mucho alivio, consuelo y algunas veces de remedio a los navíos españoles, que pasan frecuentemente por el estrecho de Maire, en cuyas cercanías habrá de fundarse, para que los navíos que forzosamente se acercan a la costa al pasar el estrecho, pudieran sin dificultad llegar al puerto y socorrerse mutuamente de las cosas necesarias y para que en tiempo de guerra sirviese de mucho freno a los enemigos un fuerte allí mismo, debajo del que pudieran abrigarse nuestros navíos y disponerse para salir de refresco contra los enemigos y embarazarles el paso al Mar del Sur".

Además de la fundación de la misión de la Tierra del Fuego, cree el P. Walter que contribuiría al mismo propósito la misión de los caucahues dotada de dos misioneros pagados por el Rey y la que se pretende fundar en el pueblo de Chonchi, para que lleguen las voces del Evangelio por todas las costas de Chile hasta el Estrecho de Magallanes. De las gentes que habitan estas regiones, gracias a los caucahues, se conocieron en 1760 trece personas de dos naciones, llamadas *taijataf* la una y la otra *calenche*. Fue iniciativa de los caucahues emprender el viaje para traer a la fe otras naciones. Ayudados por el misionero, emprendieron el viaje que duró un año por mar y por tierra. A pesar de habérseles acabado el bastimento volvieron con ocho adultos y cinco párvulos. Catequizados y bautizados pasaron a la isla Kaylin a vivir en compañía de los caucahues, donde asistieron a la misión anual.

Grande es la tarea que se ofrece a las misiones de los caucahues y del pueblo de Chonchi, pero cree que si no se evangelizan todos, al menos muchos recibirán la fe.

No termina aquí el proyecto del P. Walter, pues propone el restablecimiento de la misión de Nahuelhuapi, que así como la de caucahues iría recorriendo las costas: la de Nahuelhuapi haría el camino por tierra siguiendo las huellas del P. Nicolás Mascardi, que por los años de 1670 había llegado hasta el Estrecho de Magallanes, donde bautizó millares, según cuenta la biografía de este padre, escrita por el P. Juan José Guillermo. También, después que se convirtieron los caucahues, se tuvo noticia de que había gente blanca en esos parajes, y además de la tradición, cuenta que hacía cuatro años que desde un navío de

Europa, a poca distancia del cabo Victoria, a la salida del Estrecho al Mar del Sur, vieron gente en tal número en la playa que prefirieron seguir viaje, por no estar preparados para un asalto, que se podía temer. Se quedaron sin saber quiénes eran y con sospechas de ser europeos, porque los indios no hacían señas a los navíos, como ellos. Cree que es conveniente averiguarlo para favorecerlos si son españoles y para sacarlos de esas tierras si son extranjeros.

El P. Juan Nepomuceno Walter tomó las noticias de su escrito de un informe del P. Rector del Colegio de Chiloé, Melchor Straser, S. J., de 2 de octubre de 1763, y firma el suyo en Santiago, a 9 de enero de 1764.

La importancia del trabajo del P. Walter reside en que él hace un vasto proyecto de misiones, en que no soslaya los aspectos civiles y militares, que deben tenerse muy en cuenta.

Estas ideas tuvieron la aprobación del Gobernador Guill y Gonzaga y dieron origen a notables expediciones, interrumpidas en 1767 por la expulsión de la Compañía de Jesús.

Si se examina cuidadosamente este escrito se verá que es un nuevo título para la posesión de Chile en el territorio austral del continente.

Lo que conviene recordar es que el proyecto consulta expediciones marítimas por las costas australes, que primero se dedicaron como los cauchahues a traer indios a la misión de Kaylin, y por otro lado se investigaron los caminos de Nahuelhuapi, el de las lagunas y el terrestre, en orden a restaurar la misión y emprender el camino al Estrecho de Magallanes.

Las misiones de Chiloé se ampliaron a mayor número de lugares y con mayor número de misioneros; de sus empresas nos quedan notables narraciones. Si se realizó la expansión, no se hizo la misión de la Tierra del Fuego ni el puerto en el Estrecho de le Maire, como pedía el informe.

LA RESPUESTA DEL GOBERNADOR GUILL

El 1º de septiembre de 1764 el Gobernador Guill da cuenta al Rey de lo hecho⁹. Dice que el Procurador de la Compañía presentó un escrito pidiendo el establecimiento de algunas misiones en la provincia e islas de Chiloé y el sínodo o salario correspondiente, para esto se formó un expediente con el Fiscal de Su Majestad y tomados los informes de varios sujetos "prácticos y timoratos" juzgó de la mayor importancia para el servicio del Rey establecer villas en los parajes de las misiones para aumentarlas con los naturales que se redujesen y adelantar esas poblaciones, que sirvan de muro a las entradas de los mi-

9 Carta del Gobernador don Antonio Guill y Gonzaga al Rey, 1º de septiembre de 1764, AGI, Chile 240. Véase al final Documento III.

sioneros hacia el Estrecho de Magallanes. Llevó el asunto a la Junta de Poblaciones, donde, habiéndose expuesto las razones que había, se resolvió fundar una villa en el pueblo de Chonchi con el nombre de San Carlos, donde hay unos 4.000 habitantes, edificios de bastante costo, y se agregaron a ella los indios de Huillinco, Notruco, Vilipulli y Cucau en la isla grande de Chiloé, estableciendo una misión de dos religiosos de la Compañía de Jesús, y otra de dos también en la isla de Kaylin, que habitaban los indios caucahues, con el objeto de hacer algunas entradas en la Tierra Firme que va hacia el citado Estrecho.

El Gobernador proveyó con trescientos pesos anuales a cada misionero y por una vez quinientos pesos a cada una de las misiones para iglesias, casas y ornamentos y cada año en que se hiciese entrada hacia el Estrecho cien pesos más. Esta resolución se tomó con voto consultivo del Real Acuerdo, en virtud de las facultades concedidas al Gobernador por Real Cédula de 12 de febrero de 1761. Para este gasto no se pronunció sobre el aumento de sínodos o salarios a los religiosos misioneros, porque había dado cuenta a Su Majestad la Junta de Real Hacienda el 9 de mayo de 1761, exponiendo a Su Majestad ser corto el estipendio que gozan y mucho el celo con que trabajan y solicita aumento.

Esta carta de Guill con el testimonio de los autos obrados con motivo de la fundación de una villa en el pueblo de Chonchi y establecimiento de dos misiones a cargo de la religión de la Compañía de Jesús fue enviada a Contaduría General por el Consejo de Indias el 15 de diciembre de 1766 y la contaduría entrega su informe el 28 de febrero de 1767¹⁰.

Contaduría cita los documentos que se hallan en los autos enviados por el Gobernador: Informe del Gobernador Antonio Narciso de Santa María y Escobedo sobre reducción de los indios caucahues, 22 de marzo de 1753, en la cual pide una misión en Queilen. Sigue una petición de los caciques de los 40 pueblos que rodean a Castro para que se funde una villa en Chonchi, declaran que sólo por caridad del Provincial de la Compañía son atendidos por un padre que vivía con ellos hacía tres años en gran pobreza y pedían dos misioneros con su estipendio para que los asistiesen y enseñasen. Venía después el informe del P. Juan Nepomuceno Walter representando su plan de misiones, el proyecto de hacer villa a Chonchi y pondera la idea de fundar en Tierra del Fuego una misión y los beneficios que recibiría el Estado; narraba la expedición de los caucahues en 1760, que tuvo por resultado la traída de 13 personas calenches y taijatafes y las ventajas de restablecer la misión de Nahuelhuapi.

10 Informe de la Contaduría General, a pedido del Consejo de Indias, sobre la fundación de una villa y dos ciudades en Chiloé, 28 de febrero de 1764. AGI, Chile, 471. Véase al final Documento IV.

Estos autos pasaron a la Junta de Poblaciones, los cuales vistos y el informe del Fiscal, Dr. José Perfecto Salas, acordó por decreto de 30 de marzo de 1764 que se fundase la villa de San Carlos de Chonchi, mandó que se uniesen a ella los pueblos de Huillinco, Notruco, Vili-pulli y Cucau, se estableciese allí una misión y otra en la isla Kaylin y ambas con dos misioneros, dejando al arbitrio del Presidente señalar el sínodo conveniente.

Pedido informe al Coronel don Antonio Narciso de Santa María y Escobedo sobre el descubrimiento de tierras inmediatas al Estrecho, expuso "que habiendo años pasados invernado el pingue la *Ana*, de la escuadra del Vicealmirante Anson, en el puerto de Inchen, en el archipiélago de los Chonos, de la Provincia de Chiloé, y regresado a Londres, solicitó al rey británico tener derecho a dicho puerto e isla por haberlo hallado despoblado y ocupado la tripulación de la citada embarcación. Razón por la cual el Rey de España ordenó que se poblase y fortificase, como se ejecutó, habiéndolo mantenido con guarnición dieciocho meses, hasta que se le comunicó por el Virrey de Lima otra real orden para que lo demoliese y arruinase la fortificación y población por ser el lugar incapaz de que se mantuviese allí guarnición, por lo rígido e irregular del temperamento, pareciendo a dicho Santa María que en aquel archipiélago no se debía solicitar mayor conocimiento que el que se tiene, y constaba a Su Majestad a cuyas manos tenía remitidos dos mapas generales de toda la provincia y archipiélago, de que resultó habérseles mandado recoger todos los modelos y que los quemase o guardase en su poder para que no se divulgase y tuviese noticia la nación británica, por lo que sin real orden no hallaba arbitrio para un nuevo reconocimiento, además de que estaba ya hecho cuando se sacaron dichos mapas y la artillería del navío *El Guelguet (Wager)* de la escuadra de Anson, que naufragó en el paraje nombrado el Guayaneco, en cuyo reconocimiento se halló el sargento mayor don Mateo Abraham, con la tropa que le acompañó. A quien habiéndose presentado varios indios e indias de la parte del estrecho, manifestándoles gustar conocer nuestra nación y tener correspondencia con ella, les hizo con este motivo un parlamento en el que juraron la obediencia a Su Majestad, enseñándolos la doctrina cristiana y pidiendo muchos que los bautizasen y casasen, entregando varios indios sus hijas a los oficiales y soldados para que las trajesen consigo, las que se hallaban ya muy domésticas e instruidas. Que halla por medio eficaz y más suave para atraer estas gentes el que todos los años se despache por los padres de la Compañía a aquellas partes y costas algunos indios de la misma nación de caucahues y de los trece, que últimamente trajeron, para que éstos comunicando con aquéllos y viendo el buen tratamiento que les hacían, se fuesen reduciendo y allegando a los demás, dando razón de las naciones no conocidas, para que gratificados con algunos mari-maris de mercería y cintas, que apetecen, se reduzcan con facili-

dad. Y que cuando se reconociese disposición en ellos podría salir uno de los dos jesuitas, de la propia misión, acompañado de los mismos caucahues, y según el fruto que de esta expedición se sacase repetir otras los subsecuentes años”.

Termina el expediente con la solicitud de sínodos para las misiones de la Compañía, y en especial el arreglo del destinado a las nuevas misiones de Chonchi y Kaylin. Finalmente, en vista del informe del Fiscal Salas y del dictamen del Real Acuerdo, a quien se le pasó el expediente en voto consultivo, el Presidente, por decreto de 12 de julio de 1764 y con la facultad que le concede la Real Cédula de 12 de febrero de 1761, asignó a cada uno de los misioneros de Chonchi y Kaylin, cuyas misiones había autorizado la Junta de Poblaciones, trescientos pesos anuales como sínodo, más 30 pesos para vino y cera, y cien pesos a la misión de Kaylin para cada expedición que, previa expresa licencia del Gobernador, hiciere por las costas hacia el Estrecho de Magallanes; también, y por una vez, se concedía a las dos misiones la cantidad de 500 pesos para casas, iglesias y ornamentos. La Contaduría suspende la petición acerca del sínodo de las otras misiones de la Compañía en Chile. En cuanto a lo asignado a las nuevas misiones de Chonchi y Kaylin, el gobernador procedió de acuerdo con la licencia que le daba la Real Cédula de 12 de febrero de 1761, “permitiéndole que a cualesquiera misión que se hubiese establecido en aquel reino en el tiempo medio o que se estableciese en adelante pudiese destinar la cantidad que juzgare precisa para los gastos de ornamentos, capilla y avío de misioneros, como también para sínodo anual de éstos”. Hace notar Contaduría que los sínodos de las misiones de los jesuitas habían sido fijados en 200 pesos anuales más treinta por razón de cera y vino, pero por el mayor trabajo y gasto que ofrecen estas nuevas misiones “no es reprehensible su proceder en la mayor cuota de 300 pesos que señaló a los misioneros”. Opina la Contaduría que debe reducirse el salario de los misioneros de 300 a 200 pesos, añadidos los 30 para cera y vino, “si fuere del superior agrado del Consejo”. Señala que también será conveniente aprobar a la Junta de Poblaciones el nuevo establecimiento de la villa y misiones en aquellos parajes, y continúa: “Que igualmente en atención a que por otros autos se manifiesta serán utilísimas las citadas dos misiones de la isla grande de Chiloé y la de Kaylin, no sólo para atraer al gremio de nuestra Santa Fe el crecido número de almas que habitan aquellas incultas tierras hasta el estrecho de Magallanes, sino que también según las noticias de su docilidad y buen genio pueden prometerse otros felices progresos a beneficio del Estado, se persuade la Contaduría, será conveniente aprobar al referido Presidente la aplicación de los 500 pesos, que a cada una de esas misiones hizo por una vez para los gastos que expresa, respecto de ser conforme esto a la real piedad de Su Majestad para promover en cuanto sea posible la conversión de los indios y predicación del santo Evangelio a costa del

erario, como lo previenen las leyes, pero con la circunstancia de que los 100 pesos más, concedidos a la misión de la isla de Kaylin para caucahues, se han de entender en los años que con licencia de aquel gobierno se verificare su entrada en la Tierra Firme, que va al estrecho de Magallanes y no de otra manera”.

Finalmente, la Contaduría juzga algunos puntos que toca el P. Procurador de la Compañía como ajenos a su incumbencia, sin dejar por eso de alabarlos en forma reticente, pero amable: “Y por lo que mira a otros puntos sobre que consta en estos autos haber representado el P. Procurador de la Compañía de Jesús de la citada provincia, respectivos a la misión que propone para la Tierra del Fuego, reconocimiento de aquellas costas, su fortificación, y a las reales órdenes que tuvo el Gobernador de Chiloé, don Antonio Narciso de Santa María, comunicadas por el Virrey Conde de Superunda, para que demoliese y arruinase la fortificación y población de puerto de Inchen por lo rígido de aquel paraje: Considera la Contaduría que, aunque esta materia no la gradúa propia del estado y ministerio del citado P. Procurador pues tocando como toca en la clase de gubernativa, compete su conocimiento y promoción a los Virreyes, Presidentes y Magistrados Reales de aquel reino: con todo no es despreciable la especie, y sería importante prevenir lo conveniente al Presidente de Chile para que la examine y dé cuenta a Su Majestad, exponiendo su dictamen fundado y bien instruido antes de proceder a gasto alguno, para que en su vista delibere su Majestad lo que juzgue oportuno. El Consejo resolverá sobre todo lo más conveniente”.

Esta respuesta, tan tardía, de Madrid, a 28 de febrero de 1767, permitió al Gobernador, que había tomado las resoluciones pertinentes, realizar todo el plan, aun en cosas que no resolvió Contaduría en su dictamen, como el restablecimiento de Nahuelhuapi.

Nunca se niega a Guill la jurisdicción en todo lo que pide y propone sobre los territorios australes.

El proyecto del P. Walter estaba ligado a las invasiones inglesas australes, que, entonces, desvelaron a la Real Corona mucho más de lo que permitía su peso. Contaduría no disimula esta preocupación.

Se arbitraron recursos para las expediciones al sur (los famosos cien pesos), que permitieron viajes como el del P. José García y Vicuña. Los intentos de restauración de la misión de Nahuelhuapi no contaron con recursos, y ésta podría ser una de las razones para que se atrasara su ejecución. Las expediciones al sur se realizaron como aconsejaba don Antonio Narciso de Santa María: primero por los indios solos y luego acompañados de un misionero.

La villa de Chonchi no encontró en la Contaduría objeción, porque se hacía sin costo para la Real Hacienda, razón que pesaba muchas veces como definitiva en las reales resoluciones.

Finalmente, hay en el documento un tono dieciochesco o iluminista al separarse al fin de las consideraciones misioneras para insinuar "otros felices progresos a beneficio del estado".

Gracias al largo camino del mar y de la burocracia, y a la rapidez de Guill para proceder por su cuenta, este último proyecto misionero de los jesuitas va a ser una realidad bajo su dirección, y después de su partida una de las más constantes preocupaciones de la Corona, siempre deseada y nunca más llevada a término, a pesar de algunos serios intentos.

CAMINOS AUSTRALES A LOS CHONOS, A GUAYANECO Y AUN MAS ALLA

La responsabilidad mayor que caía sobre los débiles hombros de la isla de Chiloé era el camino del sur por los canales y el océano. Era una audacia salir a buscar establecimientos extranjeros en débiles piraguas por los canales, pero era más singular el viaje, en que los chilotos remaban y los indios chonos hacían de guías en el intricado laberinto de islas y canales, cordilleras y ensenadas. Los grandes barcos, con toda su capacidad, no eran capaces de aventurarse por el piélago misterioso, bajo la continua inclemencia del tiempo y de la lluvia.

Solían dirigirse estas expediciones a los archipiélagos de los Chonos y Guaitecas y a las islas de Guayaneco, al sur del golfo de Penas y de la península de Taitao. El camino de Chiloé a las Guaitecas se hacía de un golpe de viento, a mar abierto, y su duración no alcanzaba a un día. El viaje a Guayaneco era más aventurado, porque entrando por los canales se llegaba a la laguna de San Rafael y desarmando las piraguas las tramontaban al istmo de Ofqui o Deshecho, a hombro, y aun a veces sin destruirlas. Luego las echaban al río San Tadeo o Lucac hasta el mar.

Los objetivos del viaje eran misioneros y para evangelizar a los chonos, huaygüenches, taijatafes y calenches, en el caso de los viajes emprendidos por los religiosos. El gobierno local, el de Chile y el del Perú estaban atentos a la ruta del sur, que por ser única traía amigos y enemigos. Virreyes, Presidentes y Gobernadores o Generales estaban atentos a evitar cualquier establecimiento de extranjeros en las regiones que van desde los Chonos al Estrecho de Magallanes, por eso la ruta resulta un poco monótona. Es verdad que el camino del mar, fuera de los canales por Taitao y la península de Tres Montes, no era frecuentado, sino temido, y de él hay menos datos.

Las piraguas se preparaban para estos viajes, llevando en ellas víveres para seis o tres meses, calculando las raciones por individuos, las armas y la pólvora, vestuario y cosas más pequeñas. Todo esto iba en

un bote sin cubierta, expuesto a las lluvias. Los bogadores no tenían cómo protegerse de las aguas que los mojaban desde el cielo y desde el mar. Hombres hechos a esas contingencias, rara vez aparece en sus diarios la queja contra las inclemencias del tiempo o la nota de que aprovechaban las detenciones en puertos y ensenadas para hacer carpas y proteger sus víveres, vestuarios y armas. A veces en estos casos hacían fogatas para aprovechar su calor y para secarse y secar sus cosas, pero hasta las fogatas no se entendían con las lluvias incesantes. Admira la resistencia de esta gente, los pocos enfermos que se indican y las escasas muertes o pérdidas de navegantes. Cuando iba con ellos un religioso o misionero se ve que practicaban la religión, oían misa y en alguna ocasión se ve que se pierden ornamentos, hostias y otros objetos sagrados, o se mojan, quedando sin este servicio por pérdidas irreparables como las hostias.

Los alimentos solían pudrirse con tanta agua y no todos los expedicionarios eran capaces de hallar peces o mariscos que mejoraran la dieta.

Los diarios confeccionados por los jefes de las exploraciones se ocupan en primer lugar de los datos del día, estado del tiempo, algún rasgo humano, rara vez de las medidas geográficas, y algunos hablan de los mapas que van haciendo. Se nota a veces que se esfuerzan por cumplir las instrucciones secretas y las dificultades que lo impiden quedan de manifiesto. La conducta de la tripulación es comúnmente elogiada, y en un caso excepcional, el viaje de Francisco Machado, queda de manifiesto la falta de obediencia de la tripulación en forma discreta, que apareció más clara en el proceso a que se sometió a los participantes.

En estos viajes el avance al sur de Guayaneco queda siempre en cierta penumbra, que no es fácil de disipar.

La irregularidad de los datos que se poseen no permite hacer una narración de medida uniforme para cada una de las expediciones, porque junto a unas informaciones completas hay otras que no pasan de la noticia escueta.

El siglo XVII es más vago en la información, en tanto que en el siglo XVIII es abundante en instrucciones, diarios, mapas y correspondencia.

Parecería más lógico dividir en dos las expediciones: unas hasta los Chonos y otras a Guayaneco, pero no es posible, porque algunas cuyo objetivo eran los Chonos tuvieron que ir más al sur o porque los encargos miraban a ambos objetivos.

Se seguirá el orden cronológico, porque resulta más objetivo. Uno se pregunta finalmente, ¿serán éstas todas las expediciones o hay más? La respuesta es la misma de siempre: La historia (Clío) las sabe, el historiador no.

LAS CARTAS ANUAS DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

Las cartas anuas de la Compañía de Jesús formaban una especie de periodismo interno dentro de la orden. En ellas se daba primacía a lo que hacía noticia. No eran sensacionalistas, hablaban de las buenas noticias y evitaban las malas, que se comunicaban a los superiores por vía administrativa. Estas cartas, en su versión amplia, son ricas de datos, en tanto que las versiones que en su tiempo se dieron a la prensa se abreviaron con gran desmedro de lo pintoresco. No se conservan colecciones íntegras de las anuas, sino que hay que contentarse con lo que se salvó del diente roedor del tiempo.

Los datos que poseemos sobre las misiones de Chiloé son de los años 1609, 1611, 1612, 1613, 1614 y 1620.

Dice el anua de 1609: "Las islas de Chiloé, que es como un archipiélago, estarán de Santiago de Chile ciento y ochenta leguas. Vase por la mar del sur una vez al año, porque no hay más que dos o tres meses en que se pueda entrar y salir. Son las islas más de sesenta, distan las unas de las otras de una a cuatro o cinco leguas, y todas en distancia de treinta y cinco o cuarenta hacia el estrecho. Hay allí cerca noticia de otro archipiélago a otra tanta distancia de otra tanta gente en menos islas, con quien los primeros contratan y dicen que es una gente de poquísima capacidad. Estas y algunas otras personas que han pasado adelante dan noticia de muchas naciones que están la tierra adentro, hacia el estrecho, y dicen que es gente blanca y anda vestida, usan lienzo. Llevaron los padres orden de hacer diligencia y tomar más particular noticia de esto. Estos indios de Chiloé hablan la lengua de Chile, serán de diez mil o doce mil almas, algunas de ellas cristianas, pero sin conocimiento casi de Nuestro Señor, son de muy blandos y buenos naturales, suelen traer muchos de ellos a Chile a vender"¹¹.

En la carta anua de 1611 se halla una carta del P. Juan Bautista Ferrufino, donde explica la isla de Chiloé y luego pasa a hablar de los chonos: "La otra parte de la isla que mira al sur dista como doce leguas de otro archipiélago de islas, que llaman de los Chonos y Huilles, y quiso Dios consolarnos con enviar el cacique principal de aquellas islas, Pedro Delco, que juntamente es cabo y gobernador de ellas por el Maestre de Campo. El pensó venir a sólo a negociar sus negocios y no que Nuestro Señor lo enviaba para consolarnos y darnos luz de aquellas gentes y naciones. Pasó con un buen tiempo que le hizo ahora dos años, porque aunque son muy ordinarias y casi continuas las borrascas y tormentas de aquel mar, por estar casi siempre contrastada de los vientos y travesías. Era éste gran marinero, y todos aquellos isleños lo son en manera de conocer los tiempos y remar en sus piraguas. Llegó, pues, a un pueblo de indios a do estábamos en misión, y trajo con-

11 Documentos para la historia argentina, anuas, p. 22.

sigo cinco piraguas de indios e indias isleñas y de su servicio y un hijo suyo y otros parientes, y por ser él cristiano y haber tenido mucho trato con los de la isla grande, sabe y habla bien la lengua general de este reino, y así tuvimos comodidad de hablar con él a la larga e informarnos de todo aquel archipiélago. Traía juntamente consigo otro indio muy ladino en la lengua así mismo general, con el cual comuniqué yo muy a lo largo y por su buena habilidad y principalmente por la gracia de Nuestro Señor, que me quiso consolar. Intenté hacer un catecismo en su lengua chona, que es muy diferente y más dificultosa en la pronunciación que ésta general, y la acabé en un día y medio, traduciendo las tres oraciones y mandamientos y acto de contrición, y demás de esto todo el catecismo en preguntas y respuestas; lo que considerando después diversas veces he atribuido a particular merced y favor de Nuestro Señor, porque no parecía sino que el indio me penetraba el pensamiento, y lo que le quería yo preguntar y antes que yo acabase ni me supiese explicar, él me lo decía. Y después lo pasé con el mismo cacique y con otros y me dijeron que estaba bueno y se maravillaban como tan bien y tan presto se hubiese acabado.

“Vuelvo a mi punto que son innumerables islas las que hay hacia el estrecho, añadiendo el cacique que hay más de mil, casi todas pobladas de tres y cuatro personas cada una; que es tierra asperísima, no tan verde como la de Chiloé, pero más fría y estéril, no es cultivable, porque es casi toda breñas y riscos y que hay mucha riqueza de marisco y pescado, con el cual se sustentan los naturales de ella; y que de ordinario beben aceite de lobo, por la mucha abundancia que hay de ellos y mucha falta de agua dulce... Andan desnudos casi todos..., que los que están aquí más hacia la isla grande, en la primera que se llama Guaiteca crían algunos perros grandes lanudos, los cuales trasquilan a sus tiempos, y de aquella lana tejen sus vestidos... Tienen el cabello rubio y el color del rostro trigüeño, son afables, muy mansos y humildes, pero los huilles, que viven más hacia el estrecho van totalmente desnudos. Tienen las carnes negras (entiendo que es de las continuas injurias del sol y aguaceros y de las malas comidas, porque no comen más que marisco crudo). Tienen el cabello negro y gordo, como cerdas, son más broncos y groseros, aunque no son feroces, sino humildes y mansos. Sus casas son movedizas porque haciéndolas de un toldo de cortezas de árboles, dobladizas, las mudan cuando quieren. Suelen los más ladinos de los chonos irlos a maloquear, y se sirven de ellos, y aun los venden, o dan en don a otros. Y yo he visto algunos que no sirven más que de ojear pájaros, porque no entienden la lengua general, ni son entendidos en la suya. Oyeron los chonos que vinieron las cosas de Dios y gustaron mucho de ellas y nos pidieron que fuésemos a su tierra ¹².

12 *Ibid.*, pp. 110-112.

En la carta anua de 1614 se describe el viaje a los Chonos: "El P. Melchor Venegas y el P. Mateo Esteban han estado cerca de dos años en la provincia de Chiloé, navegando siempre por las innumerables islas, expuestas a casi continuas tempestades, sirviéndose ellos como medio de transporte de una pequeña canoa compuesta de tres tablas, y no clavadas con clavos, sino amarrada o cosida con una especie de sogas delgadas. Hay que combatir la tempestad no con velas, sino con remos. Hay que trasladarse de noche por la mayor serenidad del cielo y por la menor vehemencia de los vientos; lo que empero no dura mucho, volviendo pronto viento contrario y fuerte. No hay piloto ni instrumentos náuticos, pero muchos bajíos y toda la mar austral está llena de escollos. El vaivén de tan pequeño barco es terrible. Y sucede frecuentemente que, cuando el viento sopla un poco más fuerte, se llena el bote de agua y casi se va a pique, y los remeros salpicados por las olas quedan mojados hasta los huesos; lo que muchas veces sucedió también a los padres. A veces hay que remar contra ciertas corrientes de la mar, las cuales, al descuidarlas y no poder vencerlas, ocasionan peligro de muerte porque echan el frágil barco contra los bancos de arena o contra los escollos despedazándolo, y ahogándose todos. Otras veces pierden el rumbo los navegantes, alejándose sin quererlo del deseado puerto.

"Se resolvieron los padres a pasar de este archipiélago de Chiloé a otro llamado de los Chonos. Aprendió el P. Mateo Esteban la lengua de ellos de un modo muy singular, pudiendo componer en breve tiempo el catecismo, modo de confesar, gramática y vocabulario. La índole y el miserable estado de estos chonos describe el P. Venegas en sus cartas de este modo: No se encuentra agua potable, ni conocen siquiera lo que son frutos o frutas, si se exceptúa la isla principal, donde el cacique siembra una especie de grano. No conocen tampoco el ganado ni las aves ni otros animales domésticos, si se exceptúa otra vez el mismo cacique, el cual tiene algunas ovejas y uno que otro perro. De allí sacan algo de vestido, pero tan poco que los niños andan casi desnudos, aunque parecen ser españoles.

"Los jóvenes y adultos tienen una pequeña manta, que no cubre todo el cuerpo, por lo cual, calentada una parte del cuerpo, tapan otra para el mismo efecto. Como queda dicho, sacan toda su manutención de la mar, donde la recogen las mujeres, no haciendo en esto caso ni del frío ni del calor, ni si se encuentran bien o mal de salud ni si están en cinta ni si recién dieron a luz. El hombre mientras tanto está sentado en casa atizando el fuego o está buscando leña. Estas casas son ranchitos tan reducidos, que adentro hay que ponerse de rodillas, para no tocar arriba y su longitud apenas es la del cuerpo tendido. En los viajes llevan consigo estos ranchitos a manera de los egipcios. El suelo de las islas está cubierto de espesos y espinosos arbustos, y en tiempo de lluvia se convierte en charcos. Saliendo empero el sol por poco rato desaparece

el agua y la poca que queda se pone colorada como sangre y despiden mal olor”¹³.

Evangelizaron unos ciento veinte chonos y los que se escondieron, unos cincuenta entre grandes y chicos, forman toda la población del archipiélago. Los padres estuvieron tres meses en esta expedición a los Chonos y regresaron a Chiloé¹⁴.

En la carta de 1620 dice el P. Pedro de Oñate que no tiene noticias de Chiloé, pero que sabe que el apostolado de los misioneros se extiende hasta los Chonos.

Los misioneros se dedicaban a evangelizar, pero se sometían en todo a la condición de los indios: en sus casas, modo de vivir, medios de transporte, alimentos, y se puede exceptuar el vestuario que llevaban de fuera. Por eso en estos viajes usaban las piraguas indígenas.

VIAJE DE JUAN GARCIA TAO HACIA EL ESTRECHO DE MAGALLANES

La ciudad de los Césares fue objeto en el período colonial de innumerables viajes, que sirvieron para el conocimiento de la geografía. Tanto por la vía oficial como por la apostólica se ordenaron estas entradas durante los siglos XVII y XVIII.

En 1619 el Gobernador don Lope de Ulloa y Lemos ordenó dos expediciones: una terrestre a cargo de Juan Fernández y otra marítima encargada a Juan García Tao, “como a hombre práctico que había corrido todo aquel islambre”, dice Rosales, que narra esta expedición¹⁵. Además se conserva la relación en primera persona de Juan García Tao sobre su viaje, que halló Diego Barros Arana en unos papeles que fueron probablemente de Diego Flores de León. Francisco Vidal Gormaz en su archivo dejó una copia de este viaje anotada por él¹⁶.

“Salí —dice García Tao— de la ciudad de Castro a 6 de octubre de 1620 con tres piraguas y cinco soldados a hacer mi viaje” (no señala el número de indios que lo acompañaban). En medio de una tempestad cruzó el mar que separa Chiloé de los Chonos. Allí encontró al cacique Pedro Delco, que tan amigo era de los jesuitas, pero que se oponía al paso por sus islas y descubrimiento de la ciudad de los Césares para no perder su libertad. El mismo le mató a García el indio Millacar, guía y lengua (intérprete), que debía llevarlo a Caicof (Ofqui). Hizo que Delco lo acompañara ocho jornadas, donde terminaban sus dominios, pero le dio un hijo suyo llamado Pedro Gornel; pese a la traición de Gornel, pudo llegar a un río con cuarenta estados de hombre de alto

13 *Ibid.*, pp. 379-381.

14 “Pienso trasladar a los chonos más acá, donde con más facilidad se les pueda atender”. *Ibid.*, 383.

15 Rosales, *Historia General de Chile* I, 104.

16 ANS. A. F. Vidal Gormaz, vol. 9, pieza 16, fs. 12, con diez notas de F. Vidal Gormaz.

y que desaguaba con furia, se arriesgó, lo pasó y llegó a la laguna de San Rafael. Allí interrogó a los indios por los españoles que buscaba y le dijeron que más adelante en unas islas que se llamaban Guapash estaban los españoles blancos, rubios y vestidos de pieles, pero que llevaba poca gente, porque los habitantes de Allana y Guapash eran muy belicosos. Fue víctima de una traición, tramada por Pedro Gomel, que hizo que enviara tres soldados, que llevó el guía a la mar brava de donde salieron a Dios misericordia. García no quería desistir y al fin dividió sus fuerzas: hizo un fuerte y dejó dos españoles, el uno enfermo, y comida para la vuelta. Tomó dos piraguas y las varó por la cordillera, fiado en un río, donde cosió sus piraguas y se arrojó río abajo con tres españoles "y cada uno con seis yanaconas y yo con otro yanacona, éramos ocho de pelea, que los demás no eran más que para remar; salí a la mar y di en un bolsón de islas". Allí los indígenas lo recibieron con las armas en la mano, y viendo su valor, García les destruyó las piraguas para que no lo persiguieran y les rompió más de cincuenta bajeles. Cautivó catorce gandules y algunos indios buzos, los gandules para que ayudaran a remar y los buzos para que le sacaran algún marisco. No tuvo intérprete para que se entendiese con ellos, pero llevó los cautivos para que el Presidente se informase de ellos "de lo de por acá".

Nunca dice la gente que llevaba, ni siquiera ahora que afirma que no perdió a ninguno, sin acordarse del indio, guía y lengua, que le mató Pedro Delco.

Muy bien concluye Vidal Gormaz que Juan García Tao llegó hasta el archipiélago de Guayaneco y el grupo de las islas Wellington.

Regresó a la laguna de San Rafael y recogió sus compañeros y emprendió la vuelta el 10 de diciembre de 1620.

Es García uno de los viajeros que más lejos llegaron en sus navegaciones australes, y es uno de los que más indígenas encontraron en las islas australes en su viaje.

VOLVIENDO A LAS ANUAS

En las de 1629 y 1630 cuentan que "la misión más trabajosa que aquí en Chiloé tienen los padres es la de los chonos, gente más apartada del comercio de los españoles, más cercana al estrecho e inculta de cuantas hay en estas partes. Dividense en varias parcialidades esparcidas por muchas islas, como en el archipiélago de Chiloé. No tienen morada cierta, de continuo traen el hato a cuestras, mudándose con su familia de isla en isla a coger marisco, que es su ordinario sustento, sin tener otras chácaras ni sementeras; a que añaden beber el aceite de lobos, con que traen el color pálido, y a la causa viven lo más del año dentro del mar, porque les es fuerza buscar en él su sustento. A estas gentes bárbaras han entrado estos años los 'nuestros' varias veces apartándose de la ciudad de Castro más de treinta leguas hacia

el estrecho de Magallanes. Para facilitar el camino y obviar el riesgo de las travesías de mar, pasan un pedazo de cordillera muy 'agra', de más de catorce leguas, en que padecen excesivos fríos por estar muy llena de nieve y haber de hacer necesariamente su camino a pie. Después de la cordillera entran en un golfo de diez leguas, muy peligroso; luego en ensenadas de islas muy remotas"¹⁷.

Este cambio de ruta, tan desventajoso y duro, pudo deberse a que los chonos no querían ir a Chiloé para que no los cautivaran y por eso no quedaba otro recurso que el ir a su tierra. Tal vez esto mismo imposibilitó al P. Melchor Venegas para realizar la idea que exponía en el anua de 1614: "Pienso trasladar a los chonos más acá, donde con más facilidad se les pueda atender". El texto latino suena algo diverso: "Chonos, si potuero, huc adducam ubi facilius vivant".

VIAJES AUSTRALES DE 1639, 1641 Y 1660

Habiendo hecho una entrada hacia el Estrecho de Magallanes el alférez Diego de Vera, por orden del General don Bartolomé Galeazo de Alfaro, apresó un indio llamado Atapa, el cual dijo que hacia el Estrecho había españoles blancos, rubios y con barbas, que andaban vestidos al modo de los españoles de Chiloé¹⁸. Estas noticias de los indios solían alborotar a las autoridades españolas desde Chiloé al Virreinato del Perú. El General era el título que usaban los gobernadores de Chiloé en el siglo XVII¹⁹. Estos, como vigías de la desamparada región austral de Chile, a cualquier aviso de ciudades desconocidas, de hombres blancos, rubios y barbados, o de velas en el horizonte, ponían en marcha sus piraguas para averiguar la verdad de las mentiras de los indios que solían contestar positivamente a las preguntas de los españoles, sin preocuparse mayormente del alboroto que causaban. Muchas veces no parece sino que querían vengarse de verse sacados de sus tierras para que declarasen ante las autoridades. Los naufragios, las invasiones, cualquiera que fuera la época en que habían sucedido, vivían en la conciencia de España. Las autoridades se sentían responsables de los compatriotas para ayudarlos, de los extranjeros para expulsarlos y de los atrevidos navegantes para dominarlos por la fuerza de las armas. Los misioneros, en cambio, llevados de su fervor religioso querían llevarles la fe. Raras veces venían de España o de las altas

17 Ovalle, o.c. pp. 414-415.

18 Rosales, *Historia General de Chile*, I, p. 105.

19 "Además del cabildo secular tiene corregidor, que señala Gobernador de Chile, como también otro teniente general de gobierno, que es sobre todos, y él manda y gobierna a todos los soldados y milicianos: a éste llaman General de Chiloé". *Historia de la Compañía de Jesús en Chile* (1736), Colección de Historiadores de Chile, VIII, Santiago, 1874, pp. 364-365.

autoridades del reino de Chile o del virreinato del Perú las órdenes de investigar, con grandes navíos inhábiles para meterse en los canales innumerables o en el "islambre" (como dice el P. Diego de Rosales). Para los Generales o Gobernadores de Chiloé la única actitud práctica era adelantarse a órdenes que demoraban años en ir y volver, y enviar sus ágiles piraguas en exploración, y sólo en caso de tener noticias seguras enviar, también en piraguas, sus avisos a Valdivia y Concepción. Los chilotes, hábiles navegantes, se hacían a la mar en busca muchas veces de un embuste difícil de aclarar, pero era necesario estar vigilantes y más valía prevenir un mal rato que sufrirlo.

Bastó la palabra del indio Atapa para que el General Dionisio de Rueda, que entonces, en 1641, gobernaba Chiloé, preparara una expedición. Fue como capellán de ella el P. Jerónimo de Montemayor. Iba como piloto el Capitán Rodrigo Navarro. Llegaron al puerto de Pabellones, a la provincia de Pucaqui (isla San Javier), hallaron restos de un barco vizcaíno. Para proseguir el camino tuvieron que llevar las piraguas a cuestras y se dirigieron a la provincia de Allana y entraron en la provincia de los gaviotas en busca de datos y pelearon con ellos, pero como no entendían la lengua ni había quién se las interpretase, se retiraron²⁰.

Rosales, que conservó estos datos, dice que a una expedición que preparó el General Dionisio de Rueda fue como capellán el P. Juan López Ruiz, cuyo piloto era el capitán Rodrigo Navarro. Pasaron los Chonos ochenta hombres, en siete piraguas, con orden de proseguir hasta el Estrecho de Magallanes y no dejar diligencia por hacer para descubrir los famosos Césares. Pasaron por islas y golfos tormentosos, entrando por ríos y ensenadas se veían obligados a deshacer las piraguas y llevarlas en hombros, así como el matalotaje por montes y peñascos, lloviéndoles tres meses sin poder secarse la ropa. Dormían entre las rocas, y en una ocasión de éstas, subiendo en la noche el mar muy aprisa, corrió el P. Juan López Ruiz a avisar a sus compañeros y cuando volvió su toldo estaba anegado. Llegaron al grado 48, donde Rosales cree que estaba el Estrecho de Magallanes, que está en el grado 52. En la provincia de Guaposto hallaron unos indios en guerra con los indios gaviotas, y los expedicionarios les ayudaron y vencieron a los gaviotas, y les capturaron mucha gente que querían llevar al gobernador, y el P. Juan López los disuadió porque llevaban otro encargo. En la tierra de los "guapastos" hallaron los restos del naufragio del barco vizcaíno en el puerto de Pabellones. Exploró más al sur con una piragua, seis españoles y algunos indios, pero después de un encuentro con indios de gran estatura, volvieron. En este punto decidieron regresar, habiendo pasado bastante al sur del Golfo de Penas²¹.

20 Rosales, *Historia General de Chile*, I, 105.

21 Rosales, Vida del P. Juan López Ruiz, en *Fragmentos de la Conquista Espiritual de Chile*, MM (originales) 307, fs. 165-213.

Si fueron dos expediciones o una las que envió Dionisio de Rueda no es fácil dilucidarlo, pues las solas noticias que conozco son todas de Rosales en tres escritos suyos distintos.

Una nueva navegación se emprendió por orden del General Cosme Cisternas con algunas piraguas en demanda de los Césares "imposibles". Fecha esta expedición el P. Olivares en 1656²²; Fonck la pone en 1660²³. En esta expedición fue el P. Jerónimo de Montemayor. El motivo de este viaje fue hacer nuevos descubrimientos y hallaron la isla de Guaquilabquén, en los 47 grados, con un buen puerto capaz de muchas embarcaciones²⁴. De aquí nació la idea, al no encontrar nada, que su sitio debía estar al oriente, al otro lado de la cordillera, donde la buscaron Mascardi y Juan Velásquez Alemán²⁵.

El P. Mascardi en los años que estuvo en Chiloé, que fueron catorce (1656-1670), hizo un viaje a las Guaitecas a evangelizar a los indios australes. Rosales, en la vida de Mascardi, lo cuenta así: "Se le apareció San Francisco Javier y le dijo que fuese a convertir a los guaitecas, infieles que habitan hacia el estrecho de Magallanes, junto a las tierras de los gigantes. Envío al Gobernador de Chiloé al estrecho de Magallanes una piragua a ver si por allí se había perdido un navío, que no aparecía, y llevaba mucho interés y gente. Y no hallando rastro de él, vieron el de una nación de indios que habitaban junto a la ensenada de la Santísima Trinidad, y siguiendo el rastro hallaron mucha gente y, entre ella, unos hombres agigantados, que llaman caucau, porque en viendo gente daban grandes gritos, como de unos pájaros marinos que llaman caucau. Trajeron de estos unos treinta a Chiloé, para que el gobernador tomase lengua de ellos. Y el apostólico padre aprendió su len-

22 *Historia de la Compañía de Jesús en Chile* (1736), p. 389: "No obstante, el año 1656 envió el General Cosme Cisternas algunas piraguas al descubrimiento de los Césares".

23 Francisco Fonck, *Viajes de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi*, publicados y comentados por..., Valparaíso, 1900, p. 30.

24 Vicente Carvallo y Goyeneche, Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile, Colección de Historiadores de Chile IX, Santiago, 1875, II, p. 144.

25 Miguel Luis Amunátegui, *La cuestión de límites entre Chile y la República Argentina*, Santiago, 1880, tomo III p. 82: "Pero en estos tiempos, viendo que el camino de la otra banda de la cordillera era mejor y el más cierto, dejando los del mar que habían salido inciertos, y así mismo el camino que el año antes había descubierto por mar el capitán Juan Velásquez Alemán, gran piloto, enviado del general don Cosme Cisternas por mar, que, entrando en un río caudaloso de la costa, y dejando las embarcaciones, subió las cordilleras nevadas a pie con su gente; y cargando a cuestas la comida, se encontró con una laguna en 48 grados, que le pareció que era la de los Césares; y no teniendo con qué navegarla, se volvió, prometiendo de hacer allí embarcación, volviendo con más prevención de materiales y comida; y todo este viaje fue incierto y lleno de mil encuentros de dificultades". Este es un fragmento de uno de los tres capítulos de la vida del P. Mascardi, escrita por Rosales; en general, me parece que se asignan a la parte extraviada de la *Historia General de Chile*. Por este fragmento, se asegura que Velásquez hizo el viaje, que coincide algo en los datos del que asegura Carvallo que hizo Mascardi y del lago que descubrió, cuando fue enviado por Cosme Cisternas, sólo que de Mascardi sabemos por Carvallo que entró por el Corcovado y la laguna estaba en el grado 46. Todas las exploraciones llevaban cierto número de personas y hasta se podría aceptar que pudieron ir juntos, porque en estos viajes nunca se sabe quiénes iban, fuera de uno o dos.

gua y enseñóles los misterios de nuestra Santa Fe, y bautizólos a todos, y con el deseo de la conversión de los demás de su tierra, envió a ella a uno por mensajero, convidando a los naturales de ellas en tierras buenas para sembrar, sabiendo que allá no las tenían, y con otras comodidades, prometiéndoles todo agasajo. Y lo principal con enseñarles la ley de Dios y el camino del cielo. Y el mensajero, que ya era cristiano y bien instruido, les dijo tales cosas de la ley de Dios y del agasajo, que habían hallado en el padre, que les convenció a que dejasen sus tierras y se acercasen a Chiloé. Ellos lo hicieron y se vinieron a la isla de Guaiteca, no queriendo acercarse tanto a los españoles, que los miran como el fuego, que abrasa al que se acerca demasiado a él. Y avisaron al padre como allí quedaban alojados y con el aviso de San Francisco Javier se determinó a irlos a buscar, aunque estaban tan lejos de Chiloé, que había más de cien leguas y la navegación era peligrosísima”²⁶.

Fue a las Guaitecas “y él estuvo con ellos mucho tiempo”, aprendió su lengua, los convirtió, bautizó y casó a los que debían estarlo, según la ley de la Iglesia. Dejó enseñados dos hijos de caciques para que fuesen fiscales y en su ausencia enseñasen a los demás, y les hizo una iglesia donde se juntaban los domingos a oír misa y la palabra divina, y se volvió a Chiloé.

Rosales exagera la distancia de las Guaitecas, pero es interesante el modo de descubrir y conquistar a los indios, que narra en su vida de Mascardi.

BARTOLOME GALLARDO Y ANTONIO DE VEA (1674-1676)

Hay algo de misterioso en las noticias de las expediciones australes. Basta coger el hilo de una para que aparezcan otras y quede uno con la serie interrumpida de los viajes tomada de nuevo, sospechando que hay otros viajes, que no dejaron huella o que su noticia no ha llegado hasta nosotros. Hay viajes que se conocen por el nombre del piloto, del General que tomó la iniciativa, o por la fecha en que se verificaron; otros, en cambio, tienen información más completa en diarios, instrucciones, carteos de las autoridades y noticias de sus ejecutores. Dentro de estos límites tenemos que navegar entre la cordillera y el mar bravo, por los canales y las islas, bajo la lluvia intensa y el sol escaso para sentir con fuerza las aventuras de los hombres del mar.

Bartolomé Díez Gallardo y Andrade comienza su narración contando otras expediciones: “Por octubre del año pasado de 1673 bajé desde dicha provincia de Chiloé a la ciudad de Concepción, donde asis-

26 Rosales, *Vida apostólica y glorioso martirio del Venerable Padre Nicolás Mascardi, de la Compañía de Jesús*, capítulo VI. Manuscrito original en A.R.S.I., F. G. 850, 4, 18 fs. a 2 cols. La publicó el P. Guillermo Furlong en “*Anales de la Patagonia*”, Buenos Aires, 1945, I, pp. 196-235.

te el capitán general de aquel ejército para solicitar, como es costumbre en los que militan, adelantarse en puestos con qué servir más a Su Majestad. Habiendo vuelto a dicha provincia por febrero del año siguiente (1674) tuve noticia como habiendo llegado a ella un navío nombrado *Nuestra Señora de Begoña*, y por cabo el capitán Juan de Alamos, para vigear aquellas costas de orden del gobierno de estos reinos, no se atrevió el dicho cabo a ponerlo en ejecución, causa que obligó a dicho don Francisco Gallardo (gobernador y teniente de capitán general en la provincia de Chiloé) a enviar al sargento mayor Jerónimo Díez de Mendoza a que reconociese todo lo posible la costa desde Chiloé hasta el Estrecho de Magallanes, y habiéndolo puesto en ejecución e ido y vuelto con efecto, no se tuvo noticia, aunque se hicieron diligencias entre los indios que se apresaron, de que el enemigo de Europa estuviese en esas costas”.

Y aquí viene la historia de la noticia que da el indio prisionero y pone en marcha más de una expedición. Jerónimo Díez de Mendoza apresó algunos indios y, entre ellos, al cacique Talcapillán, que en abril de 1674, estando en casa de María de Cuéllar, en el fuerte de Chacao, tostando al fuego unas habas, que daban algunos tronidos dijo en su lengua y se le entendió: “Ya pelea el holandés (o los moros) con los caucahues”. Oyó esto María de Cuéllar y dio cuenta al General Francisco Gallardo, quien examinó al indio con otras personas de peso y hubo serias sospechas de que lo dicho por el indio era verdad. Y siendo bárbaro hizo un mapa de la población, que decía había hecho el enemigo de Europa en las márgenes del Estrecho. Este mapa fue enviado al gobernador del Rey, don Juan Henríquez, en octubre de 1674, “que fue el tiempo más cómodo para navegar a la ciudad de Concepción en un barco, que había fabricado”.

El General Francisco Gallardo hizo junta de guerra, apenas despachado el barco, en la que se resolvió enviar a una persona solvente con el indio Talcapillán por guía, con treinta infantes españoles y cuarenta indios amigos para reconocer los parajes de que hablaba el indio, donde estaban las personas que habían estado con él en la población, que había hecho el enemigo de Europa. Se le dieron siete piraguas y bastimento, todo por cuenta del General. Recibidas las instrucciones salió de Quilquico el 16 de octubre de 1674. Los nombres que da a los lugares geográficos Bartolomé Díez Gallardo han sido discutidos, pero de todos modos los vamos a señalar. De Quilquico pasó a Cochaf; de Cochaf, pasando la boca del Guafo, llegó a Incac, puerto de la isla Guaiteca. De Incac a una isla que bautizaron con el nombre de Javier. Fueron a Calcay e hicieron una barca de siete metros y medio para que fuera explorando el camino. Pasaron a Llacaun y luego a Tuada y en seguida a Cayaguden. De allí a Chulu. En isla que no nombra apresaron diez indios e indias. Continuaron su navegación por la isla de Cheldug y volvieron a la anterior y cautivaron dos indios. Preguntó a

la guía si conocía a los sobrinos de Pilgua Vecha y dijo que sí, que habían estado cautivos de los moros y que los indios caucahues se los quitaron y que del poder de los caucahues los había sacado su tío. “Adviértese que estos indios caucahues son los que llamamos gigantes —dice Gallardo— por ser hombres de estatura mayor que la ordinaria”. Dijo la guía que los caucahues peleaban con los moros, que los moros peleaban con un arma larga, que tenía un agujero en la punta por donde le echaban una cosa oscura, “que con estos moros había mujeres hermosas, que vestían cosa colorada y dio a entender que en las piernas traían medias y que en una isla llamada Cudutui había españoles de un navío que se había perdido”. Lo que admira es que en lugar de ir al Estrecho de Magallanes y recorrerlo entero, preferían averiguar de los indios una serie de datos vagos. Fueron luego a la costa del continente al paraje llamado Guachilu y de allí a otro, llamado Calatd, y en seguida a Daichilu y de ahí a otro, cuyo nombre era Chulpag (que Francisco Vidal Gormaz dice que es ensenada de Mecas) y a cuatro leguas encontró una laguna (es la laguna de San Rafael). Dejó aquí en guardia y custodia cinco piraguas, con cinco infantes y diecinueve indios amigos, y con tres embarcaciones y el resto, llevándolas media legua en hombros hasta un río, echó las embarcaciones al agua y navegó río abajo siete leguas. Hizo esto porque de la laguna salía una punta muy brava a la mar afuera y no quiso rodearla por lo larga, por los temporales, y porque al decir de la guía era imposible doblarla, y porque el camino elegido era más corto y fácil.

Envío a Juan de Alvarado por la orilla río abajo, con tres infantes y tres indios, hizo una emboscada y apresó al indio Aldayema. Se le hizo la eterna pregunta “si tenía noticia de alguna gente blanca”. Dijo que en paraje de Callanac (en tierra firme), donde había estado muchas veces, había hombres blancos, y que también los había en la isla de Ayauta, pero que no había estado allá. Planeó un ataque para capturar los indios, que citaba la guía, y tuvo éxito. Uños fueron por la costa de Guapeotoa, hacia el sur; otros a la isla del Cirujano y él a la isla Javier. El más noticioso fue el indio Balthasigua, que dijo que con el indio Cristóbal había estado en una población de hombres blancos llamada Callanac, había entrado y salido, había visto ají y sal, tenía muralla la ciudad y muchas piezas de artillería y, finalmente, el gobernador le había hecho regalos: un cuchillo, una camiseta y unos calzones. También aseguró haber estado en Ayauta, donde estaban haciendo una fortificación de piedra y un molino. Hacía cuatro años que había estado en ellas. En esas poblaciones, por causa de la muralla, tenían muchos indios y entraban y salían navíos y en Callanac estaban fabricando uno grande. Otro indio, Luillo, contó lo mismo. Díez Gallardo los llevó a ambos separados para que diesen cuenta al gobernador.

Como le habían dicho que en la isla de Cudutui había tres moros, un viejo y una vieja y dos negros y que vestían como españoles, que

se creía que eran de un navío salido de Valparaíso hacía diecisiete años que se llamaba *Santo Domingo*, envió en su busca al alférez Thomas Luiz en una embarcación con ocho infantes y nueve indios, y como no volviese salió en su busca con su ayudante Juan de Alvarado, un soldado y ocho indios, llegó hasta la isla de Llequelhue y no hallándolo y recelando algo, se volvió. Llegó Thomas Luiz a los veinticinco días, por los malos tiempos y falta de bastimentos. Había estado en una isla distante dieciocho leguas (Francisco Vidal Gormaz dice que estuvo en la isla de Ayantau, desde donde vio los Guayanecos). Tuvieron que comer las yerbas del mar para no perecer. Los indios le dijeron que en una isla, que estaba a seis leguas, estaban los españoles que decía la guía, y había tres anclas en la playa y los españoles y gente de las poblaciones solía ir a ellas, y que la población de Ayanta estaba a dos días y medio de aquella isla. Entonces decidió retirarse río arriba y dejó las embarcaciones deshechas, porque la gente de puro débil no podía llevarlas. Llegó a la laguna, donde había dejado cinco embarcaciones, y detenido por los malos tiempos, pudo emprender la marcha el 10 de enero de 1675, comiendo mariscos y cochayuyos. En Calcay se les escapó el indio Aldayema. A fines enero llegó al puerto de Chacao. Entregó al gobernador los indios apresados, menos cinco: el que se arrancó y cuatro que murieron. En Chacao halló al sargento mayor don Pedro de Oliviera, enviado por el gobernador del Reino para llevar las noticias del viaje y los indios más importantes. El General Francisco Gallardo entregó a cinco: Balthasigua, Luillo, Talcapillán, que sirvió de guía en el viaje, y los intérpretes Juan Mayles y Juan Aguaco. Los acompañó por su cuenta Bartolomé Díez Gallardo, el jefe de la expedición. El Gobernador de Chile los remitió al Virrey del Perú. Juan Aguaco quedó enfermo en Concepción, Balthasigua murió en el mar, a la altura de Arica. Hace notar Bartolomé Gallardo que su padre, el General Gallardo, a su costa hizo las embarcaciones y dio el bastimento y aún le quedaban deseos de servir al Virrey²⁷.

Francisco Vidal Gormaz dice que los estudios geográficos de Bartolomé Gallardo carecen de todo mérito por su poca preparación y exceso de credulidad²⁸. Su viaje fue la causa del de Antonio de Veá, en el que no faltó un puesto a Bartolomé Díez Gallardo, a quien cita varias veces en el decurso de su empresa.

Antonio de Veá es notable por su carrera de hombre de mar y por poseer un estilo solemne, por eso es menester poner aquí su biografía. Antonio de Veá empezó a servir en 1664 en la armada del océano y en el ejército de Flandes, con las plazas de alférez, capitán de infante¹

27 A.H.M.Ch. XI, 525-537. Expedición de Bartolomé Gallardo (1674-1675). Manuscrito en ANS, A, F. Vidal Gormaz v. 7, pieza 4, 19 fs. Carta de Francisco Gallardo, en copia notarial, sobre los antecedentes de la expedición de Bartolomé Díez Gallardo, su hijo, Chacao, 29 de octubre de 1674.

28 A.H.M.Ch. XI, p. 526, n. 1. *

ría, de reformado y capitán de la fragata *Nuestra Señora del Rosario*.¹ En 1671 pasó a mandar el navío *San Jorge*, que se destinó para la guarda de Puerto Bello y Cartagena, donde permaneció hasta 1674, en que pasó al Perú con licencia a curarse de algunos achaques, pero el Virrey lo detuvo allí y lo despachó en seguida a Chiloé el 30 de septiembre de 1675. Por esta época solicitaba un hábito, pretensión que apoyó el Consejo, pero que al fin no se le dio. Pero el Duque de la Palata le nombró en 1781 Almirante del Mar del Sur. De orden del sucesor del Virrey, había pasado a la Puná, de donde yendo navegando para Guayaquil, el 21 de marzo de 1693, le sobrevino un accidente que, siete días más tarde, concluyó con su vida.

El diario de su viaje es una mezcla de diario y cartas al Virrey don Baltasar de la Cueva, Conde de Castellar, donde su estilo tiene campo para extenderse, y vale la pena recoger el desafío: Alaba al Virrey por "la formación de una empresa heroica tan esclarecida y de tantas consecuencias al reposo prudente de los vasallos de Su Majestad, que pueblan estos reinos. Vivían cuerdamente, recelosos de la vecindad del pirata inglés; era esta persuasión una sombra que anublaba la paz que goza este reino en su retiro, el recelo obligaba a las precauciones, la incertidumbre enfriaba los bríos, los gastos eran forzosos por el dictamen de no exponerse a los reveses de la contingencia con la desprevenición. Trabajaban las armas en la disciplina militar y la duda era un nuevo modo de guerra sin término para estar siempre peleando, y perdiendo sin ofender al enemigo: las diligencias para salir de esta confusión fueron arduas; pero no hay desengaño que no costee sobradamente los riesgos de tenerle y éste retribuirá en todas las naciones del orbe a la empresa con que se ha conseguido tan cierta seguridad a los ánimos, tanto desembarazo y alivio al cuidado del gobierno, que le sobran premios para retribuirle en los frutos que ha ocasionado. Los trabajos que se padecieron copia la pluma en lo sucinto de esta relación, y no haber hallado con quién pelear muestra bien lo que hubo que vencer. Peleóse con toda la naturaleza de aquella región que, como tan exenta del imperio del sol, desenfrenadamente se desgobierna; no admite brutas huellas, cuanto más humanas, playas muertas y peñas vivas ciñen todo el terreno de aquellas costas, sirviendo sólo de indigestible paso a la voracidad de las olas. Todos estos peligros corrimos en la barca de César, llevando con nosotros el celo y piedad de Vuestra Excelencia, con que gozamos toda felicidad llevando (como atada a los timones) la fortuna, que por lucir su favor en medio de sus circunstancias apretaba las dificultades antes que las victorias; este reconocimiento trajimos entre las noticias de aquellos mares, islas y puertos".

Después de las dedicatorias, nuestro Antonio de Vea pasa a las causas de la expedición, ahora como diestro metafísico: "Por repetidas noticias que del Reino de Chile participó el gobernador y capitán general don Juan Enríquez al Excmo. Sr. Conde de Castellar, etc., y las

que al mismo tiempo dio el de Buenos Aires de haberse poblado y fortificado gente extranjera en esta parte del Estrecho de Magallanes, y haber despachado Cédula la Reina, Nuestra Señora, mandando se estuviese con todo ciudadano por las costas, por haberse aprestado tres bajeles emplomados en la isla de Londres, recelando vendrían a infestar este Mar del Sur. Determinó Su Excelencia hacer junta de guerra para resolver lo que más conviniese al servicio, en que se hallaron toda la Audiencia plena y cabos de mar y guerra de este reino. Y aunque algunos fueron de sentir (respecto a las evidentes noticias y mayormente por las más vivas que daba un indio llamado don Cristóbal Yancapillán) se prestase armada para irlos a desalojar antes que echasen raíces; y otros de la junta con más maduro parecer le tuvieron de que ignorando el paraje y altura no convendría hacer tan excesivo gasto (que no excusaría Su Excelencia en la certidumbre) mayormente ignorando el número y calidad de sus fuerzas, sin cuya inteligencia sería ajena ocupación de la guerra hacer prevenciones correspondientes a su ofensa: por cuya razón se resolvió prevenir un navío llamado *Nuestra Señora del Rosario y Animas del Purgatorio* y fabricar dos barcos luengos para que éstos fuesen por la costa desde Chiloé a este exploramiento, procurando traer lengua de estas voces, y el navío fuese de mar en fuera a reconocer la boca del Estrecho de Magallanes y viniese barajando la costa, reconociendo unas y otras embarcaciones, los puertos, ensenadas y caletas de todas ellas”.

Para este efecto Antonio de Vea recibió el nombramiento de Gobernador General de Mar y Tierra y Pascual Iriarte el de Capitán de Mar y Tierra del navío. La dotación fue de 100 infantes, 14 artilleros, 36 marineros y 12 grumetes. El bastimento para ocho meses. Se armó el bajel con 10 piezas de bronce: cuatro de ellas de ocho libras de bala, y seis de a seis. Partió del Callao el 21 de septiembre de 1675. Sin novedad llegaron el 30 de octubre a las puntas de Lacui y Godoy, donde al avanzar hacia la peña de Remolinos se encalló la nave en los momentos de la media marea y mejoró la situación con la creciente, y “al tomar la rada de Chacao, la revesa de la marea lo aconchó hacia tierra y le permitió embarrancar el buque y salvarlo de irse a pique”. Este accidente retrasó bastante el comienzo de las operaciones. Y la nave que tenía la obligación de explorar mar afuera hasta el Estrecho de Magallanes no pudo cumplir su cometido, porque las reparaciones fueron largas. Como los barcos largos y las piraguas debían ir por la costa de tierra firme, canales e islas se empezó a reunir las piraguas para la expedición.

Al momento de zarpar Antonio de Vea por la ruta de la costa, describe al Virrey su flota: “nueve piraguas con mis dos barcos, treinta infantes del país, *veinticuatro de los de mi cargo* y dieciséis marineros, que todos hacen setenta españoles y sesenta indios. Luego describe el matalotaje y continúa: “Esto, señor es para los veinticuatro infantes

de mi cargo, y la gente del mar referida, porque *la gente del país va abastimentada por sí*, repartiendo en cada piragua un hombre de mar para que maree sus velas, que con ellas han de hacer diferentes diligencias de las que han acostumbrado, porque son mejores embarcaciones de lo que yo había aprendido. Helas fortificado de cuberteras, bancos y regalas; andan mucho al remo, pero se quedan detrás de mis barcos, que han salido sumamente ligeros y buenos marineros, y lo mejor es que demandan menos agua que una piragua mediana”.

Zarpó del Astillero de Chiloé el 28 de noviembre, a las 12 del día. Fue a la isla de Quinchao, punta de Aguantao, isla de Chilín, pasó por entre Quegüi y Lemuy a la punta de Lebun, a la de Caylen, hasta la de la isla de Guachipín y al puerto de Colcao. Siguió a la punta de Chayao, isleta de Caulín. En la isla de Caulín se había resuelto hacer las amarras a las piraguas de una yerba llamada paupué, que es el cáñamo que usan, y estopa de que hacen la soguilla para coserlas de una caña llamada colío, por no haber restos de estos géneros en otra parte. “Luego que di fondo —dice— que serían las dos de la tarde, fueron todos los indios, aunque lloviendo a cortar los géneros referidos, y al anochecer ya tenía cada piragua un cable de tres cordones y su mena de cuatro pulgadas y quince brazas de largo”. Al día siguiente continuaron en la misma faena hasta concluir a las once. Se dirigieron a Leytec. Por el temporal descargó las piraguas y abrigó por los aguaceros que son muy continuados los bastimentos en tiendas de campaña, unas hechas con velas y otras hechas a este fin y resguardo de la gente. Hizo el escuadrón en este día y se componía de cincuenta bocas de fuego y treinta picas de indios del rey, soldados de Calbuco. Siguió por Llacay, a Chochobes, al puerto de Incac en la Guaiteca. Por aquí describe islas y canales y les va poniendo nombres. Añade que todo esto es inhabitado e inhabitable, pero hay muchos perros cimarrones de la costa. Es extraño que los comentaristas del *Anuario hidrográfico de la Marina de Chile* se impacientan siempre que el gobierno civil o los misioneros salen a buscar a los Césares, pero se entusiasman al hallar “quiltros”, porque confirman una teoría de R. A. Philippi sobre la existencia de perros en América antes de la Conquista. Seguramente tienen razón. El 7 de diciembre se alegra de una pesca de más de doscientos robalos grandes, que se repartió a todos los navegantes por igual. Continúa entre dificultades y peligros sorteando entre canales e islas la ruta austral y repartiendo entre islas y caletas todo el santoral. De vez en cuando anota grados, minutos y segundos. El 9 de diciembre se arrimaron, por observar el sol, las piraguas a una peña y hallaron cantidad de mejillones pegados a las peñas, en los que hallaron muchas perlas, y había también piures y picos de papagayo: “Este es regalado”, observa. El 15 de diciembre entró en la laguna de San Rafael y el lunes 16 cruzó la cinta de tierra que es el istmo de Ofqui, llamado también el Deshecho. En la laguna de San Rafael, que Vea llama de la Candelaria, eligió un sitio para formar un retén y

dividió hombres, barcos y mantenimientos, y hasta dejó instrucciones por si no volvía, y pide en carta al Virrey que si no vuelve "se sirva honrar a los que volvieren: pues los trabajos que hasta esta altura han padecido a mi vista, me ponen en la obligación de hacer este recuerdo".

A veces Vea se ve en la obligación de describir las penalidades de su fatigado viaje. El lunes 16 pasó el istmo de Ofqui para ver si podían pasar los barcos: "el camino es tan impracticable que aun para haber de ir un hombre resuelto, es menester por infinitos parajes largar el arcabuz, así por lo pantanoso, arboleda y raigones, tierra fofa, que a tolondrones a mucho trecho se levanta una vara y más del suelo, y lo bajo con agua, siendo necesario ir saltando de un palo a otro y por parajes es menester ir gateando, y a veces se atrae la tierra consigo a los hombres; algunos caímos en algunos parajes, que sobre maderas gruesas se ponían otros para ayudarnos a salir. Ella es tierra intrincadísima y es menester ir con hachas y machetes rozando cada paso que se da, que es un horror no echando pie que no se halle incierto; y asimismo una cuesta tan escabrosa, que los indios iban haciendo agujeros para afirmar los pies, que es forzoso por ser la tierra tal, y ayudado de las ramas se va pasando el trabajo que se deja considerar, donde no es raro el día se deje dos horas de llover, porque lo que es nieve en los altos, que a sus faldas habrá una legua, aquí es agua y granizo".

Del paso de las piraguas en tablones comenta: "trabajo y fatiga que sólo la continua con que viven estos indios, que son hijos de los montes y de la incomodidad, pudieron sobrellevarlo, tan mal sustentados, que su común alimento y aun el nuestro, aunque con alguna diferencia, es de un poco de harina de cebada, mal molida, espolvoreada en el agua que les sirve de comida y bebida. Ni es menos dificultosa la bajada del río San Tadeo: lunes 23 salí río abajo con increíble trabajo por la infinita empalizada de árboles atravesados en el río, que en medio de llevar las tres piraguas por delante con siete u ocho hachas, abriendo camino, a cada paso dábamos sobre los palos, y es misericordia de Dios que tenga poca corriente el río, que a tenerla fuera imposible pasarle; no obstante ya con palancas, ya aliviando la carga en otra piragua, íbamos adelantando los malos pasos que serán más de tres leguas con no pequeña mortificación por la fuerza del agua que acoquina a la gente, sin haber dejado de llover todo el día".

Cruzó el golfo de Penas y se internó entre las islas hasta el puerto de Purgatorio y el de Malaentrada a los 48 grados. No parece haber hecho mucho caso de lo que decían los indios capturados al efecto sobre establecimientos extranjeros, sino más bien de la naturaleza hostil y bravía que impedía toda vida humana. En la lámina, escrito de posesión que colocó en la isla de San Esteban (San Javier), dice que alcanzó los 50 grados, pero es sabido que en este viaje consigna más grados que los que recorre. El viaje de regreso fue el 9 de enero de 1676 y llegó a Chacao el 28 de enero.

Una parte de la expedición consistía en la exploración hasta el Estrecho por mar afuera. Este trabajo lo emprendió el capitán Pascual de Iriarte, que salió en el navío la *Santísima Trinidad* por no estar reparada todavía el 14 de enero la fragata *Nuestra Señora del Rosario*. Vea esperó su regreso hasta el 6 de marzo, y ese día llegó Iriarte con su navío. Traía una mala noticia, que a la altura de los 52 grados, en los Evangelistas había perdido el barco con dieciséis hombres: el sargento mayor Pedro de Villegas y otros.

Terminado su trabajo, Vea y sus compañeros regresaron al Perú²⁹. Vea hizo además un mapa de su expedición, que se conserva y ha sido publicado.

GUERRA DE ESPAÑA CON INGLATERRA

La guerra de España con Inglaterra, declarada en 1739, tuvo como objeto las posesiones americanas de España. Los ingleses prepararon dos flotas: una para operar al mando del almirante Vernon, en el mar de las Antillas, y la otra destinada al mar del sur y costas del Perú y Chile a cargo del almirante Anson. Como rival le puso España una flota a cargo del almirante José Pizarro. La flota inglesa tenía siete barcos: los navíos *Centurión*, de 60 cañones y 400 hombres, *Gloucester*, de 50 cañones y 300 hombres, *Savern*, de 50 cañones y 300 hombres, las fragatas *Pearl*, de 40 cañones y 250 hombres, *Wager*, de 28 cañones y 160 hombres, más dos embarcaciones menores, *Tryal* y *Ana*, y además 400 soldados de marina. La flota española tenía cuatro navíos y una fragata de línea, con 280 cañones y 3.000 hombres. Los nombres de las naves eran *Hermione*, *Guipúzcoa*, *San Esteban*, *Esperanza* y *Asia*.

La suerte de ambas flotas fue desastrosa. Llegaron en febrero de 1741 al Cabo de Hornos, que fue el comienzo del desastre.

La *Wager* naufragó el 14 de mayo de 1741 en la parte norte de las islas de Guayaneco, el *Centurión* sufrió un temporal a la altura de Chiloé, que le despedazó las velas, le rompió varios obenques y lo tumbó a babor. El *Savern* y la *Pearl* no pudieron cruzar el Cabo de Hornos y se volvieron a las costas del Brasil. Meses más tarde, el *Centurión* llegó a las islas de Juan Fernández, habiendo perdido cerca de 300 hombres. Allí lograron juntárseles el *Gloucester*, que había perdido una cantidad semejante de la tripulación, y el *Tryal* y el *Ana*, que había perdido la mitad. Esta última se había refugiado en el puerto de Inche durante dos meses, sin que tuvieran noticia las autoridades españolas hasta que apareció en la relación del viaje del mismo almirante. Anson, con los sobrevivientes, que no llegaban a 400, tripuló el *Centurión*, el *Gloucester* y el *Tryal*, y echó a pique el *Ana*, por no tener con quiénes tripularlo. Recorrió las costas del mar del sur saqueando y capturó el

29 A.H.M.Ch, XI, pp. 539-596. Texto anotado de la expedición.

galeón de Acapulco, y habiendo echado a pique el *Gloucester* y el *Tryal*, regresó a Inglaterra en el *Centurión* el almirante Anson el 15 de junio de 1744.

Las naves de Pizarro no tuvieron más fortuna. *Hermione* se hundió en el Cabo de Hornos, *Guipúzcoa* se estrelló en las costas del Brasil, *San Esteban* varó en el río de la Plata y fue dado por inútil, *Esperanza* cruzó el Cabo de Hornos y llegó al Mar del Sur y se quedó por sus averías, prestando escasos servicios. Sólo el *Asia* regresó a Europa al cabo de cinco años.

Chiloé fue escenario de dos episodios de esta guerra, si guerra puede llamarse, que fueron el naufragio de la *Wager* el 14 de mayo de 1741 en las islas de Guayaneco, cuya descripción se debe a John Byron, abuelo del poeta³⁰, que en dos de sus obras recordará esta aventura de su antepasado³¹. Por la narración del viaje de Anson supo el gobierno español que el pingue *Ana* había invernado en 1741 en un puerto de los Chonos, llamado Inche, según los ingleses, en la isla de San Fernando de Tenquhuen. Tres expediciones se enviaron por estos motivos. La primera en 1743, por el Gobernador Juan Victorino Martínez de Tineo, al mando de Mateo Abraham en busca de los despojos de la fragata *Wager*³²; la segunda por Antonio de Santa María, gobernador también de Chiloé, a cargo del ayudante Manuel Brizuela, que salió el 21 de marzo de 1750 y regresó el 11 de junio del mismo año³³, y la tercera a cargo de Mateo Abraham para hacer un fuerte de madera en la isla de Tenquhuen y que salió el 5 de octubre de 1750³⁴.

De la única expedición de que hay información más completa es de la segunda, la de Brizuela, porque escribió éste un diario de su viaje. Del primer viaje hay algunos datos, y del tercero sólo se sabe la partida, los participantes y el objeto.

El naufragio de la *Wager* fue conocido en Chile porque los naufragos llegaron a Chiloé después de incontables aventuras y por cortesía de los indios chonos, a algunos de los cuales los ingleses encontraron bonitos, tal vez por gratitud.

El Gobernador Juan Victorino Martínez de Tineo envió una expedición a recoger el botín de la fragata. Iba a cargo de ella el alférez Mateo Abraham. Singular personaje este Abraham: pasa en los docu-

30 *Relato del Honorable John Byron, que contiene una exposición de las grandes penurias sufridas por él y sus compañeros en la costa de la Patagonia desde el año 1740 hasta su arribo a Inglaterra en 1746... y además una Relación de la pérdida de la fragata Wager, de la Escuadra del almirante Anson*, Traducción de José Valenzuela D., Santiago, 1901, 155 pp.

31 Byron, o.c., p. XIII.

32 La expedición de Abraham, que es muy famosa, es conocida indirectamente. Cfr. C. G. 701, fs. 7 r. y v. Testimonio de los efectos sacados de la *Wager* y carta al Presidente, dando cuenta, escrita por el Gobernador de Chiloé, don Juan Victorino Martínez de Tineo, Chacao, 9 de marzo de 1744, que dice que lo envió con once piraguas y 160 hombres.

33 Carta del Gobernador de Chiloé, don Antonio N. de Santa María, al Rey, Chacao, 20 de octubre de 1750. MM. v. 270, fs. 633-640. (Copia de AGI 110, 4, 27, numeración antigua).

34 Cfr. carta anterior de A. de Santa María.

mentos por inglés convertido, su apellido fue transformado en Edwards o algo semejante. Su vida se conoce por causa de su hijo, que andando tras una encomienda dio los datos de su padre, al cual algo debía conocer, porque tenía veinte años cuando falleció su progenitor. Mateo Abraham Evrard nació y se crió en Flandes, hijo legítimo de Francisco Evrard, caballero de la orden de San Juan, del Consejo de Su Majestad, y de doña Angela de Mores Casanova; los datos de su carrera que se dan son los siguientes: en el Perú, en tiempo de don José de Armendáriz, Marqués de Castelfuerte, participó como alférez y segundo teniente en la captura de los navíos holandeses *San Luis* y *Pichilingo*, y los llevaron al Callao, bajo el mando del General don Juan de Bastos. En Chile, en tiempo de Cano de Aponte, con motivo de la sublevación de 1723, participó en una de las campañas contra los indios como alférez de caballería. En Chiloé, en 1743, fue nombrado alférez de infantería del fuerte de Calbuco, donde sirvió cuatro años. El Gobernador Martínez de Tineo le ordenó que fuese a Guayaneco por los despojos de la fragata inglesa *Wager*, naufragada en 1741. El hijo equivoca el número y dice que fue con quince embarcaciones y 150 soldados y caciques. Regresó y entregó el botín que había podido traer. En otra ocasión se le envió a Carelmapu para construir el fuerte de San Francisco Javier de Maullín, contra los indios bravos de "Junco", y lo hizo con torre, portada y foso. En 1747 fue ascendido a sargento mayor de la plaza del Chacao y capitán de infantería de milicias. En el gobierno de Antonio de Santa María fue enviado a los 45 grados y minutos con tres piraguas para demarcar aquellos lugares, sondar sus puertos y construir el fuerte de San Fernando de Inche. Construyó después el fuerte de Castro, repartió y disciplinó sus milicias, dirigió la reparación del fuerte de San Miguel de Calbuco y falleció en 1764 en su cargo de sargento mayor. Había contraído matrimonio en Chiloé con Clara Gallardo y Alvarado, y tuvo un hijo que llevaba el nombre de José Antonio de la Cerda, alférez de caballería del fuerte de Chacao³⁵.

El diario del viaje se puede reemplazar con algunos datos recogidos por la *Historia geographica e hidrographica*³⁶. Salió con once piraguas y ciento sesenta hombres, con víveres para seis meses. Por la boca del río San Tadeo salió al Golfo de Penas Abraham Eluard. En la caleta de Dequelhue surgió el mencionado Abraham y está en la laguna de San Rafael (lo llama lago). Fortín de Nuestra Señora de Mercedes está en el istmo de tierra que une la península de Tres Montes (alias de Taytao) con el continente de la Serranía Nevada. Levantóle Abraham Eluard en su viaje una capilla de Nuestra Señora de

35 ANS, Real Audiencia v. 1500. José Antonio de la Cerda se opone a las encomiendas de Dalcapulli y Carelmapu y da los méritos de su padre. Es interesante rectificar el nombre, la nacionalidad y la religión. Es frecuente que lo llamen Abraham Edwards, inglés convertido. Otras veces se le llama Eluard. Cfr. Abraham de Silva Molina, *Historia de Chiloé* IV, 227.

36 R.Ch.H.G. tomo 57, n. 61, 1928, pp. 318-333, y tomo 58, n. 62, pp. 305-337.

las Mercedes. El terreno del istmo se llama Dequelhue y tiene 80 varas de elevación sobre el lago. A este paraje levantó el dicho Abraham su piragua y desarmándola la condujo en piezas legua y media hasta el río de San Tadeo, donde la volvió a formar. El fuerte se supone ya demolido. Después del Golfo de Penas encontró los farallones en que naufragó el *Gulguel* de la escuadra inglesa de J. Anson. En la isla grande de Guayaneco, en una caleta abrigada a la parte del oeste que mira al sudoeste, en la cual dio fondo Abraham Eluard, quien puso en la isla dos fortines sobre dicho puerto, que ya se suponen demolidos. En la boca del río de los Caucaos, que desagua en la bahía de Caucau, viven los caucos sobre la costa. De ellos convirtió y redujo muchos Abraham Eluard, los llevó a Chiloé y les dio población.

A su regreso dejó cuatro de las once piraguas en un lugar por donde forzosamente han de pasar a Guayaneco. No tuvieron desgracia que lamentar. Las cosas que trajo de la *Wager* Abraham fueron: catorce cañones, diez de fierro de a seis de calibre, cuatro de bronce de a tres de calibre, un anclote, al parecer de seis quintales, un yunque de más de dos quintales, ciento trece balas de cañón, mil y más balas de fusil, dos pedazos de plomo gruesos, tres calderas de cobre inútiles (que aprovechó en cucharas y en guarecer el muñonaje de la artillería y ha quedado una caldera y un pedazo), dos quintales y tres arrobas de fierro, en éstos se incluye una bigornia, veinte libras de acero. El gobernador Martínez de Tineo dice que por lo incómodo de las piraguas se perdieron muchos víveres y no fue posible conducir más efectos: catorce cañones, el fierro que venía por lastre, cables y más jarcias, con muchas anclas, habiendo dejado dos en la playa, que privó de conducir su tamaño. También originó la falta de víveres dejase cuatro de las once piraguas. Esto hace más fácil repetir la acción, pero pondera las dificultades de la provincia, lo que se necesita, etc. El gobernador declara que le admiraron los cañones de bronce "sin que parezca exceso de ponderación no he visto artillería más perfecta por su delicada hechura".

El gobernador dio un bando prohibiendo pasar por el sitio del naufragio en tanto no se envíe una expedición para acabar de recoger las especies ³⁷.

La segunda expedición provocada por Anson fue al puerto de Inche, por el estupor causado en la Corte de Madrid al leer en el relato de Anson, ya publicado, las excelencias de este puerto y las exhortaciones a la corona inglesa para que tomara posesión de un puerto tan bueno, en que había invernado el pingue *Ana*, uno de los barcos menores de su flota. El gobierno de Madrid envió traducido el texto mismo de Anson. El 30 de enero de 1750, en Concepción, el Presidente Domingo Ortiz de Rozas dio un decreto que en antecedentes no deja nada que desear: carta del Marqués de la Ensenada con instrucciones para poblar Juan Fernández y el puerto de Inche, Aranjuez, mayo de

37 ANS. C. G. 701, f. 7.

1749; carta del Virrey del Perú, sobre lo mismo, de 12 de noviembre del mismo año; recados del jefe de la escuadra, Francisco de Orozco, llegado a Concepción el 30 de diciembre del mismo año, y siguen todas las órdenes sobre el puerto de Inche, se designa la fragata *Esperanza* para todos los reconocimientos, ordena ocupar los sitios: puerto de Inche, canal de entrada, y permanecer en él hasta fines de mayo o principios de junio; ordena llevar chilotes o pescadores que pueden conocer por menor puertos y fondeaderos, y que al fin se ocupe y pueble el puerto de Inche; se piden planos de todo aquello y nada queda por ordenar³⁸. La fragata *Esperanza* se salvó de exponerse a tantos peligros, y luego de llegar desarbolada y en malas condiciones, siguió la ruta de Juan Fernández, y Chiloé, como siempre, quedó a cargo de la empresa³⁹.

La fragata *Esperanza* no hizo el reconocimiento de los Chonos, por lo cual decidió el gobernador Santa María enviar al ayudante Manuel Brizuela con dos piraguas y 35 hombres; el alférez de infantería Martín López, ocho soldados, veinte caciques de las reducciones de Calbuco y Abtao, dos de los Payos y tres indios chonos. Partió de Chacao el 21 de marzo de 1750 y siguió la ruta a Pugulmun, a Queil, donde añadió una piragua mediana, siguió a punta de Apabón, de allí a Puerto Queilen, donde despidió a los milicianos de la piragüilla y pidió indios bogadores hasta Kaylin. Siguió a puerto Quilat. En Kaylin leyó la instrucción a Martín López, alférez que debía acompañarlo, y despide la piragüilla. Continúa a San Pedro en la isla Guamblin, al puerto de Ayantema. Pasa el golfo de la Guaiteca y llega a Puquitín, en la isla de la Guaiteca, que es la mejor de todo el archipiélago. En Popaine embarca al indio chono Domingo Guempal, el principal práctico de Tenguéguen. Sigue a la boca de Maverrey, atraviesa la de Palguaguen, se dirige a Ir-case, a la isla de Caunau, a la de Correnec, donde hizo pastar a los carneros que llevaba, por hallarlos muy maltratados. Continuó al paraje de Guenues, a Puerto Bueno junto a la mar brava, a la boca de Guamblin, a la isla Ihechec, a la boca de Guesaguen, a un punto de la cordillera llamado Cucac, siguió a una boca que da a la mar brava, que se llama Tenac, inmediata al puerto donde fondeó el inglés, y llegó a la isla de Casnau. Con precauciones, por temer la presencia de barco extranjero, entró al puerto inglés con sus dos piraguas, la mediana y la grande. Tomó posesión de la isla con solemnidad, plantando una cruz y poniendo las armas de Castilla en el lugar. Quiso poblar, pero por muchas razones se disuadió de hacerlo en ese punto. Se puso a recorrer estas islas y las describe. Al fin decidió poblar en la isla Caichilu, donde había acuartelado. Pasó muchos días haciendo una casa. Al terminarla hizo una ceremonia, tomando posesión en nombre del Rey de España, con discursos, vivas y arcabuzazos. Puso por testigos a todos los expediciona-

38 ANS. C. G. 385, fs. 177-178.

39 MM. 187, fs. 101-108, Carta de Ortiz de Rozas al Rey, 24 de diciembre de 1750, donde cita carta suya de 28 de septiembre sobre lo mismo.

rios que eran 35. Renunció a hacer otra casa por estar escaso de bastimentos y declaró que no podía invernar en ese sitio, a pesar que en la toma de posesión había declarado que la finalidad del viaje era para poblar. Para cuidar la casa dejó a Pedro Sánchez, soldado de caballería, y al cacique Diego Laiquen, con provisiones para pasar la internada. Terminada con esto la expedición, regresó con el resto de los expedicionarios. Al tomar puerto en Caylan, después de la travesía del golfo de Guaitaca, recibió un propio que iba a buscarlos, porque había corrido la noticia "que éramos ahogados". El 11 de junio entraba en Chacao, habiendo cumplido lo mejor que pudo su cometido⁴⁰.

El juicio del Gobernador de Chiloé sobre el viaje de Brizuela es favorable y bastante extenso. Dice este Gobernador Santa María en su carta al Virrey del Perú: "Le remito el diario que hizo el Ayudante (Brizuela) en esta navegación, que es un verdadero informe de lo que es aquel paraje poblado (por la casa que hizo) y todo el archipiélago, por el cual verá Vuestra Excelencia, los yerros que tiene el que le di en 30 de enero, y lo mucho que cuesta hacer esta navegación en estas ruinas piraguas... También remito a V. E. el plano del puerto de Inche y Tengueguen, que está sacado según la demostración y relación, que dio dicho ayudante y los demás que vinieron con él". Y señala los errores de la información de los ingleses sobre esta región⁴¹.

La necesidad de ver si en el archipiélago de los chonos habían internado navíos, y además la necesidad de reforzar el puesto que había dejado Brizuela, movió a Santa María para enviar a Mateo Abraham Evrard. Salió del puerto de Chacao el 5 de octubre de 1750 con tres piraguas y 42 hombres de tropa arreglada, caciques de Calbuco y prácticos chonos. Llevaba encargo de hacer un fortín de madera en la isla poblada, llevando para ello herramienta necesaria. "Este fuerte quedará guarnecido con un oficial, seis soldados, dos caciques y un práctico chono. Al oficial le di de mi mano las instrucciones necesarias para su mejor gobierno y qué debe hacer en caso de enemigos y para que se pueda mantener y dar los avisos que convengan mandé se les deje una piragua y bastimentos para seis meses para mantener así la posesión hasta que V. E. resuelva otra cosa como Capitán General, a quien doy cuenta de todo"⁴².

Domingo Ortiz de Rozas, en carta al Rey, de 24 de diciembre de 1750, después de haber hablado del diario y mapa de Brizuela con el elogio que dio de él Santa María, prosigue: "Reflexionando el Gobernador de Chiloé el notable defecto que tiene el diario y plano adjunto por no haber observado el práctico los grados de latitud en que se hallan las islas reconocidas del archipiélago y sus principales puertos y la importancia de esta diligencia impracticable por la fragata *Esperanza*,

40 Diario y derrotero que hace el ayudante Manuel Brizuela... MM. 270, fs. 641-667.

41 Carta de Santa María al Virrey, Chacao, 24 de octubre 1750. MM. 270, fs. 633-640.

42 Cfr. carta de la nota 41.

determinó enviar (y de hecho salió el día 5 de octubre) al sargento mayor don Mateo Abraham... Luego que me remita el nuevo plano que está ejecutando dicho don Mateo Abraham lo pasaré a las reales manos de Vuestra Majestad”⁴³.

El Virrey, Conde de Superunda, en carta al Marqués de la Ensenada, Lima, 20 de diciembre de 1750, dice que habiéndose perdido en las Guaitecas un navío inglés, del almirante Anson, consultó el gobernador de Chiloé a él mismo, cuando era Gobernador de Chile, si sería conveniente pasar a recoger la artillería para usarla en los fuertes de la provincia. Se encargó esta diligencia al sargento mayor don Mateo Abraham y “logrado su intento útilmente levantó, con su inteligencia y la ocasión de haber hecho dos viajes a estos fines, un plan de todo el archipiélago, que comprende hasta el Estrecho de Magallanes, el que me remitió ahora y lo dirijo así mismo a manos de V. E.”⁴⁴.

Conviene advertir que la población de la isla de Caychilu fue muy pronto suprimida⁴⁵.

43 Cfr. carta de la nota 39.

44 Carta del Virrey Conde de Superunda al Rey, 20 de diciembre de 1750. MM. p. 270, fs. 630-632. La personalidad de Mateo Abraham Evrard es notable en los papeles de la época y he aquí un resumen del Consejo de Indias (AGI, Indiferente General 412) que da una idea que puede proceder de los diarios de Abraham, tanto de 1744 como de 1750. “El archipiélago estuvo incógnito y fuera de la noticia de los cosmógrafos hasta el año pasado de 1750, creyendo los antiguos el archipiélago al este de la isla la grande, en la altura de las 40 islas; y por la espesura de las islas de este archipiélago por la costa del oeste y mucha nieve que cubre sus rocas y collados, han creído todos los viajeros ser tierra continente contiguo con la sierra nevada; pero habiéndose perdido un navío nombrado el *Gueiguel* (*Wager*) de la escuadra del corsario inglés Jorge Anson, que, con un tiempo fuerte, desarbolado, se echó a varar en las rocas de las islas de Guayaneco; y sabiéndose de este naufragio por el capitán, que con tres hombres llegó a Chiloé en una canoa, después de un año de esclavitud entre los indios bravos de aquellas costas, y que el barco había quedado entero con toda su artillería y anclas, se mandó por la Capitanía General de este Reino, saliese Abraham Eduard, inglés de nación, pero reconciliado y pasado tiempo de muchos años en Chiloé, en solicitud del dicho navío naufragado, para aprovechar los cañones y herrajes, lo que se consiguió por la gran pericia del dicho Abraham Eduard en la arte náutica. Con la ocasión de este viaje, registró el mismo Abraham en el expresado año de 1750 todo este archipiélago, marcando y reconociendo todas sus islas y canales, lo cual pudo ejecutar prolijamente, respecto de haber gastado en esta empresa dos años. Su primera salida fue el año de 1749 (sic) por la costa del oeste del archipiélago, entrando por todos sus canales, en el cual viaje levantó el fuerte de Aychilu, desde el cual tomaba sus derrotas y en este viaje corrió hasta la punta de Tres Montes, la cual no montó por ser muy brava, y que en opinión de algunos excedía al Cabo de Hornos; el año siguiente, tomando noticia de algunos indios de las Huaytecas, del golfo que corre entre el archipiélago y el continente, emprendió el viaje por el dicho golfo, navegando hasta el lago de San Rafael, desembarcó en el istmo, cuyo terreno elevado se llama *De Quellhue*, reconociendo la costa del río de San Tadeo, deshizo la piragua y la levantó a la cumbre, que tiene ocho varas de elevación, la condujo por tierra cinco cuartos de legua, y la volvió a unir en el dicho río de San Tadeo, por cuya boca del sur salió, y llegó a las islas de Guayaneco, donde levantó dos fortines, y después de sacada la artillería entró a la ensenada de los caucacos o caucaces, tuvo con ellos algunos parlamentos, y reducidos muchos, los trajo consigo a Chiloé”.

45 La memoria de Gobierno de Superunda (Memorias de los Virreyes que han gobernado el Perú, Lima, 1849, tomo IV, 282-283) cuenta que se hizo la población de Inche y se dejaron hombres para que la mantuvieran (32), pero por las dificultades se hizo retirar la mayor parte de la gente y, finalmente, destruirla y que se retiraran los seis hombres de

RECONOCIMIENTO DE INCHE Y PUERTOS DE LAS GUAITECAS EN 1763

El Gobernador de Chiloé, Juan Antonio Garretón, envió al reconocimiento del puerto de Inche y de la costa del sur al ayudante de milicias José Domínguez, con buena disposición de aperos y bastimentos, con instrucciones, en una embarcación, con dieciocho hombres entre indios y españoles.

Se conservan en expediente el costo de bastimentos y herramientas y su numeración, las instrucciones dadas a Domínguez en Chacao, el 18 de febrero de 1763. El oidor Concha pide a Guill y Gonzaga que dé orden a Garretón para que luego que concluya su campaña el ayudante José Domínguez envíe la relación de las noticias que hubiere adquirido en la costa y parajes que haya reconocido. Como no se hallan estas noticias, hay que contentarse con lo que pedían las instrucciones.

Le manda observar mucho a los indios, sobre todo si hablan con otros indios. Que procure pasar el golfo de los Guafos sin tocar puerto. Que al terminar el paso del golfo se dirija al puerto de Puquítin y después al de Asunción. Le ordena llevar un diario de la navegación. Recelo y precauciones con el enemigo: modo de desembarcar, de hacer el fuego. Deben ir a la bahía de Maverey (Maucrey), luego a Guermaguen y al puerto de San Diego. Continuar al sur tocando la bahía de Palgualaguen y el puerto de San Martín de Mañez y a las islas de San Trifón y registrar el puerto del lueste. Deben ir observando desde las alturas al llegar a la bahía de Tengueguen y puerto de Apiley (alias el del pingue inglés). Reconocer el paraje y pasar al puerto de la isla de San Fernando, donde se construyó el fuerte de este nombre. A su regreso se le prohíbe comunicar cosa alguna y debe entregar el diario. Si encuentra al enemigo le encarga que huya y si lo apresan le advierte las mentiras que debe decir a los enemigos, después de haber echado al mar las instrucciones con peso proporcionado⁴⁶. El riesgo más grande de esta expedición fue el enviar una sola piragua, porque estaban siempre en el peligro de quedar sin medios de salvarse o de regresar en todo o en parte en las posibles dificultades.

LOS INDIOS CAUCAHUES Y LA NAVEGACION DEL PADRE JOSE GARCIA

El origen del viaje del P. José García al sur en demanda de indios residentes al sur del Golfo de Penas se remonta al viaje del sargento ma-

trova, los dos caciques y los dos indios prácticos. Y Su Majestad lo aprobó, habiendo leído la cuenta del Virrey de 20 de marzo de 1751. Sobre esta población de la isla de Tenquehuén se puede ver el expediente, que existe en ANS, C.G. v. 385.

46 ANS, C.G. 710, fs. 128: Carta de Garretón, Chacao, 18 de marzo, 1763. Ibid. fs. 129-130, Instrucciones a Domínguez. Ibid. fs. 131-132. Gastos, Ibid. fs. 133, lo que dice el oidor fiscal

yor don Mateo Abraham en busca de los despojos de la fragata *Wager*. El plan del P. Juan Nepomuceno Walter para la conquista misionera del sur insular y continental a ambos lados de la cordillera empieza con la misión de los caucahues y el modo como fueron descubiertos. "Con ocasión de haberse perdido en altura de cuarenta y siete grados un navío inglés de la escuadra, que comandaba Jorge Anson, noticioso este gobierno de Chiloé de dicha pérdida, hizo despacho a registrar aquellos mares, y con este motivo se descubrió casualmente la nación de indios caucahues, los que reconocidos son mansos y apacibles y que con facilidad se podrían atraer al gremio de la Cristiandad. Fueron reducidos a ella por el P. Pedro Flores, quien en compañía de los soldados, que fueron a dicha expedición, los trajo y condujo a esa provincia de Chiloé, e informado el gobernador de ella ser gente que prometía esperanzas de sujeción y obediencia a Nuestra Santa Madre Iglesia, fueron admitidos por vasallos de Su Majestad, y como a tales se les señaló para que poblasen la isla de Kaylin, una de las últimas de este archipiélago"⁴⁷.

Describe luego la obra que con ellos se ha hecho, y cómo se encargó de ellos el P. Francisco Javier Esquivel durante trece años y lo que consiguió.

Cuando en 1753 evacuó su informe sobre ellos el Gobernador Antonio de Santa María, que se le había pedido el 31 de octubre de 1752⁴⁸, eran ya doscientos los que vivían en la isla de Kaylin, habían hecho sus casas al estilo de los habitantes de Chiloé, eran misionados una vez al año por los padres jesuitas, y varios de ellos habían aprendido el castellano y hasta sabían leer y escribir. Los mismos caucahues emprendieron solos un viaje al sur para traer otras almas a quienes comunicar el beneficio de la fe. Duró un año el viaje y trajeron trece personas de las naciones calenche y taijataf, ocho adultos y cinco párvulos, y habiendo pasado incontables sacrificios regresaron el año de 1760.

La misión de Kaylin se fundó el 12 de julio de 1764 para atender a los caucahues de Kaylin y para excursionar hacia el sur en busca de almas. La fundación de la misión incluía una excursión anual al sur en busca de neófitos y cien pesos para sufragar los gastos. Era necesario el permiso del gobernador para estas salidas.

El 7 de enero de 1767 el gobernador Manuel de Castelblanco responde al Presidente del Reino, Antonio Guill y Gonzaga, que seguramente estaba ansioso de una buena información sobre los adelantos confiados a su cuidado: las excursiones navales al sur y el camino de Nahuelhuapi, pertenecientes al plan misional de 1764, y la apertura del camino de Chiloé a Osorno, que era tema más antiguo. Respecto del primero que vamos viendo: "Igualmente satisfago a Vuestra Señoría porque no di parte de la entrada que hizo el P. José García. Fue porque

47 Informe del P. Juan N. Walter a la Junta de Poblaciones, 9 de enero de 1764, ver al final Documento II.

48 Carta de Santa María, 22 marzo 1753, MM. v. 191, fs. 214-217.

cuando me recibí del gobierno de esta provincia ya dicho padre había salido a su expedición, y yo lo ignoré hasta su regreso, de lo que en política me avisó el P. Rector del Colegio de Castro (como consta de su carta)... No obstante para dar individual noticia a Vuestra Señoría sobre este asunto, solicité un diario de dicho viaje, el que ahora remito. También hago presente a Vuestra Señoría, como el enunciado padre volvió a seguir sus descubrimientos por lo austral de las Guaitecas el 22 del pasado octubre"⁴⁹.

Esta carta no satisfizo al oidor Concha, que se queja de las informaciones y ni alude siquiera al diario del P. José García, que Castelblanco dice enviar con su carta. El diario no se halla en el expediente, pero se halla la carta de Guell de que también se habla. La frase de Concha: "La razón del destino y progreso del P. José García en sus excursiones, así al Estrecho de Magallanes, es tan diminuta, que sólo viene a concluir en la que le dio el P. Rector del Colegio de la ciudad de Castro, de haber vuelto el expresado P. García a seguir sus descubrimientos por la parte austral de las Guaitecas el 22 de octubre"⁵⁰. Se le pedía lo que había avanzado en sus descubrimientos el padre y no parece satisfacer.

Del primer viaje de García, en 1765, sabemos que fue al sur de las Guaitecas y que sobre él escribió un diario⁵¹.

El segundo viaje a que se alude empezó el 22 de octubre de 1766. Y en la carta, Castelblanco dice que partió el 22 de octubre y en el diario de este viaje que está impreso aparece como primer día el 23 de octubre.

El P. García dice en su viaje que a los cuatro meses de haber llegado los padres a la misión para fundarla, enviaron en dos piraguas indios cauchues de la misión, con bastimentos costeados por ésta, para reconocer lo que prometían esas tierras y al cabo de seis meses regresaron con indios de la nación Calen. No nombra, en cambio, el primer viaje del P. García, de que habla la carta de Castelblanco.

El diario impreso⁵² de García dice que a este viaje (23 X 1766 a 30 I 1767) fue el P. García con los mismos indios cauchues en cinco piraguas y con cuarenta personas: cinco españoles, treinta y cuatro indios cauchues y el P. García. Fueron de Kaylin a Guellunquen (y aquí se quedó un peón), a la isla de Guamblin, caletilla de Icolqui, cruzaron el golfo hacia las Guaitecas, entraron por la punta del este, por la isla Laccilu. Los cauchues cogieron gran cantidad de huevos de colmanes. Siguieron a la isla Setecay, donde cogieron lobos, pájaros lilis y choros. Continuaron y en unas rocas los cauchues mataron once lobos, algunos

49 ANS, C. G. 710, fs. 66-67. Carta de Castelblanco, 7 enero 1767.

50 ANS, C. G. 710, fs. 87-90. Opinión del Fiscal y carta de Guell.

51 Este viaje interesa también a las expediciones orientales como se verá en su lugar.

52 El diario del P. José García fue publicado en edición bilingüe, española y alemana, y con un mapa del mismo padre, por Christoph Gottlieb von Murr, *Nachrichten von verschiedenen Landern des Spanischen Amerika*, Halle, 1811, tomo II, 506-599.

como terneros. Este viaje resulta interesante por la cantidad de alimentos que recogieron del mar y de las rocas, cosa que las otras expediciones hacían escasamente, tal vez por no conocer como los indios los lugares donde abundaban. Continuaron a la isla Fugulac, pasaron la punta de Temuán y se vieron en peligro por una tempestad. Llegaron a la isla Piguayu y a la isla Itapa, puerto de Cupcayec. Siguieron a la isla Lalanca y a la isla Alal y después a la Chalacayec, donde hay choros gordos y grandes; en la isla Caycayec había muchos erizos y algunos picos, choros y choruas. Llegaron a la isla de Calseran, donde cogieron cabras que tenía un caucahue. Iban vecinos al estero de Aysen, siguieron por la isla Acuau y la isleta Senuter, cercada de picos, choros, choruas, erizos y quilmahues. Prosiguieron a la isla Churrequel, siguieron vecinos a la cordillera por un canal hasta el puerto de Cupquelan en la costa de la cordillera. De allí fueron a Iclay, que tiene al frente la boca del canal Tuaguencayec, que forman, por el sur, la punta de Sisquelan, cordillera y, por el norte, la isla Nalcayec. Esta es la boca por donde se puede pasar al sur, al estero o canal Aau, que si es canal, por él se puede pasar a Guayaneco. Continuaron por la punta de Celtu, que pasaron felizmente. Llegaron a Puerto Mecas. Entraron a un río (hoy Témpanos) y pasaron junto a ellos unos grandes trozos de "nieve". Al fin del río dieron con la boca de la laguna de San Rafael de Ofqui, donde vio el ventisquero y los pedazos de hielo que caían a la laguna. Recoge el P. García supersticiones de los caucahues. Se detuvo en el puerto de Yayaqui, dentro de la laguna. Allí dejó la piragua más grande y pasó con tres piraguas al deshecho o istmo de Ofqui. Hicieron un rancho para dejar la carga. Decidió pasar las piraguas sin deshacerlas. Una de ellas si se deshacía se perdía toda por vieja. En este sitio se verificó que el bastimento estaba maleado y los zurroneos casi podridos los más. Reflexiona que para el resguardo del bastimento se necesitaban piraguas cerradas y para el manejo de los remos chumaceras. Sin embargo, no se ve que se tomen estas medidas. El 15 de noviembre se alegra del primer día de sol desde la partida y así pudo poner a secar el bastimento. Después del acarreo de las piraguas hubo que componerlas y fue necesario traer el material desde el alojamiento: mepua ya majada, corizas de feñiu y colegues. Se quedaron aquí sin continuar el viaje tres españoles y seis indios. Llegó con felicidad y no sin trabajo al mar de Guayaneco (o Golfo de Penas). Continuaron su viaje por la isla Chagualat, al puerto Iquilatu en la cordillera, y después al de Creas, también en la cordillera, de allí a las loberías de las isletas de Coorientao, donde cogieron nueve lobos. De allí volvieron a la cordillera al puerto de Esagurituan, a una cuadra del estero de Eyacuma, y de allí al puerto de Tuizla, y en el mismo estero entraron al puerto de Stelquelaguer. Junto a la cordillera pasaron al puerto de Canaquelya. Un indio viejo de los caucahues en este sitio le recordó al padre su vida. Pasaron por la punta del estero de Mesier, "famoso entre los indios por

no haberle hallado fin; tira al leste y se juzga cruce la cordillera, que por aquí es bajo y quebrada; digna cosa de averiguarse así por ver si es canal, que cruce al Mar del Norte, o alguna laguna, y quizás puede comunicarse con la bahía de San Julián, pues dicho estero está a la altura austral de los 48 grados". Al ir a la isla de Guayaneco faltó el viento y debieron ir a la isla Quetayulec. Aquí cogieron pájaros colmanes, porque andaban escasos de alimento que se cazan llevando en una mano un hachón de fuego y en la otra un palo largo. Los pájaros dormidos al despertar se encandilan y se les va golpeando la cabeza con el palo hasta que quiere, y después de vuelta va recogiendo la caza. Al fin llegaron a Guayaneco, al puerto de Elalexaguer, de allí siguieron a la isla Fayu en busca de gentiles, pero se detuvieron en la isla Acanzcan y pasaron a la isla Areclulial y de allí a Fayu, donde esperaban hallar calenes. En la isla Camelau los hallaron. Se alegraron con la llegada del misionero, porque iba para llevárselos. "El año antecedente, por noticias que les dieron los caucahues que enviamos de nuestra misión, supieron que éste iba el padre misionero a sus tierras a buscarlos, y así se juntaron indios calenes y taijatafes cerca de Guayaneco, deseosos los más de ser cristianos", pero disgustados por bagatelas, tuvieron su guerrilla, sin muertos, y los taijatafes se fueron a su tierra unos quince días antes que llegara el misionero. Los taijatafes distaban cuatro días de viaje, pero la falta de bastimento desanimó a la gente y se decidió el regreso. Envío un taijataf como embajador para que les juntase a los de su nación para el año siguiente y manifiesta el deseo de que en breve se puedan convertir las naciones de Calen, Lechey, el taijataf Yequinaguer y otras que habitan hacia el Estrecho. De Guayaneco pasaron a la isla Quetaygulec y continuaron su ruta a las islas de Ayutao, a las loberías Coarientas, y siguieron a Teyanitau en la cordillera, y al puerto Lalax y a Chayay. Prosiguiendo su ruta de vuelta dieron en la isla Aguaquilu y pasaron a la isla Chucayan, donde buscando lobos hallaron pájaros lilis. Alojaron en la punta de Sepiclayan y entraron en la barra del río Lucac (así llama al río San Tadeo con el nombre de uno de sus afluentes). En el alojamiento de la laguna de San Rafael habían dejado nueve personas, y se hallaron sólo dos españoles. Los demás habían huido en la piragua de San Miguel a Kaylin, huyendo del hambre.

En las orillas del río Lucac dejaron las tres piraguas boca abajo, para que no se maltratasen en invierno, y poderlas usar al año siguiente. Echaron al agua la piragua grande que habían dejado junto a la laguna y en ella subieron 40 personas. Continuaron su navegación a Puerto Guata, donde cazaron canqueñes, y fueron a la punta de Celtu y siguieron a la boca del canal de Taguahuen; aquí vio el misionero un machitún con ceremonias muy simples. Fueron al puerto de Cunis en la isla grande de Juguaguen, y a las islas Semanic y Churrequel, y por el marisco a la isla Senuter, pero había poco por la estación. Y siguieron la ruta por la islita de Menaual, isla grande de Melenguen, isla Ayal, isla Tangao.

isla Coquen, isla Calcay, isla Tuiques, isla Chues, isla Lal, isla Guaiteca y puerto de Latuan (isla que tuvo su capilla antiguamente, a la que los padres iban a misionar a los chonos de este archipiélago). Salieron por Puquitrín a Chiloé y llegaron al puerto de Mauchil y el 30 de enero de 1767 entraron en la misión de Kaylin.

El P. García en esta narración entretiene, porque es un viaje vivo, no se ocupa sólo de los viajes como geógrafos, sino que se fija en las supersticiones de los indios, da noticias de aves, mariscos y lobos de mar: explica cómo se cazan. Ofrece, a veces, recuerdos o noticias de navegantes y de indios. Una cosa le agrada y es que los indios están esperando al misionero y que al año siguiente las cosechas de almas serán mayores.

EL VIAJE INCONCLUSO DEL P. JUAN VICUÑA

El P. José García en su expedición sólo pudo llevar a Kaylin los indios calenes, porque los taijatafes se habían retirado a sus islas por rencillas con los calenes. García, que ya no tenía víveres, tuvo que resignarse a mandarles un embajador con la promesa de llevarlos el próximo viaje. No fue en esta ocasión el P. García, sino otro misionero, el P. Juan Vicuña. Salió con sus piraguas el día antes de que se intimara a los misioneros de Kaylin el decreto de expulsión de la Compañía de Jesús, que fue el 13 de diciembre de 1767⁵³. De este viaje no tenemos noticias hasta que el P. Vicuña se encuentra a la altura de Guayaneco con la expedición de Mansilla, el 2 de febrero de 1768, de regreso a su misión⁵⁴. Llevaba tres piraguas, dos suyas y una de los taijatafes con nueve indios. Conviene recordar que por este tiempo los jesuitas de Chiloé estaban interesados en la lengua de estos indios. En un manuscrito del siglo XVIII, cuyo nombre es: *Noticia de la lengua de los indios chonos*, se transcribe el catecismo en lengua chona. Añade el autor de este apunte que los caucahues tienen su lengua propia, y aunque hablaban la lengua general de los indios de Chile, se les tradujo el catecismo a su lengua. Las lenguas de los calenes y taijatafes las sabían, porque los evangelizaban en su idioma, enseñándoles los misterios más principales de la fe católica. Y en este tiempo las estaban reduciendo con toda formalidad a gramática o arte, para lo cual tenían hechos apuntes. Y estos

53 En el testimonio de los autos obrados en la Provincia de Chiloé por el Gobernador don Manuel Fernández de Castelblanco en el extrañamiento de los jesuitas (AHNM, Jesuitas 127, carpeta 36, sin foliar) se lee: "Misión de Kaylin, 13 de diciembre de 1767, presente el P. Francisco Javier Esquivel, ausente de ella su superior el P. Juan Vicuña, quien el día antes de la presente fecha se puso en camino para continuar el viaje a las islas Guaitecas y costas de Guayaneco en la solicitud y conversión de los indios, que las habitarán, por cuya razón y ser unos parajes no frecuentados de las gentes de esta provincia por su distancia ni podrá llamarse, ni volver de aquí a dos meses...".

54 C. G. 710, fs. 93, Carta de Manuel Castelblanco al Presidente de Chile, Antonio Guill y Gonzaga, Chacao, 22 de marzo de 1768.

apuntes quedaron en manos del P. Juan Vicuña y desaparecieron con su muerte⁵⁵. Es muy importante este cuidado de conocer personalmente la lengua de los indios, hablarla e incluso conocer su gramática, porque los exploradores se valían de intérpretes, que eran por regla general indios, como lo indican las expresiones: "indio lengua", "tomar lengua", lo que debía tomar con mucha prudencia, porque los indios los envolvían en una madeja de embustes, que no eran capaces de desenredar. En los canales y en las islas los indios eran testigos, intérpretes, guías de valor definitivo, los dueños de todas las noticias, que los españoles buscaban con halagos y hasta con amenazas.

Para Mansilla el encuentro con el P. Vicuña era necesario por los guías⁵⁶. Días antes, Mansilla había visto la piragua del gobernadorcillo Marcelo López, indio caucahue, que le dijo que venía despachado, porque había ido a dejar al P. Vicuña a la altura adelante de Guayaneco y el padre había seguido adelante. Mansilla se interesó por llevarlo, porque los indios guayhuenes, que Mansilla llevaba, no eran prácticos hasta la "pérdida de Guayaneco".

El martes 2 de febrero vieron, por la tarde, venir las tres piraguas del P. Vicuña. Mansilla quería que los guías lo acompañaran y les dijo a los indios un discurso poco apropiado: Que iba despachado de Su Majestad con orden de favorecerlos en el caso que tuviesen enemigos que les ofendiesen en sus tierras, que lo acompañasen y que el rey les pagaría. Los indios respondieron que no querían ni conocían al rey. Y de ningún modo querían ir. Viendo el padre la aflicción de Pedro Mansilla, le dijo que lo acompañaría, porque así convenía al servicio de Dios y del rey, por cuanto su destino era reducir a la fe católica estas naciones y descubrirlas, y también porque si no iba se perderían estas misiones, porque eran muy violentos en sus propios lugares, pero que con ocasión de verlos y tratarlos, se conseguía este fin.

Mansilla hizo un consejo con los cabos de las piraguas y con los soldados para saber si se aceptaba el ofrecimiento del padre o no. Se aprobó la afirmativa, porque favorecía el derrotero que llevaban. Llamó entonces el padre a los indios y les dijo que él iría y si querían ir los prácticos, les pagaría. Y así lo hizo el padre dando a cada uno un hacha de las que llevaba. Eran éstos: Antonio Chaya, taijataf, y Fernando, que eran calen. Mansilla, entonces, dio una de sus camisas a la mujer de Chaya.

Como estaban en Guayaneco, frente a Ofqui, dividieron la gente y las piraguas. Se cargó la piragua mediana y se encargó al alférez Francisco Villegas, como cabo, y al soldado Bernardo Agüero con seis milicianos. Las otras dos piraguas salieron para el deshecho u Ofqui, con

55 Biblioteca Nazionale V. E. Roma, Mss. Ges. 1407.

56 Los papeles del viaje de Mansilla están en ANS, A.J.I.V. Eyzaguirre v. 43. y son Instrucciones del 24 diciembre 1767 (7 pp.). Papeles de acuerdos tomados en la expedición (11 pp.). Diario de Mansilla (24 fs.). Ms. algo dañado.

Mateo Mansilla, que iba encargado de componer el camino. Es curioso que al veterano de la expedición del finado Abraham, se le dejara de lado cuando parecían más necesarios sus servicios.

El P. Vicuña los acompañó en su derrotero desde el grado 48, 04' hasta el grado 53, 19', el famoso y objetado viaje de seis días. En dos ocasiones el P. Vicuña ejerció el ministerio sacerdotal con los indios, que fue las dos veces que los encontraron. La primera fue el sábado 6 de febrero, en que bautizó nueve niños y tres viejas, pertenecientes a una tribu de 24 personas entre grandes y chicos. La otra fue el sábado siguiente, 13 de febrero, en que bautizó once niños de una partida de taijatafes, formada por 34 personas de todas las edades.

Bien avanzado el viaje de vuelta, en las vecindades de Ofqui, Pedro Mansilla, el 21 de marzo, viendo que la piragua en que venía el P. Vicuña no aparecía, aprontó una piragua al mando de Mateo Mansilla y llevando de práctico a José Mayorga con cinco milicianos, que saliera en busca de la piragua atrasada. El 26 de marzo regresó Mateo Mansilla con la triste noticia de haber naufragado en el río o en la raya del golfo de (Seguaicas), la embarcación en que venía el padre y los que se ahogaron fueron el P. Juan Vicuña, el alférez Francisco Villegas, el soldado Bernardo Agüero, el piloto que el padre traía, llamado Domingo de Cárcamo, cinco milicianos, un indio práctico, llamado Tomás, de la nación de los caucahues, y sólo se libraron del naufragio tres indias infieles y un indio. Los cuerpos muertos que se hallaron fueron dos: uno entero y otro dividido en pedazos, y de la carga de la piragua sólo se salvó el cajón de los ornamentos del padre⁵⁷.

El 19 de marzo llegó a Castro la piragua, que había llevado al P. Vicuña a Guayaneco y sus costas. Al encontrarse Mansilla con el P. Vicuña en Guayaneco, se lo llevó consigo en el viaje. Dio orden de que la piragua del padre volviera a Chiloé, prometiéndole alcanzarla en la Guaiteca, lo que no resultó, porque se atrasó mucho. En la piragua llegaron doce indios: ocho mujeres y cuatro varones, y solamente cuatro estaban bautizados. El gobernador Castelblanco ordenó que los llevaran a Chacao, con toda la comodidad posible, encargando el suave trato con ellos para que se instruyeran y bautizaran, para esto previno que se les dieran víveres y pidió que le avisaran si hacía falta vestuario.

Este es el final melancólico de la última misión austral de los jesuitas en el siglo XVIII.

57 Son pocos los accidentes que se cuentan en estas expediciones por los canales del sur. Este es el segundo, después del naufragio, que se cuenta en el viaje de Antonio de Vea.

EXPEDICION AUSTRAL DE PEDRO MANSILLA Y COSME UGARTE

Preparó esta expedición el gobernador de Chiloé Manuel de Castelblanco. La lista general de los expedicionarios era de cincuenta y seis personas, de ellos 14 eran marineros, 16 soldados milicianos y 13 "gente del sur", expresión que designa a los indios, el resto con los cargos de la expedición, en un barcolongo y dos piraguas.

Les dio instrucciones fechadas el 24 de diciembre de 1767. Debían navegar hasta el Estrecho de Magallanes. Llevaban como prácticos a los indios guayhuenes y el alférez Pedro Mansilla también es práctico porque viajó a las Guaitecas. Otro práctico era el cabo Mateo Mansilla, que había ido en la expedición de Mateo Abraham, difunto. El barcolongo debía hacer el viaje por fuera de las islas y pasar la península de Tres Montes y virar por el golfo hasta las islas de San Javier y del Cirujano y ambas inmediatas a la boca del río San Mateo (el verdadero nombre es San Tadeo). Las piraguas debían cruzar el istmo de Ofqui. Debían también observar las parcialidades de diversas naciones.

Durante la navegación resolvieron varios asuntos, llamando a consejo y haciendo un acta firmada del problema y de su solución. Entre estos temas se hallan: no poder montar la península de Tres Montes, el reconocimiento del bastimento, el encuentro con Vicuña y si los acompañan o no, las latitudes observadas por Cosme Ugarte, la lista general de los miembros de la expedición.

Mansilla llevó un diario desde el 28 de diciembre de 1767 hasta el 1º de mayo de 1768. Cosme Ugarte llevó un diario, del que Vidal Gormaz publicó un resumen hallado en los papeles de Machado⁵⁸.

Las instrucciones de Castelblanco aluden a los grandes temas de los viajes al sur: establecimientos de los enemigos de Europa, de naufragos (el viejo tema de los Césares) y añade ahora una preocupación por los caucahues, porque quiere saber cuánta gente son. La obligación más difícil que proponía era que el barcolongo diera la vuelta por la península de Tres Montes, porque el camino habitual era por Ofqui. Sin embargo, Castelblanco permitía la alternativa. El mismo Castelblanco lo reconoce en carta de 22 de marzo al Presidente: "Que dicho oficial habiendo dejado asegurado el barcolongo y piragua grande, porque aquél no fue bastante a montar la punta de Tres Montes, proseguía su camino a la altura (sur) costeano en la piragua, mediante que a prevención para este caso les di proporcionada a pasarla por tierra en el istmo de Ofqui, lo que sin duda ejecutarían".

58 Cfr. nota 56 y A.H.M.Ch. XIV, 49-55. Es sólo un fragmento, hallado en los papeles de Francisco Machado, del Diario de Cosme Ugarte. En AGI, Indiferente General 412, están los documentos de Mansilla, más una carta de Castelblanco, pero sin el Diario de Cosme Ugarte.

Desde el encuentro con el Padre Vicuña se dirigió al sur con el padre y sus prácticos desde el mismo Guayaneco, donde tuvo lugar el encuentro, más bien más que menos calcula Cosme Ugarte con sus 48°, 04' latitud sur. Es de observar que de Ofqui adelante los exploradores reducían mucho sus posibilidades de navegar, porque nunca pasaban las piraguas más fuertes, sino las más ligeras, disminuyendo la capacidad de carga para alimentos y otras necesidades, y aumentado por ser abiertas la poca defensa contra las aguas del cielo y las del mar que se metían a la barca por agujeros y costuras. Por esto mismo, a veces, se disminuían las raciones a hombres ya cansados y mojados en exceso y con eso se les añadía la debilidad.

La objeción que se hace a Pedro Mansilla se refiere a la velocidad, y por eso dice Malaspina, que vio su viaje en Lima y lo usó para su obra. *Construcción de las cartas desde el puerto de Montevideo hasta el de Chiloé*, estas palabras un tanto despectivas: "Se han tenido presentes la navegación desde Chiloé de un señor Mansilla en el año 1767, que parece forjada maliciosamente, y existe en la secretaría del Virreinato del Perú..."⁵⁹. Desde el 3 de febrero de 1768 hasta el 10 del mismo mes y año recorrió desde el grado 48, 04' hasta el grado 53, 19', lo que es un exceso para seis días. Francisco Vidal Gormaz se siente tentado de culpar "a un señor Mansilla" con Malaspina, pero propone una solución: que fuera por el canal de Fallos, siguiera por el de Trinidad y entrara al Estrecho por el canal Smith. Y aún más, añade que sólo habría recorrido entre los citados paralelos sólo 318 millas por la estima.

El punto de la partida en los 48°, 04' se ve confirmado por el sitio del encuentro de Mansilla y Vicuña, según la carta de Castelblanco, que hemos citado. Los 53°, 19' del 10 de febrero se confirman con el diario de Mansilla, porque escribe el día 10 de febrero: "Y a las nueve del día nos hallamos en la mar de leva, y observando el piloto me dijo que se hallaba en 53 grados".

La piragua de Mansilla, a pesar de lo pequeña, debió haber sido resistente, porque al regreso recogió un pedazo de ancla en el puerto de la isla de Guayaneco.

Después del naufragio de la piragua del alférez Francisco Villegas, cruzaron Ofqui y llegaron a la laguna de San Rafael, donde los aguardaban el barcolongo y la piragua grande, y continuaron su viaje de regreso para llegar al fin de sus trabajos de exploración el 1° de mayo al puerto de Chacao.

Este viaje criticado y poco conocido fue hecho con elementos isleños, fuera del P. Vicuña, que era chileno como los isleños, tuvo la dolorosa prueba de la pérdida de diez vidas. Como a todos los viajes discutidos le sucedió otro importante, pero que también tuvo la desdicha, no de la crítica, sino la de un juicio en forma, aunque no le han faltado elogios bien merecidos.

VIAJES DEL PILOTO FRANCISCO MACHADO A LOS ARCHIPIÉLAGOS OCCIDENTALES DE LA PATAGONIA

Francisco Machado, piloto, nacido en Caracas, fue encargado de una misión exploradora a los archipiélagos australes y al Estrecho de Magallanes, con el fin de completar los trabajos de Pedro Mansilla y Cosme Ugarte, que habían viajado el año anterior.

La misión estaba dotada de una goleta, llamada *Nuestra Señora de Monserrat* alias *El Aguila*, de Chiloé, y dos piraguas con una tripulación de 60 milicianos chilotos. Actuaba como jefe el teniente de infantería José de Sotomayor y como piloto de la goleta Francisco Machado. Si se miran las actuaciones y los documentos de la expedición se ve que Machado tenía el primer lugar por su trabajo y responsabilidad.

El viaje duró casi el mismo tiempo que el de Mansilla-Ugarte, desde el 17 de diciembre de 1768 hasta el 8 de mayo de 1769.

La instrucción reservada, fechada en Chacao el 16 de diciembre de 1768, y firmada por el teniente coronel Carlos Beranger, Gobernador de Chiloé, es casi imposible de cumplir y de ahí, a mi parecer, brotaron todas las dificultades. Pero la principal se debe a Beranger, Castelblanco, con muy buen criterio, dejó a los expedicionarios la facultad de montar o no la península y cabo Tres Montes, en tanto que Beranger lo puso como algo obligatorio; todo estaría en saber si el barcolongo y la goleta estaban en condiciones de hacerlo.

A pesar de su inmensa longitud, vale la pena saber lo que decía. Hela aquí: Debe revisar de Chiloé al Cabo de Hornos. Ver San Fernando o isla Inchin. Se le dan tres mapas: el de Mateo de Abraham, el del puerto del pingue *Ana*, tomado del libro de Anson, y el Mapa de d'Anville. Mandará dos piraguas a reconocer el istmo de Ofqui, las pasará por tierra al río San Tadeo y de allí a Guayaneco. Pide reconocimiento del archipiélago de las Guaitecas o Chonos. Las piraguas irán por los Guajos y de allí a Inchin. Doblará con la goleta, con todas las precauciones e irá a juntarse con las piraguas a Guayaneco, sin dejar de observar las islas de San Javier y del Cirujano, que tienen puertos. Seguirá por los canales de la costa con los indios "guaivenes", como prácticos de todas ellas. Reconocerá el estero de los caucaus bravos, puerto de Santa Bárbara, costeano al sur al de San Juan, a los grados cuarenta y ocho y medio. Desde aquí es necesario recurrir a otro mapa y advertir un error, porque el autor puso el puerto o isla Inchin, "pasado el cabo de Tres Montes", cuando está al norte. Observe y haga un mapa exacto y puntual para Su Majestad, advirtiéndole en los diarios cuanto notare. Deberá notar lo que dice Herrera en la *Década* libro I, c. 23, fs. 57 sobre los puertos y alturas del polo, y cotejar con las situaciones de Cedillo, variedad de nombres y mayor especulación de los profesores de estos tiempos. Irá por la costa desde Guayaneco hasta cabo Romano, bahía de Nuestra Señora e isla de Santa Bárbara y las bahías de los Reyes a

San Juan y ver por sí mismo la isla y puerto de la Campana y correr la costa hasta el cabo Corso (o Primero), puerto de los Inocentes en la isla Madre de Dios, doblará el cabo Victoria, islas de la embocadura del Estrecho: los Evangelistas, de Lobos, de los Doce Apóstoles y los Tres Grandes que demarca el mapa, desde el cabo Apóstoles, el de los Pilares, canal San Isidro hasta el cabo Negro, que forman un delfín (y creo que hay una isla de ese nombre con los de la nación intrusa). Debe recorrer el Estrecho de boca a boca y seguir hasta el puerto de Hambre. Pedir noticias a los indios "no fiándose de los prácticos y lenguaraces". Cita declaraciones de la última expedición: que a los 53°, 27', dos jornadas al sur, había una nación intrusa "que usaba el mismo vestuario y modales que nosotros". Esto le obliga a reconocer hasta los 55°. La razón de llevar piraguas es para los reconocimientos, que no pudiese hacer la goleta. Si halla enemigos tenga piragua lista para enviar aviso. Si halla barco inglés sea circunspecto, porque no hay declaración de guerra. Si están establecidos, protestar, sacar planos y reunir todos los detalles imaginables.

Con esta instrucción, uno no sabe qué pensar del talento de Beranger, por lo menos en la vida práctica.

El diario va siguiendo los lugares del viaje al curso de los días, de vez en cuando sale alguna noticia de otra clase. En la isla de Tangao buscaron a la india Dominga para lengua de los indios de arriba, o sea del sur, pero sólo la encontraron tres días después y se embarcó con un cholillo voluntario, los mismos que se fugaron con la barca diez días después. Como no la hallasen, envió a Mansilla con su piragua en su busca, volvió con ella ocho días después y con el cholo, al cual despidieron, después de darle su merecido. Cumpliendo con su obligación, observa: "Inche no dice en altura y figura con la que trae Anson en su Diario de Viaje". Machado da las latitudes de vez en cuando, tanto en el diario como en la carta informe a Beranger. El 24 de enero se separa la goleta de las piraguas para ir éstas por Ofqui y la goleta por Tres Montes, pero a esto se opusieron los marineros. Es la primera y tal vez única vez que los resignados tripulantes de las piraguas llegaron a tal extremo. Siempre van mojados, enfermos, a ración de hambre cuando los víveres escasean, pero rebeldes jamás. No le quedó a Machado otro recurso que someterse e ir también por Ofqui. Allí dejaron la goleta y pasaron las dos piraguas al río. Para continuar el viaje las proveyeron de víveres para dos meses y medio. Continuaron el viaje por isla San Javier, puerto de San Ignacio, caletita Liguaises, islas de Aguantao, Guayeco y Guayaneco. Dejando a Guayaneco a la izquierda y siguiendo un canal lleno de faralloncitos, llegaron al canal de Mesier y al cabo de San Román, cuya latitud da 47°, 51'. Entraron al canal de Mesier, pero como el canal se les iba tierra adentro y debían buscar y hallar la Bahía de Nuestra Señora, estero de los caucaus, puerto de Santa Bárbara, isla de Santa Bárbara, puerto de San Juan, etc., tuvieron que volver atrás al cabo de

San Román. Encontró un bello puerto que sin duda es el de Santa Bárbara, en latitud 48°, 4'. El 2 de marzo buscó la isla de Santa Bárbara, según Mateo Abraham, y también la de la Campana y no pudo descubrirlas aun estando el horizonte bien claro. El 7 de marzo calculó la latitud de 49°, 21'. El 9 observa que la gente está toda mojada y hay muchos enfermos. El 11 observó la latitud de 49°, 22'. Al explorar el horizonte vio un cabo "y creí fuese cabo Corso", y más adelante halló un puerto y por la situación dedujo que ese era el puerto que llamaban de la Campana. El 13 de marzo los milicianos se presentaron y dijeron que no podían pasar adelante, porque se hallaban totalmente rendidos de continuo trabajo y lluvia, con muchos enfermos, como en realidad estaban. El 15 resolvieron volverse. El 31 estaban en el río San Tadeo. Por una equivocación que se halla en las instrucciones de Castelblanco a Mansilla, se va llamando al río San Tadeo, San Mateo. El 15 de abril dejaron las piraguas en la laguna de San Rafael y el 17 continúan el viaje de regreso. El 27 cruzaron el golfo de Guafo. El 8 de mayo solamente llegaron a Quicaví, poniendo fin al viaje ⁶⁰.

El 29 de mayo, Beranger pide a Machado una relación de los sitios reconocidos en su viaje desde el puerto de San Fernando, isla Inche, hasta el de la Campana, adonde llegó, por lo que manifiesta en su diario. Machado contestó el 11 de junio de 1769, abreviando el diario de las noticias más menudas y yendo a lo más general ⁶¹.

Como el resultado no había correspondido a las esperanzas del gobernador y se susurraba algo sobre la conducta de los milicianos, Beranger dio cuenta al Virrey del Perú, que ordenó hacer un sumario indagatorio y someter a juicio al teniente José de Sotomayor y al piloto Francisco Machado. De él resulta que José de Sotomayor fue culpable al inducir a los milicianos a no cumplir con su obligación, en tanto que de las declaraciones de Machado se ve que siempre estuvo dispuesto a obedecer, tanto en montar la punta de Tres Montes como en el regreso desde la vuelta de la Campana ⁶².

Hombre de mar, Machado perseveró toda la vida en su oficio de piloto y murió al destrozarse contra la costa de Valdivia el navío comercial *San Pablo*, donde iba, en 1790.

60 A.H.M.Ch. XIV, 57-149. Francisco Vidal Gormaz publicó aquí toda la documentación de Machado: Instrucciones y diarios. Medina en sus manuscritos, vols. 194 y 207, tiene el mismo material.

61 Agüeros, Descripción Historial de la Provincia de Chiloé (Madrid), 1791. pp. 205-216, publicó el viaje con una carta de Beranger, Chacao, 29 de mayo de 1769 y la respuesta de Machado, de 11 de junio de 1769.

62 A.H.M.Ch. XIV, 57-69. Vidal publica fragmentariamente el proceso de Machado, hecho por Beranger

EXPEDICION DE RIUS AL ARCHIPIELAGO DE LOS CHONOS

El Gobernador de Chiloé, Carlos Beranger, recibió una orden real de 6 de junio de 1769, en ella se le ordenaba que sin pérdida de tiempo hiciera el reconocimiento del paraje en que se supone establecimiento de ingleses, según el gobernador de Buenos Aires, que es el puerto donde se refugió el pingue *Ana*. Beranger contesta en 18 de marzo de 1770 que dará cumplimiento apenas la estación lo permita y que enviará las noticias que resulten. Agrega que al comienzo de su gobierno puso todo su cuidado en hallar el nuevo establecimiento de extranjeros, que se suponía, se inspeccionó todo el archipiélago y el puerto del pingue *Ana* se reconoció los días 20 y 21 de enero como consta del Diario, de cuyos capítulos remite copia, por ellos se verifica no haber hallado novedad alguna, como igualmente hasta el puerto de la Campana, desde donde fue preciso retirarse por el rigor de los tiempos y la avanzada estación, omitiendo el nombre de Machado.

En cumplimiento de esta misma orden, de 6 de junio de 1769, envió al teniente de artillería José Ríus a reconocer el puerto del pingue *Ana* y establecimiento de ingleses. Dispuso dos piraguas, la una *Santa Rosa*, al mando de Ríus, y la otra *San Francisco Javier*, al mando del alférez de dragones Pedro Mansilla. No expresa el número de los expedicionarios, aunque algunos firman al final del Diario.

Ríus con sus compañeros partió de Queil el 2 de noviembre de 1770. El recorrido fue Queil a Chelín a punta de Apabón en Lemuy, isla Tanqui, puerto Guaylat, isla San Pedro, puerto de Ucolquí, cruzan el canal grande o golfo hacia las Guaitecas. Allí se abrió el pliego de las instrucciones reservadas. Siguen por el puerto de la Ascensión en la Guaiteca, canal de Yayaguen, golfo de Guayhuen, puerto de Don Martín López, canal de Loquinacayec, hallaron dos piraguas de indios guayhuenes, de Kaylin, isla de Yatavlat, Inaulac, encontraron otros guayhuenes de la isla de Kaylin en tres piraguas, pero debió darles alcance, porque huyeron, con ellos envió aviso al Gobernador de Chiloé, siguió a Paychilu, Canicayo, golfo de Gualtarna canal de Puliche, Puerto Alegre (al que le puso este nombre por su playa y por estar llena de apios), al puerto siguiente, por estar lleno de huesos de lobos le puso Puerto de Matanza. Tres días de lluvia, y siguió hacia el puerto del pingue *Ana* y avistó las islas de San Fernando de Inche y otras. Como se habían quedado con una piragua de los guayhuenes, se prepararon para cualquier emergencia. Echaron en la piragüita al cabo Mateo Mansilla con seis hombres, a reconocer si había navíos o un establecimiento inglés. Siguió a la piragüilla Ríus, en tanto que la piragua del alférez Pedro Mansilla quedó en observación de lo que aconteciera. Como era de temer, no pasó nada y pudieron revisar el puerto y sus contornos a su sabor. Lo reconoció bueno, "de buen fondo y abrigado, con una islita, la que tiene dos arcos que pasan de una banda a la otra. Luego envié

al dicho cabo con la piragüita a que reconociese dos esteros que se hallaban situados el uno al este y el otro al sur oeste de dicho surgidero, lo que ejecutado vino a la tarde sin novedad ni en éstos ni en toda la costa e islas. Luego pasé al lado de la cordillera y 'vide' un puertecito, donde surgimos y nos acuartelamos. Dicho puertecito es una playa de cascajo, donde encontramos dos cruces, una grabada en un roble y otra en otro árbol. El estero que mira al este, está entre dos cordilleras altas no es muy grande, pero abrigado y de buen fondo; el otro del sur oeste hace a modo de herradura, no hay duda que para navíos es buen puerto éste, pero para las gentes es la tierra inútil, imposible de darle auxilio, porque las cordilleras sólo en las faldas tienen algunos árboles, que sólo para leña pueden servir; sin dejar esperanza de que haya algún palo útil para embarcación, siendo todo lo demás del puerto peñascos pelados, no se halla marisco ni peje, la entrada de los navíos es muy dificultosa por la muchedumbre de islas, farallones y arrecifes en los que revienta mucho el mar, por lo que considero que sólo impelido de uno de los muchos temporales que se experimentan en estos parajes, puede un navío a venir a él". Al día siguiente salieron hacia el estero de Diego Gallego, adonde llegaron cinco días después. Los temporales y la lluvia los detuvieron en el lugar, entonces quisieron explorar por tierra, pero los prácticos dijeron que por una y otra parte no lo eran, porque sólo hasta allí habían llegado. Fueron a la isla de San Fernando y recorrieron sus alrededores y emprendieron la vuelta y llegaron el 31 de diciembre ⁶³.

Beranger, el 4 de enero de 1771, escribió a Arriaga sobre el cumplimiento de la real orden de 6 de junio de 1769 sobre reconocimiento del puerto del pingue *Ana* y sobre establecimientos ingleses al sur de la provincia de Chiloé, le dice que preparó dos piraguas que salieron el 2 de noviembre al comando del teniente de artillería José Ríus, cuya importante comisión ha desempeñado este oficial cabalmente, ejecutando el reconocimiento del puerto del pingue *Ana*, estero de Diego Gallego, ensenadas intermedias, islas de Inchin, San Fernando y otras de poca monta en la costa y archipiélago y al este en la tierra firme el descubrimiento de un estero y ensenada a la otra parte de la punta de Taitanhanhuon. Y concluye con que no hay establecimiento alguno en todos aquellos parajes, ni vestigios que nos puedan por ahora dar recelos, pues, según las noticias, a más de los peligros que ofrecen aquellas costas, son tierras infructuosas ⁶⁴.

Seguramente estas expediciones no son extrañas a los mapas hechos por iniciativa de Beranger y conservados con su nombre, y tal vez debe más a Machado, que daba las medidas de latitud, cosa de que Ríus no se preocupó o no supo medir.

63 Diario de don José Ríus, MM. v. 195, pp. 92-118. Las instrucciones generales y secretas, de 12 de noviembre de 1770 en AGI, Chile 435.

64 Carta de Beranger a Arriaga, San Carlos, 4 de enero de 1771. MM, v. 195, pp. 88-92.

Los padres franciscanos habían sucedido a los jesuitas en la evangelización de Chiloé, y éstos habían iniciado el traslado de los indios al norte con este piadoso objeto. Por eso extraña que el P. Pedro González de Agüeros presente el hecho como una novedad con estas palabras: "Como el principal objeto y obligación de los misioneros de las Indias es procurar la reducción de los indios gentiles que se hallan establecidos en aquellos montes y archipiélagos: habiéndose informado los que residían en la provincia de Chiloé, que por la parte o rumbo al sud habitaban en aquellas incultas y remotas islas los indios de nación chonos, caucahues y otros que sin conocimiento de Dios verdadero vivían en aquellas incultas islas, solicitaron, deseosos de procurarles su remedio espiritual, atraerlos a la fe católica: y para esto ocurrieron por la licencia necesaria al gobernador que entonces era de esa provincia, don Tomás de Jáuregui..."⁶⁵.

Estos indios eran conocidos como los mejores prácticos de las islas, habían sido evangelizados por los jesuitas y a la salida de éstos, unos diez años atrás, el gobierno se había preocupado de las misiones hacia el Estrecho sin encontrar persona apta para emprenderlas⁶⁶. Por eso es extraño que se ponga como original algo que no era más que una continuación. Es oportuno decir esto, porque muchas veces, basada en estas afirmaciones, se empieza la historia con desconocimiento u olvido de sus antecedentes.

Los padres elegidos para esta expedición fueron fray Benito Marín y Julián del Real. Los preparativos: hacer tres piraguas, una grande llamada *Patrocinio*, y dos medianas llamadas *Santa Teresa* y *San José*. Buscaron prácticos tanto de los lugares que iban a recorrer como de la lengua de los indios. Los marineros fueron reclutados en la isla de Chiloé. El viaje duró cuatro meses y dieciocho días, desde el 21 de octubre de 1778 hasta el 8 de marzo de 1779. En su itinerario dan, a veces, las medidas de latitud. Se cita como viajero a Francisco Machado en la sección más austral del viaje.

Itinerario: Castro, Piti-Quichet, Queilén, Gotayel, Datehue, Tutil, Huelunquín (puerto de Kaylin), Lachae (43°, 47'), Puqueré, Ayantema (43°, 48'), cruzan el golfo de Guafos o Guaitecas, Puquetín (44°, 25'), San Sebastián, Puerto Manzanos (44°, 28'), aquí hicieron provisión de paja para techar los ranchos al llegar a Ofqui, porque allá no había. Siguieron por Chaguahuen, Quimila, Goutana, Liqua, Cuquien, Lalanca, Tualad, Charraguel, canal de Aú, tomaron este canal para ver si podían hallar una salida más fácil para el mar de Guayaneco, pero no lo consiguieron, porque ese canal no llegaba al Golfo de Penas. Volvieron al canal de Celtau, Laguna de San Rafael (46°, 55' - 47°, 5'). Una borrasca

65 Agüeros, Descripción historial de la Provincia de Chiloé, pp. 217-218.

66 Carta del Conde de Aranda, 13-IX-1771, ANS, Jes. 90, fs. 282.

les deterioró las piraguas medianas. También se había caído el palo, que servía para el aparejo con que se subían las piraguas. Enviaron una piragua a Castro para dar cuenta de la expedición y pasaron las otras dos el istmo de Ofqui o Deshecho. Salieron al río San Tadeo y golfo de San Esteban (cita de Machado), isla del Cirujano, San Javier (47°, 15'), Guayaneco (47°, 45'), reconocieron el sitio del naufragio de la *Wager*, recorrieron sitios, cuyos nombres no expresan, salieron al ancho mar y navegaron algunas horas, entraron por un canal y hallaron unos ranchos con señales frescas de haber sido habitados, y a poco encontraron cinco piraguas con indios. El recibimiento, primero hostil, se hizo amable, les dieron regalos de bayetas, chaquiras y abalorios. Decidieron el regreso a Chiloé. Sólo se embarcaron 11 de los 33 indígenas. Llegaron al puerto de Santa Bárbara (48°) (hay cita de Machado). Tomaron el rumbo a la boca del canal de Mesier, según Machado, pero tuvieron que poner proa al norte y estuvieron quince días en la isla de la Campana por el mal tiempo. Continuaron al norte, en el Deshecho encontraron carta del P. Menéndez que los aguardaba en la Laguna de San Rafael, donde lo hallaron. Dejaron en el rancho del Deshecho piraguas en piezas y pusieron boyante la piragua *Patrocinio*. Prosiguieron en el camino hacia el norte, el 5 de marzo pasaron el golfo de las Guaitecas y tres días después, el 8, estaban en Castro⁶⁷.

A fines de 1779 partió en busca de indígenas el P. Fray Francisco Menéndez con el P. Fray Ignacio Vargas. Se conoce un resumen de la expedición por la carta que el P. Menéndez escribió al P. Julián del Real, desde Castro, el 14 de marzo de 1780. Dice que el viaje hasta la laguna de San Rafael fue feliz, que el 2 de noviembre llegaron al Deshecho, donde se quedaron veinticuatro días y comenzaron a hacer otra piragua, que interrumpieron a causa de los enfermos. Continuaron por San Tadeo al mar y de allí al puerto de Tianitau, donde dice: "dormimos dos noches en la casa de Vuestra Reverencia", tal vez por sutil ironía por un ranchito abandonado. Fueron al puerto de Asaurituan, donde Pedro Mansilla encontró al P. Vicuña. En el viaje a Ayantau, allí vieron humos y luego una piragua, que se dirigió a otro puerto. Siguiéron su rumbo y hallaron unos indios, primero muy hostiles y pronto cambiaron y se pusieron amables. Eran treinta y uno en cuatro piraguas. Tuvieron sus conversaciones sobre ir o no ir con los padres. Describe así el embarco, sin dar número: "La víspera de la Purísima (o sea el 7 de diciembre) nos amaneció un buen día, se embarcaron los gentiles del sud en nuestra piragua, y luego vino el cacique, y Marcelito con todos sus parientes, y dimos proa para nuestro regreso". Arribaron a Castro el 11 de enero de 1780.

El P. Menéndez demuestra cierto entusiasmo, dice que conoce el río y hasta ha hecho un dibujo de él y quiere repetir el viaje⁶⁸.

67 Agüeros, o. c., pp. 217-242.

68 Agüeros, o. c., pp. 243-248.

Años más adelante, conversaba don José de Moraleda con el indio Pedro Yaña, por los canales a la altura de Aysen, el jueves 21 de febrero de 1793, y éste le contó, entre otras cosas, que tenía un ganado en un potrero de la isla de Setucápel, al norte del a boca del estero de Aysen, y que su ganado se lo robaron unos indios gentiles, que habiendo sido traídos de la tierra firme del sur del istmo de Ofqui, el año 1779, en número de 35 almas de ambos sexos, los más niños, por los misioneros Fray Francisco Menéndez y Fray Ignacio Vargas y habiéndoles dado domicilio en la isla de Lemuy de Chiloé, mal hallados con nuestra religión, se huyeron todos en una piragua, antes del año de residencia en dicho lugar, y habiendo emprendido el viaje a su tierra pasaron por el citado potrero y se llevaron todo el ganado, en número de cincuenta cabezas de carneros y de ovejas, que eran los que Pedro Yaña tenía⁶⁹.

El P. Fray Francisco Menéndez fue un explorador incansable y erudito, porque hizo dos viajes a Ofqui y más allá, luego exploró dos veces las cordilleras vecinas a Chiloé y finalmente hizo cuatro viajes a Nahuelhuapi y dejó siete narraciones de sus excursiones, cuyo valor es respetable.

VIAJE AL PUERTO DEL PINGUE ANA POR FRANCISCO DE CLEMENTE Y MIRO EN 1792

España firmó con Inglaterra una convención el 28 de octubre de 1790, sobre el derecho a navegación y pesca en el Mar del Sur. Esto obligaba a poner a cubierto las costas y las islas y vigilar todo el litoral. Por eso el Virrey del Perú puso a disposición del Presidente de Chile la fragata *Santa Bárbara*. El gobierno español había permitido a los ingleses desembarcar y abarracarse "temporalmente" en los sitios no ocupados por España al sur de los últimos establecimientos, no así en las costas, aunque desiertas, al norte de los territorios ocupados por España. Para el cumplimiento de estas concesiones un tanto conflictivas era necesaria una vigilancia constante por parte del gobierno español, por eso el Presidente Ambrosio Higgins proponía hacer pequeños puestos o presidios con pocos hombres y que éstos se remudaran, y colocarlos especialmente en la boca de los ríos o en los puertos para grandes navíos. Pide al comandante de la fragata *San Bárbara* que se dirija a Chiloé, que pida al gobernador Pedro Cañaverál que le franquee todas las relaciones y noticias útiles, que hubiere en su archivo, sobre descubrimientos hechos por navegantes anteriores en aquellos países meridionales, especialmente los practicados por Francisco Machado, de orden del Virrey Amat, en 1768, desde los 41 hasta los 49 grados y le da un mapa puntual que ha logrado adquirir en Santiago, del capitán José Joaquín Ostolaza, facultativo náutico. Le encarga el examen de las

costas de Chile, desde Chiloé hasta el cabo Victoria (52°, 17'), demarcando puertos, bahías, ensenadas abras, canales, etc., señalando dónde convendrá poner colonias. Llevará consigo de intérprete alguno de los caciques o principales indios cristianos de Chiloé, acompañado de Julián Yáñez, lenguaraz de los butalmapus del reino. Ordena averiguar de los indios cuanto dato se refiere: distancias, producciones, clima, comercio, relaciones al otro lado de los Andes, etc. Recomienda inspeccionar el puerto de Inchin, donde estuvo el pingue *Ana* de Anson, y le entrega el artículo relativo a este punto, tomado de la traducción francesa del viaje de este almirante. Que reconozca un canal que hay entre Cabo Corso y la isla Madre de Dios, a los 50 grados, porque tiene seis a siete leguas de ancho. Le da, además, una carta que dibuja otros sitios de desembarco y abrigo de embarcaciones no bien conocidos a lo largo de aquella costa e islas. Le avisa que para suplir las balandras o embarcaciones menores hay en Chiloé unas que llaman piraguas, lanchas grandes, tripuladas por los chilotes naturales y diestros en su manejo ⁷⁰.

Al llegar a Chiloé preparó una exploración el comandante de la fragata *Santa Bárbara*, Nicolás Lobato y Cuenca. Obtuvo las dos piraguas del rey, que tenía el gobernador. Se dio el mando de la llamada *Nuestra Señora del Carmen* al alférez de navío Francisco Clemente y Miró, en lugar del teniente de navío Francisco Pérez del Rivero, que estaba enfermo, y de la piragua *Nuestra Señora del Rosario* a Luis Lasqueti Gálvez, alférez de navío. Clemente en su diario sólo da la tripulación de su piragua, que era de 23 hombres: oficiales mayores, 2; oficial de marina, 1; artillero de preferencia, 1; ordinarios, 11; marineros, 2; chilotes, 2; prácticos, 3, y lenguaraz, 1. El viaje duró desde el 7 de enero de 1792 hasta el 3 de marzo del mismo año. Cita el viaje de Moraleda de los años 1787-1788, para omitir la descripción de San Antonio de Chacao.

Don Francisco Clemente y Miró recibió al salir instrucciones, que en parte son las de Higgins y en parte son del capitán Lobato. Este alega que ha de ser breve y que la estación está adelantada. No quiere atrasarse, porque si obliga a comprar víveres en Chiloé va a salir muy caro. No le gustan las piraguas, y menos la de su compañero que hace agua por baldes en forma interminable. Parece que dotó las piraguas de agregados, porque habla de cubiertas, cuando la piragua tradicional es abierta. Cuando entra a las Guaitecas, considera que su reconocimiento es para emplear los veranos de algunos años. Se ocupa de dar descripciones y da las medidas de latitud y longitud y las direcciones de vientos y de derrotas. El sol que se ve tan poco entre la lluvia incesante, le arranca expresiones de contento: primera vez que ven el sol a mediodía, sol con todos sus rayos, el mejor cielo desde San Carlos.

70 Instrucciones de A. Higgins al Comandante de la fragata *Santa Bárbara* Nicolás Lobato, 7 de noviembre de 1791. En J. T. Medina, *Mapoteca Chilena*, Santiago, 1889, pp. 244-248.

Respeto a los prácticos indios: Silvestre Mayamtigüe (no escribe el nombre igual las dos veces), que ha pasado siete veces con los misioneros el istmo de Ofqui, y es natural del Guayaneco, y su abuelo fue el indio que con su mujer estuvo detenido con dos chiquitos ocho días en el pingue *Ana*, y en busca de los Césares ha navegado mucho; y Antonio Genupal, que cada dos años recorre todos esos canales da una idea bien distinta de la de Anson. Porque la piragua *Rosario* era más ligera hizo que llevara la canoa a remolque y la perdió y no fue posible hacer otra, y lo lamenta cuando hay que hacer reconocimientos por los canales, porque las piraguas son demasiado buque para esos vericuetos faltos de hondura, etc. Es curioso su modo de ir dando la ruta, porque quiere ir a un sitio y no llega y va a otro y desvía y al fin aporta a un lugar ni soñado. La descripción del puerto del inglés lo exaspera. Carece hasta de la belleza que le encontraron los ingleses. “Este puerto, que tanto nombran y que en realidad está defendido de todos los vientos, no he conceptuado merece se gaste el tiempo en sacar su plano por ser su fondo de cuatro hasta braza, sobre arena, con algunas piedras sueltas y repartidas, pequeño y accesible sólo a esta clase de embarcaciones, y cuando más a una sola, que cale de once a doce pies solamente”. Continúa su diatriba contra: “Creían ser víctimas de unos indios, que según su relación, haciéndonos la injusticia que generalmente todos los autores extranjeros acostumbran, tratando de nuestras Américas, profesaban un odio implacable a los europeos por no conocer sino a nosotros, de quien no recibían más que malos tratamientos, hijos de la romanesca ferocidad propia del carácter que dan a nuestra nación”. Continuamente recuerda la geografía: en puerto Dique de la isla Barba saca su plano, la isla de Tenquehuen es igual a un sombrero redondo tendido en el suelo; otras veces se irrita con los datos que le han dado: “Salimos a sondar un canal, que ni lo demuestra el plano que me han dado, ni el diario del piloto don Francisco Machado y menos la descripción sacada del viaje del Comodoro Anson, según los informes de la gente del pingue *Ana*”.

La descripción del peligro tiene su fuerza: “El viento desde que salimos había ido rolando al oeste y cargando en términos que nos hizo arribar; pero al llegar a este sitio puso en movimiento todos los resortes de su elasticidad, pues por cualquier lado que venía era su violencia y rapidez tanta como la de una bala que sale del cañón o del rayo que descende de la nube. Feliz me hubiera creído en semejante instante, si esto sólo pasara, pues, con tener mucho cuidado con las drizas de los picos y las escotas, me hallara fuera de peligro; pero una cerrazón grande que impedía a los prácticos conocer la tierra, unos aguaceros fuertes que mojándome la gente, la desalentaban, y unos remolinos o turbillones despedidos con furia de las quiebras de las montañas y bocas de los canales, que nos tuvieron tres veces casi zozobrados, eran suficientes para abatir el más varonil espíritu...”.

Alguna vez se humaniza con los sufrimientos y el desaliento de los suyos: "...pero viendo que hasta las diez y media nada habíamos ganado de barlovento, que el viento iba cargando por instantes, que todo estaba cerrado de nubes negras y espesas, que no se descubría el preciso horizonte para navegar, aun cuando el viento nos favoreciese y que la gente, después de cuatro días de continua lluvia, sin tener qué mudarse con el agua, estaba tan desalentada que para animarla me fue preciso darle doble aguardiente, que en otras ocasiones, determiné para no perder lo poco que teníamos ganado, dar fondo en la isla de Aqueao en una caletita tan pequeña, que sólo cabían las dos piraguas sin borney" ⁷¹.

La llegada a San Carlos de los comisionados fue "como el amor de los marineros, que besan y se van". Llegan el 3 de enero de 1792 y se van el 6. No dejan al gobernador Cañaveral sino noticias de palabra. Le prometen remitir plano y derrotero. Le han dicho que Inche no es propiamente un puerto. Por aquellos lados no hay noticia de ingleses. Allí se ven sólo los naturales del país, que pasan a charquear y sacar aceite de lobo y son ellos los verdaderos prácticos de sus derroteros. "Y según ha acreditado la experiencia, lo que es hasta Inche se puede bien navegar con las piraguas de este país". Las piraguas del Rey, como las llama el gobernador, con todos los añadidos que les hicieron, subieron de precio, a 600 y 700 pesos, para lo que no hay comprador en las islas, que si hubiera comprador habría que dárselas a mitad de precio. Las piraguas quedaron cubiertas de la punta a la oreja, calafateadas, arboladas y con buen velamen y, porque el Virrey estrecha tanto la economía, Cañaveral las pone a disposición del gobierno hasta que decida qué hacer con ellas ⁷².

El Presidente del Reino, Ambrosio Higgins, escribe a Floridablanca que ha vuelto a Valparaíso la fragata *Santa Bárbara*, que le han traído el diario, carta esférica y planos de los puertos de Inche, de Ascenciomó en la isla de Lauchillo y el del Dique en la de la Barba, que es todo lo que ha podido reconocerse en las piraguas habilitadas en el modo que fue posible en el de San Carlos. No pudieron cumplir con lo demás de la instrucción por lo adelantado de la estación e inutilidad de estas embarcaciones. Se extiende en hacer balandras, como piensa él y el capitán Lobato. Creo que no deja de tener cierta ironía el decir que la fragata se mantuvo anclada en San Carlos durante las diligencias de las piraguas, pudiendo haber añadido: "habiendo tanto que hacer". Al fin, por no haber tiempo, deja el envío de diario y planos, porque no se alcanzan a copiar ⁷³.

71 Diario de Miró, MM. v. 209, fs. 10-107. Copia muy incompleta en ANS, F. Varios v. 276, pieza 10, 17 fs.

72 Carta de P. Cañaveral al Presidente de Chile, 6 marzo 1792, MM. v. 209, fs. 1.

73 Carta de A. Higgins al Conde de Florida Blanca, 12 abril 1792, Medina, Mapoteca, pp. 249-251.

A esta carta de 12 de abril, sucede otra del 20 de mayo, en que más claramente se queja, del capitán Lobato, por el “poco suceso respecto de haberse mantenido dado fondo con la fragata *Santa Bárbara* de su mando en el puerto de San Carlos de la isla grande”. Todo el resto de la carta es un proyecto completo de la exploración hasta el Cabo Victoria, con noticias hidrográficas e historiales, etc. Al fin dice que el gobernador de Chiloé le ha escrito y antes le había enviado “el diario formado por un sargento, que despachó en las piraguas, reducido a los sucesos del viaje”. Y al fin se queja de que no hayan seguido sus instrucciones en esta materia. Hay mucho en estas instrucciones y en las de Berañger del espíritu de los hombres de la Ilustración, que proyectan perfecciones absolutas, sin base en la realidad, y que en lugar de realizarlas, sueñan sin acordarse que despertar es morir, porque no queda nada ⁷⁴.

El toque realista lo pone el Virrey Francisco Gil, en carta al Conde de Aranda, Lima, 20 de agosto de 1792: “Dirijo a V.E. los planos y diario de los reconocimientos hechos por la fragata de S.M., la *Bárbara*, en la parte del sur de los establecimientos que tenemos en las islas de Chiloé, conforme a lo que se me previno en Real Orden de 25 de diciembre de 1790, los que se continuarán en los términos que permitan las pequeñas y malas embarcaciones de aquellos parajes, pues con las de guerra y buques de algún porte no es posible entrar por falta de fondo y estrechez de los canales, que separan las islas” ⁷⁵.

Con poco cariño, las piraguas pequeñas y malas reciben orden de continuar los reconocimientos de las islas de Chiloé. Así es el mundo.

DON JOSE DE MORALEDA PONE EL PUNTO FINAL

Cuando en un banquete se obliga al festejado a decir el último discurso, no importa que lo haga bien o mal, por el alivio de ver el prolongado término hecho una realidad. Por lo menos al festejado lo salva su prestigio, que sale intacto de la prueba.

José de Moraleda es un benemérito, que en dos ocasiones y en años de trabajo estudió en Chiloé la frontera que divide las tierras de las aguas y sus mutuas relaciones.

En 1793 recorre los archipiélagos de Chonos y Guaitecas, o mejor decir uno solo, porque no admite el navegante que sean dos, sino uno solo. Va en las piraguas del Rey, las mismas que usaron los oficiales de la *Santa Bárbara* en 1792.

74 Carta de A. Higgins al Conde de Florida Blanca, 20 mayo 1792, Medina, Mapoteca, pp. 251-254.

75 Carta del Virrey del Perú, Francisco Gil, al Conde de Arandana, 20 agosto 1792, MM. v. 209, fs. 8-9.

Con ese su sistema tan suyo de trabajo alterna el recorrido diario, lleno de observaciones, con ciertos resúmenes, en que condensa la materia y da una síntesis que no se percibe en el tráfico diario de la piragua volandera y primitiva, y de sus tripulantes, que van convertidos en discípulos de un indio "práctico", que nació en esos canales y que sin un concepto de la historia tiene el sentido común de haber vivido entre canales y piraguas, cortando los árboles con hacha de piedra, de haber aprendido sin libros varias lenguas y sin ser cartógrafo poder hacerlo con sus palabras, porque lleva el mapa en la mente.

Moraleda, mientras va recorriendo los canales al norte de Ofqui entre la cordillera y las islas, cree llegado el momento de dar una lección sobre el archipiélago de las Guaitecas y Chonos. Empieza: "El archipiélago de las Guaitecas, a quien común y equivocadamente llaman de Chonos ... Hablar del número de las islas que lo componen ni aun conjeturalmente me es posible, porque supuesta la extensión del todo de ellas y que cuanto hay de conocido de nuestro globo no se registra archipiélago que las tenga más unidas entre sí, un mil me parece aun corto número. Yo lo he discurrido próximamente de norte a sur por muy cerca de su parte oriental y llegan a 300 las islas contadas". Estudia la naturaleza: "De las islas, ya he dicho que carecen de puertos, no tienen aguadas buenas y abundantes, la maleza es de cañas bravas, todas las producciones son del exceso de humedad, no pueden profundizar sus raíces, por eso los árboles están tendidos en la arena. Por eso creo en la imposibilidad de ser cultivadas; las frutas son cauchaos, una frutilla morada que da la luma, y muy pocas manzanas, las aves son patos pequeños y gansos, que llaman cahes, canquenes y gaviotas, marinos todos, carpinteros, chiuques y otras de rapiña, y tal cual cotorra, cuadrúpedos: gatos, lobos y nutrias, anfibios pero todo en escaso número, a excepción de lobos, patos y gaviotas que abundan algo. De los peces se ven pocos, como sierras, muy pocas, y robalos, que son más bien sargos; de mariscos hay bastantes: picos, ostiones, almejas, choros, lapas, caracoles-burgaos y erizos".

"Supuesto, pues, todo lo dicho, concluyo con parecerme que nada interesa al estado el exacto plano o carta de las Guaitecas, para lo cual era necesario emplear el trabajo de dos o tres sujetos, con los auxiliares y el tiempo de cinco o seis años, sino sólo el reconocimiento de la parte occidental de él, desde la Guaiteca grande hasta Inchémó"⁷⁶.

Extraño sería que alguno se escandalizara de lo que dice Moraleda, que da la máxima importancia a la isla de Chiloé y basta con esta afirmación suya: "Por último la situación de esta isla de Chiloé la hace ser (sin disputa en mi concepto) la posesión marítima más ventajosa de todas las costas de Perú y Chile"⁷⁷.

76 A.H.M.Ch. XIII, pp. 3-244, especialmente pp. 57-61.

77 A.H.M.Ch. XII, p. 611, n. 24.

Es Moraleda un conocedor de Chiloé como hay pocos. Recorrió todas sus costas, tanto de la isla grande como de la tierra firme, como se llamaba entonces al continente, y su exploración es la más notable de Chile austral en el siglo XVIII. Por eso volveremos a encontrarlo en este trabajo en varias ocasiones más, porque su autoridad es definitiva.

LOS CAMINOS DE NAHUELHUAPI

La historia del camino de Nahuelhuapi comienza con la rebelión de las ciudades del sur en los años 1599 y 1600. Entonces se cortó la continuidad del país hasta Chiloé. Son tres los caminos que se puede decir sirvieron para unir la discontinuidad: el del mar hacia Valdivia, Concepción, Valparaíso y Lima, que estuvo siempre en uso, pero que por depender de las naves, que no había en Chiloé, y de las piraguas, que había en Chiloé, pero cuyos viajes estaban llenos de peligros, estaba sometido al tiempo y a las circunstancias foráneas a la isla. El segundo fue el camino de Nahuelhuapi, que a veces estuvo en uso y otras quedó abandonado. Este camino un tiempo fue doble. El más corriente es el camino de las lagunas, así llamado por las que se encontraban en la ruta, pero sólo se cruzaba el lago de Todos los Santos en piraguas. El otro camino fue descubierto por el P. Juan José Guillermo, SJ., y se llamaba "de las Caballerías" o de Bariloche y tenía la ventaja de poder llevar animales para la carga y no tenía condición anfibia de lagunas que cruzar. Sin embargo, en invierno, por la altura del paso, se veía cubierto de nieve con las dificultades consiguientes. Este camino tuvo poca vigencia y no fue restaurado después de la muerte del P. Guillermo. En el siglo XVII se conocen los viajes de Juan Fernández, Diego de Rosales, SJ., Nicolás Mascardi, SJ., y José de Zúñiga, SJ. A principios del siglo XVIII se fundó la misión de Nahuelhuapi (1703-1717), vino el intento de apertura con Esquivel y Guell en los años 1765-1767 y el siglo se cierra con los viajes de Menéndez y Moraleda (1791-1795). En el siglo XIX los viajes se reanudan en 1849 con Benjamín Muñoz Gamero con una continuidad regular⁷⁸.

Conviene poner aquí un texto sobre el camino de Nahuelhuapi, que se halla en un informe de Jerónimo Pietas al gobernador del Reino

78 Benjamín García Gorroño, *El Camino de Vuriloche*, R.Ch.H.G., nn. 103, 104, 108, 109. Los exploradores en n. 108, (1946) pp. 243-296.

don Gabriel Cano de Aponte, y fechado el 19 de diciembre de 1719, y dice así: "Sólo hay un camino para Nahuelhuapi, mas éste es tan penoso, que tiene ocho leguas de piélago que navegar; luego entra en seis leguas de montaña llana y pantanosa, con muchas sanguijuelas, que desangran al que pasa, si no se aforra las piernas. Y se llega a una laguna que tiene cinco leguas de navegación y se encuentra con el río de Peulla, que peligrosamente se vadea siete veces por entre dos serranías; de ahí se pasa la cordillera muy empinada, no tiene más que una legua de subida y otra de bajada, y se encuentra con otra laguna de seis leguas de navegación y se llega a Nahuelhuapi. Y aunque siempre hay embarcaciones en las lagunas, por ser el único camino para hacer los despachos a este reino, tiene los azares referidos. Y sólo se ha pasado con gente dos veces a hacer la guerra a Nahuelhuapi"⁷⁹.

Este texto data del fin de la misión, cuando sin duda el tráfico era más activo. Hay que notar que Pietas ignora el camino de las cabalgaduras.

Para seguir la historia de este camino tenemos bastantes textos e informaciones en los documentos de la época, en tanto que cartografía muy escasa. El único mapa es el de José de Moraleda, tomado como resultado de su viaje en 1795⁸⁰.

En el tratamiento de la materia hemos dado relieve a la actuación de Segismundo Guell y a su información, por publicarse en este escrito por la vez primera su Noticia del Archipiélago de Chiloé, en que narra con bastante detalle su viaje a Nahuelhuapi en 1766. Es verdad que en este trabajo hay mucha documentación no publicada, pero por haber sido deseado el viaje de Guell por viajeros e historiadores, tiene por este concepto un derecho especial.

JUAN FERNANDEZ EN 1620

Por orden del gobernador de Chile, don Lope de Ulloa y Lemos, fue en 1620 el capitán Juan Fernández a descubrir noticias de los Césares por la parte de Chiloé y por Valdivia, que es por donde esta entrada tiene menor dificultad, dice el Maestre de Campo Diego Florez de León, aunque la entrada fue por Chiloé.

El gobernador Ulloa y Lemos, con buen acierto, envió expediciones por tierra, por Nahuelhuapi y Puelo, y por mar, esta última a cargo de Juan García Tao.

La narración de Juan Fernández dice así: "Salimos del puerto de Calbuco cuarenta y seis hombres en piraguas y navegamos hasta la boca de Turaila, siempre al puelche; de allí rompe la mar siete leguas la falda de la cordillera hacia el norte entre dos ríos, y habiendo nave-

79 Real Academia de la Historia, Madrid, Ms. 4172.

80 A.H.M.Ch. XIII, pp. 264-265.

gado otras siete, varamos las piraguas tres leguas de camino por tierra, que hay hasta llegar a una laguna que se llama Quechocaví, en cuyos contornos había mucha gente, que ahora está despoblada, porque los soldados de aquella provincia la asolaron; allí cosimos las piraguas y navegamos por la dicha laguna hasta nueve leguas, siguiendo la derrota siempre al puelche, buscando paso para la cordillera, y subimos por un río que se llama Peulla hasta tres leguas, donde rompiendo la cordillera dimos en la otra banda, habiendo caminado por ella hasta cinco leguas de mal camino, por no estar abierto, donde topamos otra laguna muy grande que se llama Navalhuapi, en la cual volvimos a coser nuestras piraguas, navegando por ella hasta ocho leguas, que dimos en unos indios puelches, los cuales examinados nos dijeron que los caciques más principales de la tierra se llamaban Ilaquilé y Yaquillo, y que estos indios servían a las ciudades de Osorno y Villarrica, cuando estuvieron pobladas, los cuales se sustentan de caza y de algunas legumbres de la tierra diferentes de las del reino de Chile. Había en la laguna cantidad de pescado, truchas y pejerreyes. Confinan estos indios con una nación muy belicosa y corpulenta, cuyos indios se llaman poyas, y el principal cacique que esta nación obedece, se llama Yaguapana, y tiene diferente lengua; hace esta laguna un caudaloso río, que es donde se volvió el gobernador Hernando Arias de Saavedra, que iba a descubrir los Césares, porque no tuvo en qué pasarle ni herramientas para hacer barcos. Tienen los indios de la otra parte de este río muchos caballos y perros de caza; andan vestidos de pieles de guanacos y de pellejos de avestruces; dicen que hay infinidad de indios en la tierra adentro y que es muy llana y apacible y se pueden sacar acequias de este río para regarla toda, y que hay grandísima cantidad de caballos cimarrones”⁸¹.

Esta narración tiene algunas palabras, que se pueden explicar. Cuando dice puelche hay que leer este; Turailla o Purahilla fueron nombres del lago Llanquihue y del volcán Osorno; da el nombre de Quechocaví al lago de Todos los Santos y dicen los geógrafos que ese nombre corresponde al Hornopirén, que es un volcán⁸².

Juan Fernández hace el recorrido perfecto del camino de las lagunas, que será el más usado para llegar a Nahuelhuapi. Como todos los viajeros australes llena una parte de la narración no con lo que ha visto, sino con las noticias averiguadas a los indios.

EL P. ROSALES Y EL CAMINO POR VILLARRICA

El P. Diego de Rosales hizo un viaje a Nahuelhuapi y usó el camino del paso de Villarrica, sin hacer nunca la ruta de Chiloé.

81 J. T. Medina Biblioteca Hispano-Chilena, II, 255.

82 Cfr. Luis Riso Patrón, Diccionario Geográfico de Chile, Santiago, 1924, 598 pp.

Rosales en 1653 pasó desde Boroa a poner en paz y dar noticia del evangelio a los puelches; recuerda las peleas que han tenido con los españoles. Dio cartas a los indios para el gobernador de Chiloé (y el viaje que no hizo Rosales lo hicieron las cartas de Nahuelhuapi a Chiloé). Llevaba poderes del gobernador de Chiloé, que por la parte de Chiloé no se les podía hacer la guerra y para que por Nahuelhuapi se hiciese paso y abriese camino para la correspondencia, "que sería de grande importancia por no haberla, sino por mar y eso de año en año". Dio parte al gobernador del reino, Antonio de Acuña, que dejaba a los indios puelches en paz hasta Nahuelhuapi y que los indios se comprometían a llevar y traer cartas; el gobernador envió cuatro españoles para organizar la correspondencia, no alcanzaron a llegar, porque el alzamiento general de los indios los encontró antes de pasar la cordillera y los indios rebelados los cautivaron y mataron ⁸³.

EL P. MASCARDI Y LA REINA DE LOS NAHUELHUAPIS

El P. Nicolás Mascardi, SJ., tuvo la idea de ir a Nahuelhuapi cuando por haber hecho una entrada a la otra banda de la cordillera los españoles de Chiloé trajeron una redada de cautivos. Entre ellos venía una mujer, a la que por su distinción y clase llamaban los indios la Reina. Francisco Gallardo procuró atenderla conforme a su rango y le hizo una casa en su estancia de San Francisco Javier, donde había terrenos y un molino, cuyas rentas le dio, añadió 50 ovejas por su cuenta y 50 por cuenta del rey, y los jesuitas contribuían con cien pesos al año. Lo primero que se hizo fue libentar a los indios que habían sido cautivados con ella, lo que costó no poco. El P. Rosales dice que Mascardi los hizo libentar, porque no había razón alguna para tenerlos por esclavos, porque no había guerra con ellos, ni se les aplicaba la Real Cédula contra los indios rebeldes de Chile. Francisco Gallardo cuenta que empezó por hacer restituir la libertad a los que estaban en poder de sus parientes y luego a los demás. No quedaron conformes con esto los antiguos dueños y cuando al cabo de cuatro años se fueron a sus tierras, Gallardo los afianzó, diciendo que él pagaba su valor si la Real Audiencia sentenciaba que debían restituirse a sus dueños. Como manifestase el padre Mascardi deseos de aprender su lengua, le envió la Reina, quien se la enseñase y así el padre la aprendió, en el término de esos años. A los que fueron sus profesores de la lengua puelche, los evangelizó con esmero y los hizo fiscales. El bautizo de la Reina se hizo con toda solemnidad, vistiéndola a la española. La Reina en agradecimiento le narró muchas cosas referentes a los Césares, lo que encendió el espíritu misionero del padre para ir a convertirlos. Les envió cartas en su lengua, pero un cacique del camino, irritado porque no le

83 Rosales, *Historia General de Chile*, I, 257.

hacían regalos como a los otros, impidió el paso del indio que hacía de correo. Cuando al cabo de cuatro años el padre quiso ir a Nahuelhuapi, a donde había enviado sus fiscales para que preparasen a la gente, surgieron muchas dificultades. El General de Chiloé puso muchos impedimentos, según Francisco Gallardo; en tanto que Rosales dice que fue muy ayudador. Por decir el General que era nueva conquista le hizo pedir permiso al Virrey y al Gobernador del Reino, al que se añadió el del P. Provincial. Se le puso la dificultad de los 31 indios que acompañaban a la Reina, porque habían sido capturados como esclavos, lo que resolvió Gallardo con su fianza. Por último, el General le negó la piragua del rey y Gallardo lo resolvió prestando la suya. La última dificultad fue que se le desconcertó un pie. Hizo el viaje por el camino de las lagunas, que en ese entonces era frecuentado. Y tuvo un recibimiento muy solemne de parte de los indios con arcos y otras manifestaciones de gratitud ⁸⁴.

En su carta escrita en los Poyas, el 15 de octubre de 1670, narra así el viaje: "...Dios Nuestro Señor... me libró de todo peligro y estorbo y con todos mis achaques y pie desconcertado, me dio aliento para venir a pie desde ese mar y pasar la cordillera y venir descalzo por el pedregal y muchas vueltas del río de Peulla, sin que el pie lastimado jamás se hinchase o dilatase la marcha. Luego que me embarqué a la otra banda de la laguna de Todos los Santos, despaché por delante tres indios a dar aviso a toda la tierra de cómo yo iba marchando y traía en mi compañía esa india principal, que llaman Reina, y todas las piezas que se habían cogido en la última maloca. Y antes de empezar a subir la cordillera, llegaron tres puelches, enviados de los caciques a agradecer la idea y ayudar a subir mis trastes. Y en la cumbre llegaron otros tres, y luego otros más adelante, y todos traían algún refresco para los que iban conmigo. Luego que llegué a la cumbre de la cordillera y empecé a divisar las cordilleras y campañas de esta banda, planté y levanté una cruz. Y después de haber rezado al pie de ella, con los que venían conmigo, en su lengua, así fieles como infieles, dije en alta voz que en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tomaba posesión de todas estas almas y las restituía a Nuestro Señor Jesucristo que las había redimido con su sangre. Y en señal de esta posesión mandé tocar trompeta y disparar dos veces la pieza de campaña que llevaba conmigo, que era un arcabuz... Luego que me desembarqué en la laguna de Nahuelhuapi, a la banda de la tierra firme, hallé que se habían juntado a mi recibimiento todos los puelches y poyas comarcanos y aun muchos caciques de las tierras del norte, que corren hacia Unolbilu, y hallé que tenían en la misma playa plantada una cruz con muchos arcos, como si fueran antiguos cristianos, y luego que me desembarqué, vinieron a saludarme y dar la bienvenida los puelches, y entre ellos uno muy viejo, que traía por insignia una cruz en las manos,

84 Francisco Gallardo, carta, Santiago, 20 de mayo de 1670, en ARSI, Chile 5, fs. 158-161.

diciendo que era cristiano y que hacía unos 46 años que le habían bautizado en Chiloé. Luego en un alto aparte me estaban esperando a caballo los caciques principales de los poyas comarcanos y tenían también prevenido a trechos por la campaña muchos arcos. Y luego que llegué a su vista de ellos, empezaron a escaramucear y dar carreras de contento, antes de hablarme”⁸⁵.

Mascardi vivió el resto de su vida en Nahuelhuapi y realizó cuatro viajes por el interior de la Patagonia, sus costas, mesetas y cordilleras, y en el cuarto viaje fue asesinado por los indígenas. Estos viajes de Mascardi son como los de los Caballeros de la Mesa Redonda en busca del Santo Grial, sólo que Mascardi, también sin miedo y sin tacha, iba detrás de la Ciudad Encantada de los Césares.

JOSE DE ZUÑIGA, EL HIJO DEL MARQUES DE BAYDES

El Marqués de Baydes, al regresar a España por asuntos particulares, agradece al Rey el permiso y se ofrece apenas termine los negocios que lo llevan a España para desempeñar un virreinato. La vuelta fue desdichada, porque el Marqués perdió la vida a manos de los piratas ingleses. Su hijo José entró en la Compañía de Jesús en Madrid, pero para la provincia de Chile. En la provincia de Chile ocupó diversos cargos y llegó a Provincial.

En 1687 está en el Colegio de Mendoza⁸⁶ y al año siguiente en la misión de Poyas o Nahuelhuapi se encuentran como superior el P. José de Zúñiga y por compañero el P. Jorge Ignacio Burger⁸⁷. No residieron en la misma laguna, sino mucho más al norte en lo de Calihuaca⁸⁸. Garro, Presidente del Reino, escribe al P. Gonzalo Ferreyra, provincial de los jesuitas en Chile, desde Concepción, el 12 de noviembre de 1689, y le pide que retire y desista del viaje y misión que entre puelches y pehuenches anda haciendo el P. Zúñiga. Da como razón las guerras que han tenido ambos pueblos, porque el cabo de la plaza de Purén, la más avanzada en tierras de indios, le envía a decir que han muerto más de cuarenta y apresado más de veinte y que el cabo de la plaza de Tucapel avisa que los muertos llegan a trescientos. El hermano Marcos Cuevas Palan (único jesuita mestizo de padre español y madre india) llegó a Purén contando estas guerras de los indios y pondera juntamente las calamidades, trabajos, miserias y peligros con que andan peregrinando las regiones de estos bárbaros, predicándoles el Evangelio sin fruto alguno. El Gobernador dice que no puede defender al padre de cualquier agresión de los indios por lo retirado del sitio en que está,

85 Carta de Mascardi, original ARSI, Chile 5, 162-167. Publicada por G. Furlong, *Nicolás Mascardi y su carta relación*, Buenos Aires, 1963, pp. 117-119.

86 Catálogo, Chile, 1687, ARSI, Chile 2, 76-77.

87 Catálogo, Chile, 1688, ARSI, Chile 2, 82-83.

88 Historia de la Compañía de Jesús en Chile, 1736, pp. 264-265 y 512.

y sólo solicitar el castigo de los agresores si pasa una fatalidad, y esto puede turbar la paz que se goza. Y cree que poner en contingencia la paz por cosa de que se saca poco o ningún fruto para servicio de Dios y del rey, "mayormente cuando el P. José Zúñiga, siendo como es poco inteligente en el idioma de los indios de esta parte de la cordillera, se debe creer que lo será mucho menos en el de los indios puelches y pehuenches, por ser acá menos tratada por su naturaleza más torpe"⁸⁹.

El P. José de Zúñiga obedeció y no se retiró por las tierras de Purén a Valdivia, sino a Chiloé por el camino de Nahuelhuapi⁹⁰.

La carta anua de 1690 dice que el P. Zúñiga fue trasladado al Colegio de Chiloé como Rector, porque se temía que corriese la suerte de Mascardi, que murió a manos de los indios, por las rebeliones que había entre esta gente. Esta carta alude al camino con estas palabras: "Fue necesario pasase dicho padre, tolerando muchos trabajos en su viaje de cordilleras ásperas, de pantanos frecuentes, de lluvias impetuosas, de ríos caudalosos, de peligros en la salud y en la vida, pasando los días y noches mojado y sin abrigo, como de ordinario lo pasan los padres en estas trabajosas misiones"⁹¹.

FELIPE DE LA LAGUNA, EL DE "LAS LAGUNAS HORRIBLES"

Por ser este escrito de carácter itinerante, o más bien navegante, no es posible ocuparse de otros acontecimientos fuera de la ruta. Por eso no hacemos la historia de algunas instituciones, sino que fijamos la mirada en el viaje y cuanto más cerca de los indios prácticos, de los chilotes marineros y de las piraguas, mejor.

El P. Felipe de la Laguna (Van der Meren), natural de Malinas, tenía al llegar a Nahuelhuapi en 1704 la edad de 37 años. Debe haber sido un viajero curioso. De él se conservan tres cartas latinas al P. Santiago v. Eyl, escritas en Mendoza, Santiago y Bucalemu en 1699, cuando iba llegando y en ellas cuenta sus primeras impresiones. Otra carta suya describe el camino de las lagunas: "A 22 de enero salí para Chiloé navegando unas lagunas horribles, no sin riesgo de la vida por ser las embarcaciones de estos indios pequeñas y malas. Anduve las dos montañas a pie, porque no se puede de otra suerte, y más que es el camino tan malo, que no tengo yo palabras para explicarlo. También se pasa un río caudaloso que llaman Peulla, sobre piedras agudas; quizás éste es el mayor trabajo, porque se ha de vadear más de veinte veces, y en algunas partes llega a la cintura, y a más es tan rápido, que si alguno cae en su corriente tiene gran riesgo de la vida. Pasé la primera montaña descalzo con una cruz, y trayendo en una bolsa el breviario y mis libros

89 ARSI, Chile 5, 263-264.

90 Historia de la Compañía de Jesús en Chile, 1736, p. 265.

91 ARSI, Chile 6, 352-359.

de devoción. Llegando a la cumbre tuvieron estos nuevos catecúmenos compasión de mi debilidad, y por verme los pies algo lastimados me obligaron a calzarme unos zapatillos de cuero de vaca crudo, que hechos para sí los traían: son a manera de botines; y con esta corta defensa y reparo tuve algún descanso y alivio aunque apenas me podía mantener en pie, topando por árboles caídos y palos atravesados, pasando por muchos y penosos pantanos. En una isleta que hace el río Peulla encontré dos españoles de Chiloé y eran Miguel Velásquez y Lucas Almonasí con seis indios de Calbuco, y admiré la providencia de Dios y por su respeto por mi persona, porque a no haber venido esta gente tan impensadamente, hubiéramos yo y mis seis puelches o muerto de hambre o padecido algún gran trabajo, porque en esa sazón no debía de haber habido de esta banda de la otra laguna que se había de pasar, embarcación como solía, y estos pasajeros trajeron la que había de la otra banda; y con esto remedió Dios nuestro peligro, que sólo su infinita sabiduría, que antevé lo futuro, como mira lo presente, lo podía hacer tan a tiempo y sazón. Porque ya constituido en medio de las dos lagunas ¿qué podíamos hacer aislados, siendo imposible pasar adelante, y difícil retroceder con mantenimientos tan débiles y escasos? Y cuando retrocediese no podía yo hacer nada en Nahuelhuapi, si no lograba ese viaje primero a Chiloé. Consolóme mucho la docilidad con que estos puelches en el viaje por la mañana y tarde aprendían el catecismo, de modo que al cabo de él ya lo sabían perfectamente, mas como eran tan nuevos y principiantes, reparé que querían usar de las supersticiones de su gentilidad. Por haber faltado el viento en las costas de Chiloé, comenzaron a llamarle haciendo humos y chiflando, pareciéndoles que con esos medios le traían. Díjeles con amor que sólo Dios era el legítimo dueño del mar y de los vientos, y que este poderoso Señor con ruegos y súplicas se dejaba vencer, y se movía a otorgar a los hombres lo que desean; y que cuando no nos concediese lo que deseamos, debíamos de estar contentos con su voluntad y querer, sabiendo que es nuestro padre amoroso; rindiéronse de suerte a estas pocas razones, que no sólo desistieron de aquella vana observancia, más aun me entregó el principal una bolsa que traía al cuello con plumas y cabellos, que se la había dado un brujo, asegurándole que con aquella prenda jamás enfermaría y tendría favorables sucesos en el viaje. A la vuelta de Chiloé pasé los mismos y mayores trabajos; porque aunque me habían dado algunos zapatos, entrando en el primer río se me mojaron, y lastimóseme una pierna de suerte que por lo restante del camino anduve como arrastrando, sintiendo mucha pena y trabajo. Pero todo lo vence la caridad de Cristo y el deseo de ganar almas. Llegué sano y bueno a Nahuelhuapi, a 20 de febrero, con algunos carpinteros, y luego dimos principio a una pequeña casa que en tres semanas estuvo acabada”⁹².

92 Historia de la Compañía de Jesús en Chile, 1736, pp. 513-514.

Esta carta nos enseña cómo estaba el camino y la vigencia, entonces, de las piraguas; también nos permite adentrarnos en la psicología del P. Felipe de la Laguna por su modo de mirar cosas y sucesos.

JUAN JOSE GUILLELMO Y EL CAMINO DE LAS CABALGADURAS

El ver un camino por tierra y para cabalgaduras puede producir cierto sobresalto al ver que desaparece la ruta marinera de la isla. Sin embargo, no es así, porque la isla tiene rutas anfibias, pero sale a buscarlas por el movido puente de piraguas, que le acerca el continente lejano y esquivo. Lo que se ahorra con el camino de tierra es el paso del lago de Todos los Santos, pero desde Chiloé al fondo del estuario de Reloncaví hay una porción de leguas marineras. En 1736 el anónimo autor describe así el lugar y sus caminos: "Nahuelhuapi está entre dos órdenes de cordilleras altísimas, de cuyas vertientes se forma la laguna. Corren las unas al sur y rematan en el Estrecho de Magallanes y otras se dividen a Chiloé. De estos parajes con montañas y lagunas, que era el camino por donde se comunicaban, hasta el mar y puerto de Ralún hay veinticinco leguas, de Ralún a Calbuco por mar catorce leguas, de Calbuco a la ciudad de Castro, veinticuatro, también por mar". En Chiloé y sus alrededores la tierra es poca, es como el alimento de sus sufridos habitantes, que a cada paso repite la historia, por miedo al olvido, que es padre del mito, su alimento era un poco de harina desleída en agua: así es Chiloé, un poco de tierra desleída en sus mares, canales, estuarios, ríos, lagos, y como si fuera poco, queda la lluvia incesante que moja el paisaje en forma vertical, como si no fuera suficiente con el agua horizontal.

El camino de las cabalgaduras era mirado desde dos ángulos encontrados. Para los indios era el camino de las malocas, la entrada de los enemigos, una puerta por la espalda, que se añadía al camino de las lagunas. El que hacía esto era enemigo y merecía la muerte. Para el misionero era un camino más fácil, porque se movilizaban los hombres en cabalgaduras y aceleraban notablemente la marcha y las cargas se llevaban con más alivio y menos retardo en los lomos de las mulas y caballos.

El P. Juan José Guillermo supo en Chiloé por tradición de muchos, y por un español ya viejo, cómo desde Ralunchain, que está a catorce leguas de Calbuco por mar, y es adonde desembarcan para hacer el viaje a pie a Nahuelhuapi, se podía ir por tierra y a caballo hasta la misma misión sin el embarazo de las dos lagunas y de otros muchos malos pasos que se evitaban. Por este camino, decían, entraban los españoles a maloquear a los indios que estaban en Burilochi, que por miedo a los españoles se retiraron o se consumieron; y ya se ha perdido la memoria de tal camino. El mismo español decía que él le había andado, pero que ya por sus años no podía servir de guía; pero dio un derrotero por donde

se pudiesen guiar. Con estas noticias el P. Guillermo se alentó a abrir este camino tan nombrado de Bariloche, porque conocía que "si se descubría, era el único medio de mantener la misión con alivio y descanso, porque desde el puerto de Ralún en tres días se podían conducir con mulas los géneros que necesitaba la misión, así para el alimento como la ropa y demás géneros que son necesarios para los padres, familiares y el agasajo de los indios sin la fatiga de haberlos de transportar desde Chiloé a hombros o desde Valdivia en ocho días de camino, aunque con mulas, se pasa por tantos indios de guerra que en cada parcialidad había un riesgo, después de tener que agasajarlos porque los permitiesen pasar: porque con todas estas molestias y subsidios se conservó la misión el tiempo que duró"⁹³.

Guillermo intentó varias veces este descubrimiento. Dos veces entró desde Chiloé y sin derrotero definido se perdían en la montaña, iban a pie, cargando con su ropa y comida, durmiendo en chozas hechas de hojas de pangué. Guillermo los acompañaba, pero las dos veces se desanimaron.

Buscó un indio práctico (que no fuera puelche, porque los puelches se oponían al descubrimiento). Encontraron un indio que prometió ponerlos en los Baños, llamado así por una fuente termal, que había en el lugar, útil para tomar baños. Desde allí salía el camino de Bariloche. Organizaron dos expediciones: unos entraron por Ralún por los Baños, y otros por Nahuelhuapi, con cuchillos y machetes para ir señalando el camino, y aunque no llegaron a encontrarse, pues se retiraron por falta de víveres o cansancio, el camino estaba descubierto, aunque no continuaron los trabajos⁹⁴.

El 1º de diciembre de 1708 hizo un memorial el P. Juan José Guillermo, en que pedía como superior de la misión de Nahuelhuapi doce indios perpetuos para el servicio de la misión, de los que tiene el rey en Calbuco, remudables de seis en seis meses o de cuatro en cuatro. Y también solicitaba que se abriera el camino de Bariloche: "El camino que al presente se trajina es muy dificultoso por estar lleno de lagunas y asperezas de cordilleras, malos pasos y despeñaderos, caminando todo el dicho camino a pie con el agua que en muchas partes da cerca de la cintura, siendo preciso llevar las cargas de matalotaje y demás cosas en hombros de indios, durando este modo de caminar por nueve o diez días para llegar al dicho paraje de Calbuco, los cuales embarazos no se hallan en el dicho camino de Bariloche, que se pretende abrir por ser, como dicen los mismos naturales camino de tres días y tan fácil que los indios poyas iban a mariscar a las playas de dicho Calbuco, a que se añade que los indios poyas le dieron al padre, su compañero, un cacique y otro indio, que había servido de fiscal al Venerable padre Nicolás Mascardi, primer descubridor de dicha misión, para enseñarle

93 Ibid., p. 523.

94 Ibid., p. 524.

el principio de dicho camino; con las cuales guías penetró por dos días la montaña hasta que vio señales de dicho camino de Buriloche, que por estar espeso de arboledas y coligües no pudo pasar adelante, y como los dichos padres misioneros para mantener las cosas necesarias necesitan que les vengan de la provincia de Chiloé, y, como tengo dicho, en hombros de indios por no poderse trajinar el camino nuevo con cabalgaduras por las asperezas y pantanos, por todo lo cual necesita que Vuestra Señoría, con su acostumbrada piedad ordene y mande al general, que fuere de la dicha provincia de Chiloé, que dé la providencia necesaria para que se abra el dicho camino llamado de Bariloche". Va en seguida el decreto que ordena una mita de doce indios y que se abra el camino, y lo ordena al Gobernador de Chiloé so pena de 200 pesos, Santiago, 20 de julio de 1709 ⁹⁵.

En la Junta de Hacienda, el 17 de julio de 1710, se leyeron dos capítulos de una carta del Maestro de Campo, don Lorenzo Cárcamo, General de las provincias de Chiloé: "Precisame la obligación de poner en consideración a Vuestra Paternidad de cómo el camino de Bariloche se ha conseguido, habiendo enviado a Nahuelhuapi el capitán Villarroel, con pretexto de unos trastes, que hurtaron al P. Juan José Guillermo, con veinte hombres españoles y otros tantos indios, a ponerlos en terror para que en lo de adelante no se desvergonzasen a llevar lo que los padres tenían, y fue la fortuna que el agresor de dicho hurto era el que ofrecía dar el camino y guiar; con que con el miedo, juzgando sería castigado por desacato, si bien fue bien industriado el cabo para que le esperase, enviándole recaudo y que no temiese ninguna molestia, y que sólo se pretendía que mostrase el dicho camino, y en 'premio' del castigo que merecía, le recompensaría con agasajos. A cuya propuesta convino luego y dijo que guiaría, como en efecto lo ejecutó con otros de los suyos, y por las noticias que tenían se facilitó el haberle reconocido, habiendo venido el cabo con el P. Juan José Guillermo hasta más de la mitad a caballo, y como su paternidad antes servía de embarazo, se hubo de quedar y el capitán Villarroel pasó adelante con los dichos y con los demás que trajo en su compañía y atravesó la cordillera sin que hubiese impedimento, y en medio de ella halló una cueva, en que solían alojar los que venían al paraje nombrado el Papal, tan deseado y en ella halló chiguas, que usaban cuando traficaban dicho camino, que nunca se ha dudado respecto de que este fruto se adelantó, por disposición divina, y más, cuando fía más del auxilio y cristiano celo de su Señoría, cuando de su principio se ha prometido eficaz este desvelo, que con eso tendrá la comunicación muy continua y no dude Vuestra Paternidad que yo proseguiré con muy buena voluntad y fervor a esta tan deseada e importante diligencia, cuando el rey de su parte no pusiese el brazo auxiliar, yo de mi parte haré todo lo posible, sólo por ser del agrado de

Dios Nuestro Señor y conversión de almas tan perdidas". Y más adelante dice el segundo capítulo: "Habiendo despachado cuarenta hombres de mi compañía con sus armas para la consecución del camino de Bariloche, han vuelto avisándome cómo han dado con él, estando en algunos parajes pasos no muy buenos, pero con gente se pueden componer, y he tenido tal fortuna que en mi tiempo se han venido a componer muchas cosas..."⁹⁶.

El Gobernador Juan Andrés Ustáriz, en carta al Rey de 30 de octubre de 1712, cuenta las dificultades que tuvo el P. Guillermo con el Gobernador de Chiloé, Marín de Velasco: puso dificultad en darle los doce indios que el gobernador Ustáriz le había concedido al padre. Ustáriz también ordenó a Marín que diese gente al padre para la apertura del camino. Habiéndole dado diez hombres, que eran costeados por el padre en su mantenimiento, hachas y herramientas, Marín quiso que fuera por jefe de ellos su cuñado, y el padre quería que fuera uno de la tierra, conocedor de aquellas quebradas y cerros, que era lo que necesitaba para hallar el camino, y el gobernador Marín se lo negó. Tampoco le dio gente armada para defender a un indio de la misión atacado por otro cacique bárbaro. Aveló al obispo que andaba de visita y era don Diego Montero, y éste dio su dictamen contra el padre. Esto obligó al P. Guillermo a ir por tierra a Santiago. La Junta de Misiones concedió al padre todo lo que pedía por ser justo. Yendo por tierra a su misión encontró al obispo en Purén. Irritado Su Señoría que se hubiese dado dictamen contra el suyo y hubiese el padre obtenido lo que buscaba "le trató de vilipendio y le ajó quitándole la licencia de confesor que él mismo le había dado, y aun dicen que le dijo que la misión no debía subsistir, sin que tuviese su licencia especial y otras cosas". Por esto, nada se hizo aquel verano en lo del camino⁹⁷.

En 1716 la primera noticia del camino la da Diego Thellez de Barrientos en carta de Calbuco y 5 de febrero al Maestre de Campo don Pedro de Molina: "Participo a V. M. de mi llegada a este fuerte de Calbuco con la gente que llevé a mi cargo sin avería ninguna. Y fue Dios servido que en veinte días abrí el camino de Bariloche, lo más intrincado de él, y lo demás del tiempo le gasté en poner algunos puentes, con alegría de todos mis compañeros y gran aplauso de los padres para la continuación de aquella santa misión y alivio de toda esta provincia, de que doy a Dios las gracias y a V.M. infinitos parabienes por el buen asiento de su disposición". Y sale el dato, en su carta, que las aguas de Bariloche son tan calientes que "la carne se cocía en menos de un cuarto de hora", y del camino dice: "Desde la orilla de este mar de Calbuco a Nahuelhuapi son tres días de camino, aunque vayan durmiendo"⁹⁸.

96 AGI, Chile 159.

97 ANS, Jes, 432, 8 pp., con notas del Consejo de Indias, AGI, Chile 136.

98 AGI, Chile 92.

El P. Guillermo en brevísima carta comunica al Presidente Ustáriz, el 23 de febrero de 1716, la apertura del camino: "Gracias a Dios que finalmente, después de tantos años, ha sido Nuestro Señor servido de que el camino tan deseado de Bariloche se halla totalmente abierto y cursado este año con mulas", y siguen los agradecimientos⁹⁹.

Ustáriz cuenta al Rey la apertura del camino, en su carta de 24 de octubre de 1716; dice que repugnó Marín el fomento para abrir el camino de las caballerías, dio entonces apretadas órdenes, mientras estuvo Marín en Santiago por la rebelión de los indios, a su reemplazante don Pedro Molina Vasconcelos: que se "aplicó con tanto empeño que encontraron con el dicho camino y dejaron corriente, habiendo bajado desde la misión a Chiloé en caballos y mulas"¹⁰⁰.

Una vez descubierto el camino, los indios incendiaron la misión: "Yo siempre he maliciado, dice el anónimo autor de 1736, que viendo los indios puelches que el camino estaba descubierto, le pegaron fuego por tres partes a la misión"¹⁰¹. Reparados los males del incendio, volvió el padre al camino hasta verlo concluido. No tenía dos meses la apertura del camino cuando falleció el P. Juan José Guillermo. El citado anónimo autor de 1736 comenta: "Se vengaron de él ocultamente y sin ruido, y también para que el camino se quitase"¹⁰².

Continuó la misión, pero un nuevo incendio en noviembre de 1717 puso fin a la misión. En los escombros se halló el cadáver del P. Elguea. Medio siglo más tarde se intentó de nuevo abrir la misión, pero en vano. No volvió a existir.

99 AGI, Chile 92.

100 AGI, Chile 92.

101 Historia de la Compañía de Jesús, 1736, p. 525.

102 Ibid., p. 527.

EL VIAJE DE GUELL A NAHUELHUAPI Y SU NOTICIA

En el siglo XVIII, por razones geográficas, internacionales, científicas, económicas, apostólicas y aventureras, se recorrieron en vastas regiones de la tierra innumerables caminos.

Chile austral se vio envuelto en las mismas curiosidades por motivos similares. Las islas y los caminos del interior fueron explorados con insistencia en todas direcciones.

Los viajeros no se contentaron con el descubrimiento, sino que escribieron los resultados de sus pesquisas en diarios, informes al gobierno o narraciones. Estos escritos no siempre fueron del dominio público, y algunos, si no muchos, desaparecieron con el correr del tiempo. Conocidos algunos por tradición no dejaron de influir en nuevos viajeros, de suscitar la curiosidad y de crear una cantidad de conjeturas basadas en datos indirectos o incompletos. Chiloé en su aislamiento insular tenía doble importancia por su orientación hacia los caminos terrestres y marítimos. Si Valdivia, como fortaleza de Chile austral se encierra en los muros de sus castillos roqueros o se parapeta en las murallas cristalinas de sus ríos, Chiloé es una avanzada hacia nuevos pueblos y territorios. Su lejanía del gobierno de Chile y la frágil unión con la metrópoli, confiada a la velocidad de sus piraguas, le permite moverse con libertad en los caminos cordilleranos o en el enjambre de las islas del sur. Su condición anfibia, su agilidad marinera y su voluntad de caminar contrastan con su pobreza y lejanía de los medios culturales. Sin embargo, su realidad de frontera activa y dinámica en continua expansión redime a Chiloé del retrato triste y melancólico, si no ya peyorativo que trazaron tantos observadores, sin tener una mirada más universal o si se cree que esto es demasiado, al menos una mirada más comprensiva y equilibrada.

Hubo un viaje que quedó consignado en una breve carta bastante desconocida y lo suficientemente breve para que no se advirtiera la ha-

zaña que significó en su tiempo¹⁰³. Casualmente dimos en Roma, en el Archivo de la Compañía de Jesús, con el escrito que nos dejó el mismo explorador, la narración de su viaje, con un motivo al parecer superficial, que expresa con estas palabras: "Ya que llegamos aquí, quiero poner con la brevedad que puedo el viaje que yo mismo hice el año 1766 y 1767, que no dejará de divertir al curioso lector"¹⁰⁴. Se trata del viaje emprendido desde Chiloé hasta Nahuelhuapi con el fin de poner por obra el plan misionero del P. Juan Nepomuceno Walter presentado a la Junta de Poblaciones en 1764, cuya importancia destacamos al hablar de los planes. La importancia del camino de Nahuelhuapi era evangelizadora, porque era como la puerta para el territorio austral no sólo para eso, sino para llegar a los inaccesibles, huidizos y misteriosos Césares y el único camino por tierra hacia el norte para mantener a Chiloé unido al resto del país con más seguridad que la vía marítima. Este camino estaba abandonado desde la destrucción de la misión de Nahuelhuapi en noviembre de 1717. Los indios siempre se habían opuesto por miedo a perder su independencia, al perder su aislamiento. El viaje de Guell va a intentar sus dos posibilidades al camino de Nahuelhuapi: el de las lagunas y el de las caballerías, conocido también por Bariloche. El viaje de Guell fue conocido en su tiempo por los compañeros que llevó, y el que supo aprovechar esta ventaja fue el P. Fray Francisco Menéndez en 1791 y en los años siguientes y lo dejó consignado en sus escritos. La información de Guell es más completa, porque es un escrito que abarca todas las características de la isla y de sus habitantes, y en algunos aspectos es más completo que otros escritos contemporáneos.

La publicación, aunque tardía, del manuscrito de Guell completa la historia con un conocimiento de la realidad. Muchos autores han citado a Guell y por no conocer su escrito no han estado tan cerca de la verdad como sería de desear. Este es el motivo principal que induce a esta publicación y porque sirve de puente en las exploraciones del siglo XVIII uniendo las primeras décadas con la última.

EL MANUSCRITO

El manuscrito es un pequeño librito de 194 x 134 milímetros, de 76 páginas y en siete cuadernillos, que se encuentra en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús, Chile, volumen 5, ff. 345-383 v. Está escrito con tres letras distintas y diversa ortografía, que demuestran tres amanuenses diversos. La letra es clara, pero tiene una página tan borrosa (375 r.) que apenas puede leerse, por eso no se puede hacer la transcrip-

103 Carta de Guell a Castelblanco, Ralún, 18 enero 1767, ANS. C. G. 710, fs. 88-89. Verla en el Apéndice, Documento VI.

104 Guell, Noticia breve y moderna del Archipiélago de Chiloé, Capítulo IV, ver Apéndice, Documento VIII, ARSI, Chile 5, fs. 345-383 v.

ción exacta de ella. Por las fechas se ve que fue hecho en Italia y también por dos palabras; dice *bosco* corregido bosque y *rancillo* corregido ranchillo. El autor, siguiendo una costumbre de muchos escritos jesuitas, omite los nombres propios y aun el suyo propio. El nombre del P. José García está indicado al margen por una corrección de la época, pero de otra mano. Tiene señalados con lápiz muchos trozos para que los copiara el amanuense, y como así lo hacía el P. Antonio Astrain, se puede sospechar que los hizo copiar para su historia.

Este manuscrito lleva el siguiente título: *Noticia breve y moderna del Archipiélago de Chiloé, de su terreno, costumbres de los indios, misiones, escrita por un misionero de aquellas islas en el año 1769 y 70*¹⁰⁵. Está dividido en prefacio, seis capítulos, una adición y una parte final llamada: Adiciones a la breve noticia del Archipiélago de Chiloé. Los cuatro primeros capítulos los dedica a la descripción geográfica. En el cuarto narra su viaje a Nahuelhuapi, al tratar de la Tierra Firme. En el quinto se ocupa del gobierno, comercio, cultivo de los campos, costumbres y genios de los naturales, y en el sexto explica la evangelización. En la adición rechaza la acusación de Campomanes de que los jesuitas permitían el machitún a los indios, y se excusa de no haber hecho mapa, porque no sabe hacerlo. En las adiciones, en plural, completa aspectos omitidos en los capítulos anteriores.

Al principio el autor puso título marginales sobre la materia tratada, luego algunos nombres geográficos en los márgenes y después los omite, para hacerlos aparecer finalmente en las adiciones.

El escrito va destinado a un padre que no nombra, sino en general. No parece que este padre haya sido escritor, porque lo habría nombrado como lo hicieron Molina y Vidaurre.

Un leve carácter apologético contra las acusaciones, que hacían los ministros reales a la Compañía de Jesús, aparece en este escrito. Campomanes acusaba a los jesuitas de permitir la práctica del machitún a los indios. Señala como autor de la acusación al obispo Espiñeira, que también lo toleraba, comenta con ironía. Después de todo se tolera lo que no se puede impedir. Era el machitún una práctica supersticiosa de medicina que realizaban los machis o brujos. Reinaba en confuso en Quenac y Chaulinec. Ambos sitios tenían sus diferencias. Quenac era una isla con buena iglesia, cuyos habitantes eran casi todos españoles y bastante dedicados a cosas de devoción, pero que tenían fama de algo aplicados al machitún. En Chaulinec los habitantes eran chonos muy primitivos todavía, que comían carne de lobo marino y comerciaban con cueros y aceite de lobos marinos y barbas de ballena. Sin duda, en ellos era más explicable que aún conservaran esta práctica de índole mágica. El P. José García cuenta en su viaje que vio practicarlo¹⁰⁶ y le dijeron que era machitún, pero por su descripción se ve que sus cere-

105 ARSI, Chile 5, fs. 345-383 v.

106 Cfr. o. c., nota 52 supra, p. 590.

monias ya estaban muy lejos de las que en el siglo anterior describían Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán o el P. Diego de Rosales. Otra acusación era que querían entregar la isla de Chiloé a los ingleses. Replica que lo cierto es lo contrario y "lo saben los que tienen cabal conocimiento y experiencia de aquellas tierras". Los mismos gobernadores saben poco de Chiloé, se limitan a Chacao y Castro sus conocimientos y cuando se han declarado guerras "todo el consuelo de los gobernadores han sido los padres". Por esta acusación quedaron presos en España cinco jesuitas alemanes que habían residido en Chile. Eran los padres Melchor Strasser, Francisco Javier Kisling, Miguel Meyer, Juan Nepomuceno Erlacher e Ignacio Fritz. Los tres primeros fallecieron en diversos lugares de España, presos en monasterios, y los dos últimos fueron liberados, gracias a las gestiones del embajador de Austria, von Lobkowitz, el 4 de febrero de 1776. La acusación dice así: "Por haberse internado mucho en las islas y tierra adentro de Chile puede ser tal vez perjudicial al "Real Servicio" que salgan fuera del Reino, porque descubran la interioridad de aquellos países a los enemigos de la corona"¹⁰⁷. Este manuscrito no parece destinado a la publicación, porque lo lógico habría sido refundir las adiciones con el texto. Su publicación habría sin duda disgustado a la Corona de España por la geografía de islas y canales y por el viaje al interior, a Nahuelhuapi. El P. Bernardo Havestadt, al publicar su viaje entre los indios con mapa, da las razones por las cuales el gobierno español no debe tener temor. Cuando Fray Pedro González Agüeros publicó, con todos los permisos que se exigían, la *Descripción historial de la Provincia y Archipiélago de Chiloé*, en Madrid, 1791, por haber puesto el viaje del piloto Francisco Machado por esas regiones, le fue suspendido el permiso y tuvo que probar que esos datos nada añadían a los conocimientos que los enemigos extranjeros tenían de esas regiones. El viaje del P. José García fue publicado en Halle, 1811, con mapa y cuidadosa explicación de su viaje a Guayaneco, en doble texto, alemán y castellano, pero en esa fecha se resquebrajaba el Imperio Español de Ultramar.

EL AUTOR

Al encontrar este manuscrito en 1970 procuré desentrañar el misterio de su autor, por ser anónimo el manuscrito. En primer lugar, las detalladas bibliografías de jesuitas, de impresos y manuscritos no daban ninguna pista. No conocen a Guell. Sólo había hallado una carta suya a Juan Ignacio Molina, Imola, 7 de marzo de 1812¹⁰⁸ y una respuesta a una de Guell, del P. General Lorenzo Ricci, fechada el 22 de mayo de

107 W. Hanisch, *Itinerario y Pensamiento de los Jesuitas expulsos de Chile*, Santiago, 1972, pp. 71-75.

108 ANS. A. B.V.M. v. 308, fs. 91.

1773¹⁰⁹, sin que se hallara la de Guell. La expedición de Guell a Nahuelhuapi es un hecho aislado entre los dos extremos del siglo en que muerden las exploraciones hacia la famosa laguna cordillerana.

Fray Francisco Menéndez al finalizar el diario de su primer viaje, de 1791, a Nahuelhuapi, en que no alcanzó su objetivo, tiene una nota que dice: "A últimos del año de sesenta y seis y principios de sesenta y siete el P. Segismundo Guell intentó restaurar la misión de Nahuelhuapi. Fue con doce hombres por Bariloche y después de muchos trabajos llegaron los taladores al río Blanco y no lo pudieron vadear, porque iba muy hondo, aunque no tan ancho como ahora. Fueron después por Todos Santos en donde levantaron una piragua y pasaron la laguna, y siguiendo la última ensenada del norte pasaron el río Peulla, en donde encontró el padre huesos de gente, chaquiras, rosarios y pedazos de ollas. Más adelante encontró un derrumbo de piedra y tierra, que tenía cegado el río, el que salía por debajo de la tierra derrumbada, la que estaba temblando, y me aseguró uno de los que fueron que al padre se le mudaron los colores. Los taladores, o cansados o aburridos, se retiraron de la tala "resueltos a no proseguir, y dijeron al padre que no se encontraba el camino y le fue forzoso el retirarse. Gastó en el viaje cerca de seis meses. En el verano siguiente estaba dispuesto el mismo padre para hacer una nueva entrada, y antes vino la expulsión de los jesuitas, que fue en Castro el día 8 de diciembre de 1767"¹¹⁰.

En este mismo diario de Menéndez hay frecuentes alusiones a Guell, p. e., el 25 de enero, en la carta de Pablo Téllez, de 11 de febrero, el 16 de febrero y, finalmente, en la nota segunda al concluir el viaje, donde cuenta que, terminada su exploración, habló en Castro "con algunos de los que fueron con el P. Guell, y particularmente con el capitán de milicias, D. Francisco Silva, que iba de niño del padre"¹¹¹.

El análisis interno del escrito favorece a Guell, porque habla con mucha precisión de los tres trabajos que realizó como misionero en la isla de Chiloé: la misión de Kaylin, con los caucahues y otros indios, la misión circular anual por las islas, de las que ofrece un nuevo catálogo desconocido de capillas, familias, personas y comuniones, y el viaje a Nahuelhuapi.

Existe, sin embargo, un argumento definitivo: la carta que Guell escribe desde Ralún el 18 de enero de 1767 al Gobernador de Chiloé, Manuel de Castelblanco, contándole el viaje y sus resultados. El original de ella se halla en el Archivo Nacional de Santiago, sección Capitanía General, volumen 710 a fs. 88-89, en el Expediente sobre el camino a Osorno y los viajes de Guell y García. La misma carta está en copia en los Manuscritos de Medina, tomo 271, fs. 21-22. En ambos casos

109 ARSI, Chile 1, fs. 13 v.

110 Francisco Fonck, *Viajes de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi*. Valparaíso, 1900.

111 Fonck, o. c., pp. 205 y 250.

va con la carta de Castelblanco al Gobernador de Chile, D. Antonio Guill y Gonzaga, de Chacao, 23 de enero de 1767.

Hay una fundamental diferencia entre la carta y la narración de la *Noticia breve y moderna del Archipiélago de Chiloé*... La carta es vehemente y combativa, en tanto que la narración es serena y desapasionada. Basta indicar algunos párrafos de la carta para sentir el fuego de la pasión: "Mi viaje en realidad es penoso, y más penoso lo hace el mal informe que me dieron algunos viejos, que ahora cuarenta años anduvieron por acá, pues fue informe del todo falso en rumbos, vías, cordillera y un todo... Nunca he perdido el valor... Por el uno de los caminos anduve cuasi la mitad... ya que tenía lo más y peor vencido, se me aburrieron cinco o seis mozos. Por fin conseguí de ellos que me acompañasen por el otro camino que llaman de Queulla (sic), atravesando la gran laguna de Todos los Santos... Presto vimos la desgracia... un horroroso derrumbe de cuatro cordilleras... conforméme muy mucho con la voluntad divina y cobré más esperanzas y, aunque deje mi retorno, pero *me arrebató Nahuelhuapi*... con los cinco que me quedan sigo el otro camino, y ya que tengo buenos tiempos, sabré de cierto si es o no imposible... El día que sale de Ralún, salgo yo con mi "gualcapu" (saco)¹¹² a los Baños, a seguir desde donde retrocedimos... y entre tanto voy a encontrar algún imposible en el camino o camino sin imposibles".

Al fin de la carta vuelve a intentar el camino de los Baños o de Bariloche, detalle que no sale en la narración, y cuyo desenlace desconocemos.

Guell declara que ha vivido muchos años en Chiloé: "Yo he vivido, dice, muchos años en aquellos golfos rodeando, si se puede decir, palmo a palmo aquellas islas, de manera que no daré noticia, sino de lo que he visto y experimentado". El decreto de Guill y Gonzaga, que nombra misioneros de Kaylín a José García y Segismundo Guell es de 1764, y por tanto Guell no estuvo en Chiloé más de tres años. Si no es verdad, nos quedamos con una figura literaria que se llama ponderación.

EL P. SEGISMUNDO GUELL, S. J.

El 22 de diciembre de 1734 nació Segismundo en Manresa, siendo sus padres José Guell y Francisca Giraldo. Cierta inseguridad aparece en sus declaraciones sobre su ciudad natal. En el catálogo de Aragón de 1754 dice que nació en Manresa, lo mismo dice al pasar a América, pero en catálogos posteriores dirá que es nacido en Vich o en Barcelona. Fue admitido en la Compañía de Jesús el 24 de diciembre de 1752, a los dieciocho años de edad, como indiferente para las provincias

¹¹² Gualcapu: expresión chilota de origen mapuche, cfr. Nicasio Tangol, *Diccionario etimológico chilote*, Santiago, 1976, p. 49.

de América¹¹³. Era esta una clase especial de candidatos, que se podría llamar de segunda clase, que aparece en una sección especial en los catálogos de las provincias españolas de la Compañía de Jesús. Cada cierto tiempo llegaban los procuradores de América en busca de jesuitas y elegían entre estos candidatos los que mejor les parecían. Esta fue una de las variadas maneras de resolver el problema de los procuradores de las provincias de Indias, que andaban en busca de misioneros. Por una ley de compensación, en América se convertían en sujetos de primera clase, por ser europeos, frente a los criollos. Aunque habían venido para las misiones y como misioneros, no se aceptaba que lo fueran exclusivamente, y del P. General para abajo defendían que podían ocupar todos los cargos, en tanto que el Rey y sus ministros exigían que fueran a las misiones, porque se les había dado permiso para ir como misioneros. Pero dejemos este problema, porque tiene la cola muy larga.

Los procuradores de la provincia de Chile, los PP. José Vera y Baltasar Huever, reunieron una expedición de cuarenta jesuitas, de ellos trece eran alemanes, dos sardos, un italiano y veinticuatro españoles. Guell iba entre ellos, nueve de los cuales habían sido admitidos como indiferentes para las Indias en la Provincia de Aragón. Para la cronología de Guell es bueno observar que él declara que fue admitido en 1752; sin embargo, hace los votos finales del noviciado en Buenos Aires (durante el viaje a Chile) el 25 de diciembre de 1755 y en los catálogos de Chile aparece como admitido en Tarragona el 24 de diciembre de 1753. Al entrar declara también que había terminado la filosofía, como lo hacen también otros seis admitidos como indiferentes para Indias.

Para estar prontos para partir se reunían los elegidos en la Casa-Hospicio para las Indias, que había edificado en el puerto de Santa María la Procura General de Indias.

La partida tuvo lugar el 8 de abril de 1755 en el puerto de Cádiz. El barco se llama *San Francisco Javier*, alias *El Torero*. En él viajaban el Gobernador de Chile, don Manuel de Amat, doscientos soldados para el Paraguay y otros treinta jesuitas con destino a esa provincia. Después de ciento veintiún días de navegación arribaron al puerto de Buenos Aires¹¹⁴. En el colegio de esta ciudad hizo los primeros votos el hermano escolar Segismundo Guell. Se ven las largas demoras de estos viajes. Llegan a Buenos Aires el 1º de agosto de 1755; el P. Huever, segundo procurador, dice en carta de 26 de octubre¹¹⁵ que piensa salir para Mendoza a principios de noviembre y el 25 de diciembre hace Guell los votos en Buenos Aires, lo que indica que aún no habían partido.

Continuaron, como siempre, el viaje a Mendoza en carretas y de esta ciudad en mulas a través de la cordillera. A principios de 1756 lle-

113 ARSI, Chile 3, fs. 250 v., Catálogos impresos: de Aragón 1752 y 1754, y AHNM, Jes. 826.

114 AGI, Contratación 5549.

115 ANS, Morla tomo 90, pieza 30 c, fs. 315. Original en la Real Academia de la Historia, Madrid, est. 17, gr. 15, Paraguay, América del Sur.

garon a Santiago, al Colegio Máximo de San Miguel. Allí estudió Guell la filosofía (toda o parte, no sé) y la teología, fue luego un año profesor de filosofía del Convictorio de San Francisco Javier y al año siguiente hizo su tercera probación en el Colegio de San Pablo ¹¹⁶. Alternó allí, como se solía, los ejercicios de la vida espiritual con el estudio de la lengua araucana, preparación indispensable para el ministerio de las misiones entre los indios.

El 12 de julio de 1764 fueron fundadas y dotadas las nuevas misiones de Chiloé, por decreto del Gobernador Guill y Gonzaga, y fueron nombrados sus misioneros los PP. José García y Segismundo Guell para Kaylin, y los PP. Javier Zapata y Pascual Marquesta para Chonchi. En ese entonces se iba desde Santiago a Chiloé por Lima, usando el barco que llevaba el situado (o sueldos que el rey pagaba a los funcionarios reales de la isla). El P. Guell, por encargo del P. Andrés Febres, llevó al Perú para imprimirlo el librito *Pensamientos cristianos*, del P. Domingo Bouhours, SJ., trasladado a la lengua de Chile por el P. Ignacio Zapata en 1713 y corregido por A. Febres, conforme a las reglas de su gramática. Deseaba Febres dar un libro a los indios para que aprendieran a leer en su propia lengua. No le fue posible a Guell cumplir el encargo, porque la nave estaba pronta para la partida ¹¹⁷. El trabajo se perdió, porque ni Guell pudo hacerlo imprimir ni Febres se atrevió a incluirlo en su gramática por no abultarla en exceso.

El primer trabajo que desempeñó el P. Guell en Chiloé fue el de misionero en Kaylin, para el cual iba designado. Los indios de esa misión eran traídos del sur, de Guayaneco desde el tiempo del descubrimiento de los cauchues, y por obra de los indios se hicieron los primeros viajes para buscarlos; con el tiempo se añadieron a los cauchues los calenches o calenes y los taijatafes. Guell no participó en las expediciones al sur, que fueron obra de su compañero, el P. José García, a quien se nombra en las notas marginales de su noticia.

El segundo trabajo emprendido por Guell en Chiloé fue el de la misión circular anual por todas las capillas del archipiélago en los años 1765-1766. Fue su compañero el P. Miguel Meyer, que era antiguo en este trabajo. El misionero principal se llama Vuta-Patiru o Gran Misionero y el compañero se llamaba Pichi-Patiru o El Pequeño Misionero. Guell nos ha dejado una lista de las capillas y sus datos, y en la narración la explicación más completa sobre esta clase de misiones. Guell recorrió 77 capillas.

El tercer trabajo fue el viaje a Nahuelhuapi para restaurar la misión. El viaje duró, hasta que llegó a Chacao (de Castro había salido) cinco meses y medio, según cálculo del mismo Guell. Conocía los dos caminos, pero con los años de desuso se habían borrado las huellas.

116 AHNM, Jes. 826.

117 Lo dice Febres en su Gramática, y lo copia Medina en Biblioteca Hispano-Chilena, Santiago, 1908, II, p. 576.

Guell va decidido, porque el gobernador Guill y la Junta de Poblaciones tienen interés en que se realice y el plan era de los jesuitas, porque lo había hecho el procurador de la provincia. Guell en su único viaje no alcanzó a Nahuelhuapi, como le pasaría al P. Francisco Menéndez en su primer viaje en 1791. Guell sabe todos los nombres geográficos, otros aparecerán después, pero no deja de ser un conocimiento cabal haber llamado todas las cosas por su nombre. La narración de Guell es ágil y viva, y nada tiene que envidiar a las posteriores de Menéndez y Moraleda, inspiradas en la suya. La narración, a veces, da la impresión de que se estuviera escribiendo en Chiloé y no en Italia, como esperando partir de nuevo. Oigamos a Guell: "Y llegué a Chacao a los cinco meses y medio de haber salido, esperando en Castro que pasase el invierno para ir a perfeccionar la obra de la conversión de aquellos desdichados indios...". Y prosigue: "Desde entonces, ya más de sesenta años, no se pasaba por aquel camino. Ni ellos venían a Chiloé ni de Chiloé se iba a ellos. Y así, aquel camino tal cual lo había antiguamente, quedó con terremotos, lluvias y años tan borrado como hemos visto y tan difícil como se sabe, no dando ni los bosques ni la laguna comida alguna: todos los bosques pantanosos y llenos de horrorosas cordilleras, bien que todas cubiertas de nieve arriba y abajo montuosas... Dios quiera que en la primavera que viene, se anuncie el evangelio a aquellos infelices de Nahuelhuapi".

Pero no fue así. El 8 de diciembre de 1767 fue intimado a los jesuitas de Castro el decreto de extrañamiento y en los días siguientes se hizo lo mismo en Chonchi, Achao y Kaylin. A los que andaban fuera de casa se les intimó por carta del P. Rector, que era Melchor Strasser. Eran éstos los PP. Miguel Meyer y José García, que estaban haciendo la misión circular y se hallaban en la capilla de Curaco; el P. Javier Zapata, que estaba de viaje a la misión de Chonchi adonde había sido destinado, y el P. Guell, que se encontraba en el partido de Pulán y debía regresar ese mismo día o el siguiente. El 13 de diciembre fue intimado el decreto en Kaylin, donde se hallaba sólo el P. Francisco Javier Esquivel, pues el superior, el P. Juan Vicuña, había salido el día anterior a las islas Guaitecas y costas de Guayaneco y no se le podía llamar y era necesario esperar dos meses su regreso¹¹⁸.

Los jesuitas fueron llevados a Chacao donde estaba la residencia del gobernador de la isla, y alojados en una bodega. Fueron enviados al Perú en el *San José*, que salió de Lacuy el 4 de febrero de 1768 y llegó a Lima el 1º de marzo¹¹⁹.

Desde Lima viajó Guell en el *Santa Bárbara*, que llegó a Cádiz a los cinco meses y quince días de navegación por la ruta del Cabo de Hornos, el día 29 de agosto de 1768. Guell y sus compañeros fueron llevados a la casa de Nuestra Señora de la Guía en el puerto de Santa

118 AHNM, Jes. 123 y ANS, Jes. 3.

119 ANS, Jes. 3, fs. 263.

María¹²⁰, donde permaneció hasta el 20 de febrero del año siguiente. Un barco sueco llevó a 223 jesuitas de Chile a La Spezia, adonde llegaron el 15 de marzo. En botes remontaron el Arno, visitando a su paso Pisa y Florencia. Desde esta ciudad continuaron en coches hasta Bolo-
nia, allí supieron los jesuitas de Chile que su residencia sería la ciudad de Imola¹²¹.

Guell se instaló en esta ciudad y no se movió más.

En esta ciudad redactó su escrito sobre Chiloé y Nahuelhuapi, su única producción literaria.

La vida en Imola, según las órdenes del P. General de la Compañía, Lorenzo Ricci, debía ajustarse en todo a las constituciones, reglas y prácticas de la Compañía. La única diferencia que había era el paso de una orden de vida activa a otra vida inactiva, categoría nueva en el cuadro de las órdenes religiosas, que no parecen advertir los documentos de la autoridad.

En este tiempo y en la inacción monótona del destierro se agudiza el viejo problema de los nacionalismos, que se advierte en las respuestas del P. General a las cartas de algunos jesuitas chilenos. El General se duele de este antiguo problema, que ya había sido dado a conocer a Roma por las actas de las congregaciones provinciales. Las tensiones producen sus resultados. En 1771 se formó a causa de las dificultades una comunidad en Cesena, con jesuitas españoles de la provincia de Chile. A ella fueron seis antiguos compañeros de viaje de Guell, pero éste no los siguió¹²². No fue la única casa formada por jesuitas de Chile antes de la extinción y fuera de Imola. Las de Massa Carrara y Massa Lombarda fueron más internacionales. Pese a estas disidencias la gran mayoría de los jesuitas de Chile permanecía en la ciudad de Imola.

Guell tuvo un problema especial, que creo que procede más del sentido práctico que de un afán secesionista. Tomó en arriendo una habitación y pidió permiso para vivir en ella solo o con un compañero. El Provincial, el P. Diego Cordero, le negó el permiso. Escribió entonces Guell al P. General de la Compañía una carta, que no conocemos, a la cual respondió el General el 22 de mayo de 1773 de esta manera: "Que el P. Provincial no quiera permitir a V. R. residir solo o con un compañero en la habitación, que sin permiso ha tomado en arriendo hasta los Santos, no me maravilla; porque él tiene orden general de no permitir semejante separación nociva al bien particular de cada uno y no conveniente a aquel buen orden, que con todo empeño debo procurar. Ni veo justo motivo por el cual debo eximir a V. R. de una orden común a todos. Espero, por tanto, dada su religiosidad, que sometiéndose pron-

120 AHNM, Jes. 826. Narración anónima del viaje en el *Santa Bárbara*, ARSI, F. G. 1385.

121 ANS, Jes. 31, fs. 2 y 3. B. Havestadt *Chilidugu*, ed. Platzmann, Leipzig, 1883, pp. 534-535.

122 ARSI, Chile 1, 1 ss. Diario del P. Luengo (Archivo S. J. de Loyola, España) tomo 5, pp. 99 ss.

tamente a las órdenes del P. Provincial dará este ejemplo de obediencia pronta a las órdenes de sus superiores y me encomiendo en sus Santos Sacrificios”¹²³. El P. General acusa a Guell de haber hecho el arriendo sin permiso contra una orden general que no admite excepciones. A favor de Guell queda, por lo menos, que recurrió al superior mayor, como es lícito y normal dentro de un régimen de obediencia. No tenemos datos suficientes para juzgar con totalidad este asunto y las separaciones anteriores. Sin embargo, la fecha del documento es importante. Entre el 22 de mayo y el 21 de julio de ese año corren apenas dos meses. Si estaba tan vecina la supresión de la Compañía por la autoridad pontificia, ¿no lo sabía el P. General? ¿No sospechaba que se prohibiría a los jesuitas españoles residir juntos en una casa en número mayor de tres? Me parece que hay excesivo rigor de parte de la autoridad y una enorme falta de previsión de lo que era inminente. Los documentos de la autoridad siguen siendo un testimonio de que nada había pasado, siendo que la realidad era todo lo contrario. Bien difícil iba a ser para los súbditos el papel de víctimas que les habían asignado los superiores, tal vez creyendo que la obediencia lleva siempre aparejado el carisma.

Llegó el 21 de julio de 1773 y se publicó el Breve de supresión de la Compañía de Jesús. Como estaba reservado a los obispos el promulgarlo, el obispo Bandi en Imola lo dio a conocer a los jesuitas el 25 de agosto¹²⁴. Las autoridades españolas también lo hicieron, a pesar de que se hallaban en territorio ajeno, seguramente a título económico o de pensión, o porque en el territorio del Papa las potencias católicas se arrogaban cualquier clase de autoridad.

La mayor parte de los jesuitas de la antigua provincia de Chile permaneció en Imola. Algunos se dan a conocer por cartas o por acciones, que se hacen públicas, o por libros, que publican, o por su huella en los documentos. Guell sólo estampa su firma en los registros de pensiones, que se les daban cada tres meses. Algunos jesuitas reciben socorros extraordinarios del Estado, de amigos o parientes o reclaman herencias o emprenden viajes, Guell no.

El curso de la historia cambia obispos: a Bandi sucede Chiaramonti. Cambia los amos políticos: Imola de pontificia se hace francesa con todo el colorido sectario de la revolución. Es el año 1796. Los jesuitas, algunos, no todos, huyen de los peligros y de la muerte. España les alza dos veces la sentencia de destierro, compadecida de sus amarguras. Este regreso tentó más a los nacidos en España que a los americanos; sin embargo, Guell fue uno de los diez que no se movieron¹²⁵.

La política cambia los nombres, pero no las cosas. Imola es parte, primero, de la República Cispadana, luego pasa a pertenecer a la Re-

123 ARSI, Chile 1, fs. 3 s.

124 Archivo Episcopal, Imola, Italia, Titolo XII, 1771-1775.

125 ANS. Jes. 95, fs. 381-382.

pública Cisalpina. En este tiempo el nombre de Guell aparece en el catálogo de sacerdotes no cisalpinos residentes en Imola y fechado el 9 de Frimale del año VII de la República (o sea, 29 IX 1798), solamente que lleva una variante de escritura, porque dice: Segismundo Guellen¹²⁶. Es cierto que en Italia los jesuitas debieron conformar sus apellidos al genio de la lengua, que algunas veces no es más que capricho de copista.

Imola, la bien deseada, cambia de dueño y los austríacos la ocupan (30 VI 1799-10 VII 1800) y al año es de nuevo Cisalpina. En 1802 pasa a pertenecer a la República Italiana.

En 1804 se hace un registro de sacerdotes residentes en Imola y alrededores. En el último lugar aparece el nombre de Guell con algunos datos: tiene 68 años, es español, residente en Imola desde 1769, es sacerdote pensionado por el gobierno español, que goza de buena opinión y cuya habitación se encuentra en la parroquia de Santa Cruz¹²⁷.

La voluble Francia incorpora a Imola al Reino de Italia en marzo de 1805, cambiando nombre sin cambiar de dueño.

El año más grave para los ancianos desterrados fue el de 1808, porque el cambio político no afectó esta vez a la paciente Imola, sino a la ardiente España. Se convirtió en una monarquía constitucional bajo el mando de José I Bonaparte. No fue pacífico el momento, ni tampoco el pueblo español, que se organiza en rebeldía, y comienza entre otras guerras una de represalias. Los jesuitas españoles de Italia sufrieron a causa de una orden de embargo y arresto dada por Napoleón. El ejecutor del decreto en Imola fue muy severo y el embargo duró desde la noche del 15 al 16 de octubre hasta el mes de diciembre. Se les exigió aceptar, bajo juramento, la soberanía de José I Bonaparte y la Constitución de Bayona. A los que se negaban se les sometió a represalias. La mayor parte de los jesuitas rechazó el juramento y se expuso a los riesgos consiguientes.

Otra de las consecuencias de la invasión napoleónica de España fue la suspensión total de las pensiones de los jesuitas, aunque las nuevas autoridades comenzaron con muchas promesas. Durante casi cuatro años tuvieron que vivir de la caridad, de limosna o de préstamos. De este tiempo data una carta de Guell a Juan Ignacio Molina, que se hallaba en buenas relaciones con el gobierno bonapartista, para que consiga el pago de un dinero que se le había concedido. La carta, medio castellana, medio italiana, dice así:

“Mui señor mío Don Juan Ignazio Molina:

Muy señor mío: Dall'adjunta rileva Vmed. q. 22 meses ha me concedió el sr. Prefecto al meno 400 lire, a conto de la suma que espresa la inclusa copia; hasta ora no he podido obtener un quatrín, y así le

126 Biblioteca Comunale, Imola, Tit. XXVI, Religioni, 1799, 6ª, Ecclesiastici.

127 Biblioteca Comunale, Imola, Manoscritti Imolesi, n. 950, Stanz. A, Scaf. c. 2., Palc 6, n. 7 (12).

suplico q. en la primera ocasión que se le presente, me tenga en vista para empeñarse con S. S. afin q. yo sea pagado al meno de ese mandato: favor por el cual le seré eternamente agradecido. Me valgo de mano agena por hallarme agravado della vista. N. Señor me lo gue. por ms. as. Imola y mayo 7 de 1812. De Vmd. afetmo. servr. y Capellán Segismundo Guell" ¹²⁸.

Esta carta está señalada por la pobreza y la enfermedad, lo que basta para comprender el ánimo de Guell.

Todavía en 1813 se encuentra su nombre: Huell esta vez, en una lista hecha con vistas a la restauración de la Compañía, la cual adolece de falta de información en algunos datos, y por eso se puede dudar de que aún estuviera vivo ¹²⁹.

En los papeles de la embajada de España en Roma hay una interrupción total desde 1808 hasta 1814, y desde esta segunda fecha ya no se halla más el nombre de Guell.

Así, silenciosamente, desaparece bajo una cruz cada vez más pesada.

Imagino su partida como un último intento de tramontar la cordillera en busca de las almas. Los ojos de Guell cada vez veían menos, el horizonte se cerraba con barrancos como el camino de los Baños y se fatigaba ahora con el andar cansino de la vida. Intentó como antaño otro camino, el de las lagunas que cruzaba en rápidas piraguas. Recordaba tantos caminos truncados en su vida, pero esta vez no podía fallar. Ante sus ojos ciegos se alzaba el misterioso Añón, que tronaba a cada paso, que obstruía el camino. Esta vez recordó que para llegar había que subir la montaña y vería Nahuelhuapi. Avanzaba ligero, veía la luz, el abierto paisaje de las cumbres nevadas y el espejo de plata de mil lagunas encantadas. Como otrora dejó atrás a sus compañeros (¡cuán pocos quedaban!) y se adelantó con sus dones al encuentro de los puelches y de los poyas, que lo esperaban desde hacía tantos años. Sintió que la esperanza era el camino y el término el amor. Cuando la esperanza se convierte en amor, el velo de la fe se rasga y se ve la verdad.

Sus labios musitaron: Nahuelhuapi. Su mano se relajó lentamente. Esta vez había llegado y ya no era ciego, porque veía amanecer para siempre.

HACIA UNA INTERPRETACION DE GUELL

No creo que Guell sea de aquellos personajes que necesitan una interpretación. Su vida y su escrito son demasiado simples para exigir los doctos y afiligranados recovecos de un sistema.

128 ANS. A. B.V. M. v. 308, fs. 91.

129 ARSI, F.G., 630 B.

Los que deseaban pasar a las Indias llevaban consigo un ideal apostólico y no científico, y en este sentido se desarrollaba su preparación, que era religiosa y espiritual, como conviene al sacerdocio. La instrucción misionera llevaba también esta misma impronta y se recibía una adecuada formación en la lengua de los indios por medio de profesores y viviendo en las mismas misiones se completaba con el uso diario y constante. Para el método misional se contaba con libros teóricos, como el *De Procuranda Indorum Salute*, del P. José de Acosta, SJ. o *Itinerario de Párrocos de Indios*, del Obispo Peña y Montenegro, pero se daba mayor importancia a la convivencia con experimentados misioneros y a la práctica misma del apostolado.

Es verdad que autores como Juan Ignacio Molina y Felipe Gómez de Vidaurre, para solo nombrar a los de casa, hablaban de una preparación especial para ponerse en contacto con pueblos de culturas diferentes, pero hay que confesar que en el siglo XVIII estas ciencias estaban aún en sus comienzos. Lo mismo hay que decir de la preparación en las ciencias naturales, que a través de Linneo y de otros autores habían creado un sistema y un lenguaje científico de validez universal y con criterios tales que evitaran las oscuridades en las descripciones de vegetales y animales.

Con este bagaje incipiente, se emprenden los viajes científicos, especialmente en la segunda mitad del siglo XVIII. Guell critica a los viajeros, que llegan a Chiloé, que son comerciantes y marineros de Lima, que se creen sabios, porque han estado unos pocos días en un puerto. Sin embargo, aunque no lo diga Guell, los mismos viajeros científicos no pasan más allá de los puertos o de recorridos breves, lo que salta a primera vista en sus narraciones. Guell para dar validez a su trabajo invoca los "muchos años" que ha vivido en aquellos golfos, rodeando palmo a palmo aquellas islas.

La experiencia de Guell está marcada por un sentido humano. Las cosas surgen de su escrito, vistas y trabajadas, por el hombre. No es sólo un inventario, sino que se advierte algo sentido y vivido. Hablando de los canales de las islas de los Chauquis, dice: "En tiempo de bonanza es una bella diversión navegar por aquel laberinto". De Chidhuapi cuenta que "sus playas lastiman los ojos, si se miran, cuando da el sol" y que está tan cerca de Llaycha que "los gallos de ésta oyen a los de aquella". Guell explica las islas y canales como quien va navegando, porque da los detalles como si fuera un práctico.

Pone énfasis en la pobreza de las islas y de sus habitantes, pero elogia su cristianismo, insistiendo en que ambas cosas son dignas de admiración.

Guell no es más que esto: una visión agradable de las cosas, una bondad amable que va recorriendo, contando el encanto de lo sencillo y humilde, sin alardes. Hasta cuando protesta de las injusticias lo hace con resignación.

Su queja más dolorida es el abandono espiritual en que queda esa cristiandad con la salida de los jesuitas, porque era un pueblo que no tenía otro bien que lo espiritual ni otro consuelo que el de los padres.

La noticia de Guell, sin ser exhaustiva, es rica en detalles, datos, descripciones y breves observaciones. Al volver su última página uno queda con una idea clara de lo que era Chiloé en esos años.

El escrito de Guell tiene una relación interesante con otros autores. Chiloé tenía, indudablemente, algo de exótico y de novedoso. Todo el que escribe sobre Chiloé se siente obligado a explicarlo, de ahí surgen variadas noticias sobre el archipiélago. Los autores son siempre extranjeros. Tal vez tras estos escritos hay una extraña fascinación ejercida por la isla con su trasfondo misterioso o mágico.

Otra literatura copiosa de ese tiempo es la de los viajeros, que escriben, describen, hacen mapas y derroteros, y rinden tributo a las piraguas o dalcas, a las que confían su seguridad en el laberinto de sus canales.

Guell participa de ambas corrientes: por un lado da las noticias; por otro escribe su viaje inconcluso a Nahuelhuapi. Pero es preciso señalar que al describir las islas hace un derrotero e incluso cuando da la lista de las capillas explica que el orden en que se colocan tiene su razón de ser en los derroteros de las navegaciones del mar interior.

La tendencia de la literatura de la época en Chiloé era esa. En general muy poca llegó a las prensas, y tardíamente. Pero aun es copiosa en los archivos, donde esconde su generosa información.

EL VIAJE A NAHUELHUAPI

El camino de Nahuelhuapi tenía para Chiloé el valor de ser la única comunicación posible con Chile central en caso de emergencia. La vía marítima era peligrosa y se debía llegar a Concepción, porque Valdivia, el más cercano punto de enlace, estaba sometido a las mismas condiciones de aislamiento de la isla. La ruta o las rutas eran conocidas por los indios desde tiempo inmemorial. Una de las rutas llamada de las Lagunas era la más usada, pero necesitaba del auxilio de las piraguas en el lago de Todos los Santos, que cortaba el camino terrestre. Debía hacerse a pie y las cargas se llevaban a hombro con las consiguientes dificultades. El otro camino llamado de los Baños (por unas fuentes termales), o Bariloche, permitía el uso de las cabalgaduras, pero era celosamente ocultado por los indios, que temían perder su libertad si esta vía quedaba abierta y expedita; en ambos caminos había que luchar con la naturaleza adversa y sus peligros sin cuento.

Chiloé como centro espiritual de la zona intentó su expansión misionera a Nahuelhuapi y el camino quedó vinculado históricamente mucho más a la evangelización que a la comunicación misma con el gobierno central. Por eso la historia del camino está más ligada a nombres

de misioneros y a sus esfuerzos por descubrirlos y mantenerlos expeditos, aunque a veces colaboraron las autoridades por el interés de las comunicaciones.

Los intentos de Guell no son un fenómeno aislado, sino un plan más vasto, que interesa por igual a la Junta de Poblaciones, al plan del P. Juan N. Walter, a la evangelización de los cauchues y hasta el camino de Osorno, al cual no era ajeno el de Nahuelhuapi. Este conjunto de causas favoreció la colaboración de las autoridades, indispensable en esta clase de asuntos de por sí complejos.

El punto de partida del viaje de Guell se puede poner en el descubrimiento de los indios cauchues, con ocasión de la expedición enviada para salvar los pertrechos de la *Wager*, navío de la escuadra de Lord Anson, naufragado el 14 de mayo de 1741. Era una fragata de 28 cañones y 160 hombres de tripulación. La expedición hizo el viaje en cuatro meses. En 1756 sumaban los cauchues residentes en la isla de Kaylin, doscientas personas. Los indios en 1760 hicieron solos una expedición para traer otras tribus australes y lograron traer calenches y taijatafes, habiendo tardado cerca de un año. Estos descubrimientos hicieron ver la necesidad que había de más misioneros y de allí nació el proyecto presentado por el P. Walter a la Junta de Poblaciones para establecer en Chiloé una Villa (Chonchi) y dos misiones (Chonchi y Kaylin), el plan era ambicioso y quería atraer a la isla de Chiloé los indios que vivían hacia el Estrecho de Magallanes y buscarlos por ambos lados de la cordillera, por el camino de las islas y de los canales y por el de las pampas del otro lado de los Andes. Con la fundación de las misiones decretada por Guill y Gonzaga, el 12 de julio de 1764, se pone en marcha el plan, con la colaboración de las autoridades civiles y el empeño del Gobernador de Chile.

El 21 de octubre de 1765 el gobernador de Chiloé, Juan Antonio Garretón, escribe al Presidente Guill y Gonzaga diciéndole que va a despachar una piragua a Valdivia, "pues aunque prometí a U.S. despacharía por el camino de Nahuelhuapi un correo, no se pudo conseguir". Describe luego la expedición preparatoria, que realizó con un despliegue imponente para Chiloé: "El 1º de abril de 1765 salí de Chacao con el P. Xavier Esquivel, misionero, embarcado en la pequeña galeota, que de cuenta de Su Majestad he construido en esta provincia, llevando de convoy diez piraguas con cien hombres, y estando destinada otra de Calbuco con nueve indios, salieron fugitivos con algunos mestizos de las compañías del número, sin saber el motivo. Aquellos fueron habilitados de todos los útiles necesarios para la empresa, manteniéndolos a mi costa con pan, carnes, licores, tabaco, papel y cuanto necesitaron, sin que nada les faltase en el tiempo de esta faena, en lo cual gasté más de cuatrocientos pesos de plata, pues lo que Su Majestad contribuyó constará a U.S. por las razones adjuntas de los tenientes de oficiales reales. Llegamos al fuerte de San Miguel de Calbuco, y de aquí salimos el día

7 de dicho mes para la boca del Reloncaví, y mandé construir en el puerto de la isla Guar una casa, con destino de que siendo el primer paso para atravesar el golfo, se puedan acoger a él, pues sin ésta, en caso de asaltar un temporal, no tuvieran donde ampararse. De dicha isla surcamos para dicha boca, en la cual nos sobrevino un recio viento y agua que nos puso en peligro, pero logramos saltar en un paraje de grande risquería, al pie de una eminente cordillera, sin abrigo alguno, hasta que sosegó la borrasca, y hicimos una segunda escala en el puerto de Nuestra Señora del Pilar de Caiguitué. Este título le puse, donde mandé fabricar otra casa, con el fin de que los navegantes tengan este auxilio, pues, estando todo lo interior de esta boca circundado de barrancas y cordilleras empinadas, fuera gran desconsuelo no hallar alojamiento. De aquí se dio disposición de que se construyese tercera casa, al pie mismo del camino de Nahuelhuapi, a cuyo paraje intitulé Fuerte Gonzaga. Y habiendo despachado batidores, se descubrió la planchada antigua, la que no intentamos penetrar, porque el invierno lo teníamos muy riguroso, de lo cual se conjeturó sería de gran mortificación cualquier diligencia y no de fruto como en la primavera. En esta virtud ya dispuestos todos los preparativos, nos volvimos, pero acercándose y el tiempo de emprender nueva jornada me avisa el P. Rector de la ciudad de Castro, cómo el P. Francisco Xavier de Esquivel tiene prontas dos piraguas para a los principios del mes próximo venir a este puerto (Chacao) y comunicar conmigo las disposiciones y medidas que debemos tomar para franquear dicho camino y entrar el ánimo de los indios”¹³⁰.

Por el informe del Fiscal de la Real Audiencia sobre los papeles y cartas de Garretón, se sabe que en este viaje Garretón dejó a Esquivel para que continuara la exploración. Dice el Fiscal, Dr. Aldunate: “Dicho P. Esquivel quedaba en seguir el viaje”. Y al fin pone la orden: “Y mandan al nuevo gobernador, don Manuel de Castelblanco, que pida al padre misionero Esquivel “la relación del viaje que estaba para hacer y la remita a este superior gobierno”. Guell alude a la casa que hizo Esquivel sin nombrarlo: “Al otro lado, del leste, en el rancho, que había fabricado otro padre el año antecedente para este fin, nos alojamos dos días, dejando nuestros víveres”¹³¹.

El viaje de Guell es una narración, no un diario, habla de días, pero apenas hay fechas. El viaje duró hasta llegar a Chacao cinco meses y medio, de septiembre de 1766 hasta marzo de 1767. Los viajeros eran el P. Guell, diez españoles y dos indios. Desde Castro a Ralún fueron en piragua y en el lago de Todos los Santos hicieron una piragua para atravesarlo. Nombra muchos lugares geográficos y algunos con nombres, que no se usan hoy. Guell no dice, cómo Garretón, que él puso el nombre, sino que dice el nombre como si fuera el usual.

130 ANS. C.G. 710, fs. 134-135.

131 Ibid fs. 139.

Se resume a continuación el viaje y se dan entre paréntesis las explicaciones convenientes.

Castro a Chacao, por mar, ocho días por el mal tiempo, dio misión. Con buen tiempo va a Abtao, se levanta el nordeste y sólo pueden llegar a Manao para no perecer. Al día siguiente sale con norte, llega a Calbuco, tres días de misión, embarca dos caballos. Sigue a Guar, donde el temporal los detuvo dos días. En cinco horas se traslada a Ralún (Guell dice que así llaman al estuario de Reloncaví: el estero de Ralún). Al llegar a Yate, donde pasan la noche, duermen en la piragua por no perderla. Pasan junto a Marimelihuapi, que son diez islas (Moraleda las llama Merimeli). Llegan al fin del estero de Ralún (no llama Guell Ralún a este sitio). Allí entra el río Pata (Petrohué). En el rancho, hecho por el P. Esquivel, dejan sus equipajes. Aquí da la fecha 26 de octubre y dice que hace 18 días que salieron de Chacao. Entran en un bosque, avanzan tres días. Lluvia. Bonanza. En Nochemala quedan 15 días sin avanzar. Vuelven a Ralún por comida. Muchos días en Nochemala por mal tiempo. Llegan a un cerro alto, que se llama Alto de la Luz (Moraleda llama Alto de la Cruz, a un paso que hay allí). Cruzan después una llanura de robles y un pangal y llegan al río San Isidro (¿Hueñuhueñu?), que demoran un día en pasarlo. En la noche el derumbe de un cerro dejó el bosque en campaña rasa en dos leguas en contorno. Llegaron a la laguna de San Mauricio (Calbutué) de siete leguas en giro. Perdidos entre bosques y cordilleras, hicieron una balsa para orientarse y decidieron continuar por la izquierda. Hallaron un bosque de quilas y en un día avanzaron cuatro varas, luego llegaron a unos cerros tan enredados, que en quince días avanzaron una legua. Después llegaron a un paraje donde había unos baños calientes (Bariloche), algunos días después un río con un puente (llamaban puente a un árbol derribado que permitía cruzar el río) y a poco trecho un cerro, donde se veía claramente el camino. Para orientarse debían hallar una gran cueva. Pronto empezó a llover. Avanzaron ocho días, hasta que el hambre, la lluvia, la espesura y los precipicios les hicieron desistir. Regresan a la laguna de San Mauricio con el designio de fabricar una embarcación y buscar paso por otra parte. Andando por esos desiertos uno de los jóvenes encontró otra gran laguna. Abriendo cuatro leguas de bosque llegaron a la laguna de Todos los Santos, no sin antes cruzar un río y encontrar una piragua podrida. En quince días hicieron una piragua. Entre lluvias y temporales fueron avanzando hacia el este. Vieron cómo la laguna de San Mauricio desaguaba en la laguna de Todos los Santos. El cuarto día, al salir el sol, vieron el volcán Guanauca (Risopatrón da los siguientes sinónimos al volcán, que es el Osorno: Chodhueco, Hueñauca, Purarrahue, Purahilla, Quetrupe, Pata, Pirepillán, etc.). Vio también dos islas al centro de la laguna, a una de las cuales llama La Soledad (la misma que recibe posteriormente el nombre de Las Cabras). Las puntas que forman la angostura de la laguna en la

parte oriental dice Guell que se llaman San Pedro y San Pablo, luego remata la laguna en dos brazos, uno al norte y otro al sur: "Al del norte le entra un caudaloso río, llamado Santo Tomás, y al sur le entra el río Peulla, gran parte del cual navegamos". En este punto no es claro Guell, porque por el brazo sur entra el río Blanco y por el norte hay dos ríos que entran formando un delta: el río Negro, que Guell llama Santo Tomás, y el Peulla. Ambos fueron explorados por Guell. Entró por el Peulla. Restos de un fuego los animaron, pero a poco hallaron seis indios muertos. Al pasar, cerro por medio, del Añón (Tronador), éste hizo el ruido que suele, cuando pasa gente. Llegó Guell al ventisquero, que no supo explicarse y allí decidió la vuelta. Y llegó a Chacao a los cinco meses y medio de haber salido.

En este final hay una diferencia notable con la carta a Castellblanco, donde dice que volvió a Ralún y que está allí el 18 de enero de 1767, y añade: "El día que sale (Eusebio Alvarez con la carta), salgo yo con mi gualcapu (bolsa o zurrón) a los Baños, a seguir desde donde retrocedimos". Como dice Guell que volvió a Chacao a los cinco meses y medio y faltaban casi dos meses para el 15 de marzo, quiere decir que Guell no contó esta vez lo que hizo en los dos meses que aún faltaban.

¿Por qué calló este tiempo de su viaje? ¿Dio con el paso del camino de cabalgaduras? ¿No se acordaba de lo dicho en la carta del 18 de enero, escrita en Ralún? Guell hizo una narración y la interrumpió o dejó un cabo suelto, un continuará, que abarca lo mejor del pleno verano. Sea lo que fuere, no sabemos lo que hizo en esos casi dos meses.

LA HUELLA DE GUELL

El viaje de Guell forma en la historia de los caminos de Nahuelhuapi una tradición singular. Esta se advierte en los viajes de Fray Francisco Menéndez y de José de Moraleda; también algunos escritores argentinos mencionan su viaje.

Menéndez hace sentir en su primer viaje la presencia de Guell, porque va siguiendo sus pasos. En el texto del diario alude a él al mencionar el cuartel, donde dice que durmió. Pero en las notas 1ª y 2ª es más explícito en sus noticias sobre el viaje del P. Guell y resume los intentos de Guell por Bariloche y por las lagunas. Dice que gastó seis meses. Conoce que un "derrumbe de tierra y piedras que tenía cegado el río le impidió seguir". Que preparaba un nuevo viaje cuando vino la expulsión de los jesuitas. A su vuelta de San Carlos, habló con algunos de los que fueron con el P. Guell y particularmente con el capitán de milicias, don Francisco Silva, que iba de "niño" del padre¹³². Es curioso que al llegar a los baños termales no haga notar que Guell los había

132 Fonck. o. c. 192, 205, 210, 247-250.

hallado, pues dice: "Llegamos a un paraje, donde hay baños de agua muy caliente"¹³³. En el viaje a Nahuelhuapi, Guell se detuvo frente al derrumbo, sin advertir que era un ventisquero. Menéndez desistió del viaje, cuando renunció a continuar la búsqueda de Bariloche y se dio cuenta de que el único camino que le quedaba era el de la laguna de Todos los Santos, pero por estar cerca el invierno, por estar toda la gente enferma y sin poder andar, decidió volver. En el segundo viaje Menéndez vuelve a citar a Guell; al llegar a Sotomó dice que Guell lo llamó Puerto San Luis, habla del río que subió el P. Guell, cuando volvió por causa del derrumbo, que le impidió el paso. Dos veces menciona el derrumbo que hizo retroceder a Guell, al hablar de cuando lo vieron sus compañeros y él: "Está al pie de un cerro nevado, del que continuamente se está cayendo la nieve. Este cerro estoy para mí que es el Vanquenmay y está continuamente tronando, que así se parece cuando cae un pelotón de nieve. El derrumbo es colorado y tiene cegado el río, o por mejor decir, el río nace de su nieve"¹³⁴.

José de Moraleda emprendió su viaje a Nahuelhuapi el 13 de febrero de 1795. Alcanzó solamente a la desembocadura del Peulla. Al encontrar el 26 de febrero el lago de Todos los Santos, habla de diversos exploradores: Mascardi, Laguna, Guell (escribe Huel) y Menéndez. De Guell se expresa así: "En el año de 1763, con el intento de restablecer la citada misión (de Nahuelhuapi) y descubrir las incógnitas poblaciones de españoles y gentes europeas, que por tradición se dice hay en este continente sustraídas de toda comunicación con otras, de lo que hemos dicho algo en el anterior diario, intentó ir a Nahuelhuapi y sus pampas orientales el P. Segismundo Guell, de la misma Compañía, por el citado camino de Bariloche, a cuyo efecto lo taló de nuevo; pero sin llegar a la laguna ni pampas retrocedió a Chiloé. El siguiente año emprendió con el propio objeto, el mismo viaje o derrota que llevamos en la actualidad por la laguna de Calbutué y Todos los Santos, para lo que construyó una piragua en la última, cuyos fragmentos se hallaron en el año de 92, y también retrocedió sin conseguir uno ni otro fin de los propuestos, ignorándose el por qué de sus retiradas, habiendo estado en varias ocasiones muy cerca de Nahuelhuapi"¹³⁵. Como puede verse, atribuye a Guell lo que hizo Menéndez en el primer viaje a los Baños de Bariloche y el segundo por las lagunas. Aquí ya tenemos variantes sobre el viaje de Guell.

Otra versión del viaje de Guell se debe a Basilio Villarino, explorador contemporáneo de Moraleda, muerto entre los indios en 1784. Fonck dice que Villarino, entre otras versiones recogió la siguiente: "Que no hacía mucho tiempo los cristianos vinieron por el río en barcos chicos,

133 La frase es de Guell y los acompañantes de Menéndez nada dicen, como si Guell no hubiera conocido los Baños. Cfr. Fonck, o. c. pp. 207 y 215.

134 Fonck, o. c. 230, 266, 272, donde lo nombra dos veces.

135 A.H.M.Ch, XIII, 210.

pero que se les rompieron en las piedras, por lo que tuvieron que volverse". Villarino conjeturaba que estos españoles venían de Chiloé y habían construido sus embarcaciones al pie oriental de la cordillera. El río, entonces, llamado Encarnación, es el Limay ¹³⁶.

Estanislao Zeballos, Santiago I. Albarracín, José Juan Biedma y Guillermo Furlong, dicen que este viaje fue hecho por Guell. Zeballos en 1878 dice que Guell se propuso en 1766 visitar la misión de Nahuelhuapi, construyó canoas en el lago y descendió por el río Limay "sobre cuyos saltos de piedra se despedazaron las débiles embarcaciones, obligándole a regresar a Chile" ¹³⁷. Albarracín, 1886, localiza el naufragio del P. Guell en el gran rápido de Trafal ¹³⁸. Biedma, en 1909, repite más o menos lo de Zeballos ¹³⁹. Furlong en 1943 y 1963 dice que llegó al río Limay, basado en la opinión de Villarino, que sabemos que no nombra a Guell ¹⁴⁰. Martín de Moussy dice solamente que llegó a la laguna y la recorrió en una débil embarcación, y sin reconocer toda la superficie, regresó a Valdivia. Escribía en 1860 ¹⁴¹.

Todas estas afirmaciones muestran que la publicación del viaje de Guell es de mucha utilidad para rectificar afirmaciones hechas sin los documentos suficientes o resucitando oscuras tradiciones.

PRIMER VIAJE DEL P. FRAY FRANCISCO MENÉNDEZ A NAHUELHUAPI

El P. Fray Francisco Menéndez, con el alto apoyo del Virrey del Perú, don Francisco de Gil y Lemos, emprendió cuatro viajes a Nahuelhuapi a descubrir "césares y osorneses". Emprendió este viaje saliendo de Castro el 3 de enero de 1791, y regresando a San Carlos el 14 de marzo de 1791, empleando en su exploración setenta y un días. El gobernador mandó al capitán Andrés Morales para que hiciera el viaje con el mismo objeto, pero siempre fue a las órdenes del padre Menéndez, éste llevaba un padre compañero, Diego del Valle. Los viajeros eran treinta personas. Iban en dos piraguas, desde Castro salió una y la otra se le juntó en Calbuco. El viaje por mar no ofrecía dificultad. Fueron de Castro a Calbuco y de allí a Guar, de Guar se dirigieron a la boca del Reloncaví y entraron por el estuario (entonces se decía estero), se detuvieron en Yate y prosiguieron a Ralún. Aquí propiamente comienza la parte importante del viaje. Desde aquí empieza el P. Menéndez a

136 Fonck, o. c. pp. 126 y 248.

137 Estanislao Zeballos, *La conquista de quince mil leguas*, Buenos Aires, 1878, p. 67.

138 Santiago I. Albarracín, *Estudios Generales sobre los ríos Negro y Nahuelhuapi*, Buenos Aires, 1886, T. I., p. 97 y II, 620. Fonck, o.c. 123 y 296.

139 Juan José Biedma, *Atlas histórico de la República Argentina*, Buenos Aires, 1909, p. 26.

140 G. Furlong, *Entre los Tehuelches de la Patagonia*, Buenos Aires, 1943. pp. 110-111. Furlong, Nicolás Mascardi y su Carta relación, Buenos Aires 1963, pp. 96-98.

141 Martín de Moussy, *Description géographique et statistique de la Confederation Argentine*, París, cit. por Alvaro Barros, *Territorios Federales*, p. 262. Fonck, o. c. 248.

organizar todo por cuadrillas: unas se dedican a explorar el camino, otros hacen ranchos, otros caminan cortando la vegetación que cierra el camino. La primera partida llegó hasta la laguna de Calbutué. Allí ordenó el padre hacer soguilla, por si debían ir por las lagunas. Se dividieron en dos partidas, una que se fue al lago de Todos los Santos y otra a buscar el camino de Bariloche. Los que fueron a Todos los Santos, al volver dijeron que no se puede pasar por tener el río saltos, se referían al río que saliendo de Calbutué iba a desembocar en el lago de Todos los Santos, y en éste hallaron un pedazo de piragua y una tabla de remo. Mientras registraban para hallar el camino de Bariloche, el P. Menéndez se dirigió al lago de Todos los Santos. Describe Menéndez los datos para reconocerlo: corre de sureste a noroeste, tiene en medio una isla mediana y otras dos pequeñas. Al norte se ve un cerro nevado muy elevado sobre un cordón de cerros que corre de este a oeste. Son un problema estas descripciones sin nombres. Este cerro debe ser el Punta-gudo. Su nombre antiguo es Copi, según Juan Mackenna; Moraleda lo llama Bonechemo. Buscaron árboles para hacer una piragua. A pesar de la lluvia, del 25 al 30 de enero, estuvieron trabajando y el 1º de febrero ya estaba hecha. Como el treinta le había llegado la noticia de que habían encontrado un cuartel antiguo (sitio en que habían dormido), presumió Menéndez que allí había estado Guell en 1766. Había salido con 16 hombres para la laguna de Todos los Santos, ahora se embarcó con cinco y envió los demás adonde estaba el comandante. A los dos días de navegación se persuadió de que este era el camino de Nahuelhuapi, si no hallaban paso por Bariloche. Partió de vuelta y al cabo de dos días se había reunido con sus compañeros para continuar los trabajos por Vuriloche. El 12 de febrero recibió la noticia de que al registrar un abra que va al este, en la quebrada habían hallado unos baños de agua caliente, y que tenía paso a la otra banda de las cordilleras. “¡Con esto se sosegó nuestro afligido corazón!”, exclama Menéndez. Desde entonces empezaron a buscar el paso y con cierta melancolía el día 13: “tiene pocas esperanzas de que ‘ayga’ pase, porque han diviso cordilleras atravesadas”. Fueron muchas las idas y venidas. El 26 vieron el cerro Catedral, que Andrés Morales creyó una población. El 28 empezaron a volver. Había pensado continuar por la falda del monte, “pero es mucho monte”, dice, “y la gente está toda estropeada y descalzos, los días ya van minorando mucho, y por no exponernos a un trabajo y que nos viéramos encerrados entre cordilleras me pareció retirarnos”. A pesar de la rapidez de la vuelta, tal vez porque sin las cargas de los bastimentos o por tener el camino ya conocido y marcado era más fácil. A pesar de todo volvieron registrando, divididos en tres partidas, los sitios que no habían alcanzado a reconocer. El siete hallaron una zanja que iba culebreando hacia arriba a manera de los caminos que hay en el Perú y Chile para subir los cerros, “presumí”, dice, “fuera el camino por donde subían las caballerías”. Estuvo a punto de cambiar

todos sus proyectos. A las tres partes de la subida se perdió totalmente. Siguió explorando hasta que se perdió toda esperanza. El 9 llegaron a Ralún. El 10 se embarcaron y llegaron a Castro el 14 de marzo ¹⁴².

El diario del capitán Andrés Morales es más descriptivo que el de Menéndez, carece de las observaciones necesarias para seguir todos los trabajos, pero en lo menudo describe cómo hacían los puentes derribando árboles, cómo debían hacer escaleras en algunas partes para trepar; la vegetación aparece más detallada y es notable como el 26 de febrero indica que ha visto animales, al día siguiente dice haber visto huellas o señas de haber dormido ganado, la disminución de los árboles, pastadas, etc.; pero al fin se ve que faltaban víveres y no se podía continuar. Dado lo ausente de la naturaleza viva en todo el viaje, es conveniente mencionar los animales que vieron el 26 de febrero: un ciervo, un guanaco, una cabra de monte, golondrinas, el pájaro que llaman fraile y otras avecitas, pero también muchos mosquitos, zancudos y tábanos ¹⁴³.

En las notas que puso Menéndez al final de viaje, en la primera, se refiere a Guell con bastante propiedad, o sea que conocía el viaje. Hay que observar que las tradiciones orales de los viajes por recuerdos de los antiguos y sobre todo porque quedaban personas que habían tomado parte en ellos, es un guía importante de trabajos posteriores. En la segunda nota dice que a su vuelta a San Carlos habló con algunos de los que fueron con el P. Guell, y particularmente con el capitán de milicias, don Francisco Silva, que iba de "niño" del padre. Fonck subraya la importancia de estos monaguillos, que, además de ser útiles, cuando grandes, sirvieron también de testigos, dando noticias de las exploraciones en que habían participado, y cita tres: éste de Guell; Juan de Uribe, del P. Mascardi, y Manuel Barría, del P. Menéndez.

Finalmente pasó el P. Menéndez a ver al gobernador para exponerle que pensaba continuar al año siguiente y el gobernador estuvo de acuerdo ¹⁴⁴.

En este primer viaje Menéndez sigue las huellas de su antecesor el P. Guell: empieza por el camino de los Baños de Bariloche y también hace una parte del camino de las lagunas. Andrés Morales dice que volvió a los cuatro días, después de haber recorrido toda la laguna sin encontrar paso, porque, dijo, todo su alrededor era monte muy espeso. Menéndez tenía mucha más gente y su información no era mala, por eso sabía a dónde dirigirse y, además, llevaba gente baquiana, que le era muy útil y con cuya responsabilidad podía estar seguro.

142 Fonck, o. c. 161-250.

143 Diario, que yo el Capitán graduado D. Andrés Morales, hice en el viaje que de orden del Sr. D. Pedro Cañaveral Ponce emprendí al leste, a la expedición de Nahuelhuapi en compañía de los RR. PP. Fray Francisco Menéndez y Fray Diego del Valle, en el año 1791. Museo Británico, Add. 17596, copia en MM, v. 208, 254-268. También en Morla, v. 132.

144 Fonck, o. c. pp. 247-250.

Una de las copias del diario termina el título diciendo: "sin haber logrado el objeto de mi expedición"¹⁴⁵. Si el objeto era descubrir los Césares, jamás lo obtuvo. Si más modestamente era llegar a Nahuelhuapi, le sirvió, vio la imposibilidad de descubrir el camino de Bariloche o de las caballerías, pero quedó con la idea de aprovechar el de las lagunas. Se dio cuenta que él podía, en un segundo intento, llegar a Nahuelhuapi. Y aún más, pensó que Guell si hubiera tenido una segunda oportunidad también habría llegado, y por lo menos por el camino de las lagunas Guell estuvo a unas dos leguas de conseguir su objeto. Pero no hay que olvidar el factor invierno, que se aproximaba, y el factor humano: la gente estaba agotada y los víveres.

SEGUNDO VIAJE DEL P. MENENDEZ A NAHUELHUAPI

En el mismo año, 1791, emprendió Menéndez el segundo viaje como una empresa particular, porque se lo costó por su cuenta y la de los bienhechores. Duró este viaje 78 días y fue desde el 21 de noviembre de 1791 hasta el 6 de febrero de 1792. Sobre este viaje hizo un diario, del cual se conocen varias copias. Salió de Castro y regresó a San Carlos. Llevó como compañero de viaje al P. Diego del Valle. Viajaron en dos piraguas y los compañeros fueron más de veintiséis. El sargento Pablo Téllez fue destinado por el gobernador de Chiloé como comandante de la tropa que acompañaba al padre, que hacía el viaje con licencia del gobernador de Chiloé, don Pedro de Cañaveral. Pablo Téllez también llevó un diario del viaje, que se conserva¹⁴⁶. El 9 de diciembre viajó de Calbuco a la entrada de Reloncaví. Llegó a Ralún el 10. Trasladaron todo el bastimento a Calbutué y necesitaron siete días. El 17, Pablo Téllez llegó a la laguna de Todos los Santos y vio que estaba la piragua del año anterior, al día siguiente ya se preocuparon de hacer la nueva piragua para cruzar el trozo de laguna que los separaba de Peulla. El 24 estaba lista y se embarcaron el 26 en dirección al cerro Vanquenmay (que es el Bonechemó o Puntigudo). En tres días cruzaron el lago de Todos los Santos. Instalaron un rancho para guardar las cosas y el 31 decidió el padre hacer una inspección para planear el camino. Dividió la gente en tres partidas. El 2, el sargento desde una altura vio la laguna de Nahuelhuapi, otra partida que fue por los cerros se le juntó y la parte que siguió la corriente del río encontró el "derrumbo" del P. Guell, tomaron por el monte, hallaron unas señas en los árboles, que presumieron serían las de la gente del P. Guell, y siguiendo hallaron la laguna, la reconocieron y se retiraron. Se cotejaron los dos caminos y

¹⁴⁵ Fonck, o. c. p. 163, nota 1.

¹⁴⁶ Diario perteneciente al sargento Pablo Téllez, de la compañía de infantería veterana (17 XII 1791-22 I 1792). Museo Británico Add. M5, fs. 53-58, en la copia de Morla 132, son 14 pp. grandes.

se eligió el que había hallado el sargento Pablo Téllez. El 4, salieron y pasaron el derrumbo del P. Guell. Menéndez creyó que ese monte era el Vanquenmay. El derrumbo está al pie de un cerro nevado, del que continuamente está cayendo la nieve y que está continuamente tronando, que así se parece, cuando cae un pelotón de nieve. El derrumbo es "colorado" y tiene cegado el río o mejor el río nace de él. Exploraron la bajada de la laguna y la encontraron sumamente peligrosa y que sólo se podía bajar "a la ligera y con poca carga". Decidieron tomar otro camino, aunque se tardara más. Bajaron a la playa del río grande y quedaron tan rendidos como el día anterior en subir. Tardaron en llegar a la laguna desde el 4 de enero, en que todos la vieron, hasta el 12, en que llegaron todos a su orilla. Desde que habían salido de Ralún había pasado un mes. En ocho días hicieron una piragua y el 18 estaba lista, el 19 se embarcaron en ella 26 personas. El 22 encontraron a los puelches. Hicieron buena amistad con ellos, se hicieron mutuos homenajes y prometieron volver al año siguiente con más gente.

No podían estar ausentes los Césares y fue así: "Nos dieron, dice, caballos que los tienen muy especiales y algunos con marca. Presumo que los robaron a los españoles que dicen hay al sur, y dicen que han tardado tres meses en el viaje: que andan bien vestidos y no tienen armas, de que presumo que la relación de Rojas no va muy fuera de camino".

El 26 empezaron a volver. El 28 llegaron al puerto de la laguna de Nahuelhuapi, subieron la cordillera y se fueron a dormir cerca del río grande que entra en la laguna de Todos los Santos. El 29 bajaron el río y a las cuatro de la tarde estaban a la orilla de la laguna de Todos los Santos. Navegaron toda la noche, "que es el mejor tiempo para navegar esta laguna, porque de día rara vez falta el viento de poniente y regularmente dura hasta entrar la noche, según lo que he visto". Al amanecer llegaron al puerto de las piraguas. El 30 partieron para Ralún, pero los detuvo la lluvia. Al día siguiente continuó la lluvia y mojados y todo llegaron a Ralún. El 2 de febrero salieron para Chiloé y llegaron a San Carlos el 6, a las cinco de la tarde ¹⁴⁷.

La copia que tenía Fonck añadía una descripción de la laguna de Nahuelhuapi y el camino desde Chiloé a Nahuelhuapi ¹⁴⁸.

En las dos notas finales dice Menéndez que en el viaje no se gastó nada de la Real Hacienda (increíble en un viaje ordenado por el Virrey del Perú), y la vuelta al Perú.

A raíz de este viaje el Gobernador de Valdivia, Lucas de Molina, el 22 de mayo de 1792, avisa al Gobernador de Chiloé que los indios pehuenches, por haber abierto el padre un portillo en la cordillera, habían querido matarle y que como saben que va a volver están dispuestos para hacer una junta con los puelches para dar contra ellos apenas en-

147 Fonck, o.c. 250-317: Diario de Menéndez.

148 Fonck, o.c. 318-335.

tren los de Chiloé y cerrar enteramente el paso que han abierto. Esto lo avisa al gobernador de Chiloé y también lo ha comunicado al Gobernador del Reino, porque no quiere responsabilidades en esta materia. Lo curioso es que los pehuenches se reservaban el derecho de permitir el paso por la parte de la plaza de Valdivia sin poner inconveniente alguno¹⁴⁹.

El 8 de marzo estaba en Lima. El tres de abril pasó a ver al Virrey, que encontraba a Menéndez digno de una mitra por haber descubierto la laguna, a lo que había replicado el franciscano que ni estaba en el Virrey hacerlo obispo ni él había trabajado por eso. El P. Guardian, que acompañaba a Menéndez, propuso un establecimiento en la laguna con algunos de Chiloé y los religiosos, pero el Virrey prefería continuar explorando y que volviese Menéndez cuanto antes. En julio concibió el proyecto de que lo acompañase Moraleda. Este había viajado con Menéndez¹⁵⁰. La primera vez que habla de él el 18 de enero de 1787 no lo hace con aprecio: "Nota: que al embarcarme en Tenaun llegó un piragua grande tripulada por 18 hombres, a disposición de un religioso franciscano, presidente de los misioneros de esta provincia, el que viene de internarse por los esteros o ríos de la costa firme de la cordillera nevada de los Andes, en solicitud de la quimérica imaginaria gran población de los Césares; pero yo que siempre he mirado con tedio el tiempo, trabajo y caudal que se consume en semejante indagación, así por lo inverosímil de la cosa misma, como por los instrumentos auténticos que hay y se citan en las historias de los reinos del Perú y Chile por el Inca Garcilaso y Antonio de Herrera, autor de las Décadas de Indias, a quien para escribirlas se franquearon de orden del rey todos los archivos del paradero y fin de los españoles que poblaban a la Imperial, Boroa, Osorno, Villarrica y demás ciudades que dentro del siglo XVI de su fundación fueron destruidas por la sublevación general de los indios de ambos reinos, los cuales impiden dar asenso a tales quimeras, no me detuve a investigar el éxito de esta expedición por continuar la mía"¹⁵¹. Era entonces Moraleda ayudante de Francisco Hurtado, gobernador e ingeniero, para que reconociera bajo sus órdenes todo el archipiélago y levantara su plano. Tampoco Hurtado simpatizaba con los trabajos de Menéndez como se ve por su carta a Porlier, de Lima a 29 de abril de 1789¹⁵². Fonck dice que posteriormente se apreciaron Moraleda y Menéndez, pero este viaje propuesto por el Virrey no se realizó. Sin embargo, ambos redactaron una lista de efectos necesarios para la expedición a la laguna de Nahuelhuapi. El Virrey, por decreto de Lima, 1º de agosto de 1792, ordenó a los ministros de la

149 Fonck, o.c. 336-338.

150 Fonck, o.c. 339-345.

151 AHMCh, XII, 431.

152 Carta de Francisco Hurtado a Antonio Porlier, Lima, 29 de abril de 1789. MM, v. 207, fs. 284-285.

Real Hacienda adquiriese y comprase con intervención del P. Menéndez lo indicado en la lista. Además el Virrey dio una instrucción al padre para que continuara el descubrimiento de la nación de los aucahuincas a orillas del Limay y otros a la parte del sur, según las noticias que le dio el cacique Masquionai. No consulta la instrucción más temas que los que aparecen en el título. Se le hacía jefe de una expedición de hasta 100 hombres escogidos de Chiloé, armados y pagados a cinco pesos al mes además de la ración. Menéndez quedaba con el cargo privativo de dirigir la expedición¹⁵³.

El Virrey escribe al Marqués de Bajamar, el 20 de agosto de 1792, que ha sido informado que pueden reducirse varias gentes que en tiempos anteriores destruyeron las poblaciones de Osorno y otras. Dispuso el año anterior que se hiciera una pequeña excursión a la laguna de Nahuelhuapi, que en varias ocasiones se había tratado de reconocer sin suceso, y esta vez lo logró el P. Menéndez. Habló con algunos indios, que le dieron noticia de otros más distantes, pero dejó de reconocerlos por no hallarse con gente ni víveres suficientes. Por eso ha determinado que vuelva, que los gastos de esta tentativa son muy moderados y si se reducen estas gentes se lograrán ventajas que recompensarán el trabajo¹⁵⁴.

Un papel del Consejo de Indias resume los viajes de Menéndez, tomándolo de los dos primeros diarios. Declara después de algunas conjeturas que el asunto es digno de toda atención. "Si siempre hubieran tenido los misioneros de Chiloé los auxilios necesarios en los gobernadores de aquella provincia y en los Virreyes de Lima, ya hubieran antes inspeccionado prolijamente aquellos sitios, pues en diferentes ocasiones lo han solicitado y viendo que no lo conseguían han hecho por sí solos las exploraciones, a costa de las limosnas que Su Majestad les da anualmente para su manutención, y como éstas no pueden sufragar a mayores costos, no han podido dar libertad entera a sus deseos. Concluye: "Considere V. E. cómo podrán así efectuarse como es debido las católicas intenciones de Su Majestad en éstos, los más interesantes asuntos y los más recomendados". Dice que la carta del Virrey confirma y echa de menos la del gobernador que debería acreditar y autorizar los "diarios", por ser esto propio de su empleo y de su cargo. El documento lleva rúbrica, pero no firma¹⁵⁵.

153 Fonck, o.c. pp. 345-351.

154 Carta del Virrey del Perú, Francisco Gil y Lemos, al Marqués de Bajamar, 20 de agosto de 1792. MM, v. 209, fs. 174, copia de AGI 129 7 19, numeración antigua.

155 Papel del Consejo de Indias, MM, v. 207, fs. 348-357 (copia de AGI 115 7 19, numeración antigua).

TERCER VIAJE DE FRAY FRANCISCO MENENDEZ A NAHUELHUPI

En este viaje Menéndez no sólo cuenta con la aprobación del Virrey, Gil y Lemos, sino que viene bien aviado para su entrada a Nahuelhuapi. El viaje debió hacerse a fines de noviembre o principios de diciembre, pero la rebelión de los indios de Osorno, que quitaron la vida a un misionero, retrasó la expedición hasta el 9 de enero de 1793, día de la partida y duró 86 días, hasta el 4 de abril de 1793. El acompañamiento fue el más numeroso de una expedición: iba por compañero el P. Diego del Valle, el Capitán Nicolás López llevaba 79 milicianos voluntarios, el sargento Pablo Téllez con nueve, más un maestro de piraguas y dos peones: dan un total de 95, incluidos los padres. El diario se salta hasta la llegada a Nahuelhuapi el 18 de febrero. Allí enfermó el P. Diego y lo mandó de vuelta. Del 18 al 27 tardaron en hacer una piragua de 18 varas. El 27 embarcaron; las piraguas eran dos. El cacique Mancuuvunay creía que por haber tardado tanto en llegar, como se explicó, era por falta de palabra. Hicieron una excursión por el río Limay. Se disculparon de no poderlos llevar al sur, porque el tiempo estaba avanzando y se quedarían sin víveres. Hallaron los restos de la misión de los jesuitas. El 19 de marzo, ya comenzada la vuelta, estaban en el puerto Esperanza, donde debían dejar las piraguas en la laguna de Nahuelhuapi. El 23 llegaron a Ralún, el 25 partieron a Chiloé y llegaron a San Carlos el día 6 de abril¹⁵⁶.

Este viaje, ya fuera por el atraso o por reserva de los indios, no dio los resultados de hallar las poblaciones que les habían interesado el año anterior. En la enumeración de los viajes de Menéndez éste no lleva número y el viaje siguiente se llama tercero.

CUARTO VIAJE A NAHUELHUPI DE FRAY FRANCISCO MENENDEZ

Además del diario de este viaje, existen instrucciones del Virrey¹⁵⁷. Esta expedición tuvo un atraso notable, la partida tuvo lugar el 8 de enero de 1794 y el regreso el 11 de marzo de 1794. Uno de los manuscritos de este viaje en el título expresa la finalidad que se proponía el Virrey Gil y Lemos: "Diario del viaje cuarto a la laguna de Nahuelhuapi escrito por Fray Francisco Menéndez . . . comisionado por el Excmo. Sr. Virrey para reconocer los aucas y averiguar todas las naciones que se dice existir al norte y sur de dicha laguna, para poder resolver de una vez sobre la verdad o falsedad de las voces vagas que con tanta

156 Fonck, o.c. pp. 353-396.

157 Instrucciones, MM, v. 260, 289-293.

variedad circulan sobre su verdadera existencia”¹⁵⁸. También el Virrey Gil y Lemos, siempre su protector, le había dado en Lima los efectos que consideraba necesarios y orden al Gobernador de Chiloé para que aprontase lo demás para el viaje. Los viajeros eran Menéndez y Fray Diego del Valle, el Capitán D. Nicolás López y 69 milicianos, y 4 soldados veteranos. Menéndez no nombra a Pablo Téllez, con el que se había disgustado en el viaje anterior¹⁵⁹. Moraleda dice que fue. En este caso el franciscano se limitó a callar su nombre. Los expedicionarios iban en tres piraguas. El 25 de enero estaba todo listo para navegar la laguna de Todos los Santos. Por fin el 5 de febrero llegaron a la laguna de Nahuelhuapi. El 10 encontraron los indios. El año anterior habían tenido los indios sus peleas. En las conversaciones salen los huillihuincas o españoles del sur. Mancuuvunay dijo que un hermano suyo había estado con los huillihuincas, pero que él no. El soldado veterano Lázaro Vargas estuvo al mismo tiempo hablando con una india que le dijo que acababa de llegar de los huillihuincas, los que ya sabían que andaban por allí los de Chiloé. Habían dicho que eran parientes, que habían de ir a Chiloé y que debía ser por mar. Los indios no los dejaban pasar por tierra. Con el cacique Mancuuvunay se habló de establecer una misión en Nahuelhuapi y juntar animales vacunos. Las palabras amistosas del comienzo no parece que pudieran justificar un sólido fundamento para establecerse. Al decir que se han juntado al sur de la laguna 400 indios y que aun vienen más, comenta en su Diario Menéndez: “La laguna de Nahuelhuapi se ha hecho madriguera de todos los indios que corren las campañas o pampas de Buenos Aires, y cuando temen o saben que los quieren perseguir se meten en este recinto, bien seguros de que no los han de alcanzar”. “Ninguna esperanza dan de que sean cristianos; antes cuando se les pregunta si lo serán es darles pesadumbre”. En los días 20, 21 y 22 las preguntas sobre los aucas y los huillihuincas se hacen cada vez más intrincadas, por las respuestas que reciben. Pero a medida que pasan los días es más cruel la decepción. Llama a este sitio: “este portugaleta de pícaros y ladrones de las pampas”, “porque estamos rodeados de enemigos” “los enemigos pasan ya de 400 sin los que esperan”. El 23 fue un día muy extraño. “En todo el día no pareció indio alguno por nuestro alojamiento. En la toltería de los patagones parece que se mudaron algunos toldos, porque se vieron muchos caballos y gente que iban hacia la toltería del cacique Chulilaquin y pegaron fuego al pasto en donde tenían los toldos. A media tarde se vieron humos a la parte del norte sobre un cerro frente al toldo de Mancuuvunay y presumimos que fuesen los indios que se marcharon de la toltería. Al anochecer asomó a nuestro alojamiento por el camino que viene del desagüe una tropa de caballería que venía muy despacio, la que yo

158 Fonck, o.c. p. 400.

159 Fonck, o.c. p. 402, nota (1).

vi casualmente ya bien cerca de nosotros. Luego los oficiales formaron la gente y se destinaron algunos para echar todo el equipaje en las piraguas, lo que se ejecutó con presteza, y se embarcaron tres hombres en cada una, con sus fusiles y munición para que los que estaban sobre las armas tuviesen en caso de apuro en donde fortificarse. Se dispararon algunos tiros a bala hacia los indios, y luego desfilaron por su derecha hacia el norte por la falda de una loma que estaba cerca de nosotros. Se pusieron centinelas avanzadas y la gente estuvo sobre las armas. Vi a todos con bastante ánimo y valor. A las dos y media de la noche, después de salir la luna, asomó gente por la parte del suroeste y uno de los centinelas los vio, y disparó un tiro; y todos se unieron al cordón”.

“A las tres y media asomaron otra vez por el norte, y también los hicieron retirarse. Después que amaneció fueron tres patrullas a hacer la descubierta, y sólo hallaron muchas pisadas de caballos y oyeron ladridos de perros hacia el toldo de Mancuuvunay. Presumo que serán los huilliches que se irían a barquear por ahí y que habían hecho alguna maloca al cacique”.

Día 24 de febrero. Muy temprano se vio en la parte del este de la laguna una gran tropa de caballos que iba del desagüe hacia el sitio de la toltería; fueron los huilliches que en cuanto llegaron a sus toldos se marcharon, y pegaron fuego al pasto al tiempo de levantar los toldos como se supo después. Al mismo tiempo llegó a nosotros Macuuvunay con su hijo, diciendo que no había podido dormir a causa de los tiros que habíamos tirado a sus caballos, que los había despachado con su hijo y un cona para que estuviesen junto a nosotros por miedo a los huilliches: que los caballos con los tiros se habían espantado y que las balas casi le habían muerto a su hijo, porque una le rasgó la bota y le hirió el caballo, el que se estaba muriendo. Se le hizo cargo de que él era el autor de la maldad y negó con toda instancia y firmeza, pero su hijo confesó al soldado Lorenzo Burgos que era verdad y que habían venido contra nosotros treinta y tres toldos, no con ánimo de matarnos, sino llevarnos para sus criados. Yo considero a Mancuuvunay muy confundido sin saber a quién arrimarse, y así hace lo que le manda el primero que le coge. Los huilliches son muchos, él tiene poca gente, y cogiéndole aquéllos de sorpresa, se ve precisado a condescender con lo que ellos quieran o sujetarse a quedar cautivo de ellos”.

Un buen trozo de película del Far West americano no recomendable como experiencia nocturna.

Al día siguiente las declaraciones de los indios enredaron tanto las cosas, que la única seguridad era partir. Se despidieron de Mancuuvunay y de su hermano Cayeco, como para encontrarse al año siguiente. Dijeron que conservarían el rancho. Repartieron a los dos caciques trigo para sembrar, indicando el tiempo y cómo lo habían de hacer. Cayeco dijo que “él siempre tenía el mismo corazón, que si volvíamos contásemos con él, y si estaba muerto el año que viene, tuviésemos por cierto que

los huilliches le habían quitado la vida y suplicaba que vengásemos su muerte”.

Se ve que los campañeros de Menéndez se sentían más fuertes. porque no se retiran como quien huye, sino que van estudiando: “Fuimos a ver si en la cordillera se divisaba alguna abra con ánimo de registrarla, lo que no se vio”. Aseguraron las piraguas en el sitio acostumbrado: puerto Esperanza, y siguieron el camino a Ralún, a donde llegaron el día 3 de marzo. La lluvia los retuvo hasta el 7, en que partieron a Calbuco, a donde llegaron el día 9, y a San Carlos el 11 de marzo de 1794. El gobernador, a quien fueron a visitar ese mismo día, le pidió al padre el diario, le prometió dárselo apenas lo acabase. El 13 fue a verlo el gobernador, le pidió el diario y se lo dio como estaba. Por eso dice que la otra copia del diario está igual hasta el 23 de febrero y después son iguales en la sustancia, no en la letra ¹⁶⁰.

El 14 de marzo el soldado Lázaro Vargas, que había servido de intérprete en los tres últimos viajes, dio un testimonio sobre los españoles del sur y su existencia; Cañaveral pidió a Menéndez que expresara lo que le constaba y lo demás relativo a ellos. Responde Menéndez que lo que dice Vargas y lo que dice en su diario coinciden y cuenta lo que dice en su diario ¹⁶¹.

Esto demuestra que hasta el fin los encantados Césares permanecían en la mente de Menéndez con los fueros de una verdad incommovible. Fonck lamenta este final. Cree que los Césares son muy secundarios en los diarios de Menéndez y que los menciona por complacer a su jefe, el Virrey Francisco Gil y Lemos.

Aquí termina la obra de Menéndez y también el protectorado del Virrey, porque terminado su gobierno toma el Virreinato del Perú don Ambrosio Higgins, que nunca tuvo ninguna afición por Chiloé.

JOSE DE MORALEDA SE ASOMA A NAHUELHUAPI

José de Moraleda en su tercera salida del puerto de San Carlos, el 13 de febrero de 1795, se dirigió a Carelmapu, de allí a Calbuco, de Calbuco a Guar, y de allí al estuario de Reloncaví. En esta salida es en la que menos detalla sus acompañantes, por los alimentos se sabe que son 27 hombres. No nombra indios prácticos, pero llevó al soldado Lázaro Vargas como práctico de camino. Iba en las piraguas del Rey: *Carmen* y *Rosario*. El sábado 21 de febrero reconoció el estuario de Reloncaví. Al día siguiente ve las razones que le permiten viajar hasta Nahuelhuapi, porque no se tiene aún conocimiento positivo de las situaciones local y respectiva de dicha laguna, a pesar de tantos años de

160 Fonck, o.c. pp. 397-435.

161 Fonck, o.c. pp. 437-440. Hay copias de los viajes de Menéndez en Medina: MM, v. 260 y Morla, v. 132, etc.

misión que tuvieron allí los regulares extinguidos, que terminó a principios de siglo, y de tres expediciones hechas al mismo lago novísimamente de 1790 a 1794. Está, además, autorizado a reconocer hasta Reloncaví, dar la colocación verdadera es un servicio al rey, y además su cargo lo autoriza. El 22 lo encontró en Ralún. Decidido a hacer el viaje, ordenó hacer soguillas para las piraguas, porque más adelante no había material con qué hacerlas. Prepara a 21 hombres para el reconocimiento. Emprenden la marcha. Encuentran un río, luego el alto de la Cruz, donde hallan la cabaña que había hecho el año anterior el P. Menéndez. El día 26 ven el lago de Todos los Santos, un riachuelo que va a la laguna de Calbutué, van al alojamiento del P. Menéndez, ven huellas de puma. Dos tercios de milla al sur de Calbutué sale el camino de Bariloche, y hace la historia del camino. Cree que el P. Guell hizo dos viajes, como Menéndez, uno para descubrir el camino de Bariloche y el otro para ir por las lagunas. El 27 se dirige a Todos los Santos, y en el cuartel o astillero encuentra tres piraguas, elige la mediana, que estaba en mejor estado, y describe el volcán Osorno. El primero de marzo a las 5 de la mañana suben todos a la piragua y a remo se dirigen a Peulla, adonde llegan a las 4 de la tarde. El soldado Lázaro Vargas, que hizo los reconocimientos, dijo que nunca había visto al Peulla con tanta agua. Moraleda pensó que los víveres escaseaban, que la estación avanzaba y que era difícil el vadeado del Peulla, además con lo que había visto, observado y apuntado estaba suficientemente orientado para el mapa que pensaba hacer, por eso decidió volver. El 3 cruzan a remo la laguna de Todos los Santos y a las 8 de la noche estaban en el astillero. El 4 se dirigen a Reloncaví. Por falta de agua en el camino buscaban los palos podridos para aprovechar la humedad. Al mediodía llegan a Calbutué. El 5 salen para Ralún. Finalmente el 16, salen del estuario de Reloncaví¹⁶².

Así terminan los viajes a Nahuelhuapi en el siglo XVIII. Estos viajes son los que han dejado huella en la historia, pero indudablemente por la importancia de esta vía de comunicación y por la facilidad de hacer piraguas los viajeros deben haber sido más numerosos. Indudablemente que la exploración de Moraleda, por su cargo oficial y por su preparación científica, debía tener un valor especial; sin embargo, la verdad es otra: no hay gran diferencia entre su escrito y los de otros viajeros.

EXPEDICIONES ORIENTALES

Las expediciones hacia el oriente por los estuarios y la cordillera responden a los mismos objetivos que las del sur, que es buscar poblaciones de españoles, o sea los mentados Césares. En 1620 Juan Fernández, después de haber explorado el camino de Nahuelhuapi sin salir del estuario de Reloncaví, o la boca de Purailla, como dice él: "hicimos otra maloca y entrada por la boca de Purailla, la vuelta del sur, topamos con otro río llamado Puelo, navegamos por él hasta doce leguas y de allí fuimos a pie abriendo grandes montañas para pasar por la falda de la cordillera, y en algunos pasos tuvimos necesidad de hacer escaleras para pasar; al fin encimamos la cordillera y dimos en lo llano; donde caminamos cosa de veinte leguas la vuelta del sur, y un día cogimos dos indios, el uno puelche y el otro de la tierra adentro, que tenía las narices horadadas como los del Perú; éste nos dijo que por la parte del sur, hacia el Estrecho, señalando la otra mar, había mucha cantidad de indios de diferentes naciones, y que en aquella mar habían visto un navío que había invernado arrimado a una isla, que los indios de aquella isla peleaban con los de tierra firme y de ella traían marisco y cueros de lobo; preguntámosle hacia qué parte estaban los españoles; díjonos que él no los había visto, mas que habiendo ido la tierra adentro hacia el sur, había dado con unos indios que le dijeron que venían de hacer mita a los güincas, que así llaman a los españoles, y que le dijeron que eran como nosotros; dijímosle que nos guiase, porque queríamos ir en busca suya, y espantado de nuestra determinación, se levantó en pie, que hasta aquel punto había estado sentado en el suelo, y cogiendo muchos puños de arena los echaba al aire, diciendo que él guiaría, mas que supiésemos que había más indios que granos de arena tomaba él en las manos. Preguntámosle que hacia qué parte le parecía caía la tierra de los españoles: señalónos hacia el sur, de suerte que a nuestro parecer está cerca del Estrecho de Magallanes; llámase esta tierra Tipayante, que quiere decir nacimiento del sol, y el cacique de ella toma

el mismo nombre; es la tierra muy apacible y de infinitad de caza, con que nos sustentamos más de dos meses; hay gran suma de avestruces, y por ser poca la gente con que íbamos, pareció a todos los compañeros no pasar adelante, y así nos volvimos, habiendo cumplido con la orden que me dio el señor gobernador don Lope de Ulloa y Lemos”¹⁶².

Y estaba trazada la ruta de los Césares y el viaje interminable.

MASCARDI

El P. Nicolás Mascardi es un viajero infatigable. Cuenta Carvallo y Goyeneche que el general Cosme Cisternas Carrillo, después de haber descubierto la isla de Guayquilabquen, situada sobre los 47 grados de latitud austral, envió al P. Nicolás Mascardi con el designio de descubrir tierras hacia la parcialidad de los Poyas, en demanda de una población de gente europea, que se decía estar situada por ese rumbo. El P. Mascardi tramontó la sierra del Corcovado y penetró hasta los 46 grados. Halló un lago con los bosques de sus riberas quemados, indicio de haber por allí algún pueblo. No se internó más por falta de víveres y por ser corto el número de gente que lo acompañaba. Según las observaciones y relaciones del P. Mascardi, tiene aquel lago su situación cerca del río Camarones. Cisternas dirigió al gobernador la relación y observaciones de Mascardi, y el gobernador graduó este negocio por de poco momento, y no se dio un paso más sobre estos descubrimientos¹⁶³. El anónimo jesuita de 1736, nos narra brevemente el mismo viaje: “En 1667 había hecho una expedición al otro lado de los Andes, y marchando hacia el sur, llegó a una gran laguna, situada en el centro de la Patagonia, a los 46 grados de latitud”¹⁶⁴.

Se dice que el P. Jerónimo de Montemayor, que dos veces en el espacio de veinte años había viajado al sur por las islas, aconsejó a Mascardi buscar la ciudad de los Césares por el otro lado de los Andes, al oriente, creyendo agotadas las búsquedas por el poniente.

FRANCISCO GALLARDO Y DIEGO DE VERA

Francisco Gallardo tomó la iniciativa de cuatro expediciones, la de Mascardi a Nahuelhuapi, llevando la reina y los otros cautivos, en 1670, para restituirlos a sus tierras; la de Diego de Vera, que vemos ahora, al otro lado de la cordillera, y dos por los archipiélagos australes: la

¹⁶² Medina, *Biblioteca Hispano-Chilena* II, 256.

¹⁶³ V. Carvallo y Goyeneche, *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile* (Colección de Historiadores de Chile IX, Santiago, 1875) II, 144.

¹⁶⁴ *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, 1736, 391 nota.

de Jerónimo Díez de Mendoza, en 1673, y la de Bartolomé Díez Gallardo, en 1674.

La india cautivada en una maloca en 1666, y llevada a Chiloé, contó con la protección de Francisco Gallardo. Agradecida la india a la que por su importancia llamaban la Reina, le contó a Gallardo "que muy lejos de su tierra habitaban españoles en una isla grande y rasa, que estaba vecina a la mar del norte. Y que los dichos españoles comunicaban con los indios que están arrimados a esta cordillera, que es la tierra firme que corre hasta el Estrecho y va a Panamá y Portobelo, y que pasaban de ella en embarcaciones a labrar minas, que tienen de oro, cuyos granos eran como pepitas de manzanas, las cuales reconoció la dicha india comiéndolas en Chiloé. Y dijo más, que el lago que ceñía aquella isla le comunicaba un brazo de mar, que entraba de la del norte; y que aquellos españoles tienen en ella marisco de todos géneros y en particular uno que llaman cholguas, cuyas cáscaras traían los indios hacia la tierra de dentro, que es para nosotros habitantes de Chiloé; y que estos españoles se sirven de gran número de indios y tienen mucho servicio de ellos, y que se aprovechan del ganado vacuno de las pampas de Buenos Aires y que corren hasta el Estrecho; y de la misma suerte de la caballada, que hay en esas tierras. Con estas noticias y otras dispuso el P. Rector, Nicolás Mascardi, que le remitiese a la ciudad tres personas de las que tenía la Reina en su servicio. Lo cual hice luego al punto, que fueron dos indios de edad de hasta veinte y veintidós años y un muchacho de catorce para que le enseñasen la lengua o lenguas, que corrían en sus tierras, las cuales aprendió dicho P. Rector en muy breve tiempo..." Además de estas noticias de la Reina, le dio otras un indio llamado Guenucuquio, de edad al parecer de más de 60 años, que más para el Estrecho de Magallanes hay otra población, según noticia que tiene de los suyos, que hay otra gente poblada con cabellos rubios y ojos zarcos y que se abren corona (tonsura) y que ha pocos años que se comunicaban con estos que están poblados en la isla referida. Y que al indio le parecía que no habría más de cincuenta leguas de los unos a los otros. Gallardo se propuso irlos a buscar entrando con gente unas veinte leguas al sur de las islas Guaitecas. Para lo cual despachó al capitán Diego de Vera con veinte hombres bien armados, con más de treinta indios amigos de la reducción de Calbuco, con los bastimentos necesarios. Para esta jornada tuvo autorización del gobernador Francisco de Meneses. Por las lluvias tan grandes que hubo aquel verano no se pudo conseguir, por venir los ríos muy caudalosos. Se remitió con la gente un indio de los de la Reina, llamado Juan Atauro, para que sirviera de intérprete con los indios de aquellas partes y provincias tan dilatadas. Gallardo preguntó a Pedro Rapulga, indio que se había enviado a Nahuelhuapi, si había preguntado a Aquillo, el gobernador de los indios, qué le parecía esta entrada que pensaba hacer desde Chiloé frente a las Guaitecas. Rapulga dijo que sí.

Y volviendo a preguntarle qué habían sentido los indios de aquella jornada, le contestó que pasada la cordillera había infinita gente y más capaces que los que yo enviaba.

Añade Gallardo otros datos. El gobernador Salatil era un indio que impedía la comunicación con la gente perdida; le había mandado un libro de devoción, que los españoles perdidos le habían dado como muestra de amistad, y el libro tenía como ciento noventa años (1480) y Mascardi creía que el libro era de aquella gente perdida. Guenu-cuquio le había dicho que hacía cuarenta años que había visto en las tierras de Aquillo el viejo, padre de la Reina, a dos hombres españoles, uno de buena edad y el otro como de dieciséis años, y llevaban consigo un cacique ladino, los cuales pidieron permiso a Aquillo el viejo para "corresponderse" con los españoles perdidos. No lo permitió y puso pena de muerte al que comunicase con los españoles perdidos, porque si se relacionaban los españoles con los españoles perdidos, sus tierras serían holladas del español. Esta es la razón de la increíble tenacidad de los indios en no permitir que se abriese camino a la ciudad de los Césares, o lo que fuere, porque si tenían españoles por el frente y por la espalda estaban irremisiblemente perdidos ¹⁶⁵.

UN TAL MANSILLA Y EL P. TOMAS TAILLEBOIS, OM.

En un proceso de 1783, resultó de las cinco declaraciones que se tomaron que hacía más de cuarenta años un tal Mansilla, habilitado por Bernabé Balderas, fabricante de un barco, y por el cura de Chacao, Francisco Barrientos, se había internado por la cordillera frente a las islas Chauques con el fin de descubrir los Césares; como no regresase y se ignorase su suerte, el religioso mercedario, de nacionalidad francesa, Fray Tomás Taillebois, emprendió una expedición para indagar su paradero.

Como en todas las expediciones, siempre quedaba en Chiloé un sobreviviente de las expediciones anteriores formando una tradición implacable. Vivía en Quiquel, se llamaba Juan Barrientos, tenía 99 años y había acompañado al P. Taillebois. Según Barrientos, Mansilla en su viaje había pasado por los Chauques, Poyehuapi, Manielmo (Marilmo), Loncochalgua, Madodahue (Bodudahue). Estos nombres se hallan en el viaje de Menéndez y en la geografía actual. El padre y sus acompañantes hallaron la piragua de Mansilla en la confluencia del río principal con un afluente. Este era el sitio preciso en que cesaba la navegación. Aquí se quedó el padre y envió a Juan Barrientos y sus compañeros a buscar a Mansilla. Estos se internaron, siguiendo las macheteaduras (es común en estos viajes ir dejando señalada la ruta con

165 Carta de Francisco Gallardo al P. Rodríguez de León, 20 de mayo de 1670. ARSI, Chile 5, 158-161.

cuchillos, hachas o machetes en la corteza de los árboles). Las señas al fin se perdieron. Caminaron tres días a todo andar, se cansaron y se vieron precisados a volver; antes de partir subieron a un alto y vieron "un llano que se perdía de vista fuera de las cordilleras". Perdida la esperanza de hallar a Mansilla y a los Césares, regresaron.

Estas dos expediciones tuvieron lugar antes de 1743, según los datos de esta información, hecha en Chiloé, en San Carlos, el 28 de enero de 1783, por orden del gobernador Antonio Martínez y La Espada, a pedido del piloto Manuel José de Orejuela¹⁶⁶.

AMAT Y LA "HISTORIA GEOGRAFICA E HIDROGRAFICA DE CHILE"

De los datos que ofrece este estudio, atribuido al Gobernador de Chile y Virrey del Perú, don Manuel de Amat, es de interés por recoger una creencia de ese tiempo, de la cual se hallan repetidas confirmaciones en los papeles de la época, y es que al norte del Estrecho de Magallanes se juntaban los océanos:

"Cabo de San Julián en la costa del leste (48°, 44', 314°, 7').

Bahía de San Julián en la costa del leste, es buena y conocida de todas las naciones, que codiciosas de picar en el cebo de las riquezas australes, han conducido sus escuadras a las costas magallánicas y se han visto obligadas a invernar en esta bahía, esperando la ocasión oportuna para pasar o por el Estrecho o por el pasaje de Mayre a comerciar o piratear en las costas occidentales de Chile y Perú. Tiene esta bahía buenos surgideros a la parte de afuera y a la de adentro de la barra que le hace un bajo de arena, que atraviesa su boca con fondo desigual, pero con las pleamares tiene fondo para toda especie de bajeles. Tiene muy buenas aguas de esteros y arroyos, aunque la del río principal es salobre a muchas leguas río arriba, según han informado algunos oficiales de la escuadra de Jorge Anson, que navegaron río arriba en sus lanchas a más de 50° y siempre hallaron mucho fondo y agua salada. Conviene esta noticia con las antiguas tradiciones de que por la bahía de San Julián, es río o brazo de mar que se interna hasta un gran lago en el comedio de la tierra a la raíz de una cordillera alta, siempre nevada, que está al sur del lago desde el cual paraje se despide un río grande para el oeste, que desagua en la ensenada de San Guillén, con el nombre de río de la Sierra Nevada, porque se duda si su origen es del lago o de las vertientes de la sierra.

"Esta combinación de los dos mares oriental y occidental por la bahía de San Julián y ensenada de San Guillén, se ha corroborado con el testimonio de un indio patagón, que ha vivido y conversado familiarmente con los españoles de Buenos Aires por tiempo de un año. La

historia de dicho indio desde su fundamento es como se sigue: Hállanse en la bahía de San Julián, fuera de otros útiles lagos de sal que cuajan en abundancia así por la banda del norte como por la del sur del puerto, efecto que escasea en Buenos Aires, razón por que los de aquella ciudad han establecido comercio por mar con los patagones, navegando cada año a comprarles la sal, a conmutación de otros útiles que a ellos les faltan. Con esta ocasión consiguieron llevar consigo un indio principal, que clandestinamente se embarcó, sin dar parte a los suyos, y enterado en nuestro idioma y religión se bautizó y tomó el nombre de Julián. Este indio es de buen talle, color claro y corpulenta estatura, de índole suave y nobles inclinaciones, de manera que todos los estilos y policías y ritos nuestros le amarraron bien y se aficionó mucho a la religión y a los españoles, bajo de cuya amistad fue restituido a su país, con las mejoras que se dejan entender, este año de 1760, a quien su cacique por respeto de los españoles y dones que le llevaron, perdonó la fuga. Este indio hizo relación, de que por el río San Julián hay pasaje al mar occidental y que se comunican los dos mares, pero por que el dicho pasaje, no está hoy reconocido por nuestros españoles, no se figura en este mapa, sino como río, el que corre al oeste de la sierra nevada”¹⁶⁷.

Los indios son los perpetuos sabios de la geografía austral y distribuyen tierras y aguas, españoles e indios a su antojo, contando con la credulidad de los españoles desde el Virrey para abajo, y sin darse el gusto de ir a echar su miradita para comprobar la verdad o falsedad del asunto los crédulos españoles.

LOS PP. JOSE GARCIA Y JUAN VICUÑA

Los viajes a la cordillera de los PP. García y Vicuña constan por carta de Castelblanco, por los escritos de Moraleda, por el mapa de García y, finalmente, por el comienzo del viaje de José García al sur, en demanda de caucahues, calenches y taijatafes. La presencia del P. Vicuña en estos viajes cuenta con el testimonio de Moraleda y con los que él recogió de sus guías que fueron los indios.

El gobernador de Chiloé, Manuel Castelblanco, en carta al Presidente Guill, de 1° de enero de 1767, se justifica de no haber dado cuenta del viaje del P. García al archipiélago de los Chonos, porque cuando salió el padre aún no había llegado a Chiloé el gobernador, y cuando regresó no lo supo, sino por un aviso del P. Rector del Colegio de Castro. Y para dar más individual noticia pidió al padre un diario de viaje que remitió con esta carta, y que parece haberse perdido, porque nunca más se alude a él. La otra noticia que da es que el P. José García “volvió, a seguir sus descubrimientos por lo austral de las Guaitecas, el 22 de

octubre". Fecha que corresponde al viaje impreso, que empieza un día después, el 23 de octubre de 1766.

El informe del Fiscal de la Real Audiencia, Oidor Concha, llama "diminuto" lo que dice Castelblanco del viaje de García y que no es más que la noticia que dio el P. Rector del Colegio de Castro, por lo que se ve que el diario de García, a que alude Castelblanco, se extravió o no lo envió. El Presidente Guill, en carta de 29 de julio de 1767, urge a Castelblanco para que envíe "noticia individual e instruida de los progresos de las excursiones y diligencias que se practican para el descubrimiento de los secretos de la tierra del Estrecho de Magallanes".

Moraleda da tres testimonios sobre las entradas del P. José García al Palena y al Aisén. "Según noticias recientemente adquiridas acerca del estero de Aisén, dice Moraleda, que todos convienen en que se interna más de los que están al oriente del archipiélago de los Chonos e isla de Chiloé, no es esta la primera vez que cuidadosamente se ha procurado indagar su extensión y demás circunstancias, pues el año de 1763, los regulares extinguidos padres José García y Juan Vicuña, residentes en la misión de Kaylin, acompañados de varios indios de ella y de Silvestre Mariantihue, que hoy existe, vinieron a explorarlo; pero no hay documento ninguno de este viaje ni los citados indios dan otra razón, sino que llegaron al fin del estero que acaba en ríos chicos, que tardaron cuatro días en llegar a dicho sitio (es donde actualmente estamos), que tiene muchas islas y que cerca de la medianía del estero hallaron un baño de agua muy caliente a la orilla del mar".

Moraleda, en la nota que añade a sus observaciones del 26 de abril de 1793, hace la siguiente relación: "Varadas en el surgidero hallamos dos pequeñas piraguas de Kaylin, que habiendo pasado a Queilen con el motivo que conceptuó Yaña (que los indios caucahues habían abandonado la isla de Kaylin para acudir a la parroquia de Queilen, llamados para que cumplieran con el precepto anual de la Iglesia, esto lo dijo Yaña, el 24 de abril), entraron aquí de regreso a su isla. En una de ellas está el indio Silvestre Mariantigue, que, como dije en la exploración de Aisén, acompañó a los exploradores de dicho estero, padres José García y Juan Vicuña; inmediatamente lo hice venir a bordo y, preguntado sobre el asunto, la relación que me hizo de dicho viaje es idéntica a la noticia que doy de él en dicha descripción, habida del citado Yaña; a que añadió Mariantihue que de los varios riachuelos que cortan el terreno bajo del interior de Aisén, entró, por el único que lo permitió a una piragüita de cuatro brazas de largo, el P. Vicuña con Silvestre y otros dos indios, encargándoles el silencio que debían guardar en lo que viesan; que navegaron cosa de dos leguas por porción de inflexiones del río hasta que el poco fondo y piedras de él se lo permitió, al pie de las escarpadas eminencias que son término o más bien nacimiento de dicho río; que proyectaron subir a una de dichas montañas, pero que no pu-

diéndolo conseguir de ningún modo, retrocedieron, dejando formada una cruz, cortada en la cáscara de un grueso arrayán”.

En la breve descripción del estero y río Palena, dice Moraleda: “La primera expedición de los habitantes de Chiloé al citado Palena la hicieron el año de 1762 los mismos regulares extinguidos, padres José García y Juan Vicuña, de cuyo viaje no existe documento alguno más que la tradición”.

Una información más, pero muda, porque carece de explicación, es el mapa que García puso a su viaje. El mapa tiene un derrotero que entra por los estuarios de Yacaf (o Tacaf) y sale por el canal de Cay; y la otra entrada es por Aisén, y corresponde a lo que narra Moraleda. Este viaje por Yacaf, Cay y Aisén no está en el viaje impreso, porque lo único que se refiere a los estuarios es el paso por la boca de Aisén pero sin entrar. El Palena, en cambio, no tiene punteado. Las notas que acompañan a la edición hispanoalemana del viaje de García se refieren solamente a la traducción de los textos españoles del mapa ¹⁶⁸.

UN PROYECTO DE ENTRADA AL PALENA, DE JUAN ANTONIO GARRETÓN

El gobernador Juan Antonio Garretón estaba eufórico en 1762 con unas galeotas que le había hecho construir el Presidente Guill, y le participa sus éxitos el 25 de octubre de 1762, y planea un proyecto: “Doy parte a V.S. (de) tener construida una galeota de 17 varas de quilla, la que se halla en estado de echar al agua en todo el mes de enero, en caso de llegar antes los pertrechos que al Excmo. Sr. Virrey tengo pedidos, y luego que se verifique su botadura, hago viaje al río de Palena, a la parte del sur, diez leguas del Corcovado, porque quiero desengañarme de este formidable río, que por noticias que me han dado los indios guayhuenes, interna mucho a la parte del leste, dejando las cordilleras atrás, y me aseguran haber población, sin saber qué nación sea, y de lo que resultare avisaré a V.S.

“No hay duda, señor, que ha sido el pensamiento más acertado mandarme su Excelencia construir dos galeotas por lo útiles que son para la defensa de esta provincia...” ¹⁶⁹.

Hay que observar que este viaje al Palena parece que no se realizó, porque no lo registra Moraleda, que es bien preciso en recoger los datos de expediciones exploratorias y tiene artículo especial sobre el Palena.

168 ANS, C. G. 710, fs. 66-67. Moraleda, AHMCh, XIII, 72, 109, 155. Medina y Greve, *Cartografía Hispano Colonial de Chile*, 1924, Mapa número 13.

169 ANS, C. G. 710, fs. 126 y v.

En 1778 dispusieron los misioneros franciscanos entradas por los estuarios para hallar la ciudad de los Césares e indios infieles para ejercitar su actividad misionera. Esta expedición estuvo a cargo del P. Fray Norberto Fernández y del H. Fray Felipe Sánchez; llevaron como guía al indio de la capilla de Tehi, llamado Nahuelguin, que aseguraba haber visto la ciudad anteriormente. De este viaje hizo una relación Fray Norberto, que advierte que puso rumbos y distancias como le pareció, y Moraleda, que conoció el manuscrito, dice que son conjeturales. Entraron por el Palena por la ensenada y río principal y se internaron hasta su origen en la confluencia donde desde elevados riscos dos torrentes o cascadas de agua se precipitan perennemente e impiden la navegación las muchas piedras y broza de árboles caídos. Talaron parte de un cerro "con ánimo de subir a él y hacerlo atalaya o vigía para descubrir las campañas imaginadas; pero a poca tala se hallaron con los principios que son comunes en todos estos pináculos, y la interminable cordillera de que son parte más occidental. En vista de esto, mudo ya Nahuelguin, y demás que se habían ostentado prácticos anteriormente, se declaró no haber visto tal ciudad, y a los diez días salieron dirigiendo su derrota al sur". "En cuanto exploraron, hasta la boca de Aisén, hallaron lo mismo que en Palena, y a los 82 días de viaje, regresaron a Castro, donde concluye su relación", dice Moraleda y añade: "Me acompaña en la actualidad el marinero Francisco Vargas, que hizo dicha campaña" ¹⁷⁰.

"Ya que tratamos de Palena, no nos parece impropio decir aquí (habla Moraleda), que su estero y río han sido y aun son, de algunos años a esta parte, famoso objeto de las conversaciones misteriosas de los más de los habitantes de la provincia de Chiloé y de la cuidadosa indagación de algunos de ellos, como lo comprueban las varias expediciones que se han hecho a uno y otro, con la vana solicitud de hallar la incógnita ciudad nombrada de los Césares, y de otras gentes europeas, que se supone existen con el nombre de Santa Mónica del Valle, Argüello, etc., en el continente patagónico, según unos, originadas de los españoles que poblaban las ciudades de Osorno, Infantes y demás que destruyeron los indios en la sublevación general de ellos, del mismo siglo XVI en que aquellas se fundaron, y, según otros, por las gentes salvadas de naufragios ocurridos en las costas de dicho continente, o por extranjeros establecidos en él con miras ambiciosas u hostiles".

Moraleda no cree en estas fantasías, que, a mi parecer, dependen no de las supersticiones o de la ignorancia, sino más bien de la inmensidad de las tierras no exploradas, que son las que por no haber sido estudiadas y recorridas de una vez, siempre están excitando la fantasía, sin que deje de ser una realidad el temor de los ingleses que periódica-

mente amenazaban con tomar posesión de algún territorio solitario o de alguna isla estratégica. La observación de Moraleda confirma la supervivencia de una leyenda con fundamento histórico conservada por un pueblo sencillo y fomentada por la autoridad.

Moraleda ensaya una refutación de lo que él llama cuentos, después de dar el famoso texto de Silvestre Antonio Díaz de Rojas, cuyo título es "Derrotero y camino cierto y verdadero desde la ciudad de la Santísima Trinidad, puerto de Buenos Aires, hacia la ciudad de los españoles que vulgarmente llaman la ciudad encantada o Césares"; enumera los hechos extraordinarios que narran los que han viajado y viajan a la pesca en el estero de Aisén y Tictoc, ya diciendo que hay muchos canales, que se internan grande distancia al este y que las corrientes impiden reconocerlos; ya que se oyen tiros de cañón o de fusil algunos días; que se ven veredas como de caminos trillados por los montes; que se ha visto una embarcación pequeña con vela latina navegando entre las islas de Palena. Estas son las cosas que refuta una a una, para decir al fin que para que cupieran las distancias que supone la leyenda, América meridional debería tener el doble del ancho que tiene realmente y que las noticias que dan los míseros indios con aire misterioso y en países pobres como Valdivia y Chiloé, los españoles se las creen y todos lucran en dichas expediciones, y se utilizan a proporción de su estado y miras particulares que cada uno lleva en promover aquéllas¹⁷¹. Este es un aspecto del asunto, pero si uno ve que Virreyes y Gobernadores envían exploradores a buscar estos fantasmagóricos pueblos, y los protegen, ayudan y financian, no deja de producir perplejidad al pensar que el engaño abarca de capitán a paje, y que al fin todos creen en lo que no deben creer, porque a todas luces es falso.

DIEGO BARRIENTOS, SUS HIJOS Y LAS ENTRADAS AL ESTERO DE COMAU

Desde 1775 Miguel Barrientos con sus hijos José, Diego y Dionisio hicieron varias expediciones registrando Aisén, Palena y otros estuarios con el objeto de hallar las poblaciones mágicas e impulsados por las tradiciones de sus compatriotas. Tenían su residencia en el partido de Quiquel, a orillas del canal de Dalcahue. Ellos sirvieron de guías al P. Menéndez en 1783 y 1786 en sus entradas por el estero de Comau o Leteu. Y comenta Moraleda, que es el que nos ha conservado estos datos, "sin haber logrado casi en doce años de indagaciones otra satisfacción que la de haber llegado en la última con sumo trabajo a ver las grandes pampas de lado oriental de la cordillera, de lo cual hay una muy sucinta relación hecha por el citado religioso". Las relaciones de los dos

171 AHMCh XIII, 154-166.

viajes son tres, dos de Menéndez y una de Diego Barrientos. Y los Barrientos no sólo acompañaron a Menéndez en estos viajes, sino también en las entradas a Nahuelhuapi ¹⁷².

LAZARO PEREZ Y SU EXPEDICION SECRETA

Pérez era sacerdote, licenciado, y había sido cura de San Carlos; deseoso de realizar el soñado descubrimiento fue en persona en 1785 y se puso bajo la guía de Francisco Delgado, vecino de la isla de Quenac, que estaba tan seguro que dijo al cura que llevara un caballo para la marcha. Salieron de Castro en una piragua tripulada por 16 hombres, provistos de armas y "municiones de guerra y boca". Llegaron a Comau, dos hombres vadearon el río, y ni éstos ni los demás vieron otra cosa que eminencias elevadas, riscos espantosos y bosques de maleza. El práctico Delgado manifestó su ignorancia. Temeroso del castigo, por querer tomar tierra en Chaulinec para esconderse en el monte, hizo padecer a sus compañeros un fuerte temporal en el mar. Se escondió, pero sacado de su escondite fue a parar a la cárcel, donde pagó algún tiempo su pecado. Se le quiso disuadir al dejarlo en libertad, pero no hubo caso, se mantuvo en sus trece ¹⁷³.

FRAY FRANCISCO MENENDEZ Y SU VIAJE A LA CORDILLERA

El 11 de diciembre de 1783 salió de Castro y se dirigió al partido de Quiquel, donde vivía la familia Barrientos, y allí se compuso la piragua y se buscaron unos mozos. Siguieron la ruta hasta la capilla de Calen, continuaron hasta las islas de Añihue, en cuya capilla se detuvieron, pasaron a Vutachauqui y se dirigieron a la punta de la isla que se llama Conef, puerto bien desamparado. Al sur vieron Rugnihue y al norte la ensenada que lleva para Marilmo, pero antes de llegar tomaron puerto en Poyehuapi. Pasaron el estero de Cahuelmo y fueron a tomar puerto en Loncochallua. La virazón, viento constante que sopla durante el día del lado del mar y que es favorable para entrar al estero, los llevó hasta el fin del estero, donde continúa el río Bodudahue, y donde por el sur baja el río Reremo hasta donde llegaron a fuerza de remo. Aquí desembarcaron y enviaron en exploración diez hombres para abrir camino; volvieron al día siguiente, diciendo que el monte está lleno de cañas, quilas o colihues, robles y laureles. A causa del tiempo se detuvieron siete días. Salieron por el lado sur del río a pie por el monte, siguieron su camino por el monte, cruzando ríos y barrancos no muy profundos. Cinco días los detuvo la lluvia, continuaron y llegaron a un sitio que

172 AHMCh XIII, 155-156.

173 AHMCh XIII, 156.

llamaron La Laja. El río más adelante, el mismo u otro, tenía un salto que ponía miedo. La lluvia los retiene y siguen el camino agarrándose a las ramas y árboles de la ladera para no caer al río, y prosiguen con las cordilleras muy pegadas al río, donde apenas hay, a veces, un llano corto. Para cruzar un río que baja del sur tuvieron que derribar un árbol, que es lo que en estos viajes llaman puente y más allá había un árbol caído que cruzaba todo el río, y lo señalaron para la vuelta. La lluvia los detiene y hacen unos ranchitos de cañas con hojas de pague por techo. A un alerzal le pusieron por nombre Lahual Cruz. Más adelante suben a la cordillera, por una arbolada ladera no muy espesa. Encuentran huellas de guanacos. Miguel Barrientos con sus hijos subieron a un cerro para orientarse y divisaron las tierras llanas o pampas. Siempre continuaban por la costa del río. No siempre la barranca del río los favorecía o por lo empinada y llena de árboles o por estar formada por una ladera de peñas. En este punto unos estaban en reconocimiento, otros en camino con el padre. La lluvia, el alimento ya escaso, el estar mojados, todo contribuyó a que se retiraran y emprendieran el camino de vuelta. La vuelta era rápida, pero Diego Barrientos y su hermano Dionisio propusieron volver a ver si descubrían algo, y se fueron. Los demás no quisieron, hacían falta en sus casas. Los que fueron al reconocimiento tuvieron suerte: siguieron el camino que habían reconocido y en día y medio llegaron al cerro que se había visto y de repente se hallaron junto a una laguna. Todo el camino es llano, en algunas partes falta el agua, el río hace muchas vueltas y en el monte hay muchos alerces. La laguna está entre dos cordones de cerros, y para pasar una punta hicieron una balsa de cañas secas. Derribaron un alerce, hicieron una canoa y al día siguiente se embarcaron. Navegaron la laguna, unas seis leguas, y en ella hay seis islas. El desagüe les sirvió de puerto, y va por entre piedras. Por el desagüe se va a otra laguna, a la que pasaron por tierra llana. Siguieron la playa y un cerro los detuvo, subieron a lo alto trabajosamente y vieron las pampas. Exploraron el paisaje desde el miradero. No siguieron explorando más y regresaron para estar en Castro el 6 de febrero de 1784.

Menéndez envió su diario al gobernador, que lo remitió al Virrey, y éste con la vista del Fiscal lo aprobó y ordenó dar gracias a los misioneros y premiar a los Barrientos “esperando que continuarían los descubrimientos que presumía serían útiles a la religión y al Estado, y que hecho el premio diese parte. Todos fueron a sus expensas y el gobernador los premió eximiéndolos por dos años de las obligaciones de los milicianos. Todos quedaron contentos y prontos para otra ocasión. Esta se presentó el año de 1786¹⁷⁴.

174 Fonck, *Viajes de Fray Francisco Menéndez a la Cordillera*, Valparaíso, 1896, pp. 151. Cfr. AHMCh XIII, 231.

SEGUNDO VIAJE DE FRAY FRANCISCO A LAS CORDILLERAS EN 1786

El 18 de noviembre de 1786 salió Fray Francisco de Castro y fue a dormir a Quiquel, la estancia de los Barrientos, lugar señalado para reunirse los expedicionarios. Dispuesta la piragua partieron por la costa de Quetalco, Cuquihuil y Calen hasta llegar a Tenaun, donde se les unió el P. Fray Juan Cazo. Siguieron a la capilla de Añihue, en los Chauquis, donde los detuvo la lluvia cinco días y de allí salieron a la punta de Conef en Vuta-Chauqui. Continuaron a la boca de Comau, y pasando Marilmo, llegaron a la caleta de Puchegniche. Como esta caleta sirve de puerto a los que van a cortar tablas, recuerda Fray Francisco sus trabajos. Ahí varan las piraguas, forman ranchos para guarecer bastimentos y personas. A estos sitios los llaman también astilleros. Las tablas las van a cortar a lo alto de las cordilleras y les cuesta mucho trabajo, prescindiendo de los peligros que son muchos. No sólo tienen que subir cuestras y barrancas, sino que también tienen que pasar algunos ríos, que bajan precipitados por las barrancas, cuyo paso es peligrosísimo y arriesgadísimo. Cuando menos se piensan crece el río, el agua les lleva el puente, que es un árbol atravesado, y para poner otro se ven no sólo en trabajo sino en peligro.

Entraron a remo por el estero y a mediodía aprovechando la virazón usaron vela y llegaron a la entrada del río Bodudahue y tuvieron que esperar la media marea para entrar en el río, y avanzaron hasta el río Reremo, donde tomaron puerto. Allí hicieron un rancho para guardar los bastimentos y uno pequeñito para que el padre dijera misa con decencia. Quisieron seguir por el camino hecho hacía tres años, pero estaba cerrado con los retoños de los coligües. Tuvieron que empezar a talarlos y por las señas siguieron el camino del año 83. Llegaron a Lahual Cruz, al pie de la cordillera. Subieron lentamente la primera cuestra, les ponía cuidado la mucha nieve que caía de los cerros. Cruzaron otra cadena de montañas. Bajaron al valle, que tiene una llanura cenagosa. Continuaban siempre junto al río, que en esta parte tiene varias vueltas y "saltos que causan miedo el oírle". Talaron el monte y en dos días llegaron a la primera laguna del viaje anterior. La canoa estaba en ser (la habían dejado allí el año 84). Cruzaron la laguna y llegaron a un alerzal bueno para hacer canoas y de un alerce sacaron dos: una de ocho varas y media de largo y la otra de seis y media. En estos trabajos se pasaron cuatro días. Se embarcaron en las tres canoas y sólo dos llegaron a una playa bien abrigada a la vuelta de la laguna. Aquí da el número de expedicionarios que eran 20. Salieron a buscar la otra laguna, y el viento los había atemorizado y puesto en peligro. Aquí se dividieron para los reconocimientos. En el monte empezaron a talar para pasar una canoa a la otra laguna. Se dividieron en tres grupos y en el que iba de exploración, que eran siete, fue Menéndez. Empezaron a recorrer la segunda

laguna, hasta que el viento les obligó a tomar puerto. Continuaron explorando y recorrieron la laguna y pasaron a otra, en la que estuvieron en peligro por causa de un río. Los cerros negros en número de tres y en figura de torres de catedral, que habían visto en 1784, les recordaron que siempre habían oído decir que estaban al principio de una pampa y próximos a una población de españoles. Por varias razones quisieron reconocer un incendio y debieron pasar de la tercera laguna a la segunda, donde la corriente del canal les dio qué hacer. Al llegar a la tercera laguna y ya anochecido comenzó un temporal tan recio, que “en quince años que estoy en Chiloé, dice Menéndez, no lo he visto mayor ni semejante. Parecía que se arrancaban los árboles y que la laguna nos quería tragar, por lo que la canoa se nos fue a pique”. Al día siguiente, cuando calmó, sacaron del agua la canoa y fueron a dormir junto al desagüe de la segunda laguna. Pasaron a la segunda laguna. Cinco pasaron a ver a los que se habían quedado en la primera laguna cuidando la canoa, los que estaban desconsolados, creyendo que el padre y sus compañeros habían perecido en los temporales. Se pusieron a explorar una región incendiada. Al subir un cerro un indio que iba con ellos se adelantó y lo perdieron de vista. La falta de agua les hizo abandonar la subida de un cerro y encontraron un río silencioso. El indio no aparecía y los tenía preocupados. El bastimento comenzó a escasear y se dividieron, cuatro continuaron el registro llevando bastimento para cuatro días, y dos con el padre fueron en busca del indio, que hallaron en la segunda laguna. Se reunieron en la primera laguna y tres fueron a esperar a los que se habían separado para el registro, al llegar le dieron cuenta de lo que habían visto y hecho. La relación fue breve: “Luego que nos apartamos, bajaron fácilmente al valle, y no encontrando más que monte quemado, giraron a la parte del norte y por una quebrada del cerro divisaron unos cerros pequeños, el monte bajo, y al este una llanura interminable. A la parte del sur de la misma llanura dos cerros colorados frente de los tres negros. Bajaron al llano y encontraron tres caminos: uno iba a los dos cerros hacia el sur, y dos al este. Los caminos estaban bien usados, en donde había estiércol de caballo, y una cincha “cortida” ya vieja y partida por el agujero del hebillón, la que cogieron para traérmela y se les perdió. Después de los dos cerros hacia el sur, vieron una laguna que parecía mar (puede ser el horizonte de la pampa, cuando está claro). Anduvieron un día hacia los cerros colorados, y por falta de agua y temer encontrar gente se retiraron. Había muchos guanacos y venados y en medio del monte quemado hallaron un venado abrasado del fuego y las astas a medio quemar. Esta fue la relación que dieron”.

Entonces emprendieron un regreso sin mayor novedad que el cambio de Gobernador, que se llamaba Gobernador Intendente Francisco Hurtado. Menéndez llegó a Castro el 19 de enero de 1787.

Menéndez entregó su diario al Intendente Hurtado, después de darle verbalmente cuenta de su viaje y le suplicó que a sus compañeros,

ya que habían hecho su exploración a sus expensas, los aliviase como lo había hecho el gobernador Espada. A los tres días le devolvió el diario y en cuanto a la gente le dijo que perdiese cuidado que los atendería. "En virtud de esta palabra le escribí desde Castro, dice Menéndez, reconviéndole con la palabra que me había dado, y me respondió una carta tratándolos a todos de pícaros, haraganes y otros dicterios, que no les quise decir ni manifestar a ninguno de ellos, por no desesperarlos"¹⁷⁵.

La malquerencia del Intendente Hurtado, que duró dos años en tan pomposo cargo, queda en evidencia con la carta que, ya depuesto, escribió a don Antonio Porlier: "Por el adjunto testimonio, que lo es de todo lo actuado, con motivo de los viajes a la cordillera del P. Fray Francisco Menéndez, en que se manifiesta lo insustancial de estos viajes, con que está armando tanto ruido con todos los que no ven como yo, lo pueril de sus empresas que aun de Lima me instaba este señor Virrey al auxilio de estas expediciones, prometiéndose grandes ventajas de ellas al estado, y yo tengo estos por una apariencia para afingir (sic) méritos, y en susbtancia examinado y visto el terreno que andan, y el paraje por donde van, es un juego de niños"¹⁷⁶.

El 14 de marzo de 1794 escribió Diego Barrientos al Gobernador Pedro de Cañaveral una breve relación de la expedición a la cordillera. En sustancia es lo mismo que ya se ha dicho. Vale la pena decir que se hizo la expedición a costa de Diego Barrientos, que a él se debió la iniciativa de la última exploración, que los caminos que hallaron eran cuatro y no tres y finalmente dice: "A los cinco días volvieron en busca del padre, obligados de la necesidad, pues se alimentaron con lazos y zapatos de cuero que llevaban". A pedido de Cañaveral, Fray Francisco Menéndez confirmó la narración de Diego Barrientos¹⁷⁷.

JOSE DE MORALEDA Y LOS ESTUARIOS CORDILLERANOS (1793, 1794 y 1795)

El último explorador de los estuarios cordilleranos es José de Moraleda. Las instrucciones del Virrey Francisco Gil y Lemos le encargan las exploraciones marítima e hidrográfica de los estuarios, canales o ríos, su extensión, calidad del paraje, ubicación de los puertos, su capacidad para barcos grandes o medianos y le manda levantar planos. Todo esto en Aisén, Moya (Quilau), Tictoc, y demás, teminando con la exploración de Comau o Leteu. Enumera todos los detalles que debe observar y le ordena usar como medida la vara de Castilla. Le pide un plano o carta general, que manifieste los reconocimientos que haya hecho en cumplimiento de su comisión, situándolos en su respectiva latitud y lon-

175 Fonck, o.c. pp. 52-104.

176 MM, v. 207, pp. 284-285.

177 MM, v. 203, pp. 165-167.

gitud. Le ordena llevar un diario donde se consignen todos los datos que expresa. Tanto del diario como de los planos debe trabajar un solo ejemplar que debe entregar al Virrey. Y no debe manifestar a nadie documento alguno de los que haya trabajado en virtud de la comisión que se le ha dado. El último artículo nos ofrece un dato de las ideas geográficas del Virrey, semejante a las de Amat y a la Historia geográfica e hidrográfica, que ya se ha citado. Dice el artículo: "Finalmente si en la exploración de los canales y esteros citados hallase que alguno de ellos presta paso al Océano Atlántico Meridional, ya sea desembocando en el golfo de San Jorge, cuya extensión no está aún determinada, o en cualquier otro punto de la costa oriental patagónica, retrocederá por una derrota opuesta a la que haya llevado, dirigiéndose inmediatamente a esta capital" y le reitera el secreto y que sólo tenga un ejemplar de diario y mapa.

Moraleda entró por los estuarios indicados: Aisén el 1º de marzo de 1793, Moya o Quilau el 13 de marzo de 1794, Palena el 31 de marzo de 1794, Tictoc el 1º de abril de 1794, Palvidad el 1º de mayo de 1794 y Comau o Leteu el 12 de abril de 1795.

En cada uno de los estuarios importantes: Aisén, Palena, Tictoc, Palvidad y Comau o Leteu, lleva, además de las observaciones del diario, un resumen o breve descripción, en que pone en forma crítica la historia de ese lugar geográfico.

En sus viajes llevaba dos piraguas, una a cargo de él y la otra de su ayudante, el pilotín de la real armada, José de Torres, el desto de la tripulación estaba formado por gente de Chiloé y los indios chonos en posición selecta por sus conocimientos náuticos como guías prácticos.

Los viajes de Moraleda son viajes científicos, que se hacen con lentitud, en un tiempo incomparablemente mayor que los otros viajes que hemos visto, con buenas ayudas y sin apuro alguno.

Para estudiar los estuarios y lugares intermedios hizo tres viajes: el primero desde el 21 de enero de 1793 hasta el 2 de mayo del mismo año, el segundo desde el 11 de febrero hasta el 18 de mayo de 1794 y el tercero desde el 13 de febrero de 1795 hasta el 25 de abril del mismo año.

Las tripulaciones no es tan fácil saberlas. En el primer viaje lleva cuatro indios prácticos: Pedro Yaña, Antonio y Luis Ayoupa y Manuel Tuba, tres hombres de tropa y 26 marineros, distribuidos en dos piraguas. En el segundo viaje lleva tres hombres de tropa, 11 marineros en la piragua *Carmen* y 10 en la *Rosario*. En el tercero lleva 6 hombres de tropa y no dice más, sino que el total de las raciones es para 27 hombres durante tres meses. Los chonos, aunque van, no son nombrados, porque en estos viajes los datos de personas son escasos. En el segundo viaje en la narración se dice que va el práctico Pedro Yaña y el práctico de la *Rosario*, que es Hueñupal. En el primer viaje se encuentra con Marianthue, que era un arsenal de datos antiguos, porque se había criado con los jesuitas y los había acompañado en sus viajes a los estuarios.

Repetidas veces insiste en que no cree en las leyendas de poblaciones perdidas, y hasta hace un tratado sobre los Césares y sus expediciones para probar que no existen, al describir el Palena. Al comienzo de esta segunda serie de viajes (1792 - 1795) habla del P. Menéndez y cómo el Virrey apoya sus descubrimientos y que le da auxilio para su tercera entrada a Nahuelhuapi. En el segundo viaje quiso acompañarlo Alonso Javier de Oyarzún con dos indios de su confianza, Antonio Guaquel e Isidoro Callupillán, para esto se consiguió una orden del Gobernador para ir en la expedición con Moraleda. Moraleda, con bastante fastidio, pide instrucciones para que lo acompañe Oyarzún, y los trabajos que quiere emprender en busca, nada menos, que de cinco ciudades existentes en el citado continente. Expresa que los indios que ha pedido que le acompañen no conocen al teniente Oyarzún, y finalmente exige orden expresa para llevarlos, después de haber señalado los inconvenientes. Al fin el gobernador decidió que Oyarzún por su cuenta hiciera todas las expediciones que quisiera.

Si Moraleda no creía en los Césares, éstos eran un fantasma que se le aparecía en los sitios más inesperados. En vista de una carta que le da el Gobernador de Chiloé dirigida a los Césares, cuyo sobrescrito dice así: *Por el rey a los señores españoles establecidos al sur de la provincia de Nahuelhuapi. Del Gobernador de Castro, Calbuco y provincia de Chiloé*, exclama: No sólo creen en estas cosas los habitantes de la isla de Chiloé y hacen sus pequeñas expediciones para descubrirlas, sin conseguirlo, sino que semejantes noticias son creídas por personas mucho más sensatas. Y piensa que son la causa del pliego cerrado y sellado que le ha entregado el Gobernador, con el sobrescrito expresado más arriba.

¿Qué puede hacer Moraleda? Sólo él no cree, pero en contra de él hay Virreyes, Gobernadores, religiosos misioneros, gente de las islas. Es casi oponerse al consentimiento universal, que dicen que es criterio de verdad.

José de Moraleda realiza sus viajes atento a explorar todo lo que interesa a la navegación en Chiloé, en la tierra firme continental y en los archipiélagos incontables. Emplea largos meses, en estos tres viajes 268 días, con la ida y vuelta al Perú, desde 1792 hasta 1796. Su diario va día a día registrando toda clase de noticias, además de los trabajos de síntesis y las notas que añade, cuando lo cree necesario. El no lleva un objetivo, los lleva todos. Por eso averigua de quien puede las noticias más fidedignas. Se informa con los chonos, con los prácticos, recoge como todos la tradición de los antiguos viajeros, recorre todos los sitios, es prolijo en la observación, y en sus diarios consigna los datos. En sus conversaciones con los guías y los prácticos se le ve entre irónico e incrédulo, pero, dado el carácter, sobre todo de los indios, se guarda de ponerlos

desconfiados, aunque a veces no les crea nada, pero como se deja llevar por ellos, uno tiene que dejar de creer en su incredulidad.

Moraleda con su sabiduría y su espíritu crítico, al fin de cuentas, es un exponente de la tradición y hasta del refrán que más sabe un loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Y al fin de la sabiduría práctica del chono y del chilote mestizo o español y de la teoría del marino graduado, educado en las escuelas de náutica, sale un retrato de Chiloe insular y continental con criterio realista de la pluma de José de Moraleda.

EL CAMINO A OSORNO

El camino de Chiloé a Valdivia venía a aliviar parcialmente el aislamiento, porque la comunicación más eficaz habría sido vincularlo directamente con Concepción. En el siglo XVIII la Junta de Poblaciones contribuyó en forma extraordinaria a la multiplicación de las ciudades en toda la extensión del país. El problema de las ciudades destruidas en el siglo XVI estaba todavía vivo, porque fuera de Valdivia, las demás, Osorno, Villarrica, Santa Cruz de Loyola, Imperial y Angol, continuaban destruidas, a pesar de algún esfuerzo por restaurarlas como en el caso de Angol. La Junta de Poblaciones resolvió repoblar Osorno para abrir la comunicación entre Chiloé y Valdivia a través de las tierras de los indios cuncos, que se oponían, previo informe del gobernador y cabildo de Chiloé sobre seis puntos:

¿En qué paraje ponerla: en la costa o más hacia la cordillera para resguardarla del enemigo de Europa?

¿Qué número de familias podrían salir de Chiloé para poblarse en Osorno voluntariamente? Para esto convendría convocar a cabildo abierto a todos los vecinos, dándoles a conocer que a cada poblador se le daría solar para casa, chacra y estancia, proporcionada a sus necesidades.

Si la empresa debe ser militar, ¿bastarían las fuerzas de Chiloé o sería necesario que las de Valdivia contribuyeran hasta Río Bueno?

¿Si sería conveniente fundar otra ciudad al norte de Río Bueno, frente a Osorno?

¿Cómo se podría asegurar el camino y la comunicación y comercio con las provincias vecinas, librando su tránsito de riesgos de indios?

Firma el gobernador Domingo Ortiz de Rozas, el 11 de diciembre de 1752.

El 3 de febrero de 1753 el gobernador de Chiloé, Antonio N. de Santa María, convocó a cabildo abierto a los señores Ignacio Vargas, corregidor de la ciudad de Castro; José Díaz, alcalde ordinario; a los

regidores Juan de Loaysa y Fernando Gómez y cuatro cabildantes más, que presentaron su opinión por escrito:

La ciudad debería fundarse en el mismo sitio para restaurar el honor de las armas españolas agraviadas tanto tiempo por el infiel, aunque sería necesario hacer un fortín en la boca del Río Bueno, donde acogerse en caso de ataque y desde el cual comunicarse con Chiloé con piraguas.

De Chiloé podrían salir a poblarse en Osorno unas cuatrocientas familias.

A la empresa hay que partir con las armas en la mano por la ferocidad de los cuncos y su odio a los españoles: "para cuya empresa no hay en esta provincia otras armas que nuestros pechos, los que ofrecemos de nuevo para conseguir el expresado fin", siendo necesario, concluyen, que se les provea de municiones y armas ofensivas. Y creen conveniente que salga de Valdivia un destacamento volante para que sirva de freno al enemigo por la otra banda de Río Bueno.

En cuanto a la otra población, al frente, en Río Bueno, no pueden responder hasta conocer el sitio.

En Chiloé hay familias suficientes para poblar en Río Bueno, pero, agregan, que abierto el camino de Osorno, "será necesario el rigor de la justicia para que no se despueble la provincia".

Al fin dicen que nada puede efectuarse en la población y camino, si el Rey no paga cuatrocientas plazas, al menos por veinticinco años, mientras se someten los indios, y estas plazas podrían ser las cuatrocientas familias. En cuanto a la apertura del camino a través de una gruesa montaña, se obligan a hacerlo a su costa, contribuyendo con víveres para la gente pobre.

El 5 de febrero de 1753 concurrieron a cabildo abierto en la Casa Diputada los señores eclesiásticos: el cura de Chacao, Dr. Pascual Ruiz; el P. Fray Marcelino Narváez de la Merced; el P. Antonio Fridl, Rector del Colegio de Castro, y todos estuvieron de acuerdo con el parecer del cabildo. El mismo día informan los vecinos feudatarios del cuerpo militar de la provincia, de acuerdo con el cabildo, y son el maestre de campo Mateo Abraham Evrard, el capitán de infantería Bartolomé Carrillo, el capitán Bernardo Cruzat, el teniente de caballería Isidro de Vera, el teniente de caballería Alonso Pascual Marín y el alférez de infantería Martín López de Gamboa, y responden a los seis puntos consultados. Y al día siguiente escribieron al gobernador del Reino, Domingo Ortiz de Rozas, en el sentido indicado¹⁷⁹.

179 ANS, C. G. 710. Abraham de Silva Molina, *Historia de Chiloé* IV, 174-176, en ANS, F. V. 141.

AMAT INTENTA ABRIR EL CAMINO A OSORNO DESDE SUS EXTREMOS

Cuenta Carvallo y Goyeneche que Amat se propuso la idea de descubrir la arruinada ciudad de Osorno y abrir las comunicaciones entre Valdivia y Chiloé. Decidió una doble expedición, la una desde Valdivia, a cargo del teniente coronel don Juan Antonio Garretón, aragonés, sargento mayor de la plaza de Valdivia, y la otra mandada por el gobernador de Chiloé, Antonio Narciso de Santa María. Ordenó a Santa María que en enero de 1759 fuese a reunirse con Garretón en la parcialidad de Puracaví, distrito de la antigua Osorno, que ya tenía también la orden de marchar al mismo sitio desde Valdivia. La orden llegó a Chiloé con seis meses de atraso, y Santa María nada supo de la operación conjunta.

Garretón salió de Valdivia en diciembre de 1758 con cien hombres de tropa veterana y treinta de milicias. Para proteger la retirada de este cuerpo de tropa, mandó el gobernador hacer un fuerte en Huequecura entre los ríos Angachilla y Río Bueno, que puso a las órdenes de Francisco de Luque. Garretón se estableció en la orilla norte del Río Bueno, en la parcialidad del cacique Inayau, que con trescientos indios escogidos era aliado de los españoles. Para aguardar a Santa María delineó un fortín de campaña dedicado a San Fernando, y también para asegurar el paso del río por esta parte. Llegaron, entonces, Paidil y Catillanca, caciques de la parcialidad de Puracaví, para ofrecer paso franco por sus tierras a los españoles y complimentarlos por su llegada, pero en realidad iban a reconocer las fuerzas españolas y preparar un ataque con conocimiento de las fuerzas españolas y de sus posiciones en el lugar. Garretón no se dejó engañar y por eso estaba prevenido, cuando esa noche le atacaron con cuatro mil indios, que lucharon hasta el amanecer y se retiraron con pérdida de quinientos noventa de los suyos. Por un herido se supo que todavía tenían tres mil hombres de reserva y que estas fuerzas eran las de todas las parcialidades de Río Bueno, Osorno y Cunco hasta Chiloé. Informado el gobernador de Valdivia, envió refuerzos, pero en la junta de guerra, por emulación, dice Carvallo, hubo quien propusiera la retirada del escuadrón y la destrucción de los fuertes de Huequecura y San Fernando. Se aprobó y se dio orden a Garretón de abandonar la empresa. Este resistió, porque lo había ordenado el Gobernador del Reino, a quien, incluso, suponía en viaje a Osorno. Pero el gobernador de Valdivia sostuvo su opinión y la retirada se verificó el 17 de febrero de 1759. Se frustró la expedición, que sin duda se habría logrado su fin ese verano y pagó esta resolución el cacique Inayau, porque a los cuatro días Paidil y Catillanca pasaron el Río Bueno con un grueso escuadrón y una madrugada le asesinaron en su choza y pasaron a cuchillo toda la parcialidad aliada de los españoles.

Esta operación demostró que aún no estaba preparado el terreno para resucitar a Osorno¹⁸⁰.

OTRA VEZ SOBRE EL CAMINO DE OSORNO

El Gobernador y Capitán General del Reino de Chile, en auto fechado en Santiago a 10 de octubre de 1763, ordenó al gobernador de Chiloé que remitiera a la Capitanía General las órdenes generales que tuviera para la apertura del camino de Osorno y el dictamen para justificarlo de los oficiales de su comando, del cabildo de la ciudad de Castro y los principales vecinos de Castro y Chacao, señalando la facilidad de la empresa de desalojar y dejar libre de indios el camino de Chiloé a Osorno.

El 15 de marzo de 1764 el gobernador de Chiloé, Juan Antonio Garretón, convocó al cabildo y principales vecinos para que de común acuerdo dijeran por qué se habían obligado a prometer en febrero de 1753 hacerse cargo de la apertura del camino de Osorno, utilidades y alivio que podían resultar en beneficio de la provincia de Chiloé en lo espiritual y temporal y todo lo que pareciera convenir al asunto. Y el mismo día citó a una reunión fijada para el 26 de marzo en las casas de su morada, en Chacao, a los militares.

Ambas reuniones se verificaron, la del cabildo el 20 de marzo, y la de los oficiales el 26, como estaba acordado. Ambas reuniones contestaron al gobernador por escrito lo que se pedía, y su pensamiento fue el siguiente: el cabildo dice que habiendo permitido el rey que se abriera el camino, reduciendo a los indios cuncos, y que siendo el proyecto tan importante para la provincia de Chiloé, ellos habían prometido hacerlo a su costa, poniendo peones, víveres y demás cosas necesarias, con tal que el rey cooperase en la forma pedida, para resguardo de sus personas y vidas. Añade que nada se puede hacer en razón de la escasez de recursos que se siente en la provincia por la falta de navíos. Sin el auxilio de Su Majestad sólo habría pérdida de vidas sacrificadas a manos de los indios. Y si los indios están de guerra habría que hacerlo con las armas en la mano, y en Chiloé no hay ni fusiles, ni pólvora, ni balas. Y termina el documento del cabildo manteniendo la promesa de 1753 en la misma forma. Los oficiales en su respuesta insisten en el interés para la provincia por el aislamiento en que viven, llegando los navíos una vez al año y a veces pasan más sin que se les vea. Consideran que la expansión de la población de Chiloé debería verificarse hacia el norte por el camino de Osorno, que por él podrían acudir a centros donde poder trabajar; en suma, aislamiento, crecimiento demo-

180 Vicente Carvallo y Goyeneche, *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile* II, 300-301.

gráfico y falta de trabajo. Por eso también están por la afirmativa y mantienen la promesa de 1753¹⁸¹.

CASTELBLANCO Y EL CAMINO DE OSORNO POR EL MAR

El Gobernador de Chiloé, Manuel de Castelblanco, en carta de 7 de enero de 1767, informa al Presidente del Reino, Antonio Guill y Gonzaga sobre todo lo referente al camino de Osorno, porque éste, como sus antecesores en el cargo, volvía a interesarse en el tema. Castelblanco le envía lo que sobre el camino habían escrito los gobernadores de Chiloé, Antonio N. de Santa María y Juan Antonio Garretón, y agrega que las mismas ideas mantienen hasta su tiempo los moradores de Chiloé. Y concluye con la iniciativa, que ha tomado de intentar el camino por mar y por Río Bueno hasta Osorno, y dice: “pareciéndome que por mar se pueden investigar mejor los secretos de esa tierra, dirijo una piragua a Río Bueno para que se inquiera lo que condujese a este fin y espero noticiarlo a Vuestra Señoría por ser lo único que conceptúo necesario y que podré añadir a los citados informes”.

Más expresivo resulta el gobernador de Chiloé en su carta de 21 de marzo de 1767: “Anhelando a dar cumplimiento a la orden de Vuestra Señoría sobre que informase por donde fuese más fácil intentar la apertura de camino para la antigua despoblada ciudad de Osorno, y desde allí a la plaza de Valdivia, cuyo proyecto ha promovido nuevamente el celo de Vuestra Señoría, he informado que por las fronteras de Maullín y partido de Carelmapu se han hecho en otros tiempos varias tentativas sobre este asunto, sin que hayan producido efecto favorable, discurrí que permitiendo el Río Bueno entrada, se allanarían las dificultades que hasta ahora se ofrecían. Y en este asunto resolví habilitar una piragua, que fuese a este reconocimiento, lo que se ejecutó el día 19 del pasado mes de febrero que salió de este puerto encargado de esta diligencia el alférez reformado Juan Antonio de Olavarría, quien llevó las instrucciones convenientes con todo lo demás necesario para el viaje. Pero no habiendo regresado hasta lo presente me deja con el desconsuelo de no poder anticipar la noticia, y con el cuidado por no saber su paradero; aunque conjeturo por los tiempos que tuvieron favorables para la bajada, puedan haberse propasado al puerto de la plaza de Valdivia. Para salir de esta duda he resuelto, viendo que avanza el tiempo, habilitar nuevamente otra piragua, que salga costeano desde este puerto hasta el de aquella plaza, y vaya reconociendo todas las caletas que se ofrecen en el intermedio, a fin de que si por alguna contingencia hubiera peligrado la tripulación, la recojan y conduzcan a este puerto, o a lo menos se solicite adquirir algún indicio de su destino. Para esto me he valido de los indios de la reducción de Calbuco,

y aunque me han ofrecido que irán, supuesto que se les ha de pagar. Ignoro hasta lo presente lo que pedirán y qué más condiciones pondrán. Y según lo que reconozco, recelo sean tales, que se frustre la diligencia”.

El 15 de julio el capitán general Antonio Guill remite al Virrey Amat un informe sobre lo que ha hecho Castelblanco para la apertura del camino de Osorno¹⁸².

LAS EXPEDICIONES DEL GOBERNADOR INTENDENTE DE CHILOE

Durante el agitado gobierno del primer intendente de Chiloé se realizaron dos expediciones, que él mismo narra en carta al Marqués de Sonora, de 6 de septiembre de 1787.

Comienza a contar las dos expediciones en forma un tanto brusca: “Emprendida, pues, la exploración del monte y tomadas todas las precauciones para asegurar la retirada a los cincuenta hombres, que iban, estuvieron tres meses talando por un monte o bosque de árboles y cañas tan espeso, que apenas adelantaban dos cuartos o tres de legua al día, y había muchos días que no ponían los pies en el suelo, porque los troncos y raíces de estas cañas, arbustos y árboles forman tal enrejado sobre la superficie de la tierra y tan tupido que no llega la huella del hombre al suelo. Así caminaron tres meses sin hallar rastro de hombre, sin ver otras aves que “goras” bastas, ni otros animales que cerdos alzados, pero habiendo errado el rumbo fueron a dar a una crecida laguna de longitud de siete leguas formada por las nieves derretidas da la cordillera del volcán de Ranco (hoy Puyehue), que le da su nombre, y habiéndola dejado a la espalda, siguieron siete leguas más adentro a buscar las pampas o descampadas de Osorno; pero fue en vano, pues nada hallaron, ni vieron más de lo ya dicho, y faltándoles los víveres y bastimentos, pues los habían de llevar hombres, porque acémilas no podían andar por allí, lo que con el mal piso y suma distancia tardaban dieciocho y veinte días en llegar, y se habían ya comido la que conducían, dejando escondida mucha parte en el camino para mantenerse a la vuelta, otros tenían miedo y se escondían en el monte, comiéndose los víveres, y otros escondían la carga y se volvían con ánimo de robarla después, y así con necesidades y furiosas hambres, viendo errado el rumbo retrocedieron aquellos primeros y concluyó su expedición de tres meses de trabajos, en que no bastaron cuantas advertencias y esfuerzos les hice, dice el Intendente, para que el miedo no les hiciese torcer los rumbos, sin lograrse otra cosa que cerciorarse de lo inhabitado de este campo e inmediaciones de Maullín, Carelmapu y Calbuco”.

182 ANS, C. G. 710, fs. 66-67 y 91-92.

Como no existe narración paralela de este viaje, es poco lo que podemos saber, porque el único dato preciso es el que se refiere al lago Ranco y al volcán Puyehue.

“Salieron segunda vez, dice Hurtado, cuya expedición duró dos meses, guiados por un plano o carta en limpio, que les formé para su gobierno, y con las advertencias correspondientes, y en efecto, siguiendo el rumbo norte y noroeste, que les encargué, encontraron con la caja del camino antiguo y el lado del río, desde donde empezaba la caja, por donde antiguamente transitaban carretas. Esta la siguieron cortando las cañas, que han nacido y, luego que anduvieron algunas leguas, tuvieron miedo y la dejaron a la izquierda, inclinándose al este, pero inmediatamente y de improviso se encontraron en las pampas y pasaron un arroyo que nace de un manantial inmediato al punto, donde salieron al descampado, y va a pasar por el mismo Osorno, que estaba a la izquierda de ellos, y distante de una legua y media, según unas arboledas frutales que vieron, y las demás señales del arroyo, no haber población, humo, ni huella humana, con las demás que conservan de sus abuelos, que siendo tanto el horror que la superstición de los indios tiene a aquel terreno, no admite la menor duda era él”. Y agrega después la necesidad de que vengan tropas de España para llevar adelante la empresa¹⁸³.

Este viaje, sin lugar a dudas, pese a tal cual diferencia, es el que se titula: “Diario que hizo el capitán don Pedro de Mansilla, cuando fue a la expedición del camino de Osorno, en el año de 1787, que por enfermedad del piloto que llevaba formó dicho diario el día 11 de mayo, y es como sigue”. En este diario el primer mes es el de mayo del 11 al 30, y aquí pasa al 1º de julio. Sería más lógico pensar que el 30 es de junio, y así nada falta. Pero el documento está así. Hurtado dice que les dio un mapa o plano, y Mansilla no lo cita.

Mansilla no se destaca por su dulzura al encargar al cabo Mateo Ojeda, que con cuatro hombres se lleve al piloto (cuyo nombre no dice) “vivo o muerto”. No se puede saber muy bien el recorrido, porque no usa nombres. La primera vez que cree que ha descubierto el camino antiguo es el 19 de mayo. La mayor dificultad era el paso de los ríos que cruzaban, echando troncos al río y, cuando eran muy caudalosos, en balsa. Los víveres, como en todas estas expediciones a pie, obligaban a salir de viaje en su busca, porque podían llevar poco consigo. Otro impedimento eran las cañas, quilas, que debían talar para avanzar. La lluvia también les retrasaba el viaje. Las primeras huellas de vida las hallaron el 3 de julio al hallar un sitio en que habían hecho fuego, lo mismo el 5. El 14 de julio hallaron el antiguo camino macheteado. Siguiendo las macheteaduras, fueron abriendo el camino. Al día siguiente se cumplieron tres que no comían por falta de bastimento, y a pesar de

que trajeron muy poco para continuar, siguieron adelante para descubrir. Recibían cada veinticuatro horas un cachito de harina. El 16 vieron que el camino seguía tres rumbos en dirección norte, noreste, este; desechaba quebradas, una cumbre y su monte llano; no tiene arroyo alguno. Ese día a las cuatro de la tarde hallaron las pampas; había huellas de perros, de gente y ranchitos. Las pampas son de una yerba llamada Chupalla y de un pasto largo, de nombre Lango. Vieron también hojas de frutilla y manzanos chicos; el 17 recorrieron los ranchos y se retiraron por no ser sentidos de los indios ni llevar orden para ello. Mansilla resume: "El camino que encontré es muy antiguo e infiero ser de los españoles, donde transitaban para Maullín. Regresaron dejando marcas en los árboles. El 19, por segunda vez, se hallaron tres días sin comer. A la vuelta los acompañaron las lluvias, las nieves y el granizo. La distancia recorrida la medían con un cordel de 80 varas, pero el 19 se cortó el cordel y quedó de cuarenta varas.

El recorrido lo calcula así: 10 leguas con el piloto; con Mansilla anduvieron 394 cordeles de 80 varas y 692 de 40 varas, o sea, 59.200 varas. Y termina Mansilla: "Por lo expresado de los cordeles, se sacarán las leguas" ¹⁸⁴.

MAPA DE OLAGUER FELIU Y PUSTERLA DEL CAMINO DE OSORNO POR LOS RÍOS

El mapa del camino de Osorno, de Mariano Pusterla, gobernador de Valdivia, se hizo de un mapa con las observaciones del ingeniero Manuel Olaguer Feliú. Este mapa tiene en cuenta el trazado y cruce de los ríos. No resulta el más breve, porque tuvo en cuenta las haciendas de los indios, que no permitieron que pasara el camino por sus haciendas y también el paso de los ríos. El largo está calculado en 56 leguas desde Valdivia. En el dibujo Pusterla puso a los ríos dos líneas y a los arroyos una. Sin embargo, en la copia de Medina los ríos llevan una flechita.

Los ríos que cruzan el camino son Río Bueno, Río Contha, Río de las Golondrinas o Pilmaiquén, Río de las Canoas (este es el sitio de las ruinas de Osorno), Río Huilma, Río Chuelo, Río Blanco, Río Dollumco, Río Negro o Maipué, Río Chipilco, Río del Toro, Río de Polizonas, Parga Chico, Río de Parga, Río de los Amancaes, Río Frío, Río de los Ostiones. Los ríos desde Valdivia hasta Río Bueno los he omitido, porque era muy pequeña la distancia y porque ese tramo corría a cargo de Valdivia. El mayor peso caía sobre Chiloé.

Tenían balsa o canoa los ríos Angachilla (en la sección perteneciente a Valdivia), Río Bueno, Pilmaiquén, Canoas y Maipué. Los quince restantes (en todo el trayecto) necesitaban puentes de madera al uso del país, de poco costo.

184 MM, v. 260, fs. 216-236.

Este camino empezaba en Valdivia y terminaba en Maulln, o sea, según el trazado antiguo, que era el más breve. Un obstáculo importante para el camino era el monte o bosquecillos de arbustos y los bosques propiamente dichos, que era necesario abrir y talar, y que no es posible precisar, según este mapa, por haberse omitido en la copia los números indicativos de estos accidentes vegetales del camino ¹⁸⁵.

DIARIO DEL CIRUJANO DR. JUAN ISIDRO ZAPATA. 1791

Este diario fue escrito por el cirujano de la expedición, Juan Isidro Zapata, que se firmaba doctor. El diario empieza el 12 de febrero de 1791 y termina el 24 de abril de 1791. No dice nunca el número de los expedicionarios, sino sólo el de la plana mayor, pero a juzgar por el trabajo realizado debía ser grande. El Comandante primero era el capitán graduado Antonio Mata, y el segundo el capitán Pedro Mansilla. Salieron de San Carlos para Carelmapu el 12 de febrero. En este sitio menciona Zapata la disentería que afectaba a los trabajadores de Calbuco, que fue durante toda la expedición causa de innumerables molestias. Tres observaciones promete en su diario: un informe sobre los telares, otro sobre plantas y animales y un tercero sobre la disentería, que fue el único que no cumplió.

Las instrucciones fechadas el 10 de febrero abarcan los siguientes puntos: lugar de reunión en Maullín, víveres, raciones, normas sobre el trabajo, que se haga con suavidad, relaciones con los indios, vigilancia de la tropa, que dónde se sitúe el pabellón, especialmente de noche, se haga atrincheramiento, fidelidad de los indios e infidelidad, modo de recibir a los indios, si un indio hace ofensa particular, que el comandante de Maullín apenas vea señal de invasión que les avise, el cirujano y sus remedios, que en los casos especiales decidan los jefes Mata y Mansilla.

De Maullín pasaron a Lolcura en piraguas, porque estaba señalado como punto de partida. En adelante, el diario se ocupa de reseñar los trabajos hechos y de dar cuenta de la salud de la gente. Por el trabajo realizado resulta el diario sumamente interesante y demuestra que la expedición estaba muy bien organizada. El 18 terminan el primer puente, que llamaron de la Fragua, con sus correspondientes rampas, planchándose todo el ensanche, en las partes que lo necesitaba, y peinándose en zigzag.

185 "Plano que comprende los puertos de Valdivia y Chiloé... en él se manifiesta el nuevo camino de comunicación entre ellos abierto en el año de 1789..." Este mapa está suscrita por Mariano Pusterla, gobernador de Valdivia, y hecho según las observaciones de Manuel Olaguer Feliú, su fecha es 10 de enero de 1791, y ocupa el número 9 del *Atlas de la Cartografía Hispano Colonial de Chile*, Santiago, 1924, y en el texto las páginas 34-36. Cfr. MM. 210, fs. 18-19.

Crece el número de enfermos. El 22 de febrero eran veinticinco, el 23 subieron a veintinueve y el 24 falleció un trabajador.

Los trabajos continúan y trasladan el cuartel a El Manglar el 27. El 1° de marzo llegó al cuartel de regreso de Valdivia el sargento de dragones Nicolás López, que traía pliegos de Valdivia y contó a los expedicionarios cómo los de Valdivia habían empezado su trabajo (ensanche del camino y puentes) desde Maipué o Río Negro. El 7 se mudó el cuartel a Río Frío, dejando trabajadas 583 varas de planchado, del ancho del camino que son doce, y 154 varas que corresponden a 19 puentes pequeños que hay desde el primer cuartel. Sobre el Río Frío se estaba trabajando un puente de 35 varas con sus rampas, que miden nueve metros, y se continúa el ensanche.

El día 8 llegan a Maullín, desde Castro, 200 hombres con sus jefes, a pedido de los comandantes de la expedición. Llegan a Río Frío el 10. El 12 se empieza a trabajar desde el río de Amancaes y el 13 se terminó el puente de Río Frío y se probó su resistencia haciendo cabalgar sobre él la tropa y dar carreras. El 14 se llevó el cuartel a Amancaes y el 15 a este sitio el hospital, y los enfermos de Lolcura a Maullín, donde esperaron a los trabajadores de Carelmapu, Colcura y sus reducciones y la de Abtao, para restituirse con ellos a sus casas como lo verificaron el día 20. La idea era cortar la epidemia que empezaba a contagiar a los nuevos trabajadores, pero a pesar de las precauciones el 21 había en el hospital cinco nuevos enfermos. El 22 se concluyó el puente del río de Amancaes, de 21 varas y con rampas de 6. El 23 se trasladó el cuartel al río Parga, cuyo puente se terminó el 28 y el 29 el del río Piti-Parga. El 30 se mudó el cuartel al río Polizones. El balance del trabajo desde Río Frío a Parga chico son 122 varas de planchado y 202,5 de puentes, contados grandes y chicos, que hacen el número de 18. La peste seguía. Cuando se trasladó el hospital a Polizones, los enfermos eran más de cuarenta. El día tres, el jefe de la expedición, el capitán Antonio Mata, dio las disposiciones convenientes para prevenir los ataques de los indios, porque por ser el tiempo de la cosecha de manzanas y de la fabricación de la chicha, coincide con los asaltos de los indios. Indicó que esto significaría algún atraso en los trabajos, pero que si se esforzaban se podrían terminar antes las tareas en que estaban empeñados y regresar al seno de sus familias. El 5 empezaron el puente del río Toro con una avanzada de veinte hombres. El día 6 avisaron que cien hombres de trabajo de San Carlos y de Chacao, sacados de las milicias, ya estaban en Carelmapu para reunirse con los demás y concluir más pronto la empresa. El 7 se trasladó el cuartel al río Toro. Desde Piti-Parga hasta el río Toro se trabajaron 116 varas de planchado y 133,5 en trece puentes entre grandes y chicos. El 8 comenzó a llegar la gente de San Carlos, el 9 se terminó el puente del río de Polizones, con 43 varas de largo y 7 de rampas. El 10 llegó la mayor parte de la gente de San Carlos, se repartió una botija de aguardiente y esa noche hubo un baile al estilo de

los antiguos indios de la provincia. El 11 declinó la peste de disentería, a pesar de que en el hospital de Toro llegó el número de enfermos a más de setenta. El 12 se concluyó el puente del río Toro. El capitán Antonio Mata se sintió indispuerto esa noche y a la mañana pudo reconocer el río Chipilco, pero al mediodía tuvo una recaída. Se le preparó para el último trance con los sacramentos. El 14 se concluyó el puente del río Chipilco. El 15 los trabajos llegaron a Maipué. En este río se construyó una canoa de siete varas y media de largo, sujeta a un andarivel de "buque", con sus cuerdas de lo mismo para tirarla de una a otra parte. Este día falleció el capitán y jefe de la expedición Antonio Mata en el viaje de regreso cuando iba en Piti-Parga. Los trabajadores que habían quedado atrás comenzaron a regresar a Lolcura, llevando consigo equipajes, armas, herramientas y sobrantes en cabalgaduras. Desde el puente del río Toro hasta el río Maipué trabajaron 59,5 varas de planchado y diez puentes, incluido el de Chipilco, que entre todos tienen cincuenta varas. El 24 llegaron, finalmente, a San Carlos, dando término a la operación de ensanche del camino y fábrica de sus puentes.

La expedición duró en días de trabajo 72 y construyó sesenta puentes, que son 531,5 varas y 800 varas de planchado, no se cuentan las muchas cañas cortadas y sí más de 40.000 árboles cortados en más de once leguas de camino que se han abierto, o sea, más de sesenta y un kilómetros.

La afición botánica del Dr. Zapata merece una mención: describe la quilineja con precisión científica, la que se encuentra en todos los montes del archipiélago. La *Nolana repens* de Linneo la halló en Carelmapu, y en el Cañaveral, lugar de Maullín, halló un arbusto llamado huillipeta. Y luego nombra, sin describir, los vegetales observados por él en Carelmapu y Maullín, que alcanzan al número de 145; los animales son 3, y 9 las aves. Continúa en el monte o camino con animales y aves. En los ríos, peces y mariscos. En las playas de Maullín: aves, mariscos, sargazos y peces.

Por su manera de clasificar las plantas, y por citar a Linneo, merece el Dr. Zapata que se le tome en cuenta entre nuestros científicos del siglo XVIII¹⁸⁶.

LOS DOS CAMINOS Y LA EXPEDICION DE SANCHEZ Y TORRES

Una vez conocido el camino de Chiloé a Osorno empezó otro asunto de vital importancia: el de los dos caminos, para elegir el más corto.

Escribe el Gobernador de Chiloé, Pedro de Cañaveral, a su colega el gobernador de Valdivia, Pedro Quijada, sobre los deseos del rey de que se repueble la antigua ciudad de Osorno y de que se restablezca el

camino de entre ambas capitales, Valdivia y San Carlos. Siempre en las noticias geográficas es infaltable el testimonio del indio: habla Cañaveral de la "noticia que casualmente adquirí por dos milicianos de Maullín, que guiados de dos indios que tenían en su casa pasaron, por diferente camino del que practican los correos, al paraje de la antigua ciudad de Osorno, informándome después ser más corto y de mejor terreno, de suerte que se puede esperar el restablecer la antigua ruta desde Maullín a la antigua ciudad de Osorno, en veinticuatro horas¹⁸⁷: que es la noticia que aquí tienen de padres a hijos". Sin embargo, para enviar esta carta usa una piragua como correo. En otra carta, dice a Quijada que el Presidente de Chile le previene para que restablezca el camino de los correos y el tráfico por la antigua ciudad de Osorno hasta el pueblo de Maullín. Por eso le avisa que en esta ocasión envía una expedición al mando del teniente de asamblea Joaquín Sánchez, con el piloto de la Real Armada, José de Torres, por el indicado camino al fuerte de San Luis de Osorno y desde allí buscar el camino más corto. Da otros detalles del camino que se busca. El camino se recorría en 24 días, "oímos decir que había un camino llamado de las carretas, que fue el carruaje en que por él se condujeron a Chiloé las monjas de Osorno, cuando se rebelaron los indios". Uno de los que habían sido informados por los indios sobre el camino fue el cabo Nicolás Mansilla, cuyos servicios fueron rechazados por los expedicionarios, por no juzgar acertado el trazado que les indicó. Recuerda Cañaveral el trabajo inmenso que costó el ensanche del camino y los puentes que se hicieron en 1791, cuya narración se debió al Dr. Juan Isidro Zapata. Trabajo que se hizo en invierno y da a entender que no se hizo lo mismo desde Maipué hasta Osorno y Valdivia. Recuerda también la expedición de 1787, a cargo del Capitán de Dragones Pedro de Mansilla, indicando que se tuvo el cuidado que en la expedición de Sánchez y Torres fueran los mismos que hicieron ese viaje y abrieron y descubrieron el camino, y en otra parte dice que son siete. Pide a Quijada Cañaveral que le envíe un plano de esa región, porque el único que había en Chiloé se quemó en el incendio "de esta plaza", San Carlos, el 17 de febrero de 1794. Ese mapa era de todo el terreno que media entre Valdivia y Chiloé y en él estaba marcado el camino que hay abierto de Lolcura a Maipué. "Su falta, dice el gobernador Cañaveral, me hace caminar casi a ciegas en esta dirección, sin más guía que el discurso...". Quijada envió el plano a Cañaveral, advirtiéndole que no estaba en el archivo de Valdivia y que por curiosidad lo obtuvo del ingeniero Manuel Olaguer Feliú¹⁸⁸. Además de estas noticias, existen dos diarios, uno hecho por Joaquín Sánchez Riambau, que se llama "Expedición del restablecimiento del camino por la antigua ciudad de Osorno a Maullín,

187 Al parecer debería corregirse por días, que es el tiempo que solía emplearse en recorrer el camino antiguo.

188 ANS, F. V., v. 223, son 50 pp. sin foliar.

1794”¹⁸⁹. Está incompleto y se corta el 17 de noviembre de 1794. Los expedicionarios eran 27 e hicieron el camino a caballo. Este diario va día a día. Se interrumpe cuando comienzan las averiguaciones con los indios para hallar el camino perdido, o los caminos. El diario de José de Torres, piloto de la Real Armada, el mismo que acompañaba a José de Moraleda en sus recorridos, se titula: “Diario que ha formado el piloto del número de la Real Armada, don José de Torres, desde la salida del fuerte de San Luis de Osorno hasta el fuerte de Maipué, en la comisión que por orden del señor Gobernador de esta provincia de Chiloé, don Pedro de Cañaverál, fue destinado a reconocer el camino de comunicación de dicha provincia y la plaza de Valdivia, con 22 hombres para el trabajo al mando del teniente de Asamblea, don Joaquín Sánchez Riambau”¹⁹⁰. Este diario comienza con la salida de Lolcura a Maipué y termina con la llegada a San Carlos, el 3 de diciembre de 1794. No es tan completo como el otro y cita menos fechas, pero, en cambio, pone notas a las fechas. Salen más completas las averiguaciones a los indios. Por él sabemos que el 14 y 15 de noviembre los indios no dejaron reconocer el camino de la marina, porque decían: “¿Para qué otro camino?”.

Por estos dos diarios sabemos que la expedición empezó el 14 de octubre y terminó el 3 de diciembre de 1794, saliendo de San Carlos y regresando al mismo puerto. Entre los personajes que van se indican los siete veteranos de la expedición de 1787: el indio neófito de Osorno, Ignacio Millalunga, y el cacique de la cabecera de San Carlos, don José Caucauman. En cuanto a los resultados de la expedición, más parece que iban a buscar noticia que a hacer un camino, por ser pocos los expedicionarios para realizar un trabajo, al parecer recogieron datos de más caminos que los que se proponían: camino antiguo de las carretas, camino de invierno y camino de verano, camino de la marina, los dos caminos, de los cuales uno remataba en Calbuco y el otro en Maullín. Datos que se presumían seguros, como el de las ruinas que conocía el indio Pancho, residente en Tuncacavir, no pasó de un molino destruido. En materia de lugares geográficos, menciona muchos más el diario de Sánchez y ajustados al diario del Dr. Zapata en 1791.

INFORME DE OLAGUER FELIU Y TOMAS O'HIGGINS SOBRE LOS DOS CAMINOS

El ingeniero Manuel Olaguer Feliú dio un informe sobre los dos caminos. Uno de los caminos, el antiguo, iba por Río Blanco y el nuevo, abierto por parte de Chiloé, por Río Negro. Olaguer Feliú se inclina por el antiguo camino de Río Blanco. En primer lugar, tienen el mismo largo de 16 leguas. El de Río Blanco tiene sólo dos ríos y dos arroyos que

189 MM., v. 260, pp. 333-372.

190 MM., v. 260, pp. 373-393.

tengan necesidad de puentes de madera. El de Río Negro tiene cinco ríos y dos arroyos. El río Nihuey es caudaloso y rápido, tiene 50 varas de ancho, y su puente estaría expuesto en invierno a los árboles que vienen por el río y lo ponen en peligro. El río Negro necesita siempre canoa y para su ejercicio y custodia necesitaría un pequeño destacamento, aumentando las preocupaciones en el fuerte de Maipué. El piso en ambos es igual. El de río Blanco no tiene cuestras agrias, pero sí el de río Negro. El monte de río Blanco es de árboles gruesos, cañaveral y quilas, el de río Negro árboles gruesos y cañaveral. Por haberse secado los cañaverales en 1796, propone que se quemen y así se obtendrán dilatados terrenos, que ayudarán a rectificar el camino.

Tomás O'Higgins, en su viaje, fue encargado de dar su opinión sobre el informe de Olaguer Feliú, y opinó que era preferible el del río Blanco. Por el informe de Tomás O'Higgins se sabe que existían los puentes de los ríos y arroyos entre Lolcura y Maipué. Dice que se pueden construir hermosos puentes de roble y pellín, de cuya madera hay abundancia, y están formados los que se encuentran fabricados sobre los ríos que hay entre Maipué y Maullín.

Ambos informes se preocupan de la restauración y mantención del camino y de sus costos, y cree Tomás O'Higgins que no se podrán hacer esos gastos sin ayuda de Lima. Y recomienda que los obreros sean trabajadores de Chiloé, porque allí abundan hombres que desean trabajo para mantener sus familias, y de ningún modo se ha de echar mano de los presidiarios de Valdivia, porque harán falta en las obras de fortificación¹⁹¹.

191 ANS, F. V. 225, sin foliar están el informe de Olaguer, de 3 de febrero de 1797, y la crítica favorable de Tomás O'Higgins, de 12 de abril de 1797. Olaguer lo escribió en Valdivia y O'Higgins en Santiago.

EL PERIPLO CHILOENSE

La misión circular en torno a Chiloé fue un apostolado de los misioneros jesuitas, continuado, después de la expulsión de éstos, por los franciscanos. Consideraron que la única forma de llegar a todos los habitantes del archipiélago era llevarles a sus propios campos e islas una vez al año la misa, la confesión y la comunión y un poco de doctrina para que conservaran sin errores su fe. Como esto era relativamente poco, idearon la institución de los fiscales o, mejor, la adaptaron, porque se usaba en otras partes de América. El fiscal en Chiloé reemplazaba en su ausencia al misionero, juntaba a la gente para el catecismo y la oración, preparaba a los moribundos para la muerte, etc. En tiempo del gobernador Pedro Osorio de Ulloa, los misioneros consiguieron que los fiscales quedaran libres del servicio personal. Este oficio era importante para la misión, porque solían llevar la estadística de los fieles y servían para el canto y para ayudar a los misioneros durante la misión.

La misión circular se hacía todos los años en Chiloé y la mayor parte del camino era por mar, para esto los misioneros consiguieron del Rey que los indios bogadores quedaran con el trabajo exclusivo de servir a la misión, llevando las piraguas en que los misioneros viajaban con todos los elementos de la misión, inclusive las imágenes sagradas. El Rey concedió a los jesuitas estos indios, como una encomienda disimulada, haciendo hincapié en que lo eran, porque aquellos benditos padres repugnaban esta forma de trabajo. Es verdad que eran exclusivos, pero pagados, porque si no lo hubieran hecho habría sido una forma de servicio personal, que habían condenado con mayor vehemencia por injusto. Estos servían por turno y por eso ellos podían hacer sus siembras y cosechas oportunamente y así proveerse de los medios de alimentación para sí y sus familias durante el año.

La primera noticia de la misión circular se halla en la Carta Anua de 1611, en ella se narra la misión circular: "Diré ahora de la misión que hicimos a los pueblos de los indios, que están esparcidos por toda

la isla que, como dije, tiene más de 50 leguas de largo. Salimos, pues, del pueblo a 15 de julio de 1608 y tardamos en la misión hasta principio de enero de 1609, que entonces por hallarnos en lo alto de la isla, hacia la parte del norte, dos leguas cerca del puerto de Carelmapu, nos fuimos a aguardar el navío que siempre suele llegar por ese tiempo, como lo hizo aquel año también. Salimos del pueblo acompañados de un mestizo, de 50 años, que anda en hábito de ordenanza, que es muy práctico y de buen nombre, y con ocho o diez indiecicos de a quince años, a los cuales habíamos enseñado un mes antes el catecismo, sacándolos para esto de sus pueblos, adonde dejábamos a cada uno para catequista o fiscal, que enseñase a los demás. Están los pueblos a dos y seis leguas uno de otros, y los más muy poco apartados de la playa del mar. Llamo pueblo al que tiene diez o doce casas, porque el que es mayor no pasa de cien almas, y habrá de éstos en la isla como treinta, y aunque los indios pueden andar a pie por tierra, no lo hacen por el mucho trabajo de los malos caminos de montes, bosques y arroyos grandes que se han de pasar y así de ordinario los andan en piraguas, playa a playa, por mar, pero es grandísimo trabajo. Salimos en una de ellas, que nos dio el maese de campo, fuerte y muy bien adecuada, y con pan y bizcocho que nos dieron de limosna y un par de carneros con que comenzamos nuestra misión, lo cual llevamos por no ser cargosos a los pobres indios, que sabíamos su pobreza y miseria. Con todo esto era tan grande el amor y voluntad con que nos recibían, que les hacía sacar riqueza de pobreza y no nos podíamos excusar de recibir parte de ellas so pena de perder su amistad, y quedar ellos afrentados, y así recibíamos unas pocas papas y algunos huevos, marisco y pescado, pero gallinas jamás las quisimos admitir. En retorno de lo que recibíamos les dábamos peines, tropas, agujas, chaquiras y otras menudencias, no por vía de paga, sino dadas en don, y así nunca, con la gracia de Dios nos faltó lo necesario. Siempre teníamos para repartir con ellos, los cuales gustaban en gran manera de recibir de nuestra mano cualquiera cosa, aunque no fuese más de un bocado de pan, tales su llaneza y sinceridad, y viendo que estábamos con ellos preguntándoles sus trabajos y acariciándolos siempre, y a los chiquitos, nos daban parte de sus aflicciones y nos querían como a sus propios padres, y nos llamaban no sólo con el nombre de *patiru* como a los demás sacerdotes, sino de *chao*, que es padre natural, porque nos amaban tiernamente, y después de haber oído las cosas de Dios o después de haberse confesado, algunas veces admirados de nuestro modo de tratar tan diferente de los demás sacerdotes, que los habían tratado, con sinceridad e inocencia nos llamaban los buenos padres, los santos, los bajados del cielo, hasta llamarnos los dioses. Y porque no se engañase alguno de ellos, o alguno poco aficionado nos tachase de vanos, los hubimos de prohibir e irles en eso a la mano. Pero veamos ya el orden y modo que guardábamos en catequizarlos y confesarlos. Luego que llegábamos a sus pueblos, lo primero en cada

lugar era venirmos ellos a recibir, que para esto estaban apercebidos tres o cuatro días antes, y venían todos en procesión de dos en dos. Los niños con guirnaldas de flores en la cabeza, siguiendo al que llevaba la cruz, que era toda de flores del campo, lindamente aderezada, que ponía devoción, y el mismo que llevaba la cruz venía cantando las oraciones en su lengua, los demás respondiendo, y llegaban de esta suerte hasta el bajadero de la piragua, a do todos juntos nos daban la bienvenida, y luego los caciques nos abrazaban, y volvía la procesión haciendo calle, recibiéndonos en medio y cantando todos llegábamos a la iglesia, que es un rancho de paja, pero bien hecho y aderezado de flores y ramas de laurel, de que hay allá mucha abundancia. Aquí llegados y hecha oración, los mandábamos a sentar y uno de los dos les hacíamos una platiquilla de un cuarto de hora, en que les dábamos noticias del intento, a qué veníamos y como no pretendíamos otra cosa más que el bien de sus almas y no pedirles nada, antes que les traíamos alguna pobreza que darles y los convidábamos para el día siguiente a que vienesen todos y trajesen sus mujeres e hijos. Madrugaban todos al día siguiente a la iglesia, y los que vivían más lejos traían consigo su matalotaje de papas para sustentarse el tiempo que allí estuviésemos y que no querían volver a sus casas hasta que los despedíamos, quedando primero confesados, y casados los que se habían de casar. Luego preguntábamos por los enfermos, si había alguno, y cuántos, y dónde estaban y uno de los dos acudía luego como a lo más necesario, llevando siempre algún compañero fiel, y de camino un poco de carne o pan, cuando la había, para dar al enfermo. El otro se quedaba aquel día catequizándolos a todos y enseñándoles el modo de confesarse bien. El segundo y tercero día acudían los dos a las confesiones, y al tiempo de la misa aquellos tres días se hacían las amonestaciones de los que se habían de casar, y el cuarto los casaban. Y volvían ellos a sus casas y los padres partían para otro pueblo. De esta manera anduvieron toda la isla catequizando, bautizando a los que no lo estaban, confesando y, finalmente, casando a los que no lo estaban, dejaron treinta y seis iglesias levantadas y renovadas, y en cada una de ellas su catequista o fiscal, que sabía muy bien todo el catecismo, y la forma del bautismo para las extremas necesidades, y con obligación de visitar a menudo los ranchos, cada uno los de su pueblo, por ver si hubiere algún enfermo o alguno en riesgo de muerte para bautizar, y enseñar el catecismo a los niños, y todos los domingos y fiestas principales junte toda la gente en la iglesia, y los hagan cantar y rezar todos juntos y les pregunte el catecismo. Se bautizaron 228, se casaron 1.100 y se confesaron más de 2.000, los cuales todos, antes que nos conociesen, aún no sabían persignarse ni si había Dios”¹⁹².

192 *Documentos para la Historia Argentina* XIX, Iglesia, Cartas anuas, carta de 5 de abril de 1611, pp. 116-119.

En la anua de 15 de febrero de 1612 dice que esta vez pasaron a las otras islas. Escribe el P. Melchor Venegas, "que con la buena comodidad de piragua hemos visitado este año todas las islas, que son cerca de cuarenta, donde se confesaron más de 1.300, se bautizaron 480, y se casaron más de 600 personas"¹⁹³.

El P. Alonso de Ovalle en su *Histórica Relación*, dice, copiando las anuas de 1629-1630: "En las islas que tiene en contorno la principal de Chiloé, andan en continua misión los tres padres que asisten en esta residencia"¹⁹⁴.

En el siglo XVIII existen catálogos de las capillas, familias, personas, etc. Son éstos los de 1734-1735, que está en los "Autos originales sobre la asignación de 4.000 pesos a las misiones de la Compañía de Jesús en la Provincia de Chiloé" (autos que comienzan en 1727 y se continúan posteriormente), en él se dan los nombres de las capillas, que son 72 y sigue con 1.590 familias, 9.400 personas, 6.849 confesiones de indios, 512 bautismos, 87 casamientos y 1.180 confesiones de españoles. Estas son las cifras totales, pero en los catálogos están los detalles por capillas¹⁹⁵.

El segundo catálogo que se conserva es el de la misión de 1757-1758, que está en el mapa de la misión circular presentado junto con el "Estado de la provincia de la Compañía de Jesús en el Reino de Chile, desde el mes de marzo de 1757, hasta esta fecha del presente año de 1762". La misión empezó el 18 de septiembre de 1757 y terminó el 15 de agosto de 1758. Los misioneros PP. Miguel Meyer y su compañero recorrieron 76 capillas, y la estadística da las siguientes sumas: 2.295 familias, 11.047 personas, 12.720 comuniones, 626 bautismos, 113 matrimonios y 315 difuntos. Esta es la única misión que va acompañada de un mapa, por eso advierte que las capillas se visitan no en estricto orden geográfico y aunque parezca rodeo, y no viaje en línea recta, no lo es, dice Guell, antes de su catálogo, lo que puede verse mejor aquí por el mapa, que Guell no hizo. El mapa de esta misión tiene tres explicaciones: a la izquierda el modo de hacer la misión, a la derecha el catálogo, y en ambos casos, al fin, se añaden otras explicaciones. Y al centro, abajo, hay una explicación sobre Chiloé. El P. Juan Nepomuceno Walter en su Estado de la Provincia, da una explicación de la misión, además del Modo, etc., que sale en el mapa que presenta traducido.

La utilidad del Catálogo aparece en el n. 3 del modo de hacer la misión: "Concluido el sermón lee el padre el catálogo de las personas que pertenecen a esa capilla, y cita a cada padre de familia para que

193 Ibid., pp. 524-526 y 538.

194 Alonso de Ovalle, *Histórica Relación del Reino de Chile*, Santiago, 1969, p. 415.

195 AGI, Chile 304.

se presente con su mujer e hijos". Esto nos indica que los catálogos completos eran personales¹⁹⁶.

El P. José Harter, sin indicar fuente, presenta el itinerario de la misión circular de 1758-1759, que hicieron los PP. Melchor Strasser y Miguel Meyer. Este catálogo da sólo el número de familias por capilla, el de personas y el de bautismos. Agrega una novedad que no se halla en los otros catálogos, que es la fecha de cada misión. Empiezan el 20 de septiembre de 1758 y concluyen el 17 de mayo de 1759. Las capillas son 80, pero ocho no fueron visitadas, y cinco carecen de estadística¹⁹⁷.

La misión que reseña el P. Guell y que acompaña a su *Noticia* tuvo lugar en 1765-1766 y la hizo con el P. Miguel Meyer. Como en la estadística tiene números muy bajos para compararla con otras, no hay que olvidar que en las cifras de familias y personas tomó en cuenta sólo a los indios. Capillas recorridas 77, familias de indios 1.498, personas (indios) 8.141 y comuniones de indios y españoles 13.643. En la *Noticia*, en el capítulo VI, hace una animada descripción de la misión circular y en los capítulos II, III y IV, al describir los lugares hace indicaciones interesantes sobre cada capilla y su población¹⁹⁸.

El último cuadro estadístico acompaña al viaje del P. José García, en su edición alemana bilingüe (germano-española). El P. García hizo la última misión circular de Chiloé con el P. Miguel Meyer, y quedó interrumpida en Curaco el 9 de diciembre de 1767 con la expulsión de los jesuitas de Chiloé. El cuadro que puso a su viaje fue el de la misión del año anterior 1766-1767, que hizo el mismo P. Meyer con el P. Javier Ignacio Zapata, y ayudado también por el P. Pascual Marquesta. Se recorrieron 77 capillas, las familias eran 2.349, las personas 10.745 (y en nota observa que en 1737 eran 9.601), las comuniones 12.816, los bautismos 535, los casamientos 84 y los difuntos 365. Estos datos van acompañados de una descripción de la misión circular, que tiene seis páginas. La última explicación es importante para las estadísticas: "Los españoles, que son poco más que los indios, logran sin distinción el beneficio de la misión, pero no se hace lista de ellos, por tocar esto a sus curas". Alusión a los STATUS ANIMARUM, o estadísticas de los fieles que los párrocos tenían obligación de llevar¹⁹⁹.

El P. José Harter recogió los nombres de los misioneros y los años que hicieron la misión en el siglo XVIII, aunque su lista no es completa. El P. Antonio Friedl la hizo en 1731-1732, 1732-1733, 1733-1734, sin que se conozca el compañero. En 1735-1736 los PP. Antonio Friedl y

196 AGI, Chile 238, Mapa en Planos del Perú y Chile, n. 215 en AGI. El texto publicado en *Historia U.C.*, Santiago, n. 6 (1967), pp. 317-366. Tomado de ANS, Jes. 96, pieza 1^a. El mapa publicado en *Cartografía Hispano Colonial de Chile*, 1924, mapa n. 8. Se repitió en la segunda edición de 1962, etc.

197 Joseph Harter, *Los jesuitas en Chiloé*, de la revista "San Javier" de Puerto Montt, suplemento, pp. 22-24.

198 Véase la *Noticia* en el Apéndice. Documentación VIII.

199 García, cfr. supra n. 52, von Murr, Nachrichten II, pp. 600-613.

José Marchi, 1736-1737 los PP. Antonio Friedl y Juan Laguna, ayudados del P. Tomás Taillebois, OM., 1738-1739 los PP. Antonio Friedl y Tomás Taillebois, OM, y después el P. Diego Cordero, 1739-1740 el P. Antonio Friedl con los PP. Pedro Flores, Juan José Zepeda, José Marchi y Javier Ignacio Esquivel. En 1757-1758 el P. Miguel Meyer y un compañero, 1758-1759 los PP. Melchor Strasser y Miguel Meyer, 1759-1760 y 1760-1761 los PP. Miguel Meyer y J. N. Erlacher. En 1764-1765 los PP. Miguel Meyer y Juan Vicuña, ayudados por Javier Ignacio Zapata, 1765-1766 los PP. Miguel Meyer y Segismundo Guell, 1766-1767 los PP. Miguel Meyer y Javier Ignacio Zapata, ayudados por el P. Pascual Marquesta, y 1767, hasta el 9 de diciembre, los PP. Miguel Meyer y José García, ayudados por P. Marquesta y Cristóbal Cid de la Paz²⁰⁰.

Con posterioridad a la salida de los jesuitas, los franciscanos reanudaron las misiones circulares, pero con círculo más breve, porque tuvieron más misiones estables en Chiloé.

EL PERIPLO CHILOENSE DE JOSE DE MORALEDA

El origen del viaje a Chiloé de José de Moraleda y Montero, alférez de fragata y primer piloto de la Real Armada, estuvo en el nombramiento de Francisco Hurtado como Gobernador Intendente de las islas de Chiloé. Entre los encargos que éste traía venía el de hacer el reconocimiento de todas las islas de la comprensión de aquel archipiélago que sean posibles y levantar mapas generales de ellas, con explicación de sus bahías, puertos y demás circunstancias, que son precisas para formar el pleno conocimiento, que interesa a los más importantes objetos del servicio de Su Majestad. En vista de este encargo, el Virrey del Perú, Teodoro de Croix, ordenó a Moraleda, que se hallaba con destino en el navío de guerra *Santiago de América*, de 65 cañones, próximo a partir a Europa, al mando del jefe de escuadra Antonio Vácaro, a desembarcar y lo puso a las órdenes del Gobernador Intendente, que le pidió informe de algunos barcos, y Moraleda, junto con darlos, se ocupó de copiar en limpio algunos planos y particularmente una colección de los de todas las fortificaciones en escala grande, que tiene la provincia de Chiloé, el puerto principal de ella, San Carlos, el de Inche, donde el año de 1741 se perdió el navío *Wager*, de la escuadra de Anson (Moraleda se equivoca, porque el *Wager* se perdió en Guayaneco, y en el puerto de Inche pasó el invierno el pingue *Ana*, de la misma escuadra), y una carta general en punto mayor, que contiene las costas de América Meridional comprendidas entre los 39 y 50 grados de latitud sur, donde se incluye la isla grande de Chiloé y las demás de su pertenencia (todo corre a nombre del ingeniero voluntario, Lázaro de Ribera). Con su jefe emprendió el viaje del Callao a Chiloé el 4 de noviembre de 1786,

200 Harter, o.c. pp. 16, 17, 18.

llegando a San Carlos de Chiloé el 17 de diciembre de 1786. Francisco Hurtado desde el comienzo de su malaventurado gobierno se distinguió por un modo de mandar poco previsor. Ordenó a Moraleda que estuviese pronto para partir a su comisión el 26 en el bote del Rey. Moraleda inmediatamente pidió al Gobernador una serie de instrumentos y de cosas necesarias para la comisión de reconocer la isla grande y levantar mapa general de ella y de sus inmediatas islas y planos de los puertos, que contengan. Pedía además Moraleda un práctico de los varios pasajes de la isla, "incógnitos a casi todos, por donde sin riesgo ni dilación de la comisión pueda pasar el bote a efectuar los reconocimientos precisos, y al mismo tiempo que esté instruido en los nombres propios que fuese necesario anotar en las cartas y planos que se formen". Pidió una piragua para los riesgos de naufragio o inutilización de cualquiera de las embarcaciones. A esta petición respondió que no había ninguna piragua para convoyarlo, y eso —dice Moraleda— que pasan de 500 las que hay en la provincia. El 26 estaba dispuesto a partir, cuando la lluvia lo retuvo e inutilizó parte de los víveres. Como se usa, a la partida, recibió las instrucciones del gobernador. La más difícil fue la que le ordenaba formar cuatro vistas correspondientes a los cuatro frentes de la isla, norte, sur, este y oeste, porque el frente oeste no se podía hacer navegando, pese a que había ordenado se le diesen prácticos indios para el contorno de la isla. El primer viaje lo hizo en la falúa del rey o bote del rey, llamado *Socorro*, con 12 remeros, con el patrón José Papá y el piloto Joaquín de Silva. Duró el viaje desde el 3 de enero de 1787 hasta el 28 de abril de 1787. Muchos prácticos tuvo para este viaje: Martín Cauchau, Marcelo Arrascalda y Vidal o Quintipoi, por no llegar éstos le enviaron a dos guayhuenes: Marcelo López y Lorenzo Curcuyen, que no sirvieron; finalmente, aceptó a Diego de Alloupa y Manuel Tuba. El más importante era el que debía hacer de guía en la costa occidental y fue Antonio Naingré, que había rodeado la isla grande en 1767, y más adelante encontró a Francisco Yapa, famoso práctico de la costa occidental y lo cambió por Manuel Tuba, que ya había cumplido su oficio. La falúa se portó mal, pero aguantó el viaje. Estaba en mal estado y fue necesario repararla continuamente, como homenaje la dibujó al fin del diario del primer viaje. Como le fue imposible recorrer en barco la costa occidental, a causa de los peligros que acarreaba el acercarse a la costa, como era necesario, y por el estado del mar de continuo agitado, hizo posteriormente el viaje por el interior (igual que lo hacían los jesuitas para ir a misionar a Cucao). En este primer viaje tuvo muy buena cooperación de los indios y muy mala del gobernador. Moraleda a los diarios agrega notas, y en ellas a veces se pone muy severo y muy duro, sobre todo para criticar a los chilotos. Moraleda hasta este punto hizo varios mapas: los de los once puertos que constan en el diario, ocho planos particulares de orden del gobernador: cuatro desde Río Bueno hasta San Carlos, con delineación

de la tala o picado de monte hecha en 1787, para formar el camino a Osorno. Lo hizo por los rumbos y distancias medidas por los taladores, de dudosa exactitud; otros cuatro comprenden media isla de Chiloé, con el camino de San Carlos a Castro, abierto por Manuel Zorrilla en 1781 y continuado por otros. También hizo el derrotero de los puertos, ya sea que se entre por Chacao o por Guafo.

El segundo viaje fue hecho en la misma falúa o bote del rey. Llevó diez hombres, un patrón, Fructuoso García, y no lo acompañó el piloto Joaquín de Silva por haberlo enviado el Gobernador Hurtado a Valdivia. La partida fue el 20 de febrero de 1788 y la vuelta el 15 de abril del mismo año. Por la experiencia habida el año anterior de la imposibilidad de alcanzar la costa occidental para trazar su perfil, se dirigió a Huillínco y cruzó las lagunas de Huillínco y Cucao, y pudo observar desde allí las costas para los trazados de sus planos.

Moraleda de estos viajes hizo diarios de cada uno, con sus respectivos planos, los derroteros a los puertos de la isla de Chiloé, ya se entre por el norte a Chacao, ya por el sur o Guafo, una breve descripción de la provincia, tentación a que sucumbían todos los que por un motivo u otro iban a trabajar a la isla, y en esta descripción es más bondadoso en su juicio para con los chilotos; de los viajes de ida y vuelta de Lima a Chiloé también escribió diarios, y una noticia de lo acaecido en Chiloé en sus estancias en San Carlos durante el invierno, y hasta que se embarcó de vuelta. Aquí refiere el viaje que hizo con Manuel Olaguer Feliú, enviado por el Virrey para reconocer las fortalezas de Chiloé²⁰¹.

Con esto terminan los periplos o circunnavegaciones chiloenses de los jesuitas y de Moraleda. Estos periplos circunnavegaban el mar interior y sus islas, pero la vuelta a Chiloé por la costa occidental tiene pocos ejemplos, citados como audacias increíbles. Por estar deshabitada esa costa, a excepción de Cucao, bastaba ir por Huillínco y no exponerse sin objeto a las iras del mar bravo.

Las navegaciones australes y las empresas de Chiloé tierra adentro, iniciadas en la isla grande, forman una historia de singular importancia. Hay hombres que hacen de empresarios de las expediciones, dando todos los elementos o parte de ellos, con gastos, a veces bastante subidos. Hay tenaces jefes de expediciones, como Evrard o Menéndez, autores de diarios y de mapas, navegantes y caminantes incansables por las rutas más dispares. Hay familias de expedicionarios: los Téllez, vinculados a Nahuelhuapi; los Barrientos, aficionados a entrar a la cordillera por Bodudahue, que después siguen a Menéndez a Nahuelhuapi.

Las iniciativas de estos viajes pueden ser privadas o públicas, cuando el Estado a través de sus autoridades (reyes, virreyes, capitanes, generales y gobernadores de provincia) impulsa estos viajes, a los que se mezclan los intereses evangélicos de convertir y salvar almas.

En estas empresas se mezclan toda clase de personas: los jefes, los soldados y milicianos, los remeros con sus patrones y pilotos, los prácticos, que en el mar y las islas son siempre los chonos, que revisten una múltiple personalidad. Primero fueron dóciles discípulos de los misioneros, luego feroces enemigos y saqueadores de la isla grande, contra los cuales se movió la guerra; luego vino la paz y habitaron en Guar, Chaulec (en Quinchao) y en la costa de los Payos, al sur de la isla grande. Siempre nómades, siempre inquietos no se detenían nunca y por eso en las expediciones se les encuentra por los canales australes en busca de mariscos y de lobos, porque sus piraguas están en todos los caminos.

La historia de las empresas de estos "grandes hombres del mar" se encuentra en la historia oficial de decretos, diarios, mapas y noticias diversas, y en la que se hallan los papeles referentes a las encomiendas.

202 Alonso de Ovalle, *Histórica Relación*, 1969, p. 120 b.: "Son todos grandes hombres del mar", dice Ovalle hablando de los indios australes de Chile.

Para conseguir las se requería entrar en competencias de méritos. En estos méritos aparecen las participaciones de los chilotes en las más variadas empresas. Buscando con paciencia en estos informes se hallan datos que complementan otros conocidos por la historia, pero no en todos sus detalles. Es verdad que estos méritos dependen mucho de la tradición oral, de las conversaciones en el eterno invierno chilense junto al fogón, donde los relatos adquirirían contornos épicos, al tiempo que se despojaban, a veces, de accidentes de fechas y nombres.

No faltan los rasgos bastante comunes de trabajar a su costa y minción²⁰³, o sea a sus expensas, lo que en una isla de tan heroica pobreza es más notable. A esto hay que agregar que pedir una cosa a un chilote como servicio del rey, inclusive a los indios, éstos lo hacían sin querer recompensa. Y aunque esto dio lugar a abusos increíbles, no vició el principio, que se mantenía. A veces, como en el caso de Moraleda, se ve que su condición de comisionado del Virrey para hacer el mapa es la que conmueve a los indios, sobre todo caciques a servirlo generosamente²⁰⁴, y al criticar Moraleda no se da cuenta de que él recibe atenciones por este motivo, y esto en el fondo lo hace igual a los demás.

El temple de estos hombres aparece en rasgos, que dichos como de pasada, pasan inadvertidos. Diego Barrientos recuerda que al fin de la expedición del Bodudahue se alimentaron con lazos y zapatos. En la expedición del camino de Osorno en 1787, al mando de Pedro de Mansilla, preferían continuar la marcha para descubrir, en lugar de volverse por falta de alimentos. Este es el rostro del chilote anónimo de estas empresas. Y seguramente en su modestia no pensaron que este sería su rostro olvidado y se conservaría la idea de otro peyorativo.

Un recorrido incompleto de estos méritos para encomiendas nos da una parte de esas tripulaciones siempre dispuestas a alcanzar el horizonte empapados, en ayunas y gratis.

El capitán Luis Pérez de Vargas prestó muy aventajados servicios en la defensa de la provincia contra el enemigo inglés (para los chilotes, y aun para el P. Diego de Rosales, todos los enemigos eran ingleses), que había invadido el año 1600. Habiéndose apoderado de la ciudad de Castro, los corsarios dieron muerte al corregidor y a muchos vecinos de ella; pero Luis Pérez de Vargas se hizo fuerte en las ásperas montañas circunvecinas a Castro con quince hombres que pudieron escapar al siniestro estrago; y desde allí dio asalto al enemigo y les quitó el estandarte real que había caído en su poder. Por tiempo de cuatro meses continuó los asaltos, haciendo daño al enemigo de noche, para tenerlo en continua alarma, y arrebatándole los bastimentos que se procuraba para su mantención, en lo que padeció Pérez de Vargas innumerables penalidades por la aspereza de la montaña y por ser la tierra

203 Minción significa disminución, por eso se ve mejor el costo de tales empresas.

204 AHMCh XII, 417-495.

muy fría y de continuas lluvias, sin abrigo alguno donde guarecerse. Y teniendo su mujer e hijos cautivos en poder del enemigo, sucedió que Luis Pérez de Vargas ganó un paso estrecho, por donde había de pasar el bastimento de carne que los corsarios recibían de los indios, sus aliados. Los corsarios enviaron a Luis Pérez una embajada con su suegra que estaba cautiva, ofreciéndole la libertad de sus hijos y de su mujer, por que les dejase entrar el bastimento. Luis Pérez rechazó la propuesta con indignación, y como se le representase que podía correr peligro la vida de su mujer y de sus hijos, sacó la daga que llevaba en el cinto y la envió a los corsarios con el mensaje de que podían pasar a cuchillo a su familia antes de que él abandonase la defensa de la provincia. Y habiéndose mantenido en la forma referida durante cuatro meses, le llegó el socorro que había pedido a la ciudad de Valdivia, y conjuntamente con el coronel Francisco del Campo acometieron al enemigo y lo expulsaron de la ciudad de Castro, dejando restaurada la provincia²⁰⁵.

Cuando la entrada del enemigo holandés en 1643, Martín de Uribe fabricó a su costa un barco de quince varas, que sirvió para dar aviso a las autoridades españolas del peligro que amenazaba.

Así mismo en dos ocasiones que el Virrey mandó hacer reconocimientos en el Estrecho de Magallanes, Martín de Uribe proporcionó paraguas y bastimentos a la gente que salió en expedición²⁰⁶.

Francisco Gallardo, que ocupó los cargos más importantes de la provincia, hasta General, envió tres expediciones: la primera en 1670 con el P. Mascardi a Nahuelhuapi, la segunda el mismo año a la cordillera al mando de Diego de Vera y la tercera a buscar al enemigo inglés al sur por los canales, al mando de su hijo Bartolomé Díez Gallardo, que termina su viaje con estas palabras: "... y por último no dejaré de noticiar a V.E. que el dicho mi padre a su costa hizo las embarcaciones, dio el bastimento y lo demás necesario para el dicho viaje"²⁰⁷.

Pérez de Vargas, siendo corregidor de Chiloé, vio llegar a la isla al general Antonio de Veá, con orden del Virrey del Perú para hacer una expedición al Estrecho de Magallanes, donde se suponía había fundado poblaciones el enemigo inglés, y el corregidor sirvió y auxilió a Antonio de Veá en el naufragio que padeció en el navío, en que llegó a la provincia, y le asistió para que pudiese continuar su viaje en otro navío²⁰⁸.

El capitán Pedro Mansilla de Quintanilla acudió desde Castro al socorro de la expedición de Antonio de Veá, cuya nave se accidentó en el puerto del Chacao, y desde allí le acompañó hasta la isla de Kaylín²⁰⁹.

205 Abraham de Silva M., *Historia de Chiloé* II, 169 y 169 v. (en ANS, F. V., v. 139).

206 Silva, *Historia de Chiloé* II, 91 y ANS, C. G. 402.

207 AHMCh XI, p. 537.

208 Silva, *Historia de Chiloé* II, 169.

209 Silva, *Historia de Chiloé* II, 160.

Vea refiere el acopio que hizo de víveres y termina "esto es para los 24 infantes de mi cargo y la gente de mar referida, porque *la gente del país va abastimentada por sí*"²¹⁰.

Había ordenado el Virrey a Vea que pusiera una lámina, donde se expresaba que las tierras australes eran del Rey de España, y el capitán del navío que fue al Estrecho de Magallanes, al llegar a Evangelistas, hizo que el barco que llevaba fuera con 16 hombres a colocar la lámina y se perdieron los 16 hombres. El diario de Vea sólo menciona los de cuenta: Pedro de Villegas, sargento mayor; Juan B. de Chavarría, capitán; Antonio de Iriarte, alférez de mar y tierra; Antonio Ruíz, piloto; Francisco Escorza, contramaestre; once infantes (soldados y marineros) y un indio chono práctico, y añade, y aunque esta nación no es práctica en aquellos parajes (porque al chono lo llevaban por práctico), tengo el consuelo de ser gente de valor toda²¹¹.

En 1719, gobernando la isla el gobernador Nicolás Salvo, llegó el pirata inglés Jorge Schelvocke y fondeó en el puerto de Lacuy, y sabiéndose por declaración de un inglés prisionero que se esperaban otros navíos más, el gobernador Nicolás Salvo nombró a Miguel Gallardo, capitán de infantería, y le encargó saliese en una chalupa destroncada para llevar el aviso a Concepción, y Gallardo pasó en su chalupa a vista del enemigo y llegó a Concepción²¹².

El 29 de noviembre de 1721 remitió el Cabildo de Castro un memorial al rey, pidiendo que los indios calbucanos y abtaos se emplearan en fabricar una fragata de 16 a 18 varas de quilla, como había antes, y que sirviera para dar los avisos al gobernador del reino, llevar el situado, conducir tablas o tributos de indios, dar oportuno aviso de si había enemigos en las cercanías, para que no sucediera lo del año anterior, en que por no tener embarcaciones para dar aviso de la presencia de naos enemigas, apresaron éstas cuatro o seis navíos españoles en la costa. Y como el camino de Osorno podía ofrecer por tierra la misma utilidad y se hallaba embarazado por los indios bárbaros, se solicitaba su allanamiento. El Consejo de Indias accedió a la petición del Cabildo de Castro, porque la fragata que se solicitaba había existido en años pasados y por Real Cédula de San Lorenzo, 28 de agosto de 1721, ordenó el rey al capitán general que diera las providencias convenientes para fabricar la fragata y que la tuviera corriente, y si fuera posible allanara el camino de Osorno²¹³.

Luis Alvarez de Bahamonde sirvió más de treinta años a su costa y mención, con armas y caballos, acudiendo a todas las cosas que se ofrecieron del real servicio, siendo capitán. Fue por tres veces en busca de los indios chonos y en el tercer viaje en que iba por cabo de diez

210 AHMCh XI, 557.

211 AHMCh XI, 287 y 290.

212 Silva, *Historia de Chiloé* IV, 68 y ANS, C. G. 527.

213 Silva, *Historia de Chiloé* IV, 53 y ANS, C. G. 721.

hombres, anduvo todas las islas de los chonos, porque éstos pasaban a las de Chiloé a robarse ganado y llevarse indias cristianas, quitando la vida a los indios de Chiloé y quemándoles sus casas, lo que tenía a toda la provincia en cuidado en inquietud. Y esto duró hasta que los chonos dieron la paz. También sirvió coronando los centinelas: se refiere a los vigías que escrutaban el mar a ver si llegaban naves extranjeras ²¹⁴.

José de Uribe fue dieciséis años factor de Real Hacienda, fue alférez del puerto de Calbuco y al frente de seis soldados pasó a la ciudad de Castro a recaudar de los vecinos los bastimentos, que sirvieron para la expedición a Guayaneco, donde había naufragado un navío inglés. Y luego fue nombrado proveedor y juez comisario de la escuadrilla de siete embarcaciones que salió a la expedición, la que se llevó a efecto felizmente, gracias a la economía y buen gobierno de José de Uribe, quien nunca dejó de dar a la gente su ración ni a la ida ni a la vuelta ²¹⁵.

Otro chilense dice que estuvo cuando se dio orden de desmantelamiento del fuerte de San Fernando de Tenquahuén, retirando al oficial que estaba allí con su gente ²¹⁶.

En 1744 el teniente de caballería Alonso Pascual Marín bajó a la plaza de Valdivia en una piragua, conduciendo pliegos de importancia ²¹⁷.

Mateo Abraham Evrard, además de sus cargos militares, de haber hecho las fortificaciones de Maullín, de Castro y Calbuco, de haber hecho el mapa más famoso que se entregó a expedicionarios, y que sirvió de base al mapa del P. José García y que se menciona en la Historia Geográfica e Hidrográfica del Reino de Chile, realizó dos expediciones, una a Guayaneco a buscar los despojos de la *Wager*, en quince embarcaciones con ciento cincuenta soldados. Martínez de Tineo, el gobernador de Chiloé, que organizó la expedición, dice que eran once piraguas y ciento sesenta hombres, y que cuatro se dejaron en Guayaneco, por si había que volver. En 1750 (no se dice aquí la fecha en los méritos de Evrard), "gobernando la provincia el teniente coronel Antonio N. de Santa María, pasó Mateo Abraham Evrard a la altura de cuarenta y cinco grados y minutos, en tres piraguas tripuladas con soldados y caciques, a demarcar aquellos lugares, sondar sus puertos y construir el fuerte de San Fernando de Inche, que el rey había mandado fundar. Y aún recuerda servicios de Evrard en tiempo de Cano de Aponte en Chile y del Virrey, Marqués de Castelfuerte en el Perú ²¹⁸.

Los infaltables Mansilla en este tiempo se hallan explorando. Mateo Mansilla anduvo en Guayaneco en 1744 y por eso acompañó a Pe-

214 Silva, *Historia de Chiloé* IV, 69 y ANS. C. G. 527.

215 Silva, *Historia de Chiloé* IV, 181.

216 Silva, *Historia de Chiloé* IV, 189.

217 Silva, *Historia de Chiloé* IV, 201 y ANS. C. G. 555.

218 Silva, *Historia de Chiloé* IV, 227-228 y Real Audiencia v. 1500.

dro Mansilla y Cosme Ugarte en la expedición de 1767-1768, a la isla Madre de Dios o a Guayaneco²¹⁹. Francisco Mansilla, que había combatido a los chonos, en 1750, fue con una piragua con Evrard y ayudó a construir el fuerte de Tenquehuén²²⁰. Pedro Mansilla, en 1744, fue a las Guaitecas a apresar a los defraudadores del fierro del rey, en 1745; siendo soldado de caballería, bajo el mando del ayudante mayor Juan de Cárdenas, fue a reconocer el camino de los juncos por la costa de la marina, en ocasión de haberse ido el cacique Tomás Marverde a buscar y solicitar los indios rebeldes. Y en 1750 fue a Inche con Evrard a hacer el fuerte en la isla de Aychilu, San Fernando de Tenquehuén²²¹.

En 1767 Castelblanco envía a Juan Antonio Olavarría en piragua a Río Bueno, y de él no se halla más noticia, ni de la piragua que Castelblanco iba a enviar para buscarlo²²².

En el viaje del P. García a Guayaneco en 1766-1767, nos presenta una cacería de lobos marinos: "Entre cuatro y cinco de la tarde dimos vista a unos peñascos llenos de lobos marinos, luego los caucahues con inexplicable gusto enderezaron la proa para la lobería, y desarbolando la piragua con mucho silencio, y con suave rema, se fueron acercando, y a distancia cuasi de una cuadra, pararon y desnudos algunos caucahues, se previnieron de lazo, y un palo macizo como de ocho a nueve palmos de largo, que aseguraron al cuello, para que no les embarazase el poder nadar, y luego, poco a poco, se descolgaron al mar y nadando tiraron hacia los lobos, y aunque éstos los veían no se espantaban, teniéndolos por lobos y de su misma especie. Al llegar a la orilla se repartieron y saliendo cada uno por su parte, enarbolaron el palo, y acometieron a los lobos, lograron matar once, y algunos como terneros. Hecha esta función, se acercó la piragua y con lazos recogió la caza.

En Chanaquelia, puerto de la cordillera, le dijo un caucahue: que esta era la tierra en que se había criado, que daba gracias a Dios de ser cristiano; que ahora ya tenía hacha, comida y vestido, pero cuando gentil él y los suyos padecían muchos trabajos. Y le contó su vida²²³.

En el viaje de Pedro de Mansilla y Cosme Ugarte, al regreso con la expedición del P. Juan Vicuña, el 26 de marzo de 1768, llegó el cabo Mateo Mansilla con la noticia del naufragio y de la muerte del P. Juan Vicuña, del alférez Francisco Villegas, del soldado Bernardo Agüero, del piloto que el padre traía, llamado Domingo Cárcamo, cinco milicianos y un indio práctico, llamado Tomás, de la nación de los caucahues²²⁴. Este es el segundo catálogo de muertos, después del que narra el diario de Antonio de Veá, casi un siglo antes.

219 ANS. A. J. I. V. Eyzaguirre v. 43, pieza 47.

220 Silva, *Historia de Chiloé* IV, 214.

221 Silva, *Historia de Chiloé* IV, 215.

222 ANS. C. G. 710, fs. 66, etc.

223 José García, SJ., o. c. pp. 514 y 554.

224 ANS. A. J. I. V. Eyzaguirre v. 43, pieza 47.

Los Barrientos, de Quiquel, estancia sita en el canal de Dalcahue, fueron los guías del P. Menéndez en sus entradas a la cordillera. Eran Miguel, el padre, y José, Diego y Dionisio, los hijos. Eran amigos de Menéndez, desde la misión circular. Le prepararon el viaje a la cordillera por el Bodudahue desde 1775, y el padre fue con ellos en 1783 y 1786²²⁵.

En 1787 intentó dos expediciones a Osorno el gobernador Hurtado. Estas expediciones, de las cuales la segunda tiene un diario de Pedro Mansilla, fueron criticadas por José de Moraleda: "El gobernador removido intentó en marzo del año pasado de 87, reconocer la antigua ciudad de Osorno, pero en tiempo y modo inoportuno y, según parece, sin las noticias necesarias para darle al oficial que comisionó al efecto una instrucción próximamente directiva desde el fuerte de Maullín a dicho sitio, de donde resultó que llegando los taladores a la laguna de Purailla o Hueñauca y a los potreros que algunos de ellos tienen al norte de Calbuco, conociendo su errada dirección retrocedieron a Maullín a mediados de abril. El gobernador, lisonjeada altamente su idea con la figurada riqueza y extraordinaria fertilidad del territorio de Osorno, mandó saliesen por segunda vez los propios exploradores; y habiendo yo llegado al fin del citado abril, me ordenó formase un plano comprensivo de la costa y terreno entre Chiloé y Valdivia; hícelo situando la costa por mis observaciones y noticias y por las que Su Señoría me dio de las ruinas de Osorno, a siete leguas del mar del occidente, cuatro al sur del margen de Río Bueno y cuarenta y uno al norte de la ciudad de Castro, capital de esta provincia; salieron, pues, a principios de mayo (ya entrado un agrio invierno) y dirigiéndose a rumbos vecinos al norte, llegaron al terreno, donde se les dijo que se hallaba la ciudad, de donde, sin otro examen de haberlo creído ellos así por algunas porciones de caminos antiguos, que vieron cerdos y manzanos (de todo esto hay en una grande porción de terreno, transitado de escaso número de indios juncos, huilliches y llanistas que habitan en las cercanías de Osorno y Río Bueno), retrocedieron a Maullín al finalizar julio, llenos de trabajos y hambre, hechos unos cadáveres o esqueletos vivos, y a no ser por la actividad, conocimiento y arbitrios tomados por el capitán Antonio Mata, destinado en Maullín, perecen casi todos. No obstante lo dicho, el jefe se creyó poseer ya a Osorno; preconizólo así, y dio parte a la corte bajo este lisonjero concepto, en mi sentir, pues, juzgo a Osorno a catorce leguas de la costa"²²⁶. No se hallan críticas de las expediciones, por eso hemos colocado aquí los conceptos de Moraleda.

Este eterno Pedro Mansilla, que se halla en estas expediciones, y que debe ser padre, hijo, nieto y bisnieto, nos ha sido conservado en retrato hablado por el Dr. Juan Isidro Zapata: "En Maullín hay un hombre nombrado Pedro Mansilla, de entendimiento bien claro y razón

225 Fonck, o.c. (viajes a la Cordillera), p. 6 y siguientes.

226 AHMCh XII, 629, n. 14.

tan libre, sin embargo, de la edad, que basta haber oído en toda su vida la voz de alguna persona, para que sólo por ella en cualquier concurso, la distinguiese y llamase por su nombre; repetía sin discrepancia en sus conversaciones los hechos, viajes y acaecimientos de su vida, y si hubiera estado mejor cuidado y alimentado, no se duda que careciera de los achaques que le molestan, cuales son la falta de vista y de fuerza en la vejiga de la orina, por lo que no contiene ya ésta”²²⁷.

Entre los años 1791 y 1794 Fray Francisco Menéndez realiza sus cuatro viajes a Nahuelhuapi, donde hallamos al capitán Nicolás López, al sargento Pablo Téllez, a dos de los Barirentos y al intérprete Lázaro Vargas acompañados de un número creciente de milicianos²²⁸.

Finalmente, los chonos son los prácticos y guías de estas expediciones, cuyo trabajo es tan natural que parece que apenas basta con nombrarlos. Más al sur de la laguna de San Rafael sirven de guías los caucahues, que también gozan del anonimato, a pesar de que se ve que son indispensables, no obstante las críticas que hacen de ellos algunos navegantes (p.e. Moraleda); sin embargo, no pueden salir sin chonos y caucahues, que los llevan a los lugares deseados, sin mapas, sin brújulas, sólo llevados de su instinto y de la práctica de haber navegado desde niños. Por eso en las exploraciones australes se llevan el primer lugar y toda la geografía erudita de los canales y archipiélagos les debe sus primeros pasos seguros. Después de describir el archipiélago de las Guaitecas o Chonos, concluye Moraleda: “Supuesto, pues todo lo dicho, concluyo con parecerme que nada interesa al Estado el exacto plano o carta de las Guaitecas, para lo cual era necesario emplear el trabajo de dos o tres sujetos, con los auxiliares necesarios y el tiempo de cinco o seis años”²²⁹. Y esta fue la gloria de los habitantes de Chiloé y sus islas: haber navegado continuamente los mares australes en sus piraguas para servicio del Rey y del Reino, sin otra recompensa que el olvidado elogio de haber sido durante dos siglos “grandes hombres del mar”. Por eso cabe preguntar: ¿No era más barato un chono? ¿Y no tendría derecho a equivocarse, a veces, si el trabajo era tan largo y difícil?

... y en el año 1791, cuando Fray Francisco Menéndez realizó su primer viaje a Nahuelhuapi, ya se había establecido un sistema de navegación que se basaba en el uso de los chonos y caucahues, quienes eran los únicos que podían guiar a los expedicionarios por los canales y archipiélagos de la zona. Este sistema de navegación era tan eficaz que permitía a los expedicionarios llegar a los lugares deseados sin necesidad de mapas o brújulas. Sin embargo, este sistema tenía sus limitaciones, ya que los chonos y caucahues eran personas simples y no recibían ninguna formación especializada. Por lo tanto, su conocimiento de la zona era limitado y podían cometer errores al guiar a los expedicionarios. Esto se reflejó en el trabajo de los expedicionarios, quienes tuvieron que dedicar mucho tiempo y esfuerzo a aprender de los chonos y caucahues, lo que aumentó el costo de las expediciones.

227 ANS. F. V. 276, fs. 191, v. 192.

228 Fonck, o.c. (viajes a Nahuelhuapi), *passim*.

229 AHMCh XIII, 60.

MAPAS Y NOTICIAS

El resultado de tantos viajes en todos sentidos fue un mayor conocimiento de la isla y sus problemas. De un lado se multiplicó la cartografía y de otro lado se escribieron noticias que ahondaron en los problemas de Chiloé.

Las noticias pueden ser memoriales, cartas al rey o tratados, generalmente breves, sobre Chiloé. Sus autores son gente venida de fuera. La isla ni tenía escritores, ni tampoco los habitantes tenían estímulo para escribir y es raro que una persona sienta la necesidad de narrar lo que pasa todos los días a su alrededor.

Examinemos los principales de estos escritos, que tienen algunos caracteres diversos y otros comunes, ya se pida el remedio de un problema, ya se enfoquen todos.

En 1684 hallamos el memorial de Francisco Gallardo del Aguila, que se reduce a dar las razones para que indios y españoles abandonen la isla trasladándose a cualquier punto de Chile, y tratando de desvanecer todas las objeciones²³⁰ que se puedan hacer en contra.

Manuel Castelblanco hace, en 1767, una representación al Presidente del Reino sobre los incesantes pleitos que promovían los vecinos de la provincia, tanto españoles como indios. De estas gentes dice Castelblanco, que por lo general son noveleros, vengativos, inconstantes y por lo común falaces, de donde se origina que los chismes son interminables. Ocurren al gobernador para que juzgue. El gobernador ha de dar razón a uno y condenar a otro. Este último se convierte en enemigo encubierto, que por debajo está fomentando especies y creando y aumentando el número de quejosos, lo que no les es muy difícil. Frecuentes casos de perjurio muestran bien claramente que estas gentes juran como quieren arrastrados por una sed de venganza que mantiene sus pleitos en estado interminable. Y sigue con otros problemas. En Chiloé se intro-

dujo la costumbre de recibir con ceremonia las provisiones de la Real Audiencia. De ahí nació la idea de confundir la Real Audiencia con el rey, y así amenazan al gobernador con acudir a la Real Audiencia; otro problema es el de los indios calbucanos que fueron declarados exentos de pensiones, y por eso andan haciendo alarde de su holgazanería y dividiendo más a los calbucanos de los indios encomendados, creando dificultades por la diferencia entre unos y otros por el trabajo a que unos están obligados y los otros no²³¹.

El P. Segismundo Guell en su Noticia breve y moderna del archipiélago de Chiloé, de su terreno, costumbres de los indios, misiones, da un panorama bastante completo de la isla en todos sus aspectos. Su plan se parece a los esquemas que usan los que desean dar una información íntegra, lo que causa la semejanza de los escritos de esta especie creando cierta monotonía en la información. Por ser misionero Guell conoce la isla directamente y en todos sus aspectos, además de haber sido explorador de Nahuelhuapi, misionero circular y misionero de caucahues en la isla de Kaylin.

Carlos de Beranger, gobernador de Chiloé, escribió una relación geográfica de la isla de Chiloé, fechada en San Carlos el 15 de febrero de 1773. Nicolás Anrique dice que Beranger tiene dos escritos sobre Chiloé. Por el sumario de este breve escrito de 67 páginas, se puede formar una idea: Situación, poblaciones, Castro, San Carlos, Chacao, Calbuco, Carelmapu, centinelas de prevención para mayor seguridad de la provincia, puertos, ríos y lagunas, mareas, caminos, temperamento, cosechas y frutos, ganados de lana y cabríos, ganado de cerda, animales, pesquería, minas; de qué carece la provincia, qué géneros se extraen de ella y su comercio; genio de los habitantes y su explicación, estado espiritual de la provincia y sus curatos, número de feligreses de estos curatos, número del estado eclesiástico que sirve en la provincia, misiones. Este es el esquema de la obra de Beranger, que en las partes pertinentes se funda en los trabajos del piloto Francisco Machado²³².

Manuel Zorrilla escribió una relación sobre Chiloé manifestando la situación geográfica, producciones, población y estado actual de defensa de la provincia. Fue enviado a Chiloé como ingeniero extraordinario de los Reales Ejércitos y comisionado para la defensa por orden de 26 de octubre de 1778. Está fechado el 26 de febrero de 1781, y consta de 13 páginas folio. La mitad del trabajo está consagrado a su ramo que es la defensa²³³.

Lázaro Ribera, ingeniero y cartógrafo, escribió un discurso sobre Chiloé, publicado en 1897, consta de tres artículos, el primero trata de la situación, geografía, producciones, población y decadencia de la provincia de Chiloé; artículo segundo: del fomento que puede recibir la

231 Silva, *Historia de Chiloé* IV, 266-268.

232 *Anales de la Universidad de Chile*, tomo 84, 1893, 181-243.

233 MM. v. 199, 140-153.

provincia de Chiloé, y tercero: de la defensa de Chiloé. Por su preocupaciones altruistas, se le puede clasificar como un "ilustrado"²³⁴.

Francisco Hurtado, que llegó a Chiloé con el pomposo título de intendente, no cosechó más que desilusiones, aunque fueron peores las que deparó a sus súbditos. Ya antes de venir a Chile, en 1784, escribió a José de Gálvez sobre el modo de arrancar a los chilotos del estado deplorable: primero, sacar a todos los indios y españoles de las islas y concentrarlos en la isla grande, y estimularlos al honor, a la agricultura, a las artes, a la navegación y al comercio y, finalmente, civilizarlos y hacerlos racionales (por) que no lo son. De paso critica a Lázaro Ribera, porque celebra las baterías altas. Esto da derecho a Hurtado para decir que están ayunos de principios y que las baterías temibles son las rasantes. Sobre los eclesiásticos tiene un párrafo, que no necesita comentario: "Los eclesiásticos deben ser exportados y mandados a que conspiren a la ejecución y miras de la real voluntad"²³⁵.

Llegado a la isla el intendente, escribe a José de Gálvez, convertido en Marqués de Sonora, este sonoro discurso: "Señor: luego que me hice cargo del penoso mando de esta provincia, que mejor diré: de la dura esclavitud, desamparo y mortal tarea de ordenar, arreglar y componer tanto desorden, tan destruida y desordenada máquina más próxima a su ruina que lo que había comprendido en esa corte, de las relaciones que leí y conceptué exageradas. Pero en medio de tantos asuntos, pleitos sin acción, obras reales sin ingeniero, armería sin armero, oficina sin contador, ni tesorero, ni un oficial real práctico; falta de escribanos, ni aún escribientes, de subdelegados, ni sujetos a quien poder nombrar, ni aun alcaldes ordinarios, porque donde todo es calamidad, destrucción y pobreza, todo es ignorancia, estupidez o ineptitud para manejarse con desahogo, ni desempeñar el más leve encargo..."²³⁶.

Cuando el soberano en 1789 da las instrucciones a Pedro de Cañaveral para el gobierno de Chiloé, da un buen plan para corregir los defectos de la isla y su gobierno²³⁷.

Nadie conoció Chiloé paso a paso como José de Moraleda. Al fin de su primera exploración en San Carlos de Chiloé, el 20 de agosto de 1789, escribe su breve descripción de la provincia de Chiloé, su población, carácter de sus habitantes, producciones y comercio. El escrito fue impreso en 1887, con un siglo de atraso. Consta de 28 números, una nota y una advertencia. En el número 4 y siguientes habla de los habitantes: "El carácter es dócil..." comienza, pero sigue "la desidia, el perjurio" etc. El número 5 habla de la pereza, pero bien examinada es defecto de los hombres y no de las mujeres. El número 6 comienza:

234 ANS. F. A. 32, 12, 107. MM. v. 259, 188-294. Impreso en Nicolás Anrique, *Cinco relaciones geográficas*, Santiago, 1897, 1-67.

235 MM. v. 202, fs. 1-8.

236 MM. v. 200, 243-255.

237 MM. v. 207, fs.

“Entre los españoles no hay quien (exceptuando algunos carpinteros toscos) se avenga a ejercer los oficios mecánicos ni artes liberales, por un ridículo despreciable entusiasmo de vanidad, que en medio de la misma indigencia, en que siempre están, los constituye en otros tantos quijotes, cuya perturbada imaginación no se separa un punto de los empleos y dignidades a que su alucinación los lisonjea acreedores, memorando continuamente la caballería y olvidando que el hombre más vil de una república es el ocioso”.

N. 24. “Por último la situación natural de esta isla de Chiloé la hacer ser (sin disputa en mi concepto) la posesión marítima más ventajosa de todas las costas de Chile y Perú”²³⁸.

Juan Mackenna, por unos hornillos que debió fabricar al llegar a Chile, siguió viaje hasta Chiloé; al partir el 23 de noviembre de 1797, se expresa así: “El corto tiempo que estuve en Castro (lo) empleé en recorrer sus inmediaciones, enterándome del modo de vivir de estos isleños, sus costumbres, industria, etc., de todo lo que daré a V.E. desde Osorno una imparcial relación, meramente para demostrar que las miras del gobierno deben dirigirse a la mera conservación de este archipiélago, el cual por causa de su situación, puertos y maderas, es la posesión más importante de la América del Sur para cualquiera potencia ultramarina, particularmente la inglesa; pero considerada como provincia española, jamás será otra cosa que una penosa carga al Estado (respecto que no necesita en estos mares de ninguna de las ventajas referidas), no siendo el carácter nacional de sus habitantes, el clima y su ingrato terreno. susceptibles de las mejoras que muchos insinúan”²³⁹.

Y aquí ponemos punto a las relaciones sobre la isla de Chiloé y sus contornos.

Otro fruto de tantas exploraciones, ingenieros, gobernadores militares y cartógrafos, fue el buen número de mapas que dieron a Chiloé otro motivo para ser conocido y precisado en su figura geográfica e hidrográfica.

Los mapas se indicarán en la forma más breve teniendo en cuenta índices y obras cartográficas.

Antonio de Vea acompañó la narración de su viaje con cartas geográficas: 1) Entre la punta de Quedar y Río San Andrés; 2) Los chonos; 3) Desde la punta de Quedar hasta Doña Sebastiana, y 4) Extremo sur del continente²⁴⁰.

El mapa de Mateo Abraham Evrard, de 1744, es conocido por las referencias de Machado, José García y el libro *Historia Geográfica e Hidrográfica*, atribuido a Amat.

La misión circular de los jesuitas tiene un mapa de 1757-1758²⁴¹.

238 AHMCh XII, 595-621.

239 Juan Mackenna, Carta al Virrey del Perú, Marqués de Osorno, 23 de noviembre de 1797. ANS. F. V. 223, sin foliar.

240 Atlas III, láminas 11, 12, 13, 14.

241 AGI, Planos de Perú y Chile 215. Atlas I, n. 8 y II, n. 3.

El viaje del P. José García fue publicado con un mapa hecho por García, según el mapa del sargento mayor de 1744: éste es Abraham²⁴².

Felipe Gómez de Vidaurre añadió algunas ilustraciones a su obra histórica y ésta se conserva en la Real Academia de la Historia de Madrid, con una copia del mapa de Chile, inventado por Varillas en 1737²⁴³.

Carlos de Beranger formó varios mapas: Plano de la Bahía del Rey y Puerto de San Carlos (1768)²⁴⁴, Plano del Fuerte Real de San Carlos (1769)²⁴⁵, Plano de las costas del sur hasta el Río San Tadeo (1769)²⁴⁶, Plano de la bahía y puerto de la ciudad de Santiago de Castro (1770)²⁴⁷, Plano del canal de Chacao²⁴⁸.

El ingeniero Lázaro Ribera hizo los mapas: Parte septentrional de la isla de Chiloé, en donde se comprende el puerto de San Carlos²⁴⁹, puerto de la península, en donde invernaó el pingue *Aña*, de la escuadra de Anson²⁵⁰; Parte oriental de la isla de Chiloé, en donde se comprende el puerto de Castro²⁵¹; Plano del puerto de Chacao y canal de Remolinos²⁵²; Carta geográfica de la costa de Valdivia, Chiloé y archipiélago de las Guaitecas²⁵³.

El gobernador-intendente de Chiloé, Francisco Hurtado, es citado por dos mapas: Carta hidrográfica reducida que contiene la costa del Mar del Sur, comprendida entre Río Bueno y San Carlos de Chiloé, con inclusión del terreno, donde estuvo situada la ciudad de Osorno, según los padres Torquemada y Ovalle, y las derrotas ejecutadas por los historiadores de su antiguo camino para abrir la comunicación de Chiloé con Valdivia en el año 1787. Francisco Hurtado²⁵⁴.

Plano de una parte de la isla grande de Chiloé para manifestar el camino nuevo y su atajo o desecho, por el que se hace más corto viaje, que presenta la desigualdad del terreno intermedio entre este puerto de San Carlos y Santiago de Castro, capital de la provincia. Francisco Hurtado, 1788²⁵⁵.

El que hizo más planos fue el piloto José de Moraleda por su cargo de comisionado del reconocimiento de Chiloé y sus contornos: Plano de la laguna de Todos los Santos en la cordillera real de los Andes²⁵⁶,

242 Cfr. supra, nota 52.

243 W. Hanisch, *Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile*, Santiago, 1972, 229.

244 M.Ch. 156, 122.

245 M.Ch. 156, 123; 158, 133. Atlas III, 122.

246 M.Ch. 157, 126.

247 M.Ch. 158, 134, Atlas III, lám. 17.

248 Atlas III, lám. 17.

249 M.Ch. 61, 141 b.

250 M.Ch. 61, 141 c.

251 M.Ch. 61, 141 d.

252 M.Ch. 61, 141 e.

253 M.Ch. 61, 141 f.

254 M.Ch. 65, 174.

255 M.Ch. 62, 148, y Atlas I, n. 3.

256 M.Ch. 63 155.

plano del puerto de Huyti²⁵⁷, plano del estero de Talad, en la costa del este de la isla de Chiloé²⁵⁸; plano del puerto de Kaylin²⁵⁹; plano del estero de Compu²⁶⁰; plano de la ensenada de Tictoc, en la costa occidental patagónica²⁶¹; plano del estero de Comau o Leteu²⁶²; plano del estero de Reloncaví²⁶³; plano del estero de Piti-Palena²⁶⁴; plano del estero de Castro y canales que conducen a él²⁶⁵; plano del puerto de Calbuco²⁶⁶. Carta esférica que contiene la costa occidental patagónica comprendida entre los 41 y los 45 grados de latitud meridional con inclusión del pequeño archipiélago de Chiloé y parte del grande de los chonos, reconocida y levantada de Real Orden y Comisión del Excelentísimo señor Baylío, Frey don Francisco Gil y Lemos, por el alférez de fragata, primer piloto de la Real Armada, don José de Moraleda, en los años 1792 a 1796²⁶⁷. Hay dos mapas suyos reproducidos en el Atlas de Claudio Gay.

La *Descubierta* y la *Atrevida* tomaron en su viaje, a su paso por Chiloé, dos planos, el de Chiloé²⁶⁸ y el del puerto de San Carlos²⁶⁹, en 1790.

El P. Fray Pedro González Agüeros, OFM., en su *Descripción Histórica del archipiélago de Chiloé*, 1791, puso un plano del archipiélago, que compuso según el mapa que en 1752 envió el Conde de Superunda, Virrey del Perú en el que se comprendían no sólo Chiloé, sino los de las Guaitecas y Guayaneco, como explica en las pp. 248-249 de su obra.

El Gobernador de Valdivia, Mariano Pusterla, y el ingeniero Manuel Feliú, suscriben en 1791 un plano que comprende los puertos de Valdivia y Chiloé con la costa intermedia según la carta de la Mar del Sur últimamente corregida: en él se manifiesta el nuevo camino de comunicación entre ellos abierto en el año 1789, de orden de Su Majestad, por dirección del ingeniero en jefe de los reales ejércitos D. Mariano Pusterla, Gobernador de la Plaza de Valdivia, y arreglado por los rumbos que ha observado, y número de leguas que ha computado el ingeniero extraordinario D. Manuel Olaguer Feliú en el reconocimiento que él acaba de hacer, transfiriéndose de aquellas islas a dicha plaza. Suscrito por Mariano Pusterla, en Valdivia, a 10 de enero de 1791²⁷⁰.

257 M.Ch. 63, 156.

258 M.Ch. 63, 157.

259 M.Ch. 63, 158.

260 M.Ch. 63, 159.

261 M.Ch. 63, 160. Atlas III, lám. 19.

262 M.Ch. 63, 161. Atlas III, lám. 21.

263 M.Ch. 64, 162.

264 M.Ch. 64, 163. Atlas III, lám. 20.

265 M.Ch. 64, 166.

266 M.Ch. 64, 171.

267 M.Ch. 94, 442 (J. T. Medina cita este mapa como impreso en Santiago, 1845).

268 Atlas III, lám. 15.

269 Atlas III, lám. 16.

270 M.Ch. 66, 178. Atlas I, 9.

La fragata *Santa Bárbara* fue a Chiloé con instrucciones del Gobernador de Chile, don Ambrosio Higgins, para recorrer todo el sur en vía de inspección, pero se limitó el capitán Nicolás Lobato a enviar en expedición a Inche dos piraguas, al mando de Francisco de Clemente Miró y de Luis Lasqueti Gálvez; el trabajo cartográfico se limitó a unos cuantos mapas, un tanto repetidos, que son los siguientes: Plano de la Bahía de Inche y Puerto del pingue *Ana*, 1792 (Miró, Lasqueti y Lobato) ²⁷¹; Plano del Puerto Dique en la isla Barba, del archipiélago de las Guaitecas, 1792 (Miró, Lasqueti, Castellanos, Lobato) ²⁷²; Plano del Puerto de Ascensiomó en la isla Lauchilu de las Guaitecas, 1792 (Miró, Lasqueti, Castellanos, Lobato) ²⁷³; Plano de la Bahía de Inchemó y del Puerto del Refugio del pingue *Ana*, 1792 (Miró, Lasqueti, Castellanos, Lobato) ²⁷⁴; Carta esférica, que comprende de la isla de Chiloé hasta el Puerto de Inchemó, 1792 (Miró, Lasqueti, Castellanos, Lobato) ²⁷⁵; Plano de la Bahía de Inchemó y Puerto del Refugio del pingue *Ana*, corregido por don Nicolás Lobato, 1792 ²⁷⁶; Plano del Puerto de Inchemó y del Refugio del pingue *Ana*, corregido por Nicolás Lobato, 1792 ²⁷⁷; Carta esférica que contiene la isla de Chiloé hasta el Puerto de Inchemó, corregida por Nicolás Lobato ²⁷⁸; Carta esférica desde la parte del sur de la isla de Chiloé, hasta el istmo de Ofqui y Puerto del Refugio del pingue *Ana*, corregido por Nicolás Lobato, 1792 ²⁷⁹.

Los mapas repiten ciertos lugares hasta el cansancio, fuera de los de Moraleda, que tienen más variedad. Pese a este inconveniente, el estudio cartográfico de Chiloé progresó mucho hacia el fin del siglo XVIII por la exploración sistemática de Chiloé y sus alrededores.

Así ha llegado el momento de recoger las velas, de detener los remos y decir adiós a Chiloé, capitana de rutas australes, que nos permitió acompañarla en su incesante navegar durante dos siglos.

271 M.Ch. 71, 226.

272 M.Ch. 71, 227.

273 M.Ch. 169, 254.

274 M.Ch. 169, 255.

275 M.Ch. 169, 256.

276 M.Ch. 72, 228.

277 M.Ch. 73, 244.

278 M.Ch. 73, 245.

279 M.Ch. 73, 246.

POSFACIO O EL REVES DE LA IRONIA

La quinta dimensión de Chiloé es la fantasía. Límite ideal y horizonte lejano, que explica el porqué del folklore de las islas del archipiélago.

Parece como si las cosas se convirtieran, al pasar cierto límite, en fantasmas.

En Chiloé no hay ciudades o son ciudades vacías: "En todo el archipiélago no hay más que dos poblaciones, dice Guell, si población quiere llamarse un conjunto de casas, por mejor decir, de ranchos, que la mayor parte del año están deshabitadas", porque sus habitantes residen en sus campos y sólo van a la ciudad en contados días de fiesta. Pero una ciudad continuada es una fantasía, la ciudad encantada, los Césares la ciudad inaccesible. Es la utopía: la ciudad sin lugar, siempre buscada, pero nunca hallada. En la primera época se la buscaba hacia el sur entre las islas y los canales, después se la buscaba por la costa de tierra firme, por el camino de los estuarios, cruzando las cordilleras hacia las pampas, pero siempre está más allá.

Las expediciones chiloenses van también tras los establecimientos fantasmas de los ingleses (sean los que fueren los enemigos europeos siempre se llaman ingleses). Van como David contra Goliath, sin armas, pero impávidos. A veces con instrucciones, dignas de una flota de muchos almirantes. Pero los establecimientos ni se ven, ni se encuentran, ni se combaten. Sin embargo, penan. Un barco pasó un invierno en una isla de los chonos, otro naufragó en Guayaneco. Desaparecieron del mundo para vivir imaginados. El tratado con Inglaterra sobre pesca en los Mares del Sur tiene artículos difíciles de explicar y sobre ellos Ambrosio Higgins se expresa así: "La comisión de V.M. se dirige a cruzar las alturas (como quien dijera los sures) y reconocer las costas e islas desamparadas de esta América no ocupadas ya por España, al sur de nuestros últimos establecimientos, en que les es libre desembarcar y abarracarse 'temporalmente' a los ingleses, para estar a la vista si ellos

forman alguno con apariencias de permanente, en cuyo caso los recon- vendrá y persuadirá a que se retiren y hará relación circunstanciada del abuso". A los dos siglos se permiten a los ingleses unos establecimientos fantasmas, como si el destino de Chiloé fuera ir siempre a la caza de ingleses invisibles.

Las canoas monoxilas y las piraguas de tres y cinco tablas son los carruajes de canales australes. Son tan simples que la naturaleza les da los materiales (alerces, chilcón, quinileja, nepu), y los instrumentos son el hacha de piedra (cachalcura) y en lugar de barreno usan el fuego. A excepción de galeotas y fragatas, de que, a veces, se habla, desde el descubrimiento hasta 1800 la piragua fue el vehículo de todas las expediciones: misioneros y sabios, autoridades y chonos: todos van en piraguas. Sin embargo, a fines del siglo XVIII se presiente el ocaso de la piragua. Higgins ordena al comandante de la *Santa Bárbara* habilitar una o dos lanchas grandes, que llaman piraguas, tripuladas de los chilotes naturales y diestros en su manejo, que suplan la falta de balandras para engolfarse y costear ríos y barras sin peligro de los bajos. En otra parte repite que la experiencia del viaje de Miró comprueba que hay que destinar balandras de la armada real para el perfecto reconocimiento de todas las islas y de la costa. Y, finalmente, responsabiliza del fracaso de la expedición a "la inutilidad de estas embarcaciones". Sin embargo, Moraleda todavía utilizó las mismas piraguas de Miró, como si el destino hubiera dispuesto que la piragua fuera el vehículo propio de la expedición más científica del siglo. ¿Fue este el momento en que la dalca chilota, la piragua que volaba sobre la espuma del mar, se convirtió en el *Caleuche*, el barco fantasma, al perderse en la historia y recalar en la fantasía?

Y ¿qué pensar de una isla donde regían los precios de provincia, "los precios imaginarios", como decía el rey? ¿Precios que multiplicaban hasta por cuatro el valor de las cosas? ¿Y que el rey quería que se convirtiesen en precios reales y verdaderos?

Hay una persistencia de la paradoja y del ensueño. Parece como que todo se hiciera para soñar. Es posible que los pobres chilotes, a los tres siglos de surcar los canales y las islas, de aventurarse en la tempestad, de recorrer en servicio del rey con peligro de la vida los caminos del viento y de las olas, con las piraguas convertidas en pájaros en vuelo deslizándose sobre la espuma del mar, es posible que creyeran haber hecho historia.

Incorporados a la orden de la marinería, sin vistosas ceremonias, acometían empresas, al parecer inútiles, para evangelizar, para descubrir al enemigo (cuando el enemigo no los descubría a ellos), para encontrar náufragos de naves desconocidas; eran exploradores de la tierra y el mar, mantenedores de una frontera húmeda de nieves y ventisqueros, de lluvias y granizos, de canales y de mares, de pantanos y

de islas, y también de bosques infinitos, de pampas solitarias, de ríos y de lagos, cascadas y remansos.

Todo ese afán de navegar sin término hacia fronteras de fantasmas imaginarios libró al país, para ellos siempre lejano, de los fantasmas vivos.

Defendieron al país con los muros inquietos de sus aguas, con las balas certeras de sus huracanes, con la eterna cuaresma de sus costas y el agresivo perfil de sus acantilados. Sitios en que ni enemigos ni defensores podían vivir sin el auxilio de fuera.

Fortaleza de soledad infinita, donde chilotes y chonos, caucahues y guaihuenes, calenes y taijatafes sabían la misteriosa ciencia de vivir, donde la naturaleza no cooperaba con nada.

Por eso la isla de Chiloé podía escribir como capitana de rutas australes el orgulloso lema medieval: *Navigare necesse est, vivere non est necesse*. Navegar y navegar es mejor que vivir.

APENDICE

OCHO DOCUMENTOS

I. Carta del P. José Imhoff, S.J., al Obispo de Concepción, Juan de Necolalde, sobre las misiones de Chiloé, Concepción, 14 de diciembre de 1817.

II. Plan presentado por el P. Juan Nepomuceno Walter a la Junta de Poblaciones sobre misiones australes, 9 de enero de 1764.

III. Carta del Presidente de Chile, Antonio Guill y Gonzaga, al Rey, sobre dos misiones y una villa en Chiloé, 1º de septiembre de 1764.

IV. Informe de Contaduría General, a pedido del Consejo de Indias, sobre dos misiones y una villa en Chiloé, 28 de febrero de 1767.

V. Carta del Gobernador de Chiloé, Juan Antonio Garretón, al Presidente Guill y Gonzaga sobre un viaje al interior de Reloncaví. Chacao, 21 de octubre de 1765.

VI. Carta del P. Segismundo Guell al Gobernador de Chiloé, Manuel de Castelblanco, sobre su viaje a Nahuelhuapi, Ralún, 18 de enero de 1767.

VII. Carta del Gobernador de Chiloé, Manuel Castelblanco, al Presidente Antonio Guill y Gonzaga, con que le envía la carta anterior, Chacao, 23 de enero de 1767.

VIII. Noticia breve y moderna del archipiélago de Chiloé, de su terreno, costumbres de los indios, misiones, escrita por un misionero de aquellas islas en el año 1769 y 70.

DOCUMENTO I

CARTA DEL P. JOSÉ IMHOFF AL OBISPO DE CONCEPCIÓN, JUAN NECOLALDE,
ESCRITA EN CONCEPCIÓN EL 14 DE DICIEMBRE DE 1717

Archivo General de Indias, Sevilla
Audiencia de Chile 153

Ilustrísimo señor:

1. Por obedecer a V.S. Ilma. hago esta relación, aunque brevemente, de las misiones de Chiloé, que son las más gloriosas y apostólicas en todo este Reino de Chile. Está Chiloé entre los 42 y 43 grados de altura, un archipiélago de más de treinta islas y golfos de mar, el temple húmedo y frío. En el Colegio de Castro, que es colegio de misiones, hay ordinariamente cuatro padres sacerdotes; los dos misioneros todo el verano se ocupan en correr las reducciones e iglesias con trabajos excesivos por mar y tierra, sin reparar en los peligros de aquellos golfos bravos y corrientes tan rápidas de ese archipiélago. El trabajo se les suaviza a los misioneros por ver el fruto tan abundante que se hace en las almas de aquellos indios, pues son muy dóciles e inclinados a las cosas de Dios; no hay entre ellos ninguno que no sea bautizado, ninguno que tenga dos mujeres, ninguno que no sepa la doctrina cristiana y las oraciones acostumbradas y se aficionan admirablemente al culto divino; y cuando pueden, sin que sean compelidos, oyen el sacrificio de la misa con grande devoción; todos los años se confiesan y los capaces comulgan, y muchos de ellos repetidas veces entre el año. El Viernes Santo van a la ciudad de Castro y todos los que hallan forma, después de confesados, se azotan públicamente en la procesión. Tres años ha que visitó esa provincia el Maestre de Campo General, don Pedro de Molina, y se halló haber indios naturales, hombres y mujeres, 6.120. Y esos están repartidos en 69 reducciones; y cada reducción tiene su iglesia con su fiscal, quien les reza todos los domingos y fiestas en su iglesia en ausencia de los misioneros, enseña a los chiquillos, llama a confesión cuando hay enfermo, y bautiza a los recién nacidos cuando hay peligro de muerte, etc. Todas estas reducciones corren los dos misioneros por el tiempo de seis meses en piragua por mar. Y luego que llegan con su piragua al puerto, viene toda la gente a la playa con gran júbilo a recibir a sus misioneros y les acompaña a la iglesia rezando, así chiquillos como grandes. En cada iglesia de estas quedan los misioneros dos, tres o cuatro días conforme la gente que hay; y estos días de misión son de Pascua para los indios, no se ocupan en trabajo alguno y quedan sólo atendiendo al bien de su alma; ahí se enseñan los misterios de la fe, los párvulos se bautizan, los adultos se confiesan y reciben el sacramento del altar; y hay iglesias en que suele haber más de 150 y a veces hasta 200 confesiones; reconcílianse los discordes; adminístranse los sacramentos a los enfermos y se señalan fiscales, cuyo

único oficio es en ausencia de los misioneros enseñar el rezo a los chiquillos, llamar a confesión cuando hay enfermos y bautizar a los chiquillos en peligro de muerte y enterrar a los difuntos. Otro mes emplean los dichos dos misioneros en correr las misiones por tierra alrededor y contorno de Castro en la misma forma arriba dicha y lo [de] más del tiempo, que es el rigor del invierno, paran en el colegio; y aun ni entonces se puede decir que paren, pues no queda casi día que no sean llamados a confesiones de enfermos en islas distantes de 15 y 16 leguas, sin reparar en peligros del mar, fríos, vientos furiosos y aguaceros, que son casi continuos allá. Fuera de estos dos misioneros y el P. Rector del colegio, hay otro padre señalado para la enseñanza de los niños de españoles, quien como también el rector a menudo acude y sale a campaña para administrar los sacramentos a los enfermos; de suerte que no queda padre sacerdote que no se ocupe en estos santos empleos.

2. En esas mismas islas de Chiloé hay otra misión recién puesta para los chonos, los cuales van cultivando en la fe cristiana otros dos misioneros. Son los chonos de diferente nación que los de Chiloé y distan sus islas más de 30 leguas de las últimas de Chiloé, corriendo del norte al sur por golfos y mares bravos. Han tenido los dichos indios chonos continua guerra con los de Chiloé hasta pocos años ha, en que dejaron sus tierras y vinieron a dar la paz; y habiendo quedado en las islas de Chiloé les dio don Juan Uribe, cura y capellán que fue del fuerte de Calbuco, una isla llamada Guar, distante cuatro leguas del dicho fuerte de Calbuco, y se les señaló un misionero, aunque sin congrua, hasta que se determinase últimamente en qué forma había de estar dicha misión. Y habiendo conocido después los chonos que dicha isla no les era a propósito por estar tan cerca a la de Calbuco, expuesta a todos los latrocinios de tableros y mariscadores y tan áspera y espesa de montañas, trabajosa de cultivarla para unos indios recién reducidos y no hechos al trabajo, le dejaron, fuera de una o dos familias, y se pusieron en otras islas vacas de Chiloé; de manera que por haber andado hasta ahora tan vagabundos no se ha podido hacer el fruto deseado en sus almas. Dos años ha que se fundó esta misión por la Junta de Misiones en Santiago, y se le señalaron dos misioneros (con una congrua corta hasta en tanto que venga confirmado de Su Majestad) que actualmente están cultivando esa nueva planta en la religión cristiana. Y como todos los principios son difíciles han podido hacer poco progreso hasta ahora y el embarazo principal es no tener ellos lugar fijo; no obstante ya van abrazando la fe, porque como son de su natural dóciles, les mueve mucho el buen ejemplo que ven en los demás indios de Chiloé. Pues ahora de ésta ya habrá más de 100 bautizados y muchos casados por la iglesia y esperanza de otros muchos más, que suelen venir de su tierra. No estilan tener más que una mujer, y borracheras hay pocas entre ellos. El sustento principal de ellos ha sido hasta ahora los

lobos de mar, mariscos y pájaros, que así de día como de noche iban cazando; pero ya les van sabiendo mejor las papas, harina y legumbres de Chiloé, por cuya razón ya se van haciendo al trabajo, haciendo sus sementerillas con esperanzas de gozarlas, etc. Los trabajos que padecen esos misioneros son los mismos que padecen los de Chiloé, por estar en la misma graduación y en el mismo temple, aguaceros y mares, las necesidades en vestirse, sal, ají y vino, a falta de navío las mismas.

3. En la misión de Nahuelhuapi hasta ahora más ha sido el trabajo que el fruto, pues está en la otra banda de la cordillera, en la nación de puelches y poyas, gente bárbara e indómita, en 42 grados de altura, la más retirada y trabajosa de todas. Dista del fuerte de Calbuco, si es por el camino antiguo 50 leguas por mar, lagunas y cordilleras; si es por el camino nuevo de Buriloche, 70 leguas por mar y cordilleras ásperas. El camino antiguo no se puede caminar con cabalgadura por razón de las lagunas intermedias y así se anda a pie 16 leguas, llevando las cargas a cuestras por ríos, montañas y cordilleras; el nuevo se va trajinando con cabalgadura desde la casa de la misión hasta la playa de Chiloé, aunque con trabajo por los malos pasos y pantanos, que en esas cordilleras hay; y porque sólo dos años ha que se ha descubierto ese camino no se ha podido conseguir hasta ahora su composición total, aunque fuera de gran alivio para la misión para poder tener más fácil recurso a Chiloé, pues de Valdivia está distante esa misión más de 130 leguas y de Penco cerca de 200 por cordilleras y gente bárbara de puelches intermedia, que se pasa con grandísimo riesgo de perder las cargas, cabalgaduras, y aún la vida de los pasajeros no está segura, porque ellos como dueños de la tierra y sin sujeción ni miedo alguno, por el interés hacen lo que se les antoja. Unos 15 ó 16 años ha que se fundó esa misión, a que asisten dos padres sacerdotes y está junto a la cordillera y una laguna grande. No se pueden explicar los trabajos que ahí han padecido los primeros misioneros; por falta de otro mantenimiento comieron carne de caballos, padecieron hambre y frío, pues el temple es muy riguroso, y casi todo el invierno está el suelo cubierto de nieve, los viajes dilatadísimos. Por estos trabajos, han consumido allí en estos 15 años dos padres misioneros en la flor de la edad, y entrambos rindieron la vida por salvar aquellas almas. Dos años ha que se nos quemó la casa con toda la hacienda y alhajas que había y sólo un bulto de la Virgen con un ornamento para decir misa se pudo escapar, de la cual pérdida hasta ahora no se ha podido recuperar la misión. Y todo estos trabajos, señor, sufriéramos con mucha voluntad, si correspondiera el fruto, que es tan corto, que casi sólo los párvulos se logran, y hasta ahora casi en solas esperanzas hemos estribado en esa misión, pues son estos indios muy incultos y bárbaros, vestidos de pellejos de guanaco o mantas, y todo igual, así de hombres como de mujeres, armados de arcos y flechas, su sustento es caballos, avestruces, guanacos y quíquinchos, que cazan; en lugar de casas tienen toldos de cueros, que ponen y mudan en parajes,

adonde hay mayor esperanza de caza y pasto para sus caballos. El vicio de la multiplicidad de mujeres reina poco entre ellos, ni borracheras por ser pobres. Y por esta misma razón parecen algo dispuestos para abrazar la fe. Habrá cerca de 200 bautizados, pero pocos que viven cristianamente; y aunque con la boca digan que creen los misterios de la fe, su corazón está lejos de ellos, pues sus acciones no lo muestran; y podrá quejarse Dios, según el texto sagrado: *Hi quidem labiis me honorant, cor autem eorum longe est a me*. El embarazo principal es el no estar ellos fijos en un lugar y no tener sujeción ni subordinación alguna. No obstante no perdemos aun las esperanzas de convertir no tan sólo esos de Nahuelhuapi, sino también otras muchas naciones hasta el Estrecho de Magallanes, que estará distante de esa misión unas 180 leguas, poco más o menos, por pampas abiertas. Y puede servir esa misión de puesto y escala para la conversión de todas aquellas naciones. Y rogamos a Su Divina Majestad cumpla nuestros deseos y guarde a V.E. muchos y felices años para el fomento y amparo de esas misiones, que deseamos y es menester.

Concepción y diciembre, 14 de 1717.

Besa la mano de Vuestra Señoría, su más humilde y rendido servidor y capellán,

José Imhoff

DOCUMENTO II

PLAN PRESENTADO POR EL P. JUAN NEPOMUCENO WALTER
A LA JUNTA DE POBLACIONES EL 9 DE ENERO DE 1764

MM. v. 191, fs. 239-251

Señores de la Real Junta de Poblaciones:

El padre Procurador de Provincia de la Compañía de Jesús, en nombre del P. Provincial, ausente en la visita de la Frontera, en los autos sobre la fundación del pueblo de Chonchi, en la provincia de Chiloé y lo demás deducido digo: Que se sirvió Vuestra Señoría de mandar que el P. Provincial de mi Sagrada Religión informase sobre la asignación de los religiosos misioneros, que se piden para el pueblo de Chonchi como también sobre el territorio que ha de comprehender esta misión y número de almas, que se comprehenden en él, y sobre lo demás que le pareciere conveniente. En cumplimiento de lo mandado haré exacta relación de la misión de caucahues, por estar a cargo de su misionero el pueblo de Chonchi; por la cual se conocerá la suma necesidad de que no solamente en Chonchi se aumente el número de misioneros, sino que otros se necesitan a fin de lograr las almas de diferentes y numerosas naciones que viven hacia el Estrecho de Magallanes, por cuyo medio se ofrecería una bien fundada esperanza de poder adquirir alguna luz o noticia de las que dicen habitan en la Tierra del Fuego o Cabo

de Hornos, asunto sumamente digno de toda atención por versar en el bien de innumerables almas, cuyo adelantamiento encarga tanto el ardiente celo de nuestros Católicos Monarcas: Y siendo conforme a la proporción de Vuestra Señoría y de nuestra parte lo único, a que anhelan los evangélicos operarios, que mi religión tiene en dicha provincia, espero causará los efectos que la gravedad de la materia requiere.

Con ocasión de haberse perdido en altura de 47 grados un navío inglés de la escuadra, que comandaba Jorge Anson, noticioso este Gobierno de Chile de dicha pérdida, hizo despacho a registrar aquellos mares y con este motivo se descubrió casualmente la nación de indios caucahues, los que reconocidos son mansos y apacibles y que con facilidad se podrían atraer al gremio de la cristiandad, fueron reducidos a ella por el P. Pedro Flores, quien en compañía de los soldados que fueron a dicha expedición, los trajo y condujo a esa provincia de Chiloé e informado al gobernador de ella ser gente que prometía esperanzas de sujeción y obediencia a nuestra Santa Madre Iglesia, fueron admitidos por vasallos de Su Majestad, y como a tales se les señaló para que poblasen la isla de Kaylin, una de las últimas de este archipiélago.

Puestos en dicha isla fueron encargados al cuidado y celo del P. Francisco Javier Esquivel, quien trabajó no poco en poblarlos, catequizarlos e instruirlos para hacerlos capaces de recibir la luz de la fe, como lo consiguió en espacio de trece años, que cuidó de ellos, manteniéndose hasta lo presente en la misma fe y verdades católicas que al principios recibieron. Tienen dichos caucahues en la referida isla de Kaylin, sus poblaciones y casas a la forma de los indios naturales de Chiloé. Mantienen así mismo su iglesia con bastante decencia, la cual ellos mismos fabricaron por su industria y personal trabajo. Veneran en dicha iglesia una preciosa imagen de Nuestra Señora del Carmen, a quien tienen singular devoción, y llamándola su Madre muy de corazón la invocan en sus tribulaciones y trabajos, y para hacerse más dignos de patrocinio la sacan en procesión en algunas de sus festividades por calles de arcos de laurel, que ellos construyen para mayor aseo, y habiendo rodeado los contornos de su pueblo, vuelven a la iglesia por el mismo orden que salieron.

Suelen acudir a estas funciones los indios naturales de un pueblo inmediato, perteneciente a Chiloé y llamado Huilad, los que tienen no poco que admirar y que imitar en el ejemplo de los caucahues, y aunque éstos no están efectivamente en su isla, pues mucha parte del año viven en las playas, donde más habiendo el marisco, que es su ordinario sustento, no obstante el tiempo que se hallan en su isla, acuden los domingos y sábados a rezar a la iglesia la doctrina cristiana en la que los impone uno de su misma nación, que es el más bien instruido, el cual con el nombre de fiscal tiene el cargo de enseñarles los rezos y doctrina, de bautizar a las criaturas, de ayudar a los moribundos y de enterrar los muertos.

No sólo el que hace oficio de fiscal sabe lo necesario para instruirlos en las verdades católicas, sino también varios de ellos entienden y hablan castellano, extendiéndose su habilidad hasta saber leer y escribir, de lo que los mayores entre ellos tienen particular consuelo, diciendo se alegran mucho de que sus hijos sepan lo que ellos ni sus antepasados merecieron. Acercándoseles el tiempo de su misión, que es una vez al año, se previenen para ella en la misma forma que los naturales de esta provincia se previenen para la suya. Para este fin buscan algunos bastimentos, como son trigo, cebada y papas; todo lo cual compran cuando vienen a las cercanías de Castro, con los mariscos que allí mismo buscan, con pescado seco, sacos de lobo, aceite de lo mismo, colmanes, canastos y ostras, obrillas que ellos hacen, y aviados con dichos víveres, se retiran a su iglesia en donde esperan a su misionero, que ha de ir por mares muy peligrosos, por no tener su residencia en la misma isla de Kaylin.

Púsose al principio dicha residencia del misionero en Queilen, lugar de los payos, últimos habitantes de la isla grande de Chiloé hacia el sur, porque se juzgó que aquí podría tener alguna subsistencia y ser socorrida y favorecida con no tan grande dificultad, como la hubiera si se pusiera en Kaylin. Mas habiéndose visto que ni aun en Queilen podía esperarse la deseada permanencia por la natural incomodidad del paraje y por ser muy poca la gente de las cercanías de Queilen se le pasara al misionero todo el año casi sin tener con quienes ejercer sus ministerios; allegándose al mismo tiempo los clamores y empeños con que pedían padre los naturales de Chonchi, dándoles sitios de los más cómodos para el aumento de la misión y rodeado de inmediatos y numerosos pueblos y de las islas de Lemuy, que después de la de Quinchao, se cuenta por la más poblada, para poder ejercitar con todos nuestros ministerios, determinaron los superiores que dicha misión se mudase a Chonchi, como se ejecutó en breve tiempo, porque todos los naturales llevados del deseo de tener al padre misionero en sus tierras para que les administrase los sacramentos, principalmente en la hora de la muerte, para que los instituyese mejor en las cosas de la alma (sic) y diese a sus hijos la debida enseñanza; erigieron pronto la vivienda bien capaz para el padre, trabajando todos espontáneamente y todavía prosiguieron con empeño en perficionar (sic) una pieza grande que sirva de escuela para sus hijos, en que ya están actualmente aprendiendo a leer y escribir muchos hijos de éste y de los vecinos pueblos; está avaluado (según avisa el padre misionero) lo que han fabricado en beneficio de la misión los caciques, tasado por los maestros de carpintería, en tres mil pesos de buena plata: todo lo cual se ha hecho graciosa y voluntariamente por los caciques y naturales de Chonchi y de sus comarcas pueblos.

Está Chonchi como a cinco o seis leguas de la ciudad de Castro, y más de cuarenta leguas del puerto. Situado como en el centro de muchísima gente, pues alrededor tiene cuatro pueblos numerosos, que son Huillinco, Notruco, Vilipulli y Cucau, los mismos que al presente pre-

tenden adjuntarse y fundar en Chonchi una villa o ciudad, de modo que pasarán de 4.000 almas, las que se cuentan en estos contornos, a poca distancia de Chonchi como (a) media legua de navegación cae la isla de Lemuy que es la segunda en número de gente, pues pasarán de 1.300 almas las que la habitan, fuera de las que los misioneros, si se fundan en Chonchi, pueden socorrer con los santos sacramentos en la isla de Quetif, a la gente de Reilan y Curahue, a los de Loncoche.

De esta suerte se halla en Chonchi el misionero de los caucahues en continuo ejercicio de los más gloriosos ministerios por ser muchos los necesitados que acuden a él por el remedio de sus almas. Aquí también tiene dos o tres veces al año a sus amados caucahues, cuando ellos andan en busca de los mariscos y les hace toda la limosna que permite la pobreza de la misión, sin dejar de repartirles el sustento de la palabra divina con saludables instrucciones, que se ven bien logradas; pues en estas ocasiones confiesan y comulgan, según la devoción de cada uno; y desde aquí ha de ir cada año a la isla de Kaylin a hacerles su misión, venciendo para esto las dificultades que se ofrecen en prevenir embarcación, bogadores y bastimentos para un mes y para satisfacer a los pedidos de los pobres. Todo lo cual respecto de la mucha pobreza de los caucahues y falta de medios de esta misión, que no tiene sínodo alguno, no carece de muchas dificultades, y sólo si la piedad de Su Majestad (que Dios guarde), como concurre para el aumento de otras misiones, concurriese también para el fomento de sínodo para dos misioneros podría ir la de los caucahues en mayor aumento, abriendo camino para la conversión de otras naciones que residen hacia el Estrecho de Magallanes, y de éstas se podría adquirir alguna luz o noticia de las que dicen habían en la Tierra del Fuego y Cabo de Hornos, para que caso de haber tales almas, se discurra modo de sacarlas de tan largas tinieblas, que experimentan en la gentilidad, pues son sin duda las más desamparadas que se hallan en esta América Meridional, no por repugnancia o resistencia de dichas almas a la luz del evangelio, sino por no haber habido quien se la propusiese a su vista. Así, sin esperar nuevas noticias por medio de los caucahues, sólo con poner en la consideración de Nuestro Católico Monarca o de sus celosos ministros las que el P. Niel de nuestra Compañía (sugiere) en una carta escrita de Lima en veinte de mayo de mil setecientos y cinco años fuera suficiente aun a corazones no tan piadosos para aprestar a lo menos un navío y enviarlo sin otro designio que registrar la Tierra del Fuego a averiguar la verdad de sus habitantes y volverse a dar parte de lo sucedido para tomar sobre el asunto las medidas más acertadas, pues algunas cláusulas de la citada carta del P. Niel claramente demuestran haber gente en dicha Tierra del Fuego; porque después de decir que pasó costeándola muy de cerca, añade: que es habitada de salvajes, aun más desconocidos que los de la tierra de Magallanes, luego pone por extenso las particularidades de sus naturales, sacadas de otras relaciones que dicen, cómo D. García Nodal, registrando

el nuevo estrecho de Maire, echó áncoras en una bahía, en que halló muchos de aquellos isleños, que eran blancos como europeos y que parecían dóciles, de buen natural y entendimiento, pues algunos de ellos aprendieron con facilidad el Padre Nuestro; y a este modo describe otras particularidades, que se hallan en el tomo III de las *Cartas edificantes y curiosas*, a fojas 257.

Todas las propiedades referidas de los isleños de la Tierra del Fuego merecen ser atendidas: el desamparo por ser los más conocidos mueve la cristiana piedad a favorecerlos, su natural dócil y buen entendimiento prometen al celo copioso fruto, y el color blanco con que demuestran descender o de los españoles, que allí al principio de este descubrimiento se habían fundado o de otros que perdidos y naufragos ganaron tierra, obligados en cierto modo a hacer algunos esfuerzos para hallarlos y restituirlos a la fe de sus mayores. Allégase a esto que el establecimiento de una misión en Tierra del Fuego no será fuera de provecho a sus isleños, sino también de mucha utilidad a la corona y de mucho alivio, consuelo y, algunas veces, de remedio a los navíos españoles que pasan frecuentemente por el Estrecho de Maire en cuyas cercanías habrá de fundarse, para que los navíos que forzosamente se acercan a la costa, al pasar el estrecho, pudieran sin dificultad llegar al puerto y socorrerse mutuamente de las cosas necesarias y para (que) en tiempo de guerra sirviera de mucho freno a los enemigos un fuerte allí mismo, debajo del que pudieran abrigarse nuestros navíos y disponerse para salir de refresco contra los enemigos y embarazarles el paso al mar del sur.

Si la Majestad Divina, en cuyas manos están los corazones de los reyes, moviese el de nuestro Católico Monarca a fomentar este arbitrio, se podría esperar en espacio de no muchos años se publicase el evangelio a todas estas gentes, cumpliéndose en nuestros tiempos propia y literalmente lo que está profetizado que hasta el fin o cabo de la tierra llegarán sus palabras, porque la misión propuesta de la Tierra del Fuego las publicará desde el Estrecho de Magallanes hasta el último cabo de Hornos, y la misión ya empezada de caucahues, siendo también fomentada con sínodo para dos misioneros (como se espera de la liberalidad piadosa del rey, nuestro señor), trabajará con empeño con la que se pretende fundar en el puerto de Chonchi, a que lleguen sus voces a las gentes, que habitan las costas desde Chiloé hasta el enunciado estrecho, de las cuales por medio y diligencia de los caucahues, vimos el año pasado de 1760, en trece personas de dos naciones, nombradas Tajataf la una y Calenche la otra, las que viven hacia el estrecho de Magallanes.

Fue el caso que mostrándose los caucahues más que nuevos cristianos, nuevos apóstoles, deseosos de comunicar a otros el beneficio de la fe, que ellos habían recibido, determinó su misionero sin duda gobernado por Dios, enviarlos a lo que ellos tanto deseaban y esperaban conseguir, que era reducir muchas almas y traerlas al rebaño de Cristo, sacándolas

de la ceguedad del gentilismo. El viaje era largo, el camino difícil y no conocido, las prevenciones pocas, mas con todo, prometían con tanta fe los cauchahues el feliz suceso y no volver sin la recluta de almas a que anhelaran, para aumentar el número de su cristiandad, que claramente se conoció ser esta empresa toda de Dios y que su Divina Majestad quería servirse de los más flacos y bisonños soldados para obra de tan grande gloria suya y bien de las almas. Aviólos el misionero con los bastimentos que pudo juntar, los que, por ser mucha la pobreza, fueron pocos para tanto viaje, entregándoles para que llevasen por patrón una imagen del apóstol de las Indias, San Francisco Javier, que fue como ellos lo confiesan su consuelo y refugio en los mayores sustos, sacándolos con felicidad de riesgos, al parecer inevitables. Y, últimamente, dispuestos todos con la confesión sacramental, los despachó llenos de una gran confianza en Dios, la que no se les frustró, pues pasado un año de viaje, en que experimentaron imponderables trabajos por mar y tierra desconocida, necesidades grandes por habérseles corrompido el bastimento, sustentándose tan solamente con el marisco, que buscaban, y sumas incomodidades por caminar sin defensa alguna a los rigores del tiempo, dieron la vuelta y arribaron felizmente a esa provincia, trayendo en su compañía las dichas trece personas, de las cuales ocho eran adultos y cinco párvulos, que fueron recibidos con universal aplauso.

Después de las primeras ceremonias del recibimiento, pasó el misionero a catequizarlos e instruirlos en los misterios de nuestra santa fe, en los que enterados lo suficiente se les administró el santo bautismo, el que solemnemente recibieron con grande consuelo y regocijo de los cauchahues, el día glorioso del precursor de Cristo, San Juan Bautista. Admitidos todos y recibidos en el gremio de nuestra Santa Madre la Iglesia, asistieron aquel día a la misa que se cantó, oficiándola algunos de los cauchahues, que se hallaban más bien enseñados y diestros en el canto, admirando no poco los nuevos cristianos las ceremonias y ritos sagrados de la Iglesia. Oyeron éstos la misa ya puestos en pie, ya sentados en el suelo, atento a serles muy difícil el hincarse de rodillas por ser esta acción en ellos nunca vista, ni usada, en la que con el ejemplo de los cauchahues y con el ejercicio de los primeros días han adquirido facilidad. Adornados de esta suerte en sus almas con la gracia del bautismo y vestidos también en sus cuerpos con alguna ropa, que de varias limosnas había reservado el misionero para este santo fin, y socorridos con bastimentos fueron llevados a la isla de Kaylin para que allí se acimentasen en compañía de sus amados cauchahues.

A este mismo tiempo tuvieron los cauchahues la misión acostumbrada de todos los años, la que se les hace por espacio de siete días en los que a la forma que a los indios naturales de esa provincia se les hace diariamente tres pláticas, asistiendo todos con mucha puntualidad al toque de la campanilla, así a rezar como a las demás funciones. Ofrecen el rosario a María Santísima tres veces al día, júntanse a la repetición de

la doctrina cristiana y oraciones siguiendo este mismo orden, grandes y pequeños, todo el tiempo de la misión, la que coronan el último día con la confesión sacramental y comunión general, habiendo precedido la noche antes una devota procesión en la que salen con insignias de penitentes, en cruces, coronas de espinas, y algunos con disciplinas de sangre. Siendo todas acciones laudables aun en los cristianos de muchos años, se deja bien entender que no son sólo dignas de alabanza, sino también admirables dichas demostraciones de piedad en estos cristianos nuevos, los que desde la primera vez que tuvieron su misión, siempre ha hallado el misionero obedientes, puntuales, gustosos y devotos.

Por lo que están capaces de confesar y comulgar con fruto, y aun en esto, en lo que faltan muchas veces cristianos viejos, pues muchos de estos cauchahues vienen a los pies del confesor a confesar, no culpas, sino escrúpulos caminando de rodillas, desde tres o cuatro pasos de distancia, con tanta reverencia y respeto, que se demuestra bien la interior fe que les mueve, dando estas mismas muestras en la sagrada comunión, después de la cual, dadas las suficientes gracias, preguntan a su misionero si podrán salir de la iglesia.

Siendo tan buenas pruebas como éstas las que dan dichos cauchahues de su obediencia, fidelidad y cristiandad, se hacen muy dignos de que se les mire en caridad, dándoles toda la asistencia posible, así en lo espiritual como en lo temporal, lo cual ayudará mucho para que se prosiga aumentándose el número de esa cristiandad y disminuyendo el de la gentilidad, que se extiende por estas costas hasta el estrecho de Magallanes, reduciendo a estas almas y trayéndolas (como ya felizmente se empezó) al rebaño de Jesucrito. Aunque no será posible que con sola esta misión de cauchahues y con la del pueblo de Chonchi se dé abasto, pues además de ser muy crecida la muchedumbre de indios, que hay hasta el estrecho, es también muy dilatado el terreno que ocupan, por lo que todos no podrán ser favorecidos por su medio, muchos sí lograrán por este camino la dicha de entrar en el del cielo.

Mas si a esto se allegara el restablecimiento de la antigua misión de Nahuelhuapi, no hay duda que fuera mayor el adelantamiento de la cristiandad, pues entonces en esta tan dilatada mies se cogiera a lo menos el fruto, porque esta misión de cauchahues enviaría sus operarios por mar siguiendo la costa, como lo hicieron los cauchahues en su expedición apostólica arriba referida y la de Nahuelhuapi enviaría por la opuesta parte los suyos por tierra, siguiendo las pisadas del Venerable Padre Nicolás Mascardi, quien por los años de mil seiscientos y setenta corrió estas incultas tierras hasta el estrecho, predicando, aunque de paso, el evangelio a innumerables gentes las que todas, a excepción de una parcialidad, se mostraron inclinadas a oír la predicación del Venerable Padre, sino que también muchos millares se rindieron a la verdad de la fe, recibiendo el santo bautismo, como consta de la vida de dicho Venerable Padre, escrita por el Padre Juan José Guillermo de nuestra

Compañía. Por lo que prudentemente se puede prometer copioso fruto, cuya esperanza continuamente aviva en nuestros pechos los deseos de entrar a recogerlo en tierra regada ya con los sudores y sangre del Venerable Padre Nicolás Mascardi. Bien vemos que nuestros deseos no pueden pasar a la ejecución, mientras el Rey Nuestro Señor no meta su brazo y abra sus liberales manos, como no dudamos lo hará bien informado de la buena disposición de tan grande muchedumbre de gente desamparada de todo otro auxilio y que está como implorando su real amparo, de que las saque de la mísera esclavitud de la culpa y ponga en la dichosa libertad de la gracia para llegar a conseguir su eterna felicidad.

No sólo clama pidiendo socorro la necesidad extrema espiritual de tanta multitud de indios, que pueblan las tierras hasta el estrecho, sino también la de nuestros españoles y otros europeos, que se hallan por esos espacios. Si hemos de creer a las relaciones que desde estos pocos años, en que se convirtieron los cauchahues, nos han dado, habiéndolas ellos recibido de sus mayores, como cosa cierta, fuera de las que ellos mismos dan como sucedidas en su tiempo, asegurando que hay gente blanca, la que a fuerza de armas irá destruyendo a una parcialidad de indios muy guerreros que querían hacer frente y oponerse a la dicha gente blanca. Lo que se hace creíble por lo que sucedió a uno hace cuatro años, a un navío de Europa que pasando a poca distancia del cabo Victoria, que está a la salida del estrecho de Magallanes al Mar del Sur, reconoció haber gente en la playa, que hacía señas de llamar. Deseoso el capitán de informarse de aquella gente, echó el bote al agua y en él algunos de los suyos, los que acercándose algo más y pareciéndoles muchos los de tierra, recelándose de alguna traición entraron en acuerdo y resolvieron volverse al navío, como lo ejecutaron, por no haber salido suficientemente armados para defenderse, caso de ser acometidos. Lo cual visto por el capitán que también se consideraba poco seguro, por hallarse tan cerca de tierra, a la que podía fácilmente ser arrojado de algún temporal que sobreviniese, determinó seguir su viaje; con lo que todos quedaron sin saber qué gente fuese la que llamaba, aunque muy verosíblemente se persuadirá cualquiera que conozca la naturaleza de los indios, haber sido europeos, pues éstos no acostumbran a hacer semejantes señas a los navíos, aun viéndolos pasar muy cerca. Y así solamente queda prudente duda sobre si serán españoles o extranjeros. De cualquiera suerte pide la razón se haga alguna diligencia o para favorecerlos si son españoles o para extraerlos de las tierras si son "extranjeros". Mas para tales empresas se necesitan fuerzas muy superiores a las nuestras y sólo propongo lo sucedido para confirmar las relaciones de los cauchahues que dicen haber mucha gente blanca esparcida por esas tierras de la cual se adquirirá noticia, cuando se llegue a reducir a los indios, por lo que deseamos empezar nuestras apostólicas tareas, por ser cosa cierta que los hay en crecido número y que están enteramente necesitados y

al mismo tiempo no es de las reglas de la debida prudencia la empresa de socorrerlos, mediando siempre la piedad de Su Majestad que Dios guarde.

Supuesta esta relación que se ha sacado a la letra del informe, que hace a esta provincia el P. Rector Melchor Strasser, del Colegio de Castro y superior de sus misiones, comprobadas por su gobernador, don Juan Antonio Garretón, por don Ignacio Vargas, corregidor de la misma ciudad y por Francisco Javier Gómez, escribano público y de cabildo, su fecha en ella a dos de octubre del año próximo antecedente, cuyo original protesto manifestar en caso necesario, hallo *in Domino* que no sólo es necesaria la creación de una misión en el pueblo de Chonchi para los fines que expresan sus caciques, sino que será importantísima otra en la isla de Kaylin, que habitan los caucahues, no sólo para sacar de ellos el fruto y aprovechamiento que nos promete su dócil y bien inclinada condición, sino que principalmente fomentados por sus particulares misioneros, puedan hacer y repetir sus correrías hasta el estrecho, descubrir nuevas gentes de españoles, extranjeros e indios y abrir camino para fundar nuevas misiones y reducir las innumerables almas que existen en estos incógnitos espacios al gremio de nuestra santa fe y debida obdiencia; pues a la verdad es lástima digna de llorarse con lágrimas de sangre ver que continúen en la gentilidad en que han vivido tantos años, y esto por falta de fomento tan a poca costa.

Lo que igualmente comprueba el informe que, a este superior gobierno, hizo el teniente coronel don Antonio Narciso de Santa María, gobernador que fue de aquella plaza, que presento en debida forma, por tanto:

A Vuestra Señoría pido y suplico que en vista del que llevo hecho, se sirva proveer conforme a la instancia, y al notorio celo con que atiende a todo lo que es servicio de Dios, del Rey y del bien de las almas: que es justicia, etc. Juan Nepomuceno Walter. Hay una rúbrica. Santiago y enero 9 de 1764. Por presentados los autos y mapas y vista al señor Fiscal. Ugarte, Dr. López. Hay tres rúbricas.

DOCUMENTO III

CARTA DEL PRESIDENTE ANTONIO GUILL Y GONZAGA AL REY

Santiago, 1º de septiembre de 1764.

Archivo General de Indias, Sevilla
Audiencia de Chile, 240

Señor: Por parte de la Sagrada Compañía de Jesús, se presentó su Provincial en este gobierno solicitando licencia para el establecimiento

de algunas misiones en la Provincia e Islas de Chiloé, y para que se les asignare a los misioneros que se resolviese destinar, el sínodo y auxilios correspondientes a el logro de tan importante fin; y habiendo sustanciado el expediente con el Fiscal de Vuestra Majestad y tomado varios informes de sujetos prácticos y timoratos, juzgué de la mayor importancia al servicio de Vuestra Majestad el establecer villas en los parajes de las misiones para ir las aumentando con los naturales que se redujesen, y adelantar por aquella parte las poblaciones que han de servir de muro a las entradas que intenta hacer el celo de esta religión, para que abracen la verdadera aquellas misiones que habitan hasta el estrecho de Magallanes, sujetándose al suave dominio de Vuestra Majestad, por cuya razón llevé el expediente a la Real Junta de Poblaciones, donde habiendo expresado los fundamentos que para ello me movían, se resolvió fundar una villa en el pueblo de Chonchi con el nombre de San Carlos (en la cual se hallan según relación como 4.000 almas, con edificios de bastante costo) y que se agregasen a ella los indios de Huillínco, Notruco, Vili-pulli y Cucau, de la isla grande de Chiloé, estableciendo una misión de dos religiosos de la Compañía de Jesús, y otra en la isla de Kaylin, que habitan los indios caucahues, ya reducidos, a cargo de otros dos religiosos de la misma Compañía, y con la mira a hacer algunas entradas en la tierra firme que va para el citado Estrecho; asigné a cada uno de los misioneros trescientos pesos anuales por razón de sínodo, con treinta pesos para cera y vino, y por una vez quinientos pesos a cada una de las dos misiones para iglesias, casas y ornamentos señalando a más cien pesos en cada uno de los años en que se hiciese entrada todo lo cual resolví con voto consultivo de este Real Acuerdo, y en virtud de la facultad que en Real Cédula de 12 de febrero de 1761 se dignó Vuestra Majestad concederme, habiendo suspendido determinar en punto a el aumento de sínodos, que solicita la expresada religión para las demás misiones que están a su cuidado, respecto a haber dado cuenta, a Vuestra Majestad sobre el asunto la junta de Real Hacienda en 9 de mayo de 1761, debiendo exponer en este punto a la soberana justificación de Vuestra Majestad considero que es corto estipendio el que gozan, y mucho el celo con que los misioneros de la Compañía se dedican al cumplimiento de su santo ministerio en este reino. De todo lo cual doy cuenta a Vuestra Majestad, en fuerza de mi obligación, para que en su vista, y del testimonio de los autos, que paso a sus Reales Manos con la más profunda veneración, se digne resolver lo que fuere de su Real Agrado.

Nuestro Señor guarde la Católica Real Persona de Vuestra Majestad los muchos años que la cristiandad y sus dominios necesitan. Santiago de Chile, 1º de septiembre de 1764. Señor. Antonio Guill y Gonzaga.

DOCUMENTO IV

INFORME DE LA CONTADURÍA GENERAL, A PEDIDO DEL CONSEJO DE INDIAS DEL 15 DE DICIEMBRE DE 1766, SOBRE LA FUNDACIÓN DE UNA VILLA EN EL PUEBLO DE CHONCHI Y EL ESTABLECIMIENTO DE DOS MISIONES A CARGO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, CON CARTA DEL PRESIDENTE DE CHILE ANTONIO GUILL Y GONZAGA, DE 1º DE SEPTIEMBRE DE 1764, ACOMPAÑADA CON UN TESTIMONIO DE AUTOS, MADRID, 28 DE FEBRERO DE 1767

Archivo General de Indias, Sevilla
Audencia de Chile, 471

Con acuerdo del Consejo de 15 de diciembre se ha pasado a esta Contaduría General una carta del Presidente de Chile, don Antonio Guill y Gonzaga, su fecha 1º de septiembre de 1764, con que acompaña un testimonio de autos obrados con motivo de la fundación de una villa en el pueblo de Chonchi y establecimiento de dos misiones a cargo de la religión de la Compañía de Jesús.

Reconocido dicho testimonio, consta de él, que habiéndose pedido informe al Gobernador de la Provincia de Chiloé, don Antonio Narciso de Santa María, sobre el estado de la reducción de los indios cauchues a nuestra santa fe, obediencia que profesaban y de lo demás conveniente a ella; expuso en 22 de marzo de 1753 que hasta aquel día se hallaban reducidas doscientas almas en ambos sexos y de distintas edades, dando muestras de permanencia en la fe, con su docilidad y subordinación a los padres de la Compañía de Jesús, que a expensas de su celo habían atraído esta nación de cerca del Estrecho a la isla de Kaylin, donde se hallaba doctrinada por dichos padres, que pasaban anualmente a hacerles misión, no pudiendo asistirlos de continuo, por hallarse en el cultivo de la nación chona, que igualmente tienen a su cuidado.

Que ha dicho el gobernador parecía sería conveniente al servicio de ambas majestades el que se estableciese una misión para estos indios en Queylem, por ser el conmedio de los payos y distante cinco leguas de dicha isla de Kaylin, pues con esta inmediatez a las demás naciones del Estrecho no conquistadas, se irían atrayendo poco a poco a nuestra santa fe, y que cuando esto no se consiguiese, se lograría el que más de mil doscientas almas que habitan en el referido paraje de los payos no muriesen sin confesión, como sucedía por la imposibilidad de ser socorridos del párroco, en la gran distancia y malos pasos para llegar a la ciudad a solicitar este auxilio que sólo consiguen una vez al año, cuando los padres jesuitas corren la misión general de toda la provincia, pues a faltar ésta, no tan sólo no cumplirían con el precepto divino, sino que ni aun supieran quién era Dios.

También resulta por una representación hecha al citado Presidente por el protector de indios de la Provincia de Chiloé, en nombre de todos los caciques y sus respectivos vasallos, contenidos en los cuarenta

pueblos de los términos y fronteras de la ciudad de Castro, que para afianzarse más en la lealtad y acreditar la que siempre habían tenido al Rey, ofrecieron en la guerra pasada defender aquella provincia con tres mil hombres de armas hasta rendir las vidas, y que mantuvieron durante ella a su costa las centinelas de las principales fronteras de la parte del sur; pidiendo al expresado Presidente que para vivir en política cristiana y mostrar el amor que tienen al Rey, les concediese licencia para fundar en el pueblo de Chonchi (cabeza de todos los demás) una villa con el título de San Carlos de Chonchi, prometiendo ejecutarla sin el menor costo del Real Erario, y que en caso de acceder a ello, se sirviese de nombrar por teniente de corregidor a cualquiera de los tres principales caciques proponentes, llamados don Sebastián Crevill, don Gabriel Pechuan y don Martín Callbuchilla, para que cuidase de los adelantamientos de la villa.

Asimismo expusieron al referido Presidente de Chile, que en dicho pueblo de Chonchi, sólo por caridad del padre provincial de la Compañía de Jesús tenían, había tres años un religioso de su orden, que cuidaba incesantemente del bien de sus almas, manteniéndose con mucha escasez y pobreza, por cuya razón y la de atender a sus clamores y al servicio que hacían a Su Majestad, imploraban su piedad a fin de que se les concediese un sínodo anual para mantener allí dos misioneros jesuitas que cuidasen del bien de sus almas y enseñar a sus hijos las costumbres cristianas, pues de lo contrario quedarían en el mayor desamparo y desconsuelo.

Asimismo, por otro informe que incluye el citado testimonio, se reconoce que el P. Juan Nepomuceno Walter, Procurador de la Compañía de Jesús, hizo presente la necesidad que había de aumentar en Chonchi el número de misioneros, que también urgían otras misiones para lograr las almas de diferentes naciones que viven hacia el Estrecho de Magallanes.

Que por este medio se ofrecía una bien fundada esperanza de poder adquirir alguna luz de las naciones que dicen habitan en la Tierra del Fuego o Cabo de Hornos, así como fueron descubiertos los indios cauchahues cuando de orden del gobierno se reconocieron aquellas costas con motivo de haber naufragado en ella el año 1741 un navío de la escuadra de Jorge Anson, cuyos naturales por su mansedumbre y docilidad se redujeron a nuestra santa fe y subsisten devotísimos observadores de ella y de su doctrina en la isla de Kaylin.

Que los cuatro pueblos nombrados, Huillinco, Notruco, Vilipulli y Cucau, que solicitan juntarse y fundar en Chonchi una villa compondrán más de cuatro mil almas, hallándose a media legua de navegación de Chonchi la isla de Lemuy y que pasando de más de 3.300 almas las que habitan, fuera de las que los misioneros, si se fundasen en Chonchi podrían socorrer con los sacramentos en la isla de Quechui a la gente de Rey lan y Curahue, a los de Loncoche. Que en Chonchi se

halla el misionero de los caucahues, teniéndolos allí dos veces al año, cuando andan en busca del marisco, haciéndolos la limosna que le permite la pobreza de la misión y repartiéndolos el pasto espiritual, pero que para ir a hacerles misión a la isla de Kaylin todos los años tiene que pasar mares peligrosos, previniendo embarcación con bogadores, y bastimentos para un mes, pero que si se fomentaba con dos misioneros, iría la de los caucahues en mayor aumento.

Igualmente representó dicho P. Procurador de la Compañía que el establecimiento de una misión en la Tierra del Fuego, no sólo sería provechoso a sus isleños, sino también de mucha utilidad a la Corona, y algunas veces de remedio a los navíos españoles, que pasan por el Estrecho de Mayre, fundándose en su cercanía un fuerte para que las embarcaciones pudiesen llegar al puerto socorriéndose mutuamente, sirviendo de mucho freno a los enemigos en tiempo de guerra, embarazándoles el paso al Mar del Sur, con cuya misión la ya empezada de los caucahues, siendo ésta fomentada con sínodo para dos misioneros, y la que se pretendía fundar en Chonchi, se publicaría el evangelio a aquellas gentes, que habitan las costas desde Chiloé hasta el Estrecho, como sucedió el año de 1760 que los caucahues redujeron trece personas de las naciones nombradas Tajataf y Calenche, y si a esto se agregaba el restablecimiento de la misión de Nahuelhuapi, sería mayor el adelantamiento de la Cristiandad, por lo cual no sólo halla necesaria la erección de una misión en el pueblo de Chonchi para el fin que expresaron sus caciques, sino que sería importantísima otra en la isla de Kaylin, que habitan los caucahues, para que descubran mucha gente de españoles, extranjeros e indios y abrir camino para fundar nuevas misiones y reducirlos a nuestra santa fe.

Pasados estos autos a la Junta de Poblaciones, consta que en su vista y de lo expuesto por el Fiscal, acordó por decreto de 30 de marzo de 1764 que se fundase la citada villa en el pueblo de Chonchi con el nombre de San Carlos de Chonchi, mandando que se congregasen en ella los indios de los pueblos nombrados Huillinco, Notruco, Vilipulli y Cucau, y se estableciese allí una misión, y otra en la isla de Kaylin, que habitan los indios caucahues ya reducidos, ambas al cuidado de dos religiosos en cada una de la Compañía de Jesús, para el fin que va expresado; dejando al arbitrio del presidente del sínodo que debería señalárseles como también el nombramiento de uno de los citados caciques, según expuso el Fiscal, para superintendente de la citada nueva villa, y todo lo demás que propuso el nominado P. Procurador.

Igualmente resulta que, pedido informe al citado teniente coronel, don Antonio Narciso de Santa María, sobre nuevo descubrimiento de las tierras inmediatas al estrecho, expuso que habiendo años pasados invernado el pingue la *Ana* de la escuadra del vicealmirante Anson en el puerto de Inchen, en el Archipiélago de los Chonos de la Provincia de Chiloé, y regresado a Londres, solicitó el rey británico tener derecho

a dicho puerto e isla por haberlo hallado despoblado y ocupado la tripulación de la citada embarcación.

Que por esta razón, Su Majestad Católica expidió orden para que poblase y fortificase, como se ejecutó, habiéndolo mantenido con guarnición dieciocho meses, hasta que se le comunicó por el Virrey de Lima otra Real Orden para que demoliese y arruinase la fortificación y población, por ser el lugar incapaz de que se mantuviese allí guarnición, por lo rígido e irregular del temperamento, pareciendo a dicho Santa María que en aquel archipiélago no se debía solicitar mayor conocimiento que el que se tiene, y constaba a Su Majestad, a cuyas Reales Manos tenía remitidos por las del Virrey dos mapas generales de toda la provincia y archipiélago, de que resultó habérsele mandado recoger todos los modelos y que los quemase o guardase en su poder para que no se divulgase y tuviese noticia la nación británica por lo que sin Real Orden no hallaba arbitrio para nuevo reconocimiento, además de que estaba ya hecho cuando se sacaron dichos mapas y la artillería del navío el *Gueguel* (*Wager*) de la escuadra de Anson, que naufragó en el paraje nombrado el Guayaneco, en cuyo reconocimiento se halló el sargento mayor don Mateo Abraham, con la tropa que le acompañó, a quien habiéndose presentado varios indios e indias de la parte del Estrecho, manifestándoles gustar conocer nuestra nación y tener correspondencia con ella, les hizo con este motivo un parlamento, en el que juraron la obediencia a Su Majestad, enseñándoles la doctrina cristiana y pidiendo muchos que los bautizasen y casasen, entregando varios indios sus hijas a los oficiales y soldados para que las trajesen consigo, las que se hallaban ya muy domésticas e instruidas.

Que halla por medio eficaz y más suave para atraer estas gentes el que todos los años se despachase por los padres de la Compañía a aquellas partes y costas algunos indios de la misma nación de cauchahues, y de los trece que últimamente trajeron, para que éstos comunicando con aquéllos y viendo el buen tratamiento que les hacían, se fuesen reduciendo y allegando a los demás, dando razón de las naciones no conocidas, para que gratificados con algunos marimaris de mercería y cintas que apetecen, se reduzcan con facilidad, y que cuando se reconociese disposición en ellos, podría salir uno de los dos jesuitas de la propia misión, acompañado de los mismos cauchahues, y según el fruto que de esta expedición se sacase, repetir otra los subsecuentes años.

Asimismo, aparece en los citados autos un recurso del citado Procurador General de la Compañía de Jesús, en que solicitó un aumento de sínodo para las demás misiones que en aquel reino están a cargo de su religión, y arreglo del que debía consignarse a las nuevas de Chonchi y Kaylin, sobre que también informó el expresado teniente coronel Santa María.

Y finalmente, en vista de todo lo expuesto, de lo deducido por el Fiscal y dictamen que sobre el asunto dio el Real Acuerdo, a cuyo

fin se le pasó el expediente en voto consultivo, consta que por decreto de 12 de julio de 1764, el referido Presidente don Antonio Guill, en virtud de la facultad que se le concede por la Real Cédula de 12 de febrero de 1761, asignó a cada uno de los individuos de las dos referidas misiones, que la Junta de Poblaciones acordó se fundasen a cargo de los religiosos jesuitas en el pueblo de San Carlos de Chonchi y en la isla de Kaylin para caucahues en la provincia de Chiloé a trescientos pesos anuales por razón de sínodo, además de los treinta pesos, que se regulan para vino y cera, y otros cien pesos independientes a la citada misión de Kaylin, en los años que se verificase entrada en la tierra firme para el Estrecho de Magallanes, y naciones que la habitan con tal de no hacerse ninguna sin expresa licencia de aquel superior gobierno, con respecto a la Real Orden comunicada por el Virrey Conde de Superunda al citado teniente coronel don Antonio Narciso de Santa María, para que enteramente demoliese y arruinase la fortificación y población en el puerto de Inchen; señalando igualmente quinientos pesos, por una vez, a cada una de las enunciadas misiones para la construcción de casas, iglesias y gastos de ornamentos, mandando suspender otras providencias respectivas a las demás misiones de aquel reino hasta que Su Majestad resolviese la representación que en 9 de mayo de 1761 había hecho sobre el asunto la Junta de Real Hacienda, reservando finalmente para su tiempo el nombramiento de cacique para superintendente de la nueva villa, que se había de fundar en el pueblo de Chonchi.

Enterada la Contaduría de todo lo referido y de lo demás que resulta de los mencionados autos, teniendo presente, asimismo, que el Presidente de la Audiencia de Chile, don Antonio Guill y Gonzaga, se arregló para la asignación de sínodos de los dos religiosos de la Compañía de Jesús, de la misión de las referidas cuatro poblaciones de la isla grande de Chiloé y de los otros dos para la de Kaylin, que habitan los indios caucahues, a la facultad y arbitrio que se le concedió por la Real Cédula, que cita, de 12 de febrero de 1761, permitiéndole que a cualesquiera misión que se hubiese establecido en aquel reino en el medio tiempo o que se estableciese en adelante, pudiese destinar la cantidad que juzgase precisa para los gastos de ornamentos, capilla y avío de misioneros, como también para el sínodo anual de éstos: contempla, que aunque por esta razón y la de constar que dichas dos misiones, por las circunstancias que concurren en ellas, ofrecen mucho más trabajo y gasto que las otras de aquel reino, no es reprehensible su proceder en la mayor cuota de trescientos pesos anuales, que señaló a cada uno de los religiosos por razón de sínodo, con treinta pesos más para cera y vino, sin embargo, se debe tener presente, que habiendo consultado a Su Majestad el Consejo en 30 de marzo de 1764 sobre lo representado por el Presidente y ministros de la Junta de Real Hacienda de la ciudad de Santiago de Chile, cerca de la gran variedad que había en la cantidad de sínodo señalado para cada religioso de la Compañía de Jesús,

desde el establecimiento de las misiones en aquel reino y de lo que sobre el asunto había expuesto el P. Procurador General de aquella provincia, se dignó resolver a ella se asistiese a cada misionero por razón de sínodo con doscientos pesos, y que además se le pagasen treinta para vino y cera, ordenando que para lo sucesivo quedase establecido por regla general invariable el pagamento de doscientos treinta pesos al año a cada uno de los misioneros, como más por menor se expresa en la Real Cédula que para la observancia de lo enunciado se expidió en 17 de mayo de 1764, cuya minuta acompaña al expediente.

En este concepto cree la Contaduría que si fuese del superior agrado del Consejo, convendrá se ordene al citado Presidente de Chile haga observar precisamente lo mandado por esta última Real Determinación, y que con total arreglo a ella, se reduzca el sínodo de las dos referidas misiones a la cuota general de doscientos treinta pesos a cada religioso misionero: los doscientos de ellos por razón de sínodo y los treinta restantes para cera y vino, desde el día que recibiere la providencia que se librare mandándole que en adelante no permita ni a él ni a sus sucesores que se altere esta asignación por ser racional y suficiente a la subsistencia de un misionero con la religiosa moderación y sobriedad que piden su estado y ejercicio.

Que, asimismo, si el Consejo lo tuviese a bien, será conveniente aprobar a la Junta de Poblaciones su nuevo establecimiento en los parajes determinados y la fundación de la villa, que también acordó con el nombre de San Carlos de Chonchi, para que en ella se congregasen los indios de las cuatro reducciones de Huillínco, Notruco, Vilipulli y Cucau, que se dice pasarán de cuatro mil almas, mediante que no causará esto gasto alguno a la Real Hacienda.

Que, igualmente, en atención a que por otros autos se manifiestan, serán utilísimas las citadas dos misiones de la isla grande de Chiloé y la de Kaylin, no sólo para atraer al gremio de nuestra santa fe el crecido número de almas, que habitan aquellas incultas tierras hasta el Estrecho de Magallanes, sino que también según las noticias de su docilidad y buen genio pueden prometerse otros felices progresos a beneficio del Estado, se persuade la Contaduría será conveniente aprobar al referido Presidente la aplicación de quinientos pesos, que a cada una de aquellas misiones hizo por una vez para los gastos que nomina, respecto de ser esto conforme a la real piedad de Su Majestad para promover cuanto sea posible la conversión de los indios y predicación del santo evangelio, a costa de su erario, como lo previenen las leyes; pero con la circunstancia de que los cien pesos más concedidos a la misión de la isla de Kaylin para caucahues se han de entender en los años, que con licencia de aquel gobierno, se verificase la entrada en la tierra firme, que va al Estrecho de Magallanes, y no de otra manera.

Y por lo que mira a otros puntos sobre que consta en estos autos haber representado el P. Procurador de la Compañía de Jesús de la ci-

tada provincia, respectivos a la misión, que propone para la Tierra del Fuego conocimiento de aquellas costas, su fortificación y a las Reales Ordenes que tuvo el Gobernador de Chiloé, don Antonio Narciso de Santa María, comunicadas por el Virrey Conde de Superunda para que demoliese y arruinase la fortificación y población del puerto de Inchen por lo rígido de aquel paraje: considera la Contaduría que, aunque esta materia no la gradúa propia del estado y ministerio del nominado P. Procurador, pues tocando, como toca, en la clase de gubernativa, compete su conocimiento y promoción a los Virreyes, presidentes y magistrados reales de aquel reino: con todo, no es despreciable la especie, y sería importante prevenir lo conveniente al Presidente de Chile para que la examine y dé cuenta a Su Majestad, exponiendo su dictamen fundado y bien instruido, antes de proceder a gasto alguno, para que en su vista delibere Su Majestad lo que juzgue oportuno, el Consejo resolverá sobre todo lo más conforme. Madrid, 28 de febrero de 1767. (Hay una rúbrica).

DOCUMENTO V

OFICIO DEL GOBERNADOR DE CHILOÉ, JUAN ANTONIO GARRETÓN,
AL PRESIDENTE, ANTONIO GUILL Y GONZAGA, SOBRE UN VIAJE AL INTERIOR
DE RELONCAVÍ, DESDE CHACAO, 21 DE OCTUBRE DE 1765

ANS, C. G. 710, fs. 134-135 v.

Señor: En atención a la que tengo escrita y remitida a U. S. con fecha 15 de marzo de este año, he determinado despachar una piragua a la Plaza de Valdivia para enviar a U. S. el obedecimiento de varias providencias, que estaban pendientes; pues, aunque prometí a U. S. en la citada despacharía por el camino de Nahuelhuapi un correo, no se pudo conseguir por los motivos que se expresan y para cumplir ahora doy parte a U. S. cómo el día 1º de abril salí de este puerto con el P. misionero Xavier Esquivel, embarcado en la pequeña galeota, que de cuenta de Su Majestad he construido en esta provincia, llevando de convoy diez piraguas con cien hombres, y estando destinada otra de Calbuco con nueve indios, salieron fugitivos con algunos mestizos de las compañías del número, sin saber el motivo. Aquéllos fueron habilitados de todos los útiles necesarios para la empresa, manteniéndolos a mi costa con pan, carnes, licores, tabaco, papel y cuanto necesitaron, sin que nada les faltase en el tiempo de esta faena, en lo cual gasté más de 400 pesos de plata, pues lo que Su Majestad contribuyó constará a U. S. por la razón adjunta de los tenientes de los oficiales reales. Llegamos al fuerte de San Miguel de Calbuco, y de aquí salimos el día 7 de dicho mes para la boca del Reloncaví y mandé construir en el puerto de

la isla Guar una casa, con destino de que siendo el primer paso para atravesar el golfo, se puedan acoger a él, pues sin ésta, en caso de asaltar un temporal, no tuvieran dónde ampararse. De dicha isla surcamos para dicha boca, en la cual nos sobrevino un recio viento y agua, que nos puso en peligro, pero logramos saltar en un paraje de grande risquería, al pie de una eminente cordillera, sin abrigo alguno, hasta que sosegó la borrasca, y hicimos una segunda escala en el puerto de Nuestra Señora del Pilar de Caiguitué, este título le puse, donde mandé fabricar otra casa, con el fin de que los navegantes tengan este auxilio, pues estando todo lo anterior de esta boca circundado de barrancas y cordilleras empinadas, fuera gran desconsuelo no hallar alojamiento. De aquí se dio disposición de que se construyese tercera casa, al pie mismo del camino de Nahuelhuapi, a cuyo paraje intitulé Fuerte Gonzaga; y habiendo despachado batidores, se descubrió la planchada antigua, la que no intentamos penetrar, porque el invierno lo teníamos muy riguroso, de lo cual se conjeturó sería de gran mortificación cualesquier diligencia y no de fruto como en la primavera; en esta virtud, ya dispuestos todos los preparativos nos volvimos, pero acercándose ya el tiempo de emprender nueva jornada, me avisa el P. Rector de la ciudad de Castro como el P. Francisco Xavier de Esquivel tiene prontas dos piraguas para (a) principios del mes próximo venir a este puerto y comunicar conmigo las disposiciones y medidas, que debemos tomar para franquear dicho camino y entrar (en) el ánimo de los indios. Luego que llegue dicho padre procuraré darle todos los auxilios convenientes, como U. S. me encarga y lo he ejecutado hasta aquí, pues con la mayor eficacia he puesto mis facultades, persona y buena voluntad para emplearla en la consecución de esta empresa, y espero que según la felicidad con que se ha principiado, ha de tener prósperos fines.

Nuestro Señor guarde la importante salud de U. S. por dilatados años. Chacao y octubre 21 de 1765. Señor. Besa las manos de V. S. su más rendido servidor. Juan Antonio Garretón. Señor don Antonio Guill y Gonzaga, Presidente, Gobernador y Capitán General.

DOCUMENTO VI

CARTA DEL P. SEGISMUNDO GUELL AL GOBERNADOR DE CHILOÉ,
MANUEL DE CASTELBLANCO, RALÚN Y ENERO 18 DE 1767

ANS, C. G. 710, fs. 88-89

Señor: No puedo menos, en la ocasión presente, que participar a Vuestra Señoría algo de mi viaje, que en realidad es penoso, y más penoso lo hace el mal informe, que me dieron algunos viejos, que ahora cuarenta años anduvieron por acá, pues fue informe del todo falso en

rumbos, vías, cordilleras y un todo. No obstante esto nunca he perdido el valor, antes bien cada día he cobrado más. Por el uno de los caminos anduve cuasi la mitad, y es todo de montuosas cordilleras; ya que tenía lo más y peor vencido, se me aburrieron cinco o seis mozos; por fin conseguí de ellos que me acompañasen por el otro camino, que llaman de Queulla, travesando de largo a largo la gran laguna del Todos los Santos; se hizo la piragua de cinco brazas y estando ya cerca del eminente volcán llamado Añón, dio los grandes retumbos que da siempre que allá llega gente. Con este aviso esperaba en breve los indios: encontréme con cuatro difuntos que por los zarcillos del uno reconocimos ser mujer; presto vimos la desgracia, que algo yo recelaba, en un horroroso derrumbe de cuatro cordilleras, que rajándose, pocos meses ha, cerró el paso de tal manera que aunque viniesen mil hombres no lo hicieran penetrable; que el derrumbe es nuevo lo dicen todas las señales, *praecipue* el estar temblando de continuo, arrojando de continuo grandes peñascos, que despiden muy lejos el boquerón que abrió el río, y conforme va corriendo así va derrumbando las macheteaduras frescas y viejas que los indios dieron en los árboles y la muerte de estos gentiles, cuyos huesos en el monte aún estaban con gordura. Estando los desdichados de este lado, se les cegó, y no habiendo otro refugio allí murieron de hambre, bien que el uno (que) fue arrebatado del río, lo arrojó. Conforméme muy mucho con la voluntad divina y cobré más esperanzas, y aunque deje mi retorno, pero me arrebató Nahuelhuapí, y así despacho la gente que no me había de servir por cobarde, bien que no todos, y con los cinco que acá quedan, sigo el otro camino, pues ya tenía lo peor andado y veré que si hay alguna fatalidad como en el otro y ya que tengo buenos tiempos sabré de cierto si es o no imposible. Otras mil cosas que había que escribir, aunque complacieran a Vuestra Señoría no puedo por ahora, sería en otra ocasión; y pues sin merecerlo he recibido yo de Vuestra Señoría tantos favores, no será pequeño el que espero recibir en la ocasión presente, y es que Vuestra Señoría interponga su respeto para que esta piragua vuelva cuanto antes. El día que sale de Ralún salgo yo con mi *gualcapu* a los Baños, a seguir desde donde retrocedimos. El mozo a cuyo cargo va la piragua es Eusebio Alvarez, cuyo corazón es tal, que si todos faltaren, con él me fuera a Nahuelhuapí. Estimaré a Vuestra Señoría le facilite aquello que pudiera demorar su venida. Si yo hubiera sabido que tanto me iban a servir las botas y el bicoquín, sin duda se los hubiera pedido a Vuestra Señoría, y se lo agradezco sobre manera. Los tiempos han sido fatalísimos, he tenido mucha salud, sólo a Dios la debo. A don Ignacio mil cordiales memorias, y entretanto voy a encontrar algún imposible en el camino o camino sin imposibles. Ruego a Vuestra Señoría me tenga presente en las oraciones para que me mantenga la fortaleza que me da. Ralún y enero 18 de 67. Muy afectísimo siervo y capellán de Vuestra Señoría. Segismundo Guell.

Señor Gobernador don Manuel Castelblanco.

(Al margen dice:) Algo de lo que se dirá de este camino, puede Vuestra Señoría tenerlo por verdadero, y si pregunta a dicho Eusebio, bien puede creerlo, pues *est verus Israelita in quo dolus non est* ("es un verdadero israelita, en quien no hay engaño").

DOCUMENTO VII

CARTA DEL GOBERNADOR DE CHILOÉ, MANUEL DE CASTELBLANCO,
AL PRESIDENTE, ANTONIO GUILL Y GONZAGA, REMITIÉNDOLE LA RELACIÓN
DE UN VIAJE DEL JESUITA SEGISMUNDO GUELL, CHACAO, ENERO 23 DE 1767

ANS, C. G. 710, fs. 86

Señor: Despachado ya el barco en que se conducen los papeles y cartas, que dirijo a Vuestra Señoría, ha estorbado su salida el tiempo contrario, que aun hoy continúa, bien que con indicios de mejorar presto, y, mediante esta contingencia, logro la de anticipar a Vuestra Señoría la noticia de los progresos de la apertura del camino de Nahuelhuapi, remitiendo la adjunta carta, que acabo en el día de recibir del P. Segismundo Guell, a quien el fervor de su celo mantiene constante en la prosecución de esta empresa; que si no se encuentra igual estorbo al que impidió el paso por el camino de Queulla (sic) y del volcán de Añón, contemplo se consiga continuando por el primer camino, aunque, seguro se dice, será más dilatado.

Nuestro Señor guarde la importante vida de Vuestra Señoría los muchos años que le suplico y se necesita. Chacao y 23 de enero de 1767. Besa la mano de Vuestra Señoría su más adicto y reverente súbdito. Sr. Presidente y Capitán General, don Antonio Guill y Gonzaga. Manuel Castelblanco.

DOCUMENTO VIII

NOTICIA BREVE Y MODERNA DEL ARCHIPIÉLAGO DE CHILOÉ, DE SU TERRENO,
COSTUMBRES DE LOS INDIOS, MISIONES, ESCRITA POR UN MISIONERO
DE AQUELLAS ISLAS EN EL AÑO 1769 Y 70

ARSI, Chile v. 5, ff. 345-383 v.

PREFACIO

Con dificultad se hallará en toda la vasta monarquía del Rey Católico algún pueblo tan desconocido y de que menos noticia se tenga como del, no menos pobre que remoto, Archipiélago de Chiloé. La cau-

sa, a mi ver, de la poca y cuasi ninguna noticia que se tiene proviene de su misma pobreza y miseria, que a un país rico le basta su riqueza para que todos le conozcan y mucho más deseen gozarlo. Pero así como se hace un país admirable cuando la naturaleza lo ha enriquecido, ¿por qué no se hará también admirable el que por su naturaleza es pobre? Aquél se admira por su felicidad, admírese también éste por su miseria. Logra empero Chiloé en su natural desdicha la excelencia de ser un Jardín de la Iglesia; de suerte que en cuanto se portó escasa la naturaleza, se mostró por otra parte liberal la gracia. Deben, pues, aquellos isleños ser de nosotros admirados por dos títulos: el uno por lo que les ha negado la naturaleza y el otro (mucho mejor) por lo que les ha concedido la gracia: y así se pueden con verdad llamar los chilotes pobres cristianos.

Aunque ninguno de los navíos europeos aporta a aquellos puertos para el tráfico, suelen todos los años los negociantes de Lima enviar algunos leños a Chiloé para que vuelvan cargados de madera. La marinería y demás personas de aquellos navichuelos, como no se internan en aquel archipiélago contentándose con pasar aquellos pocos días de anclaje en el puerto donde está la nave, poco o nada pueden saber de aquellas islas; y con todo eso se vuelven muy satisfechos de que ya vieron a Chiloé, queriendo dar razón del todo con sólo haber pisado una playa. De aquí es que sus relaciones se apartan por lo común de la verdad y quieren hacer creíbles sus fábulas con sólo decir que han estado allí; como quien quiere dar noticia de toda la España sólo porque ha visto uno de sus puertos. Dejando aparte aquellas fábulas, quiero dar una verdadera noticia de aquellas tierras, las más remotas de los dominios de España en el occidente, y para que el curioso lector no dude de esta verdad, debe saber que yo he vivido muchos años en aquellos golfos, rodeando, si se puede decir, palmo a palmo aquellas islas. De manera que no daré noticia, sino de lo que he visto y experimentado. Para hacerlo todo con más claridad, describiré primero su situación, terreno, clima, después los mares, ríos, luego la tierra firme que abraza aquellas islas. De aquí pasaremos a las naciones, costumbres, religión. Y en otros capítulos hablaremos de las misiones que hay, con el método que tienen, casamientos, entierros, etc.

Procuraré siempre la brevedad, que conviene, para no molestar al curioso lector.

CAPÍTULO I

Nombre, situación, división de Chiloé. Su clima, mar, ríos, lagunas y cerros

Aunque el nombre de Chiloé es general al archipiélago, encierra no obstante varias pequeñas naciones, que tienen diferente nombre, con-

tenidas no obstante en el genérico Chiloé, que es corrompido de estas dos palabras: Chile - hue, que quiere decir: nuevo Chile o lugar del Reino de Chile. Dejando aparte otras etimologías, porque ninguna es cierta, y ésta me parece la más verídica. Está situado aquel archipiélago en la América Meridional, entre los 40 y 45 grados de latitud y entre los 302 y 306 de longitud, según el meridiano español. De los 41 a los 44 grados de latitud está lo más poblado; y de los 44 a los 48, aunque lleno todo de islas, pocas son las pobladas, como veremos. El archipiélago, pues, de que voy hablando, comprendiendo todo aquello que describiré, se extiende desde los 40 hasta los 48 grados de latitud, y éste es todo el país descubierto, conocido visto y registrado; porque desde los 48 grados adelante, aunque se sabe algo, poco o nada se ha visto.

Es crecidísimo el número de islas que contiene Chiloé y la principal, la mejor, y la que tiene propiamente el nombre, tiene colocada su primera punta en los 41 grados, 35 minutos, corriendo la otra punta hasta los 44 grados y 6 minutos. Tiene la isla grande en giro 700 millas, y en este ámbito están pobladas las otras islas menores, y son las siguientes: Quinchao, Lemuy, Tanguí, Quehuí Quenac, Meulin, Linlin, Chelin, Apeao, Chaulinec, Cahuach, Llinua, Alao, Kaylin, Los Chaugues, Caucahue, Aptao, Calbuco, Llaicha, Quenu, Chidhuapi, Tabón, Tautil, Huar. Estas son las islas pobladas que se contienen, digámoslo así, como entre los brazos de la que se llama Chiloé o la isla grande por antonomasia, que recibiendo por el costado del oeste los golpes de aquel mar furioso, que los isleños llaman por antonomasia bravo, defiende (de) sus bravezas a todas las otras islas, pues las tiene a la otra parte, del leste. Otras muchas son las islas, que abarca la Grande entre aquellos grados cuyos nombres no pongo por no molestar, aunque en el discurso de esta noticia será necesario mentar algunas.

El clima de estas islas es frío y húmedo y se puede decir que la mayor parte del año es invierno. Las lluvias son copiosísimas: por esta razón los granos no pueden secarse en el campo, es forzoso hacerlo dentro de las casas o ranchos a fuerza de fuego o humo. De aquí es que como cogen la cebada con la paja y la dejan secar en un soberado de palos sobre el fuego de la casa, sucede no pocas veces llegar allá arriba la llama y quemarse toda la cosecha, casa y cuanto tiene dentro. Si los campos no estuviesen bien pendientes que no pudiese correr el agua, siempre se anegarían los sembrados con las copiosas lluvias, que comienzan desde abril y duran hasta octubre las más fuertes. Noviembre suele ser también lluvioso, mas no tanto. Los otros meses, aunque llueve, pero no con aquella abundancia. El frío en lo más rígido del invierno, aunque es mucho, no es excesivo; y en este tiempo los nortes son muy temibles en aquel mar borrascoso sobremanera. En el verano, el calor no es mucho antes bien templado y muy apacible, aunque suelen de repente levantarse unos oestes, que son de temer a los navegantes, mas duran poco. Por esto el mejor tiempo para los navegantes es

el de enero, febrero y marzo, que son del mejor del verano. La noche más larga del invierno tiene 16 horas. Suele algún año caer la nieve, pero poco. Más blancas parecen las campañas con las escarchas (caminando sobre ella a pie descalzo hombres y mujeres) que con la nieve.

Los mares de Chiloé son verdaderamente temibles, y es necesaria una larga experiencia para no perecer en tantos riesgos. Tiene aquel mar en las 24 horas dos crecientes y otras dos menguantes, que cada una de las cuales dura seis horas sin discrepar. En la creciente viene todo aquel mar del oeste con grande ímpetu a querer entrar entre tanta isla, y como se halla impedido de la Isla Grande (que entre la tierra firme y su primera punta no deja una legua de canal) vuelve y revuelve formando mil remolinos y murmullos horribles por la violencia que hace por entrar. Entra, pues, cuanto puede por aquel canal, y como no puede entrar cuanto quisiera, entonces es cuando más corre bramando, formando entre aquellos estrechos unas corrientes tales, que si un navío de alto bordo con el viento más favorable intentase a toda vela la salida, se perdería estrellándose, antes que poder salir al principio de creciente. Los mismos riesgos se hallan entre isla e isla, de las pequeñas, cuyos canales, golfos y escollos sirven muchas veces de sepulcro a los chilotas. Poco navegan los naturales por aquella mar brava del oeste, por el temor de ser pasto de las olas, ni sus embarcaciones (de que hablaré después) son proporcionadas para ello. Los navíos, que vienen de Lima para llevar madera, suelen perecer a menudo, ya por falta de experiencia en aquellos mares intrincados, ya por los oestes que son furiosos, y mucho más por lo demasiado que cargan las naves, que comúnmente le hacen llevar a cada una 40.000 tablas, por la codicia de ganar algo más de lo que convenía. La mejor entrada para los navíos es con norte y estando la mar creciente, porque si el piloto intenta entrar cuando ya la mar comienza a bajar, se perderá primero que lo consiga.

Las crecientes y menguantes de aquellos mares van con la luna, mas de diverso modo que algunos piensan. Tres días antes del novilunio y tres días después son las crecientes y menguantes mayores; de modo que el día que la luna hace es la mayor creciente, la cual suele ser de cuatro varas y suele en partes ser de cinco varas de profundidad; la de la noche es mayor que la de mediodía. La creciente siguiente a la del novilunio, ya no es tan grande, la segunda menos, y menos la tercera. Cada 24 horas crece (como dije) dos veces, que cada una dura seis horas y otras dos veces baja otras seis horas cada vez. Y así en cada novilunio hay doce crecientes y otras tantas vaciantes mayores que las otras, siendo la mayor aquella más próxima al novilunio. Las mismas y del mismo modo suceden en la oposición de la luna sin discrepar jamás un punto: bien es verdad que en los equinoccios y solsticios son mayores que nunca. Estas crecientes y menguantes de aquellos mares es lo que más deben observar los pilotos para saber el tiempo preciso para entrar cuando crece y salir cuando baja. Pero si quisieren entrar

hasta el puerto de Chacao, de que hablaré después, les es necesario un buen práctico, sin el cual no se puede conseguir por las revesas o giros de los remolinos, que a cada paso se hallan, tanto que es tradición constante que al pasar un navío aquella canal, se lo sorbió un remolino al montar la Punta de Cruces, y lo sorbió de tal suerte, que siendo navío de alto bordo no se vio jamás de él ni un palo. Dejemos un poco el mar para hablar después, veamos los ríos y lagunas.

No hay en aquellas islas río alguno navegable, aunque algunos son bien caudalosos, esto es más en el invierno por las lluvias tan repetidas. Hablando de tierra firme veremos los grandes. La isla grande no tiene de consideración más ríos que Chepu y Gamboa; éste cerca de la ciudad de Castro y aquél al norte de la isla. Ninguno de los dos tiene peje ni otra particularidad.

Tiene una bella laguna la isla grande, de agua dulce no muy buena para beber. Está situada entre Villinco y Cucao, de donde trae el nombre y va a desembocar en aquella que llaman Mar de Cucao. Fabulean los indios que en tiempos pasados una de aquellas indias tenía una hija, que todos los días iba a lavarse a la mar, donde salía un huecubu o monstruo y cogiendo a la indiecita la llevaba mar adentro, donde tenía dicho huecubu sus amores con la Cucao, que así se llamaba la indiecita. Reprendiéndola un día su madre de aquello, la enamorada india se lo participó a su amante huecubu, y éste enojado derribó varios cerros y formó aquella laguna para que la madre no tuviese lugar de ir jamás a ver cuando su hija era llevada del fabuloso huecubu. En medio de esta laguna hay un estrecho, que cuasi se cierra y la divide en dos. Tiene de largo seis leguas y de ancho menos de una. Cría pasto y canqueñes, que son aves anfibias de hermoso plumaje y muy sabrosas, que son mayores que los patos. No los comen los indios pensando ser cosa de menos valer comerlos. La agua es de un color negruzco por estar toda rodeada de bosques de tepu, madera que cuando más verde está, mejor arde.

Los montes de las islas (que) podemos llamar cerritos respecto de aquellos que veremos, cuando hablemos de la tierra firme, los más altos de aquellos: Tetas de Cucao, que sirven de luz a los navegantes para su recalada. Los nacionales de aquel archipiélago como de todo el reino de Chile, llaman monte lo que nosotros llamamos bosque, y así quiero hablar de éstos, que son tantos, que parece se tupen mientras más los cortan. Todas las islas, a excepción de Chelín y Tabón, son abundantísimas de bosque, que sirven para el fuego, para fabricar las casas, para sus embarcacioncillas y para cuanto se quiera, menos para embarcaciones grandes. Cuando los naturales no tienen el rancho pegado al bosque, se lamentan de tener la leña tan lejos. Y suele suceder que cuando derribaron ya y quemaron los árboles cercanos, deshacen su casa y van a fabricarla junto al bosque, por no tener el trabajo de conducir la leña de tan lejos, como dicen ellos. Todos los bosques son silvestres, y no sólo no dan algún fruto, pero ni tienen algún animal salvaje que sirva

de pasto a los hombres, que habitan aquellas selvas propias de los animales.

CAPÍTULO II

Descripción particular de las islas habitadas y otras adherentes

Comenzando por la isla grande llamada Chiloé, ya dijimos su situación y grandeza. La primera punta de ella al norte se llama Lacuy, donde tiene una pequeña ensenada, que sirve para anclar los navíos que vienen de Lima, a motivo de no atreverse a entrar en Chacao. Antes de este puerto de Lacuy, hay otro puertecillo, llamado del Inglés, por haberse perdido en él un navío inglés con las borrascas del oeste. Vamos caminando al sur, y en el mismo Lacuy encontramos una gran ensenada, al fin de ella un pueblo de indios con una buena capilla toda de madera y de tres naves. Cinco leguas más adelante se halla otro brazo de mar llamado Pudeto, que al oeste tiene dos riachuelos y uno al leste. Acordonan dicho brazo de mar (que los indios llaman estero) tres pueblecitos de indios, que son Pudeto, donde hay muchos españoles, Caipulli y Peldehuetu, este último está al fin del estero entre unos tristísimos bosques. En el río Caulín hay otro pueblo de indios que tiene su iglesia, como los pasados, y en aquella ensenada de Chacao hay otro que se llama El Estero. El punto principal de la isla es Chacao, habitado sólo de españoles. Es capaz de 30 navíos poco o nada defendido de los enemigos, que con un solo navío lo tomaría cualquier potencia. Tiene un triste fuerte con algunos cañones de fierro más de "prespectiva" como el fuerte, que es de palo solamente y tablas, que todo se está cayendo. Allí vive el Gobernador que va señalado del Presidente de Chile, aunque ahora parece que está adjudicado a Lima. Tiene dicho fuerte una compañía de soldados españoles pagados, que no son otra cosa que unos honrados criados del Gobernador. Detrás de Chacao está aquella temible Punta de Cruces, por donde pasa y corre la mayor fuerza del canal. Siguiendo la costa se halla Manao, pueblo de indios, pequeño, con una iglesia proporcionada. Tiene Manao una lengua de tierra llamada Chileng, cuya punta no es menos temida que aquella de Cruces. La razón de ser la punta de Chileng tan espantosa es porque allí se juntan los dos mares en la creciente, esto es, el que entra por el canal de Chacao y el que viene por aquella otra parte del sur. Ya que estos dos mares llegan a encontrarse combaten entre sí, el del sur por seguir su carrera al norte y éste por seguir la suya, con tanta violencia que como ninguno quiere retroceder forman una tempestad de olas, que si éstas son agitadas por un poco viento forman montes de agua. Por esta razón las embarcaciones que tienen el viaje hacia el sur han de ir con la creciente a Manao y

aguardar la vaciante para seguir su viaje cuando ya retrocede la mar de Chileng.

A poca distancia está Linao, en los 42 grados de latitud, pueblo de indios, pequeño y abundante de pescado. Síguese Llico, otro pueblo miserable en la costa, cuyas playas son arenosas y la bajamar la deja más de una legua explayada. Más al sur hay una grande ensenada, que más parece laguna, a cuyas orillas está la iglesia del pueblo de indios, que son los de Huitu. Como tres leguas distante está el otro pueblo de Chaurahue. En una punta más adelante el pueblo de Caling y Tenaun, cuya punta es nombrada por su braveza, pero es aun más brava la que sigue: Choun. En otra ensenada está Quitales, donde más son los españoles que los indios puramente tales. Dalcahue está en los 42 grados y 30 minutos. Es un pueblo de indios muy pequeño, pero muy poblado de españoles. Más al sur, tierra dentro, está Quilquico, que tiene muchos indios y españoles con una bonita iglesia. Y más adentro tirando al norte, está el pueblito de Tey, lleno de españoles y pocos indios. Y al noroeste, entre bosques está Putumun, abundante de indios y pocos españoles. En los 42 grados y 40 minutos hay una lengua de tierra, cuya costa llena de pequeñas ensenadas tiene otros tres pueblos: Rillan, con buena iglesia, muchos españoles e indios, Curahue, pocos indios y muchos españoles, y Yutuy, lleno de ambos. Esta costa tiene una especie de marisco, que se llama comes, se cría entre las lajas, que sólo se puede sacar a golpe de hacha. Es de la figura de un nabo, muy sabroso, cuya carne parece toda tuétano. Síguese la Punta de Tutil y se entra en un brazo de mar de cuatro leguas de largo y de ancho ya una milla ya dos, cuyo fin va a rematar a Putumun, caminando al norte.

En los 42 grados y 30 minutos de una otra lengua de tierra, donde está fabricada, la ciudad de Castro, capital de toda aquella provincia o archipiélago, es ciudad sin gente, que sólo la habitan los nacionales a tiempos señalados del año, como después veremos. Tienen los padres jesuitas allí un bello colegio y grande iglesia, toda de madera, donde en invierno riguroso suelen juntarse siete u ocho de aquellos padres y en verano sólo tres y aun dos. Los padres de San Francisco tienen allí su pequeño convento y regularmente no pasan de dos los religiosos. Tienen también convento los mercedarios, que nunca lo vi con más de un religioso y lo más del tiempo solo. Quitada la iglesia parroquial, que es buena para aquellas tierras, no hay más iglesias en esta ciudad, que está como en el centro de la grande isla y aun de todo el archipiélago. Tiene Castro al oeste el pueblo de Llaullau, que es pequeño.

Volviendo a tomar la costa al sur se encuentra un pueblecito: Narcón, y más adelante el de Rauco, grande más que los otros. Y a pocas leguas sigue Vilupulli, pequeño. Está Vilupulli en lo más angosto de la isla, distante siete millas de Villinco, pueblo metido en la montaña, cuya iglesia está a las orillas de la laguna de Cucao, de que hablamos. Y antes de llegar a él, se ha de pasar por otro pueblo llamado Notuco.

En los 43 grados menos 7 minutos está el pueblo de Chonchi, de muchos indios. Aquí acaban de edificar los padres jesuitas una iglesia mayor que la de Castro, de madera toda, con columnas cuadradas de una pieza, que da admiración aquel cuerpo tan grueso. Viven en Chonchi dos padres misioneros estables, a quienes toca cuidar en lo espiritual una gran parte de las islas, como veremos. Seis leguas de Chonchi está Terau, primer pueblo de los indios llamados payos, cuya costa es bien temible. Aoni se llama el que se sigue, pequeño pueblo y muy miserable. Adelante cuatro leguas está Queiln, y en una grande ensenada de aquel mar está Paibad, y al fin del brazo está Compu, y Chadmo en otra más al sur. Síguese una larga punta de tierra, que se ha de montar para navegar de Chadmo a Huilad. Lo que no se hace en pocas horas, pues, a poderse hacer fácilmente se llegara por la montaña de Chadmo a Huilad. Para entrar en aquel brazo de mar que va a Huilad, es menester atender a la marea, porque su canal es mucho más rápida que la de Cruces y Chacao y angosta como un tiro de fusil. No hay canal más parecida a la de un molino. Si no se entra cuando crece la mar, nunca se entrará, y aunque la embarcación lleve la agitación de todos los vientos, primero se desunirá toda su tablazón. En la vaciante o reflujo es tanta la rapidez con que sale aquella agua, que en las seis horas de creciente o flujo había entrado, que lleva con increíble velocidad la embarcación y, aunque el mar esté en calma, forman tal murmullo las corrientes, que causan no poco miedo aun a los prácticos. Está Huilad en un alto y tiene una iglesia pequeña y pocos indios. En los 43 grados y 45 minutos está el famoso bajío de Chaihuau, que desde la punta de la isla casi se extiende hacia la cordillera de Tierra Firme. Es Chaihuau el paso más temido de los indios y españoles, y aun quizá por esta razón ni los indios ni los españoles han querido poblar lo que queda de la isla hasta su última punta del sur llamada Quilan. Todo lo cual está despoblado, a excepción de tal cual ranchillo de indios.

Torciendo ahora desde la punta de Quilan al norte por la parte de la isla que mira al oeste, no tienen aquellas costas población alguna hasta Cucao, donde hay un pueblo de indios, los más desamparados, pero no los menos cristianos. Azota la marea a la isla por esta parte con tanta violencia que sus golpes se oyen a veces desde Castro, dentro de las mismas casas. El desagüe de la laguna de Cucao va a rematar a una ensenada, cuya dos puntas, Pinulil y Quivteg son las Dos Tetas, que dijimos, sirven de guía a los navíos. Desde éstas hasta el río Chepu está también todo despoblado.

En la bajamar se puede ir de Castro a Chacao, pero es un camino enfadoso por tantas ensenadas y riachuelos. Lo interior de la isla está todo despoblado y hecho un monte o bosque, a excepción de aquel corto tramo que hay desde la laguna hasta Villupulli. Desde Quetalco hasta cerca de Huitu, en medio del bosque, hay un camino todo de tablones gruesos atravesados de siete leguas de largo, por motivo del barro y

pantanos que hicieran impracticable el paso. Dicho camino se renueva siempre que hay necesidad, obligando a ello a los indios. Otros caminos semejantes hay en otros sitios y en otras islas, pero no tan largos, aunque todos peligrosos y molestos por lo resbaladizos cuando están mojados, y la poca firmeza de los tablones. Esta y las otras islas pobladas producen comúnmente muchas y buenas papas. El trigo y la cebada, sobre ser pocos, se cosecha con indecible trabajo, como después veremos, y pase-mos a las otras islas.

La primera y la que se encuentra al entrar en el canal se llama Doña Sebastiana, pequeña y despoblada, con cinco o seis grandes peñascos al nordeste y la mejor entrada para los navíos es dejarla a la izquierda, pasando entre ella y la isla grande. Delante de ella está el Banco Inglés donde pereció un navío de dicha nación. En frente de Chacao hay dos piedras, que se llaman Putucura, que en bajamar llegan a descubrirse, pero esta noticia no basta para entrar a Chacao sin práctico. Tirando al sur en los 42 grados nueve minutos está la isla de Caucahue, que tiene de circuito como 17 millas, donde hay un pueblo de indios con su pobre iglesia. Al nordeste de la isla, donde está la mar ancha, tiene ésta mucha corriente, lo más seguro es pasar entre la grande y ella. Su terreno es estéril y montuoso. Navegando de Caucahue al leste como 12 millas, están las islas de los Chauquis, que son 10 y tienen su gobernador indio para todos los habitantes de ellas. De éstas cinco son pobladas, de las cuales tres tienen su iglesia, que son: Añihue, abundante en erizos, Chegniau, pequeña, y Vutachauqui, que es la mayor, la más fértil y la más poblada. Distan poco entre sí todas las diez, con tales canales, ensenadas y escondrijos, que suele ser refugio de los malhechores perseguidos de la justicia. En tiempo de bonanza es una bella diversión navegar por aquel laberinto. Los habitantes de Chiloé suelen ir a los Chauquis a proveerse de marisco y pescado, de que abunda. Y los mismos chauquis van en sus piraguas a venderlo a las otras islas, y lo venden por harina de cebada y tal vez de trigo. Los mariscos que allí abundan son locos, piures y erizos. Los erizos son del tamaño de la castaña y parecidos en las puntas. Los sacan las mujeres zambulléndose en la mar, aun en tiempo de invierno. Los piures son colorados, de carne dura y del tamaño de una mediana nuez. Los locos son durísimos y antes de echarlos a cocer, es menester ablandarlos a fuerza de golpes. Su concha es grande y gruesa, pero la carne del tamaño de un huevo de gallina. Otros mariscos hay en estas islas, pero éstos son los que más abundan.

La isla poblada y más cercana a los Chauquis por la parte del sur es Meulin, cuyo pueblo todo de indios es muy corto. Al oeste de Meulin está Linlin, distante como siete millas, que las compone un golfo, que da harto que hacer con el norte. Están en esta isla mezclados indios con españoles; es más fértil que Meulin y tiene una mediana iglesia. A poca distancia, por la parte del sur, está Llinua, isla pequeña, con su iglesia

proporcionada, pocos indios y sólo una familia de españoles. Tres leguas y poco más al nordeste está la de Quenac, de quince millas de giro, cuyos habitantes son casi todos españoles. Tienen una buena iglesia y son bastantemente aplicados a las cosas de devoción, pero al mismo tiempo tienen fama de algo inclinados al machitún (de que se hablará después). La punta de la isla que mira al norte suele enfurecerse de suerte que perecen en ellas varias piraguas. Detrás está Cahuach, que aunque es más pequeña, parece un jardín lleno de arrayanes, si bien silvestres, y muchos laureles. Al lestesueste está situada Apeao, toda poblada de solos indios, con buena iglesia. La mar bate tanto contra esta isla, que cuasi la ha ya dividido en dos partes. Síguese la de Alao, muy pequeña, para llegar a la cual se ha de pasar por una canal, que sólo se puede navegar en bajamar, y es tanta la rapidez en creciente o vaciante que a las veces suele hacer dar una vuelta a la embarcación con gran peligro de los navegantes. Al sueste de Alao se sigue la isla de Chaulec, cuyos indios se hicieron famosos en los tiempos pasados por las correrías que hacían robando de isla en isla. Hiciéronse temidos en todo el archipiélago, sin quererse reducir a una vida sociable. No tenían lugar fijo. Ultimamente vinieron a reducirse por medio de los jesuitas, y mucho más de una india, que los redujo a mejor vida. Tomaron tierra y fijaron el pie en la isla de Huar, que es la última hacia el norte. Cobraron tanto amor a uno de los misioneros, que hacía de ellos cuanto quería, y los indujo con su industria a una vida más arreglada. Pasaron de Huar a la isla de Chaulec, donde ahora están con su pueblo e iglesia. Se llaman estos indios chonos (chono en su propia lengua significa alzado) o guayhuenches, que significa gente del sur, porque son descendientes de aquellos hacia la Tierra del Fuego. Aunque están así reducidos, todo el año no hacen otra cosa que navegar por aquellos mares, alimentándose por lo común de carne de lobo marino y ballena. Son grandes nadadores, y cuasi únicos en todo el archipiélago, por lo que tienen tanto coraje en la mar, cuanto tienen de cobardía en la tierra. Ya que no van a robar como antes, giran de isla en isla con los cueros y aceite de lobo y barbas de ballena, que venden por papas y harina de cebada. Despiden de sus cuerpos un mal olor, que proviene de la carne de que se alimentan y del aceite que benefician. Tienen un lenguaje distinto de todos los demás y todo gutural, si bien usan con los chilotos del lenguaje común. Tienen su gobernador, sargento mayor y procurador de la misma nación, señalados por el misionero.

Al noroeste de Chaulec está Quinchao, mayor que todas después de la grande, y de más de 70 millas de circuito. Corre de noroeste a sueste. Está poblada así de indios como de españoles. Tienen aquéllos seis pueblos, que son Matao, Vuta-Quinchao, Huyar, Palqui, Curaco y Achao. En Achao, que está cuasi en el centro de la isla, tienen los padres jesuitas una misión con una bella iglesia de madera, de tres naves, con columnas todas de una pieza. En ella residen dos sujetos, que en

años pasados eran propiamente misioneros de Chaulinec, y cuidan del bien espiritual no sólo de aquella isla, sino también de las otras adyacentes. Dentro del mar, en frente de la misión, como media milla retirado, hay un gran peñasco, adonde salen los lobos a tomar el sol. Cuando los naturales lo ven negro, es prenuncio de viento norte, y de sur cuando blanco. Toda la costa de dicha isla está suficientemente proveída de marisco y pescado, y fértil al igual de lo común de las otras. Chelin poco distante de Quehui, es buena y poblada más de españoles que de indios. No tiene leña y se proveen de Quehui, que toda es bosque y muy poblada sólo de indios, con buena iglesia.

CAPÍTULO III

De otras islas y poblaciones hacia el sur del archipiélago, y de las embarcaciones que usan

La isla de Lemuy, que es poco menos que Quinchao, está al este de Chonchi y al sur de Quinchao, se extiende de oeste al leste, con varias ensenadas. Tiene cuatro pueblos, algunos indios y muchos españoles. Hay cuatro iglesias y un puente de madera mal formado para pasar un brazo de mar. Es abundante de mariscos. Los pueblos son Ichoac, en una ensenada que parece laguna, y es el más poblado, Pucolon al norte; Alachildu, que está casi al este de Pucolon, y Detif al sueste de Alachildu y en la última punta de la isla, cuasi tan grande como Lemuy es Tanquí, situada al sur, y corre de norte a sur. Su última punta sirve para los centinelas, que descubren si vienen embarcaciones en tiempo de guerra, por descubrirse gran trecho de aquel mar del sur, y se llama la punta Huechupicún. Siendo tan grande no tiene más que un pueblo de indios, y es la más montuosa de todas las pobladas. En los 43 grados y 28 minutos está la isla de Kaylin, de 12 millas en giro, donde había una misión y viven en ella dos padres jesuitas. Se fundó esta misión el año de 1764, no para los indios cristianos, sino para los gentiles que se descubrieron poco antes, como después veremos. Para ir a Kaylin se pasa por el temido Chaihuau, donde (según cuentan los nuevos cristianos) vivía un Huecubu o monstruo antes de fundarse la misión, y luego que pasaron allá los misioneros, se aplacó Chaihuau, porque se ausentó el Huecubu. A lo menos, por favor del cielo, se experimenta no tan bravo aquel bajo desde la fundación, para que puedan los padres sin tanto riesgo cuidar de aquellas almas. En ese bajo suelen encallar las ballenas en tiempo de borrasca, que como se ven impelidas de los vientos y de las olas, pierden el tino y en vez de ir mar adentro, suelen venir al bajo y quedan sin el agua que necesita tan monstruosa bestia. La última que encalló tenía 22 varas de largo. De ella, como otras veces, se aprovecharon los indios sacando aceite y también comiendo su

carne. El modo de sacar el aceite es poco económico, por falta de instrumentos. Hacen una zanja o canal en un plan de piragua vieja u otro tablón grueso. Van haciendo pedazos la ballena y sobre éstos echan leña, la que cebada con la misma gordura arde fuertemente, la derrite y corre el aceite por la dicha canal y lo recogen en sus vasijas. Es Kaylin la última población hacia el sur del que propiamente llamamos Archipiélago de Chiloé.

Casi enfrente de la punta de Quilan, hacia el sur, está la isla del Guafo, donde por los años de 1661 ó 62 estuvo a punto de perderse el navío de España *San Javier*, cuando iba al Perú, hallándose entre ella y el Archipiélago de los Chonos. Está este archipiélago en los 45 grados, compuesto de muchas islas no distantes entre sí, siguiendo la costa de tierra firme hacia el sur. Entre estas islas están Guaiteca, que es principal, Silahuen, Qunegan, Chircanlahuen y otras, todas despobladas. En los 45 grados 40 minutos está la isla de Inche, entre la cual y Aichilu dio fondo un pingue inglés. Todo este Archipiélago de Chonos tiene por leste la tierra firme y por el oeste la mar ancha y por sur la tierra de Ofqui, que es un punto de tierra firme que en los 45 grados, poco menos, se extiende mar adentro, siguiendo la cual hacia el sur está la punta de Tres Montes, en los 46 grados, 46 minutos. Las isla de Santa Catalina, que está en los 46 grados y 12 minutos de latitud austral y 302 de longitud, es la más retirada de todas al oeste. Entre esta isla y la punta de Tres Montes pereció Diego Gallegos con el navío. En los 47 grados de latitud y 303 de longitud está la isla de Acanzean, donde pereció un navío inglés, y entre esta isla y Guayaneco se perdió otro el año 1740. Hallándose éste cerrado con la tierra de [Ofqui] por el norte y la isla de San Javier por el leste y por el sur con Guayaneco y otras islas, no hallando cómo salir de aquellas costas, donde el oeste le había metido, quiso resguardarse de el (ilegible en el manuscrito) Guayaneco, pero como era (ilegible en el manuscrito) tan práctico que piloto, pereció la nave miserablemente y se ven aún allí las anclas [quebradas], monumentos de su ruina.

Al oeste de Guayaneco está el Archipiélago de los Taijatafes, que se compone de [noventa] isletas, algunas de ellas pobladas de los indios de esa misma miserable nación. Están en los 48 grados y medio. Fueron descubiertos por un padre misionero el año de 1756 y el año 1765 fue otro padre a convertirlos y ver si podía reducir algunos a venir a la isla de Kaylin, donde serían instruidos. Aconsintieron muchos. Por el año de 1767 fue un misionero y descubrió la nación de Kalen, cuyos indios Calenches (que así se llaman) viven en la altura de los 49 grados en la costa de tierra firme. No era nación tan dócil como los taijatafes. Unos y otros son miserables, como después veremos. Ahora sólo digo que la entrada en el Archipiélago de Chiloé es difícil por el canal de Chacao y mucho más difícil por los Guafo, por falta de prácticos y laberinto de islas y escollos. Y si algún navío pasa por aquellos mares,

procure siempre apartarse de aquellos archipiélagos y sepa que si ya ha avistado aquellas tierras y le viene un temporal de oeste, que llaman travesía, podrá ser que difícilmente se libre, porque la marea allí corre mucho al leste. Todas estas islas despobladas y sólo abundantes de árboles, tienen las costas muy abundantes también de mariscos, pejelobos, patos, canqueños y otros animales, de suerte que sin duda son mejores que las otras pobladas, aunque se sienten en ellas más los fríos. Es ahora forzoso volver atrás, porque no hemos visto lo que hay más adelante, y veamos las islas de la nación calbucana. Están las islas de Calbuco entre los 41 y medio de latitud y ciento cuatro de longitud, arrimadas a la tierra firme. Los indios llámense calbucanos, por una de aquellas islas así llamada: Calbuco; pero ellos descienden de los indios osornos de Chile, indómitos e irreductibles hasta ahora, al contrario de éstos. La primera isla, pues, de Calbuco es Abtao, situada en los 41 grados y 30 minutos al nordeste de Chacao, que para ir a ella se debe atravesar la gran canal, dejando al sur la punta de Cruces. Es bonita isla y en la parte más angosta tiene un agujero por donde se pasa al otro mar. No está muy poblada y tienen los indios su iglesia pequeña y buen pescado, que no lo comen por no trabajar en cogerlo. Navegando al nordeste se encuentra, en medio de aquel mar, una pequeña isleta llamada de Las Lagartijas o Caicua por abundar en ellas. Tiene como veinte pasos con una fuente perenne de agua cristalina muy buena. No está habitada, si no queremos llamar sus habitantes los perros, que cuando hacen algún delito destierran allá los indios por tiempo, manteniéndose, en aquel destierro, de los mariscos (si bien son pocos) que arroja la mar a aquella, si se puede llamar playa. En este golfo de Abtao o Calbuco siempre se ven muchas ballenas, que no saben los indios pescar de modo alguno. Al lado izquierdo hay otra grande isla cuasi despoblada, y en frente de ésta está la que propiamente se llama Calbuco, de veinticinco millas en giro. Tiene dos pueblos de indios: Menmen, pequeño, con su iglesia, y Caicain, grande, con la iglesia de tres naves. En medio de la isla, a la parte de la tierra firme, está un fuerte o palizada con una compañía de soldados españoles pagados por el Rey, su capitán, alférez, etc., puestos allí contra los indios de Osorno, que están tierra adentro. Pero, si bien se considera, aquellos soldados están un poco menos ociosos que los de Chacao, y lo estarán perpetuamente. Aquí está la iglesia parroquial, de que hablaremos en su tiempo.

La tercera isla poblada es Quenu, que en muchas partes no se puede cultivar su terreno por estar cubierto todo de conchas de mar. El pueblo es pequeño como la iglesia. Chidhuapi, la cuarta, de 15 millas en giro, donde está el mejor puerto, cuyas playas lastiman los ojos si se miran cuando da el sol, cubiertas todas de concha blanca de los mariscos que allí abundan, principalmente tacas. La quinta es Tabon, hermosa, aunque casi sin leña. Cuando es pleamar queda la isla dividida en tres, de manera que las familias de la una no pueden comunicar

con las de la otra hasta que el mar baje. Su pueblo e iglesia es como Chidhuapi. Llaicha está tan cerca de Chidhuapi que los gallos de ésta oyen los de aquélla. Es la mayor de las islas calbucanas. Tiene tres pueblos de indios y algunos españoles. Chope es el primero, Machill el segundo y Puluquí, más al norte, el tercero. Cada uno con su iglesia. Esta es la isla más retirada al sur de las pobladas. Pasando un pequeño golfo de dos leguas al oeste está la isla de Huar, cuyos habitantes son todos españoles, esto es, no indios. Tiene una iglesia comenzada muchos años ha, sin acabarse a motivo del poco amor de los isleños al trabajo, y aun a la virtud. Aquí estuvieron algunos años aquellos chonos de Chaúlinec con un padre misionero, que los redujo a bien vivir. Tiene un brazo de mar que hace una canal angosta, donde se coge cuanto pescado se quiere, sabroso y bueno y mucho mejor por el poco trabajo en cogerlo. Otra isleta hay por aquí cerca llamada Tautil, muy pequeña y poblada de una sola familia, cuya vida se puede llamar más que eremítica. He dado, felizmente, fin a la descripción de las islas pobladas, que todas las he navegado con repetidos riesgos de naufragar muchas veces, a causa de ser tan ridículas las embarcaciones, de que hablo ya.

En dos especies de embarcaciones se navegan aquellos peligrosos mares, que son canoas y piraguas. Las canoas son todas de una pieza, hechas de un grueso árbol cavado por una parte, donde van los navegantes. Estas, a cualquier vaivén considerable se trastornan. Los remos de estas canoas son pequeños, que más parecen palas que remos. Sirven sólo para pasar de isla en isla, cuando es poca la distancia y el mar está en calma. Pero no sirven para pasar aquellas peligrosas canales, aunque no haya viento. Ni menos estas embarcacioncillas admiten vela, porque se trastornarían sin duda. La otra especie se llama piraguas, que para hacer concepto quien no lo sabe de lo que es, digo el cómo se hacen. Se juntan diez o veinte hombres en el bosque no retirado de la playa y con sus hachas derriban un grueso roble, cuyo tronco de veinte varas lo dividen en dos partes, a lo largo con mucha fatiga. Ya dividido, reducen aquellas dos mitades a dos tablones gruesos de tres dedos y bien pulidos, solamente con las hachas. En uno de los costados de cada uno hacen unos agujeros con escoplo, a distancia de dos dedos cada uno. Hecho esto echan los tablones al fuego y los queman hasta que la superficie está hecha carbón, procurándolos torcer un poco con el calor y agua a un tiempo. Vuelven otra vez al bosque a derribar otro roble no menor que el pasado, cuyas veinte varas de tronco las reducen a una pieza, que sirva de plan, algo cavada en medio y las dos puntas piramidales. En los dos costados de este plan abren tantos agujeros por lado, cuantos fueron los de uno de los tablones. Hecho esto, hacen un fuego tan largo como el plan, arrimado a unos estribos, donde éste descansa. Así lo van quemando, torciendo una punta contra otra cuanto conviene. Siendo dos los que no hacen más que echar agua continuamente

al palo. Y ya que está a buen punto quitan todo el fuego. Y luego juntan los dos costados, cada uno a su lado, que con una soguilla los van cosiendo a gran prisa por los agujeros que se habían hecho y como está aquél flexible le hacen tomar la figura de barco como quieren, a fuerza de peso y ataduras. Déjalo así enfriar y la dejan al sol y sereno unos días, hasta que siendo tiempo, la cosen mejor y la calafatean bien, que no entre nada de agua. La soguilla para coser la hacen de la corteza de las quibas, que es una especie de caña, no hueca, sino llena. La estopa que ponen entre tabla y tabla es mepua, que es una hoja parecida a las del moral. Esta bien machucada es tan pegajosa, que ella misma sirve de brea. Y para que esté más afianzada y no pueda caerse, le añaden la corteza del chilcón (un árbol) o del alerce (otro árbol) todo lo que abarca la soguilla con que cosen. Los agujeros por donde pasa la soguilla, los calafatean después con el mismo palo de chilcón bien raspado y aquellas raspaduras cuanto más se mojan más se hinchán, sin dejar que pase el agua. A estos dos tablones, que están pegados o cosidos a los lados, suelen [añadir] después otros dos en las piraguas más grandes, que son las de veinte varas de popa a proa. La proa no tiene ni más ni menos que la popa, y así en cualquiera parte pueden poner el timón. Este no es seguido como el de las lanchas o botes, sino una tabla de dos varas cortada con la figura de media luna, cuyas puntas, la una llega cerca de los asientos de la piragua y la otra arriba la popa; bien que no todas tienen este timón. Concluido todo la arrastran a la mar. Se prueba con los diez remos, cinco por banda. Se celebra con vítores. Se da un parabién al dueño y éste al maestro y un refresco a todos a su usanza. Las más grandes cargan 1.200 tablas. Tienen dos árboles que se quitan y ponen cuando quieren y dos ruines velas: mayor y trinquete. Como no tienen quilla, sino aquel pequeño asiento, siempre bambolean y, a veces cuando es el viento bolina más abatimiento tienen que caminan, aunque poco resisten a la bolina. De estas embarcaciones grandes y pequeñas hay innumerables en el archipiélago, y aunque son tan ligeras como se ve, pues ni un clavo tienen y los barrotes, que están clavados dentro, no tienen otros clavos que de madera. Con todo, porque a la proa le falta aquella angostura y en el vientre la quilla para cortar el agua, no andarán más de cuatro millas en calma y buena rema sin parar. La rema es trabajosísima y, a mi ver, es la fatiga mayor de cuantas hay, por ser los remos muy largos, saliendo por el estribor los remos de los que reman por babor y al contrario. No obstante esto, son buenas remadoras las mujeres, bien que cuando hay poca gente, pero suficiente para la rema, ellas cogen el timón. Niños de ocho y diez años juegan el remo y gobiernan el timón, si no con la fuerza del mejor marino de Europa, a lo menos con tanta destreza. Y he visto muchas veces yo niños de seis años, que pesan menos que el remo, remar muy bien, y de cinco años son muchos los que manejan el timón. El sacho o ancla es de una madera que llaman luma, durísima, y su cable hecho de una

hierba seca, llamada quilineja, semejante al esparto, que no se pudre dentro del agua. También la suelen hacer de nepu, que esa especie de raíz, que se cría al pie de los árboles, crece hasta lo más alto de ellos, y, a la verdad, si no es tan fuerte como un cable de cáñamo (que allí no se conoce) a lo menos es de más dura. Finalmente, en sus embarcaciones no tienen ellos necesidad ni de fierro, pues los clavos son de buena madera, ni de cáñamo, porque suple la mepua y el chilcón, ni aún de fierro para hacerlas, pues también las hicieran con hachas de piedra, que llaman cachalcura, como algunos del sur las hacen así y las hacían antiguamente, aunque con suma fatiga.

CAPÍTULO IV

Descripción de la costa de tierra firme y camino de Nahuelhuapi hasta otras naciones gentiles

Dejemos por ahora a los isleños y veamos la costa de tierra firme desde los 41 hasta los 48 grados de latitud caminando siempre de norte a sur y llevando siempre la costa a la izquierda. La Punta de Capitanes es la primera de aquella costa, que está en los 41 grados cabales de latitud austral y 302 y minutos de longitud. De esta punta deben apartarse los navíos al entrar, porque hay bajos y malas corrientes. En frente la isla Sebastiana está el río Maullín, a cuyas orillas hay un fuerte edificado contra los indios de Osorno, rebeldes aun a Dios y al Rey, cuyas poblaciones distan cuarenta leguas de este fuerte, mediando una espesa montaña. Cerca de este fuerte está Metemvoc, o digamos El Amortajado, así llamado porque desde mar adentro déjase ver como un difunto tendido, en cuya cabeza está edificada una iglesia de un pueblo de indios, que por allí hay. A las orillas de la playa está Carelmapu, donde hay una buena iglesia de los indios y españoles que allí hay. Muy cerca de aquella costa han de pasar los navíos y tiene bastante fondo, pero, como ya dije, han de ir con la creciente, porque contra la vaciante es imposible. Estas tierras de Carelmapu son muy buenas y muy pobladas, más de españoles que de indios. En frente de Abtao está Chayahue, pueblo de indios calbucanos con su iglesia. En frente de la isla de Calbuco hay otro pueblo llamado San Rafael, con su iglesia, y hacia el leste está despoblada toda aquella larga costa llena de ensenadas. Torciendo después al sur, mejor diré, al sueste, se llega a un estero llamado el Estero de Ralún, que se ha de pasar para ir a Nahuelhuapi.

Ya que llegamos aquí, quiero poner con la brevedad que puedo el viaje que yo mismo hice el año de 1766 y 1767, que no dejará de interesar al curioso lector. Salí de la ciudad de Castro con doce mozos, los diez españoles y los dos indios, que todos se me agregaron voluntarios para acompañarme. Llegamos a Chacao por mar, donde por los malos

tiempos que me precisaron a detenerme ocho días, hice una misión a los porteños. Y habiendo abonanzado, enderecé para Abtao; pero en medio del golfo, en frente de la Punta de Cruces, vino un nordeste, que si no ganamos Manao, perecemos en la canal. Al otro día con viento norte salimos de Manao; a las diez del día se enfureció el viento de manera que su misma furia nos sirvió bien; porque al mediodía comenzaba la vaciante, en punto que si nos coge (como nos hubiera cogido a no habernos hecho el viento volar) en la canal, nos hubiéramos visto en aflicciones. Llegamos aquel día a Calbuco, donde nos esperamos tres días, en los cuales hice otra misión a los isleños, hasta que habiendo abonanzado, tiramos la proa a la isla de Huar donde otro temporal nos detuvo dos días más. Ya que abonanzó, nos engolfamos con noroeste, y en cinco horas nos pusimos en la boca del estero de Ralún, siempre con cuidados, por ser el golfo de Huar hasta Ralún muy malo por sus corrientes de leste al oeste. En la boca están unas pequeñas isletas, mejor diré peñascos, llamados Tayucura o Seis Peñas. Por una y otra parte hay altísimos cerros, donde comienza la gran cordillera nevada del Reino de Chile. A la izquierda, hay un bonito puerto llamado Cuitué, donde bebimos agua, y aquella noche llegamos a Yate, puerto más adelante, sin poder salir de la piragua por el temor de que se nos perdiese en aquellos peñascos. Bien de mañana, por lograr la calma y la creciente, marchamos y encontramos diez islitas, llamadas Marimelihuapi, por donde hay un sinnúmero de lobos marinos, y ya de noche llegamos a dar fin al brazo de mar, que los chilenos llaman estero de Ralún. Tiene de largo más de veinte leguas y de ancho una, y donde más tiene no llegan a dos. Por ambos lados no se ven sino cerros altísimos, los más nevados. No tiene pescado ni población alguna. Se enfurece mucho con los vientos del norte y sur, hasta la mitad corre al leste y de la mitad al fin corre al norte. Al remate de él, le entra el río Pata, navegable por lo que tiene de profundo, pero con trabajo por su corriente. Al otro lado, del leste, en el rancho que había fabricado otro padre el año antecedente para este fin, alojamos dos días, dejando nuestros víveres, que eran harina de cebada, un poco de trigo y marisco seco. Y con las seis hachas que llevábamos y doce machetes entramos en aquel espeso bosque el día 26 de octubre. Cada uno llevaba aquello que había de comer y en qué había de dormir; porque fuera de no haber por allá bestias que carguen, no pueden pasar por aquellas selvas, riscos y montañas. Yo, no obstante, llevé de Calbuco hasta Ralún dos caballos embarcados, que al uno se lo llevó un caudaloso río al pasarlo y al otro se lo comieron los leones. Comenzamos a abrir el bosque con nuestras armas, y a los tres días la lluvia no nos dejó siquiera reposar debajo de los árboles. Ya que abonanzó, volvimos a trabajar y pasar adelante hasta llegar a Nochemala, donde comenzó la lluvia tan obstinadamente, que en quince días y noches no pudimos avanzar nada. Procuramos hacer un ranchillo y cubrirlo con cortezas de árboles que deshollejamos para siquiera ha-

cer un poco de fuego. Como no teníamos qué comer más que para ocho días, hubimos de volver a Ralún para proveernos, donde nos proveímos para cuanto tiempo pudo cada uno cargar; y salimos para el mismo trabajo siempre al norte. Y en aquel mismo paraje de Nochemala tuvimos tan fuertes borrascas, lluvias vientos, nieve y fríos que, siendo allá el rigor del verano, no pararon en muchos días. Arribamos con mucho trabajo al Alto de la Luz, que es un cerro alto, al que rodeamos en dos días para ver si se hallaban rastros de haber habido gente por allí o camino para Nahuelhuapi, donde habitan ellos. Nada encontramos. Pasamos una hermosa llanura que es un silvestre jardín, lleno de robles iguales confusamente distribuidos, con otras arboledas vistosas. De aquí pasamos a un pangal, esto es, un lugar lleno de panguis, que son una raíz gruesa, que, criándose bajo la tierra, brota fuera un tronco de una vara y aun de dos, que remata con una hoja, que si bien se parece a la de la calabaza, es mucho mayor. El tronco dicho es agrio y muy frío y, aunque se come con gusto, debilita las piernas para andar. De la raíz se sirven en Chile para curtir cordobanes. Llegamos a un caudaloso río llamado San Isidro, que ya río abajo, ya río arriba, gastamos un día en buscar cómo poderlo pasar. Dormimos al otro lado y vino un temporal de agua, que a la medianoche derrumbó uno de aquellos altísimos cerros; que dos leguas en contorno dejó el bosque en campaña rasa, tronchando en menudos pedazos los robles, que tres hombres sólo abarcaban, rodando por el río los peñascos mayores que una casa. De suerte que donde no veíamos más que bosque espeso y yerbas silvestres, no se veía otra cosa, con esta ruina, que peñascos y arena. Nuestra dicha fue haber pasado al otro lado del río, pues de no, fuera sin duda aquel cerro lápida de nuestro sepulcro. Muchos de aquellos peñascos eran metales, que yo no sé decir si de oro, plata, cobre o bronce.

Habiendo abonanzado, salimos y llegamos a la laguna de San Mauricio, que tendrá siete leguas en giro. Aquí comenzaron nuestros trabajos y confusiones: aquellos espesos montes y altas cordilleras no nos daban lugar para andar, sino lo que abríamos a golpe de hacha y machete (cuchillos). No sabíamos qué hacernos, si cogerla a la derecha o izquierda, hasta que a los dos días hicimos una balsa, un encatrado de palos, para registrar la salida de la laguna. Conocimos lo que debíamos hacer y comenzamos a abrir el camino, llevando la laguna a la izquierda. Encontramos un bosque de quilas, cañas sólidas, tan tupido que en un día no pudimos abrir más que cuatro varas para pasar el cuerpo de un hombre. A más de esto, de los doce que éramos, cuatro se remudaban por ir y venir por bastimento a Ralún, para que se proveyesen todos. Llegamos a unos cerros tan enredados, que en quince días no pudimos avanzar más que una escasa legua, no haciendo otra cosa que buscar por dónde salir. Llegamos a un paraje, donde hay unos baños de agua muy caliente. Y después de algunos días encontramos un río, donde había un puente de madera. Mucho nos alegramos, pues conoci-

mos que por allí pasaban antiguamente los indios puelches. A poco trecho encontramos un cerro, donde claramente se mostraba el camino. Así, alegres, avanzamos adelante y volvimos a los mismos trabajos. Como el tiempo estaba bueno, dejamos todo cuanto traíamos, y con sólo nuestra bolsita de harina de cebada para tres días, hachas y machetes, marchamos a descubrir una gran cueva, que por tradición sabíamos que en aquel camino se hallaba. Cuando he aquí, que a la una de la noche comenzó a llover tan recio, que cuarenta y ocho horas sin cesar las pasamos debajo de un árbol. Pasado el mal tiempo, hicimos un gran fuego. Fuimos a buscar lo que atrás dejamos y proseguimos otra vez adelante unos ocho días (hasta) que la hambre, la lluvia y espesura de montes entre horrorosos precipicios nos hicieron desistir de la empresa. Volvimos, pues, a la laguna de San Mauricio, con el designio de fabricar allí una embarcación y buscar paso por otra parte. Andando por aquellos desiertos, uno de los mozos descubrió otra gran laguna. Fuimos a ella abriendo cuatro leguas de bosque. Vadeamos un río, todo de piedras negras y bellísimos pedernales. Un poco antes de llegar a la laguna encontramos una piragua cuyo plan, si bien estaba todo entero, pero estaba todo podrido. Sacamos la consecuencia cierta de que los gentiles navegaban la laguna llamada de Todos Santos. Resolvimos, pues, fabricar allí una piragua y a los quince días de trabajo la botamos a la laguna. De largo era diez varas y dos de ancho. Un temporal de viento oeste no nos dejó embarcar hasta tres días después. Y habiendo calmado el viento, con seis mozos me embarqué proveído de algún bastimento. Los otros seis mozos, parte enfermos, parte cansados, se retiraron a Ralún. Comenzamos a navegar costearo hacia la derecha, que es la costa de leste y vimos cómo la laguna de San Mauricio desagaba en la de Todos Santos. A las tres horas se alborotó la laguna con el oeste y ganamos un puertecito, que por allá encontramos. Al otro día, con buen viento, marchamos y a las tres horas una fiera borrasca, que de repente se levantan en dichos parajes, nos dio bien qué hacer: porque la laguna alborotada como un mar, la embarcación pequeña, sin hallar playa donde poder acogernos, lluvia y truenos, todo nos era contrario. Se llenaba la piragüilla de agua con las furiosas olas, que le entraban, y en la agua dulce no boya la embarcación como en la salada. Viéndonos así perdidos y con la noche cerca, resolvimos más perecer volviendo atrás, que pasando adelante sin saber lo que habíamos de hallar. Aquella noche se esmeró la lluvia en mortificarnos con una neblina, que nada nos dejaba ver. Poco antes de cuatro horas del día, paró el agua. Hicimos fuego y dormimos sin despertar hasta que, salido el sol y desbaratadas las tinieblas, vimos delante de nosotros a la otra orilla de la laguna el volcán de Guanauca, que es altísimo y se divisa desde Chacao. Este volcán, de la figura de un pan de azúcar, todo está cubierto de ceniza al parecer, tiene dos bocas y exhala fuego por la una. Arroja muchísima piedra pómez, de la que está llena la orilla de la laguna. No está

arrimado a otros cerros, sino solo. El anchor de la laguna, desde donde estábamos a la otra parte donde está dicho volcán, tiene más de veinte leguas.

Caminámos con bellissimo tiempo y encontramos dos isletas, una dicha La Soledad, de tres millas en giro, y la otra no tanto. Arribamos a una ensenada pequeña o puertecillo, donde pasamos la noche. Al otro día pasamos lo más angosto de la laguna, que será una legua entre las dos puntas de tierra, la una dicha de San Pedro y la otra de San Pablo. En ese paraje tiene la laguna de fondo veinticinco brazadas: no sé más porque no tuve sogas. Al fin remata la laguna en dos brazos, uno al norte y otro al sur, cada uno de dos leguas. Al del norte le entra un caudaloso río, llamado Santo Tomás, y al sur le entra el río Peulla, gran parte del cual navegamos. Registramos el río de Santo Tomás, pero en vano; y al tiempo cansado de favorecernos tan poco, comenzó a enojarse que nosotros hicimos unas barraquitas (temiéndolo) de hojas de pangui, que nos dieron la vida. Ochos días y ocho noches duró la tempestad; cayó mucha nieve y granizo; los rayos en la noche con los espantosos truenos espantaban y parece que cuanto más clamábamos al cielo, más éste se enojaba. Lo peor era la escasez de la harina, que no teníamos más que dos puñados para cada uno comer aquel día. Nos alimentábamos con los panguis, que a más de debilitar, su jugo voraz nos da más hambre. Por fin, a los ocho días aplacóse el tiempo y la laguna. Y luego, de los seis mozos, marcharon cuatro a Ralún en busca de bastimento. Entre tanto los tres que quedábamos fuimos avanzando terreno y dejando señales por donde los que volviesen de Ralún nos pudiesen seguir. Tuvieron éstos viento tan favorables y corrieron tanto por tierra que, antes de diez días, estuvieron de vuelta con la nueva de que no quedaba más bastimento que el que traían. Y vinieron dos más de los mozos que habían sanado. Reconocimos bien el río Peulla. Caminamos a pie dos días río arriba y lo vadeamos muchas veces con peligro. Porque si bien en su desembocadura es manso y tiene una legua de ancho, más arriba es rápido y más angosto y corre siempre culebreando de cordillera a cordillera. Y así vadeamos afirmados en un bordón y dándonos las manos de dos en dos. Entramos en una hondura, donde tristes todos por no hallar señas de camino alguno para Nahuelhuapi, bien que sabíamos ser preciso pasar el río Peulla. He aquí que dos mozos al otro día encontraron unos tizones, señales de haberse hecho fuego allí poco hacía. Marchamos alegres, de dos en dos, para a un tiempo ver por muchas partes, y encontramos árboles cortados no hacía mucho tiempo. A poca distancia encontramos dos indios muertos, y más adelante tres, quienes por las señas murieron poco tiempo hacía. Al otro día esperanzados de hallar gente, no encontramos sino otro indio muerto junto a un árbol, donde con una olla al lado, en la que había cocido no sé qué, se quedó muerto. Antes de llegar a Nahuelhuapi, sabíamos todos que hay un volcán llamado Añón, que siempre que pasa gente por sus

raíces o falda, hace un ruido tan grande que se oye desde Calbuco, y aun más adelante. Y aunque alguno dude de esta verdad, no importa, pues esto no quita que sea cierto. Aquella tarde, pues, al quererse poner el sol íbamos torciendo un alto cerro, detrás del cual estaba el Añón, no sabiendo nosotros si era aquel el volcán, he aquí que al acercarnos dio tan fuerte trueno por tres veces, que quedamos admirados, y lo oyeron los mozos que habían quedado en Ralún enfermos. Alojamos, por ser de noche, bajo unos árboles, bien seguros de que los puelches vendrían presto. Impacientes de que no amaneciese, nos prevenimos con tal cual friolera para agasajar a los indios al primer encuentro; y para que nos tuviesen por gente de paz, hice quedar atrás todos los mozos, menos dos, con quienes marché yo río arriba en una angostura, que de ambos lados tiene altísimas cordilleras nevadas. Pero, ¡cuán incomprensibles son los juicios de Dios! a las tres leguas de camino, nos hallamos sin poder pasar adelante, cerrado irremediablemente el paso con un portentoso derrumbe de dos altísimos cerros, que partiéndose por medio, cayeron en medio del río Peulla, formando un disforme cerro, que cerraba del uno al otro lado el paso, sin dejar resquicio alguno por donde poder pasar. Se descolgaban peñascos tan grandes como una casa. El río, que quedó empozado en la otra parte, abrió, finalmente, brecha por debajo, saliendo con tanta furia, que hacía rodar los más gruesos peñascos. Y cuanto iba gastando el río al monte caído, así éste estremeciéndose todo se iba abajando. Cuanto fuese nuestro dolor, dejó a la consideración del lector, venerando siempre las disposiciones divinas. Conocimos, entonces, lo primero que aquellos indios murieron de hambre; quedando encerrados sin poder volver a sus casas ni a Ralún por falta de embarcación. Lo segundo, que aquel derrumbe fue reventazón del volcán. Lo tercero, que el mismo derrumbe mató algunos indios, pues el río trajo por aquella brecha que abrió una calavera de indio. Lo cuarto, que si hubiésemos podido esperar a que el río deshiciese aquel promontorio derribado, hubiéramos llegado a Nahuelhuapi. Pero el tiempo estaba avanzando y, ¡ay de aquel que se hallase por allí en invierno! Nos faltaba el sustento y todos, o flacos y sin fuerzas o enfermos, determinamos volver atrás, como lo hicimos. Y llegué a Chacao a los cinco meses y medio de haber salido, esperando en Castro que pasase el invierno para ir a perfeccionar la obra de la conversión de aquellos desdichados indios, de quienes brevemente digo lo que son.

Al otro lado de la Gran Cordillera de Chile, atravesándola toda desde Chiloé tirando al leste, en un paraje confinante con las pampas desiertas de Buenos Aires, hay una laguna de más de cuarenta leguas, en medio de la cual hay una isla llamada Nahuelhuapi, de la cual isla toma el nombre aquella nación o digamos el terreno de ella. Al pie de las cordilleras, tirando de allí al sur, vive una nación de indios llamados Poyas, que pueden arribar a unas cinco mil familias. Hacia el norte viven los indios pehuenches y alrededor de aquella gran laguna (que se dis-

curre desaguar en el río San Julián) están los indios puelches. Fueron descubiertos más de cien años ha por un misionero jesuita, llamado Nicolás Mascardi, al que el mismo San Javier le dijo que fuese allá. Fue y convirtió muchos y después pasó a Ofqui. Fundó una misión en Nahuelhuapi, que duró siete años. Al fin de los cuales los indios, no olvidados de su barbarie, mataron a los misioneros, quemaron la iglesia y volvieron a sus idolatrías. Desde entonces, ya más de sesenta años, no se pasaba por aquel camino. Ni ellos venían a Chiloé, ni de Chiloé se iba a ellos. Y así aquel camino, tal cual lo había antiguamente, quedó con terremotos, lluvia y años tan borrado, como hemos visto, y tan difícil, como se sabe, no dando los bosques ni la laguna comida alguna, todos los bosques pantanosos y llenos de horribles cordilleras, bien que todas cubiertas de nieve, arriba y abajo montuosa. Algunas, empero, dan muchos metales, que yo no sé decir su cualidad. Dios quiera que en la primavera que viene se anuncie el evangelio a aquellos infelices de Nahuelhuapi.

Siguiendo ahora la costa marítima no se ven más que cordilleras nevadas y brazos de mar, que por allí entran, como el de Ralún. Los principales son Letuy, estero grande; después Reñihue, cerca del cual hay siete cerros cubiertos siempre de nieve, que parecen de lejos figura humana y se llaman Relquihuentu, esto es Siete Hombres. En los 43 grados de latitud y minutos está el que llaman Corcovado por su figura, siempre lleno de nieve y altísimo. Sigue el estero Tictoc, y después Palena, Tacaf, Aysen y Mestier, cuyo fin no sabe, y está cerca de los 48 grados, en los cuales está ya la nación Calen, bien que propiamente esté en los 49, más no tanto como los Taijataf.

CAPÍTULO V

Gobierno y comercio de Chiloé. Culturación de los terrenos, costumbres y genios de los naturales

Ya hemos dicho que un gobernador solo, que juntamente es capitán de a caballo de aquella compañía de soldados de Chacao, es el que gobierna todo el archipiélago. Este gobierno, hasta ahora, lo confería el Presidente de Chile y aunque es en partes tan remotas es, si no el mejor, a lo menos de los mejores de aquel reino. Su misma distancia lo hace más apreciable por estar más independiente. Es mirada y respetada su persona como la de un rey; de manera que como aquellos isleños no han visto persona de más alta dignidad que su gobernador, ni saben si hay otras o no las hay, miran en él la imagen viva del soberano con el mismo respeto y sumisión. De ahí es que no tiene el gobernador que hacer más que manifestar su voluntad para ser prontamente obedecido en las cosas más difíciles y aun repugnantes. No tiene que recurrir al

Gobernador de Chile para dar sentencia de muerte a un reo, ni tiene quien observe su conducta si es buena o mala, solamente cuando le va sucesor, éste es el que le toma residencia de su pasado gobierno; más comúnmente sale bien, porque buenas a buenas se compone todo. En la ciudad de Castro reside el Cabildo Político, que no tiene más autoridad que la que le permite el gobernador. Se compone de un corregidor, dos alcaldes y dos regidores. Este se elige cada año, aunque la vara de corregidor viene proveída de Chile. No tienen éstos renta alguna. Pero, según lo que aprecian aquellas varas estériles, algún fruto les hacen dar.

En lo militar es raro el modo que hay en Chiloé de contar la milicia, porque fuera de las dos compañías, una de Chacao y otra en Calbuco, pagadas por el rey, no hay otro soldado que reciba sueldo. Y con todo eso todos aquellos que no son adecuadamente indios, todos son soldados y sin armas: bien que suelen tener su lanza, mas no saben qué cosa sea fusil. Son más de quince las compañías de estos soldados, que llaman numeristas, fuera de otros que llaman ellos los nobles. Y cada compañía tiene sus capitanes, alféreces, etc., cuyos empleos son tan apetecidos, cuanto lo pueden ser los buenos y pingües gobiernos en Europa: sólo por tener aquella pequeña sombra de honra y mando, que en llegando a este punto el chilote se olvidará de todo y aun de comer. Estos soldados numeristas tienen un trabajo muy grande: ya en servir de correos, donde se ofrece, ya en estar un mes en Castro sin poderse mover, comiendo o ayunando, ya en remar, ya en servir a éste, ya al otro alcalde o gobernador. Estos trabajos los miserables los toleran juzgando que servir al alcalde y su mujer es servir al rey, y temiendo ser traidores a Su Majestad, no procurar con diligencia los intereses personales del gobernador. Bien que lo más cierto es que están prontos para todo, porque no quieren experimentar las iras de un gobernador que allá es independiente. Estos trabajos y fatigas ayudan para que deseen con tanto anhelo algún puesto en esta sombra de milicia, que a veces lo consiguen con dar lo que no tienen por verse libres de tantos afanes.

En los pueblos de los indios suele haber su gobernador y cacique (éste lo hay en todos) y, aunque este gobernador indio suele hacer justicia entre los suyos, pero esto es en cosas tan pequeñas que no montan una paja. No puede castigar ni hacer cosa alguna. En suma, este gobernador lo más sirve para que dé parte al alcalde o gobernador del delito y delincuente. Con todo eso, si se pesara bien la justicia que hace un gobernador indio entre los suyos y la de un juez español, si aquella pesara menos, se viera ser, porque éste la vende por más.

El comercio de Chiloé es miserabilísimo, pero digno de admiración. Todos los años viene al puerto de Chacao un navío de Lima, que trae el sueldo del rey al gobernador y soldados pagados, y este navío vuelve a Lima cargado. Los géneros que trae el navío son azúcar, sal, bayeta, añil, tabaco, cintas, bretañas, vino, aguardiente, un poco de paño de la

tierra y otras cositas de poca monta. De todas estas mercancías trae poco. Luego que llegó el navío, se avisa por todas las islas, porque vayan a la feria o a emplear, como llaman ellos. Van a Chacao (que hasta aquel tiempo no hay más que la soldadesca), unos con jamones o perniles, otro con sobrecamas, otros con cajuelas, otros con ponchos, de que hablaré, y los más con tablas. El mercader del navío se presenta al gobernador con una lista de los efectos que trae a vender para que el gobernador le ponga los precios a que los ha de dar. Aquí es cuando, si el gobernador no es una persona de timorata conciencia, se puede perder. Porque el primero que compra es él y regularmente compra para después vender. Según eso ha de querer comprar barato. Y, ¿cómo comprará barato? Poniendo los precios subidos (que sólo en Chiloé se conoce este modo de comerciar), de suerte que para que él ponga precios altos a los géneros, el capitán del navío se los dará a él a precios bajos. Y así cuanto más alza el gobernador el precio para los otros, tanto más el mercader se los baja a él. No se compra por plata que no se conoce en Chiloé, y los más, y aun casi todos no la conocen. Con todo eso los nombres de las monedas los usan. Lllaman un peso a la cuarta parte de él, un real a la trigésima segunda parte de un peso, y un medio real la sexagésima cuarta parte de un peso. Poco cuidan de averiguar cuanto vale la mercancía que les venden a ellos. Verbigracia: trae el chilote una sobrecama y dice que quiere ochenta pesos por ella; el mercader le dirá que no vale tanto. A buen seguro que no rebajará nada de los ochenta pesos, y dirá mil veces que los vale y que los quiere. Entonces el mercader le dará un poco de tabaco, diciéndole que vale diez pesos, cinco varas de bayeta de la tierra, diciéndole que vale treinta, y una pieza de bretaña o platilla ridícula, la que para ellos todo es uno, diciéndole que vale cuarenta pesos. Con esto los ajustó los ochenta. Véndele el chilote su sobrecama y se va muy contento de que le han dado ochenta pesos por ella. Uno de aquellos principales viene con una porción de tablas y se cierra en querer por ellas doscientos pesos. Le dan una botija de vino malo, un sombrerillo y tres cuartas de paño y se queda pagado, porque le dicen que todo esto importa doscientos pesos, y va muy contento a su casa pregonando que ha vendido bien, porque ha vendido por tantos pesos, sin reflexionar que lo que le han dado no importa tal vez diez. Así se puede discurrir en todo lo demás que venden y compran. Pero no pueden engañar así al gobernador, porque no es chilote nunca. Aunque en todo el archipiélago no se da la uva, y por consiguiente su jugo, son no obstante los naturales tan inclinados a él, que aquellas personas de más caudal hacen poderíos por comprar en ese tiempo una botija de aguardiente. Y si no alcanza su caudal, se juntan dos o tres, y entre todos las compran para beberla juntos en muy poco tiempo. Ya se ve que los indios poco o nada compran a los mercaderes, que vienen de Lima, contentándose sólo con llevar gallinas, pavos, huevos y otras cosillas, que todo lo venden por una onza de añil,

tal cual vara de cinta y algunas agujas. Y si piden un peso por una gallina, les dan un peso en sus agujas.

Modo de cortar las tablas. Para que se vea la miseria del comercio de aquella tierra y cuanto les cuesta a los pobres indios comprar algo, se verá la fatiga que tienen en el renglón de las tablas. Son éstas de alerce, que es un árbol muy alto y grueso, algo oloroso, de hojas muy pequeñas, muy derecho e igual, de una hebra seguida, de dos cortezas, y la segunda, capaz de servir de canoa. Despide una goma olorosa, que en su color trasparente y puro no se distingue de la goma de Arabia, y es el mejor incienso que he visto. Estos árboles no hallándose en ninguna isla, sino en las cordilleras, es forzoso irlos a buscar allá. Se juntan, pues, seis u ocho indios (o pobres españoles) y cada uno con su poco de harina, que baste para tres semanas, con su piragua navegan aquellos golfos arriesgados, y van o a Reñihue o a Leteu, o a otra parte, donde saben que hay tales alerces. Llegados a la playa seguran su piragua y fabrican un pequeño ranchillo para trabajar y dormir resguardados de las lluvias. Y hecho esto, van con sus hachas, a veces un día de camino lejos de la playa, a veces menos, según la distancia de los árboles que hallan. Escogen uno bueno y comienzan a hachearlo seis hombres a un tiempo, cada uno en su lugar, sin estorbarse el uno al otro, tanta es la corpulencia del árbol, que al caer aquella mole, resuena su ruina por aquellas cordilleras. Dividen aquel tronco en tantas partes, que cada una tenga dos varas y media, que es la medida de la tabla en lo largo. Hacen unas cuñas de lima grandes, que metiendo una de ellas en la punta de aquellos troncos, a pocos golpes se raja de largo a largo. Y así rajado hacen unos tablones de dos varas y media de largo, como dije, y anchos una cuarta, pero gruesos cuanto pueden serlo. Pulido así el tablón, le meten una cuña a la punta, y a los dos golpes salta la tabla que necesitan. Y así las van sacando todas cuantas puede dar aquel palo, que acabado, pasan a otro. Esta fatiga dura quince días a lo menos, y cada noche van al ranchillo a dormir, caso que el tiempo no sea muy bueno. La mayor fatiga es conducir aquellas tablas, ya hechas, a la playa por aquellos bosques, riscos y barrancas. De un alerce sacan, a veces, quinientas tablas y, antes de partirse, pican la corteza de varios de aquellos alerces con sus hachas, para que estilando por aquel corte la goma, la hallen al otro año seca y dura, y también pican algún otro alerce para que se seque para el año venidero; que esto de ir a la cordillera a hacer tablas no lo acostumbran muchas veces en un año, a causa de los malos tiempos y peligros; pues muchas veces les sucede tardarse dos meses en volver a sus casas por los tiempos borrascosos. Ya que todo está en la playa, se cuentan las tablas, y si son trescientas, que no suelen ser muchas más, les corresponde a cincuenta para cada uno, si son seis. Vueltos a sus casas, venden aquellas cincuenta tablas por seis pesos o, a lo más, siete, que reciben en cuatro bagatelas, que no importan un peso, a veces. Y así aquellos miserables por una

paga tan baja van a las cordilleras, trabajan indiscretamente a las nieves, lluvias y borrascas, abandonando sus mujeres y familia, comiendo lo poco que tienen, siendo (sobre todo trabajo) muchos los que pierden sus embarcacioncillas y la misma vida en aquellos golfos. El gobernador es quien regularmente compra las tablas de estos infelices, quien juntándolas todas en el discurso del año, tiene bastante millares, cuando llega el navío, para con ellos hacer su negocio. Este es el comercio entero de toda aquella tierra.

No es menos miserable la cultivación de sus tierras. Allí todos tienen tierras, o pocas o muchas. Y así todos han de sembrar y de no hacerlo no comen, porque nadie vende de lo que coge, supuesto que no le basta para sí. El terreno es malísimo y da poco. Si da seis fanegas por una, no da poco. Y esto es hablando generalmente, que en partes dará más y en partes menos. El terreno sembrado una vez debe reposar muchos años antes de ser otra vez sembrado. Comúnmente han de cortar el bosque, que tiene el terreno. Después quemar la leña, arar, y esto sin bueyes ni otro animal, cercar aquel terreno con una cerca buena para defenderlo de los pocos ganados que tienen. Todos estos preparativos son de gran trabajo. El modo que tienen de arar es éste. Coge el hombre un palo en cada mano, de dos varas de largo cada uno, con una punta al fin y un pequeño puño al principio. Entra las dos puntas de aquellos palos en la tierra y dando un golpe fuerte con el vientre a los dos puños de los palos, los entra cuando puede con este golpe violento. Ya que entraron bien, o el hijo o su mujer meten un palo grueso debajo de aquellos dos, que apretándolos para abajo el arador, levantan aquellas dos puntas un pedazo de aquella tierra como dos manos ancha. Vuelven esta tierra al revés y debajo de ella ponen el trigo que han de sembrar. Y así prosiguen todo el terreno con una bárbara fatiga; que haciéndolo también las mujeres, no lo hacen estando preñadas, porque sería infaliblemente el aborto. Y como para arar así el dueño necesita mucho tiempo, convida de los ranchos vecinos, para que siendo veinte personas o treinta juntas puedan acabar en un día. Los convidados no se pueden excusar de esta minga, que llaman, porque todos lo hacen así cuando es su día. Acabado que han de arar, el dueño hace un convite a todos los llamados, de chicha y carne, buscando para tal fin un día que no sea viernes. Los mismos mingacos o convites hacen para las demás faenas que se les ofrecen, como son segar, cercar, rozar o cortar el bosque, etc. Y con esto todos consiguen, lo que no conseguieran habiéndolo de hacer su dueño solo.

En la tierra que han de sembrar, es preciso estercolar con el estiércol de oveja. Para esto hacen un pequeño cerco, donde hacen dormir las ovejas dos o tres noches. Después mudan el cerco en otra parte con la misma diligencia, hasta tener tanto terreno estercolado, cuanto quieren sembrar. El que no tiene ovejas para esto, las pide prestadas a su pariente o amigo. Aunque los más siembran y cosechan para el año, no

obstante, como ellos no atienden sino a lo presente, luego que han cosechado comen, se regalan, dan, convidan, se huelgan, y en poco tiempo consumen la cosecha. Y se ven después obligados a padecer hambre y mantenerse de lo que da la mar. Con poco se contentan aquellos naturales, y no tienen más vestido que el que traen consigo, sin hacer diligencia de otro, mientras aquel dura. Van descalzos, usan unos calzones de bayeta, una camisa de lo mismo y un poncho, que no es otra cosa que una manta cuadrada con un agujero en medio, por donde sacan la cabeza y sin atarlo queda pendiente sobre los hombros. Este es el traje de los españoles también, aunque algunos van calzados. Las mujeres van descalzas, visten camisa de bayeta y corto el faldellín de lo mismo, con un rebozo, que desde la cabeza cuelga hasta casi el suelo; lo mismo visten las españolas, aunque algunas fuera de la camisa de lienzo, van calzadas y mejor vestidas. Los casamientos comúnmente se hacen a escondidas de los padres, y aunque los padres de la novia no lo ignoran, se hacen desentendidos y aun se muestran disgustados, para de esta suerte obligar al novio a dar una buena paga a su suegro, quien a veces no contentándose con la paga, que consiste en algún ternero comúnmente o algún puerco, lo hace trabajar dos o tres años en su casa, pasados los cuales lleva el marido a su mujer. Pocos o ninguno son los casamientos con gusto de ambas partes de sus padres. No se usa dote, antes bien una disimulada compra. No tienen otras diversiones que el juego llamado chueca, que a más de ser violento es arriesgado. Se juntan diez, quince o veinte de una banda y otros tantos de la otra, todos con gruesos palos. Tiran una bola de leño duro, que cada uno procura llevarla a su raya, no de otra suerte que con golpes, que le dan con aquellos palos, y como todos se juntan por quitar la bola, que anda entre sus pies, de aquí se sigue que quedan muchos lastimados. Son cortísimos de entendimiento, y si algo tienen, en nada saben mostrarlo. Se humillan, se anocan y aniquilan comúnmente para sacar aquello que pretenden. Cuando hablan con los misioneros, con el gobernador u otro superior suyo, se llaman a sí mismo hormigas, gusanos de la tierra, miserables, etc. Siempre hablan en tercera persona, y aun los españoles, y hablando con otro, vgr. con el padre, dicen: El padre me dará esto. El padre me dirá qué debo hacer, etc. El modo de saludarse es marimari, que en su lengua quiere decir: diez veces diez, como deseando otras tantas veces la salud al que saludan, y aluden también al Dios os guarde. Y así a la mujer mayor la saludan diciendo: Marimari Nuque; al hombre mayor: Marimari Chacha; al soltero: Marimari Peñi, y a la soltera: Marimari Nahue o Malguen. Y éstos retornan la salutación del mismo modo.

Como allí no hay licores que puedan embriagar, no conocen este vicio los indios, aunque no están libres del todo los españoles. Tienen, no obstante, sus cahuines o convites poco honestos. Se juntan muchas personas o familias, cada una de las cuales está obligada a dar para el convite, quien una oveja, quien una ternera, quien un puerco, quien un

carnero, etc., y llevarlo consigo a la casa o rancho, donde es el convite. Y en aquel triste rancho, donde apenas caben doce, están treinta y cuarenta días y noches hasta acabar lo que trajeron para el convite. Y allí revueltos hombres y mujeres no será fácil evitar mil deslices, mas procuran que los misioneros no lo sepan. Su bebida no es otra cosa que la harina de cebada tostada, puesta en infusión algunos días. Parte de aquella harina se masca antes, y así mascada, con aquellas inmundas babazas, se mete en cántaros o, digamos, botijas, diciendo que aquella mascada sirve de levadura. El sustento principal, cuando están en campaña o viajando, es la harina misma, que puesta en un vaso de cuerno y revuelta en agua, sirve de un gran sustento. Y es para ellos plato tan regalado que, sea la comida como fuese, si no tienen este plato, que llaman murque, no sirve.

CAPÍTULO VI

Del pasto espiritual que tienen los naturales de Chiloé y afanes de los misioneros

Está dividido aquel archipiélago en tres curatos, es a saber, Chacao, que comprende desde Lacuy hasta la isla de Cauchue inclusive, Calbuco, que comprende todas las islas calbucanas y la tierra firme de ellas que está poblada, y el otro es Castro, que se extiende desde los Chauquis y Huitu hasta la última punta de la isla grande al sur, que se llama Quilan. Los dichos tres curas son clérigos seculares, porque los misioneros, si bien ejercen con los españoles e indios todas las funciones de cura, no lo son en la realidad. Parte son pagados los curatos por el rey y parte lo sacan de las obvenciones de sus feligreses correspondientes, no en plata, porque no la hay sino en jamones, bordillos, ponchos, bayetas, tablas, etc., que vende después el párroco al navío. Y, aunque la tierra es pobre, saben los párrocos, no obstante, hacerse ricos en sus curatos. El trabajo de éstos es ir a confesar los enfermos, cuando están cerca, y si son españoles, porque de los indios no cuidan en lo espiritual, bien que no les perdonan derecho alguno. El cura de Castro tiene tan poco que hacer, siendo tan dilatada su parroquia, que si quiere (como suele querer) puede pasarse la vida desocupada de trabajos, pues éstos cargan siempre sobre los jesuitas.

Tienen los jesuitas cuatro misiones y un colegio. El colegio está en Castro, cuyo rector es superior de todas, cuatro misiones. Tiene un padre que cuida aquella iglesia, donde todos los días de fiesta vienen a oír misa todos aquellos de dos o tres y aun cuatro leguas alrededor, a quienes explica la doctrina y les hace un sermón moral. Todos los sábados por la tarde reza el rosario, explica la doctrina cristiana y les hace la plática. El mismo administra los sacramentos a los que pertenece aque-

lla iglesia. A más de esto tiene la escuela, donde se enseña a leer y escribir y se instruyen aquellos muchachos de la mayor parte de aquellos contornos. Otro padre se ocupa del aula de gramática y salir a las confesiones de los enfermos, lo que es todos los días, a caballo, diez o doce leguas, lejos muchas veces. Y esto es a mi ver la mayor fatiga invierno y verano, lloviendo y helando, por aquellos barriales y lagunas, mares y riscos, montes, valles y bosques, pasando a veces unos horrorosos precipicios, que hacen helarse la sangre. Pero se hace por Dios y aquellos infelices que sin esto, ¿cómo murieran? Suele haber otro padre en el colegio, que ocupado en lo temporal para los demás, tiene el continuo confesonario en la iglesia con todos los otros. Pasemos a las otras misiones, para volver al colegio. Ya dijimos que la misión de Achao cultivaba las almas de aquella isla de Quinchao y de otras islas adyacentes. Sólo para sacramentar a los enfermos pudieran dar abasto dos padres, por ser aquellos caminos tan largos y malos, sucediendo no pocas veces no poder volver el padre en cinco y aun ocho días. De manera que cuando vuelve a casa, encuentra que lo aguardan para ir otros. La escuela de esta misión es muy numerosa y la frecuencia de sacramentos mucho más.

A la misión de Kaylin pertenecen todos los indios gentiles del sur hasta el Cabo de Hornos, que, como dije, pocos años hace que se fundó. Tiene dos padres efectivos, de los cuales cada año sale uno para la conquista. Lleva consigo tres o cuatro de aquellas piraguas, proveídas del bastimento del país, es a saber, papas y harina. La gente que lleva son de aquellos mismos, que el año antecedente había traído, quienes bautizados ya e instruidos sirven de cebo a los gentiles, para que viendo a aquellos mejor vestidos, mejor hablados y comidos, vengan ellos a hacerse cristianos. Y, a la verdad, poco consiguiera el padre, si no llevara estos predicadores, porque como el misionero no sabe su lengua, no les puede alegar razones para que dejen su barbarie, y esto lo hacen los que lleva tan bien que ellos son verdaderamente los predicadores a su modo. La principal razón con que los convencen es con hacerles conocer que en Kaylin comerán bien, que tendrán papas y harina y, algunas veces, carne. Esto los convence y así, por medio de estas razones tan bajas, son después unos cristianos que a la verdad confunden y admiran. Los indios taijatafes viven en las islas y los calenches en la costa firme a los 49 grados. Y a más de éstas hay otras naciones, pero muy pequeñas. Son todavía indios miserabilísimos, que se mantienen de lobos marinos, sin más vestidos que sus pieles, el cabello grueso y desgreñado, la cara triste, macilenta, sin barba y de color negruzco, un poco más que los habitantes de Chiloé. Son flojísimos por naturaleza, ni son capaces de otro trabajo fuera de la pesca sin red ni otro instrumento, fuera de sus propias manos. Desnudos, como casi siempre lo están, se ligan un yoli o canastilla de juncos a la cintura, se zambullen y estando cinco minutos dentro del mar, salen a respirar. Continúan así hasta llenar el yoli de

mariscos, que luego comen, y van a buscar más, turnándose unos después de otros. Las mujeres aguantan más debajo del agua. Estas, luego que han parido, llevan su recién nacido, y lavándose a sí mismas en el mar, lo lavan también a él. La fatiga de los misioneros con estos pobres es grande, porque fuera de haberlos de ir a buscar hasta los 49 grados por aquellos golfos y escollos con tantos riesgos de la vida, sin poder llevar más bastimento, que aquel que recogen de limosna, y éste sin poderlo preservar de la podredumbre, a causa de tantas lluvias, se ven forzados a dormir al sereno, por no decir a las lluvias, buscarlos por los montes y los mares, como si fuesen pejes o venados. Después de hallados reducirlos a que vengan con el padre, ya con regalos, ya con señas, y sobre todo por medio de los antiguos convertidos. Ya que se reducen a seguir al padre, se les ha de dar de comer, y en teniendo hambre todo es acordarse de Egipto suspirando por volverse. Ya que llegaron (a los cinco meses) a la isla de Kaylin, donde está la misión, comienza el trabajo de nuevo para quitarles lo bruto y hacerlos racionales, enseñarles a hablar, la doctrina, etc., mantenerlos, vestirlos con los seiscientos pesos que da el rey para aquella misión. Casi todos se emplean en viajes, siendo por esto forzoso buscar limosna. Habiendo los padres de Kaylin avanzado ya hasta los 49 grados, podemos esperar lleguen dentro de breve al mismo Cabo de Hornos, que está en los 55. Pasemos ahora a la otra misión que tienen los jesuitas en Chiloé.

Como hay tan pocas misiones fundadas en aquel archipiélago, es preciso que haya una como volante que socorra a todos los pobres isleños. Hay, pues, dos padres que tienen solo ellos el nombre de misioneros, quienes casi todo el año van de capilla en capilla, de iglesia en iglesia y de isla en isla. El método que llevan es digno de escribirse y es el siguiente. El 17 de septiembre vienen de Ichoac al colegio de Castro, dos piraguas, con algunos indios de aquel pueblo, a buscar a los padres misioneros. Estos, que ya están prontos, salen de aquella ciudad en una procesión, que se hace hasta la playa, donde se embarcan los siguientes santos de bulto: San Isidro, San Juan Evangelista, Santa Neoburga, la Virgen y el Señor Crucificado, grande. A más de esto los ornamentos para las misas, mesas, cajones, etc., y cuanto es necesario en una tierra, donde nada hay. Los misioneros con los fiscales se embarcan en otra piragua y tiran las tres piraguas a la isla de Lemuy, donde está Ichoac. Una milla antes de llegar allá, sale de aquella iglesia una procesión de todos los indios, indias, chicos y grandes, que pertenecen a la capilla. Van con una cruz por delante y algunas luces, cantando a coros las oraciones. Habiendo llegado las piraguas, se desembarcan los santos y en procesión con los padres misioneros se conducen a la iglesia, donde se colocan, cada uno en sus nichos señalados. Se encienden las velas, que nunca se apagan desde aquel punto hasta la salida. Un indio ya anciano es el patrón del Santo Cristo, quien goza el privilegio de andar en la procesión con una bandera, y tiene dos ayudantes para que

cuiden del mismo altar mayor, donde están San Juan y la Virgen. San Isidro tiene otro patrón que cuida de su altar, y Santa Neoburga tiene la patrona que también cuida de lo mismo. A estos patronos deben obedecer todos en aquellos, que pertenece a su altar, y a la patrona deben obedecer las mujeres. Colocado todo en su lugar, el padre hace una plática de media hora en su idioma, dándoles parte de la venida de Cristo para el bien de sus almas. Acabada la plática se pone el padre en la puerta de la iglesia con la matrícula y pasan todos, uno por uno, para ver los que murieron o nacieron en aquel año y borrarlos o escribirlos. En ese tiempo todos los solteros dicen las oraciones para ver si alguno no las sabe. Acabada esta función, se da la bienvenida a los padres y les regalan también, quien unos huevos, quien unas papas, quien carne, quien harina u otra cosa de su pobreza. Y el padre les corresponde con una aguja y un poquito de sal, como dos o tres onzas a cada uno, o si no un pimientito, que mueren por él. Ya que entró la noche se toca al rosario, que rezan todos en la iglesia. Al fin de él se cantan unas alabanzas y se hace el sermón con otros cantos al fin de él. Al otro día, al alba, el fiscal de aquella iglesia toca una campana con la que llama a los niños para rezar la doctrina en la iglesia y cantan unas alabanzas. Luego las indias barren la dicha iglesia y la plaza de ella y se comienza el rosario, al fin del cual un padre hace un sermón. Acabado el sermón, el padre más antiguo se informa de los males públicos de aquella tierra, si los fiscales y patronos han cumplido con su obligación, qué quejas hay, qué otras cosas dignas de remedio, etc. Ajustado todo, comienzan las confesiones a las nueve. El segundo misionero dice la misa, se deposita el santísimo y acabada la misa da los óleos a los niños nacidos aquel año, que son bautizados por el fiscal y no han podido ir a la ciudad. Luego el padre monta a caballo y va a confesar y comulgar a aquellos enfermos, que totalmente les es imposible venir a la iglesia ni en propios ni ajenos pies. A las once comienza el rezo de todos y luego entra la Vuta Misa, esto es la misa grande, por ser con muchos y devotos cantos. Después del evangelio se hace el sermón, que todos oyen, y se cuenta un ejemplo. Después de la misa salen las niñas por una parte y los niños por otra a decir públicamente el catecismo, y al que lo hace mejor da el padre un premio, vgr., dos agujas si es niña y una estampa si es niño. Hace el padre una breve explicación del catecismo y se van a comer. A las tres de la tarde se toca a rosario y al fin el fiscal cuenta públicamente el ejemplo, que por la mañana dijo el padre en el sermón, y luego se confiesa hasta la noche, en que se reza otro rosario, hay sermón y después cantos de devotas alabanzas, todo lo que se acaba entre diez y once de la noche. Al otro día se hace lo mismo en todo. Y al cuarto día es la comunión general, que se hace con mucha devoción y ternura. El oficio del fiscal es, todos los sábados y domingos, llamar a la gente, rezar en la iglesia y preguntar en la misma la doctrina a los niños, que deben tener bien ins-

tuidos. Item debe bautizar y ayudar a bien morir. Item, si es posible llamar a un confesor o del colegio o de la misión más cercana, bien que a veces es imposible por la distancia. Item, estando los padres en su capilla durante la misión debe tener la iglesia adornada con laureles, etc., y lo mismo la plaza; y como su oficio es trabajoso, tiene dos niños consigo como sotafiscales, que le han de obedecer en un todo y durante la misión deben obedecerle todos. La colación del empleo se hace públicamente entregándole una cruz larga, que a cualquiera parte que vaya, lleva consigo como que es su divisa, con la cual es más respetado en todas partes. No se le da el empleo, sino después de un largo examen en la doctrina, etc.; una notoria ejemplaridad de costumbres y otras cualidades, debe ser casado, y de ningún modo puede serlo el soltero. Y estando los indios obligados a trabajar por los españoles cincuenta y dos días al año, sin darlos de comer (que es una paliada esclavitud), los fiscales están exentos. Haciendo los padres la misión en la capilla, deben concurrir otros fiscales para aquellas funciones que hay. Uno se ocupa en tener sujetos los niños y las niñas, que hasta el día de la comunión, siempre están en la plaza en dos ruedas con un fiscal en cada una, preguntándoles sin cesar la doctrina; con la cual diligencia y la de todo el año, están aquellos niños tan instruidos, que podrían competir con cualquiera escuela de las de Europa. Otro fiscal hay que cuida de los enfermos, otros de otras cosas y todos han de cantar en la iglesia juntos.

En todas las capillas hay procesión, que se hace en la víspera de la comunión por la noche. Pero hay capillas señaladas, donde hay Vuta procesión, esto es procesión grande o extraordinaria, que no disgustará referirla. Es grande porque a ella acuden los de las capillas cercanas, vgr. ocho o diez leguas. Por la tarde el patrón de la iglesia envía algunos hombres al monte a hacer hachones, que los hacen de quilas secas, semejantes a cañas llenas; de éstas hacen un atado de cinco varas de largo y de grueso como el cuerpo de un muchacho, y hechos ya, los ponen en medio de la plaza. Ya que de las capillas vecinas llegaron los patronos y la otra gente, sale el patrón de la iglesia con su bandera, acompañado de muchos, y puesto en medio de la plaza, vienen los patronos de otras capillas, cada uno con su bandera, y uno por uno, batiendo de varios modos la bandera, hacen reverencia al patrón de aquella capilla, quien a cada uno corresponde del mismo modo y los entra en la iglesia. Acabado el sermón, que aquella noche es siempre de la pasión, se encienden los hachones, y queda la noche más iluminada que con mil hachas de cera. Sale la cruz, y delante de ella el patrón con su bandera, guiando un fiscal la procesión; tras de la cruz van los niños, y luego sigue otra bandera. Tras ésta van todos los solteros, y luego San Isidro en andas, que llevan seis hombres. Luego siguen todos los casados, después de esto, los caciques y gobernadores y los patronos de otras capillas van con sus banderas, todos de dos en dos. Después diez fiscales, que son

los mejores cantores y tras esto viene el Santo Cristo, su Madre y San Juan. Sigue otra cruz y las niñas, tras éstas todas las solteras, luego Santa Neoburga en andas, que la llevan seis mujeres, y siguen luego todas las mujeres casadas que hay, llevando una vela de sebo aquellas que son suplicadas de la patrona. El padre misionero va al fin. Esta procesión es capaz de sacar las lágrimas a cualquiera que la viese y más con aquel canto tan tierno y devoto. El fin principal que tuvieron los misioneros en hacer esta procesión, fue que no habiéndose podido confesar todos en alguna de las capillas pasadas, o alguno a quien se le había dilatado la absolución, otro cuyo casamiento no se había podido ajustar, etc., éstos puedan ir otra vez a hablar con los padres sin nota, con lo cual se consigue ajustar lo que no se pudo en la otra capilla, sin que nadie lo entienda. Al último día se hacen los casamientos, habiendo precedido las amonestaciones. El día de la salida se acomodan los santos en sus cajones, se llevan en procesión a la playa, donde hecha una breve exhortación, el misionero les echa la bendición. Se embarcan los santos en las dos piraguas, que llegan el día antes de la otra capilla, y al comenzar a navegar gritan desde la playa tres veces: ¡Buen viaje! Unos sentados, otros en pie, otros hincados no apartan los ojos de las piraguas, llorando muchos de pensar que no verán ya sacerdotes hasta el año siguiente, principalmente los de las capillas remotas.

Este método de misión es invariable, tanto en el tiempo, cuanto en el modo, en todas las capillas. En unas dura la misión dos días, en otras tres, en otras cuatro, cinco, etc., a proporción de la gente. De manera que multiplicándose mucho la gente, se hace otra capilla, antes que estar más días en aquélla, porque no conviene por muchas razones. El trabajo de estos dos misioneros digo que es insufrible sin particular providencia de Dios y si alguno pensase, y con razón, que el mayor trabajo es el de las confesiones, no lo crea, porque es sin duda mayor el de las importunidades de aquellos pobres incapaces; que como tienen tan poco tiempo, todos quieren hablar con el padre, y como muchos no tienen qué decir, vienen a decir: Padre, yo estoy aquí, para que el padre les pregunte algo. No se puede negar que es gente muy piadosa y devota, y aun inclinada naturalmente a la devoción; pero no faltan rebeldes que dan bien que hacer, y conviene y es necesario que el padre tenga la paciencia, no de un Job, sino de un Moisés. Mas, después de sus impertinencias, el trabajo mayor es el de las confesiones, sin cesar, de capilla en capilla, sin desahogo de un día, porque entonces sería invertir el orden, y sólo se descansa cuando la mar está alborotada que no se puede humanamente navegar y esto mismo avisa a todos. Si el curioso lector se quiere divertir en el derrotero que lleva esta misión, no es como representa el mapa, yendo seguido de capilla en capilla, sino que el orden de las capillas es como sigue, y aunque al ver el mapa parecerá rodeo, mas este rodeo es forzoso por mil razones. Van pues los misioneros a las capillas con el or-

den que se sigue, notando las familias de sólo indios, sin contar españoles, y las comuniones.

Capillas	Familias	Personas	Comuniones
1. Ichoac	30	220	400
2. Vilupulli	17	130	125
3. Cucao	12	98	86
4. Huillinco	16	102	72
5. Notuco	15	100	96
6. Chonchi	45	418	452
7. Terau	14	102	100
8. Tanqui	18	100	90
9. Chadmo	21	116	103
10. Huilad	24	112	101
11. Kaylin	—	—	—
12. Compu	13	80	72
13. Keylen	20	112	122
14. Aoni	10	70	71
15. Datif	24	115	214
16. Quinchao	17	121	136
17. Chelin	10	32	125
18. Quehui	36	238	221
19. Matao	17	113	102
20. Alao	7	22	20
21. Apeao	30	201	81
22. Cahuach	14	100	72
23. Meulin	10	36	30
24. Quenac	3	9	328
25. Linlin	26	200	362
26. Llinua	8	28	42
27. Achao	42	246	624
28. Palqui	15	94	218
29. Huia	23	110	254
30. Curaco	29	156	473
31. Alachilu	28	102	266
32. Pucolon	30	125	300
33. Curahue	15	52	226
34. Rillan	30	178	522
35. Dalcahue	10	32	220
36. Añihue	18	96	90
37. Chequian	15	79	68
38. Chauqui	20	109	98
39. Chaurahue	12	60	62
40. Caucaue	18	90	82
41. Linao	20	118	120

Capillas	Familias	Personas	Comuniones
42. Estero	9	36	118
43. Caulin	13	80	102
44. Caupully	10	70	71
45. Cooma	9	40	54
46. Pudeto	15	92	116
47. Quetalmahue	32	146	364
48. Mentevoe	8	30	236
49. Carelmapu	15	60	564
50. Abtao	18	90	102
51. Quenu	21	98	100
52. Tabon	23	118	130
53. Chidhuapi	30	128	200
54. Chope	26	111	115
55. Machill	12	113	117
56. Puluqui	20	126	148
57. Huar	2	9	96
58. Menmen	15	68	192
59. San Rafael	13	54	124
60. Caicaen	48	106	322
61. Chaiahue	11	32	96
62. Manao	17	90	125
63. Llico	18	120	100
64. Huitu	15	82	103
65. Caleng	17	66	118
66. Choun	9	40	36
67. Quicahui	21	114	128
68. Tenaun	12	56	50
69. Quetalco	25	132	256
70. Quilquico	28	213	376
71. Tey	13	72	224
72. Putemun	28	156	102
73. Llaullau	16	98	256
74. Nercon	18	102	152
75. Rauco	42	118	418
76. Yutuy	29	170	356
77. Castro	48	294	880
	1.498	8.141	13.643

No se ha de pensar que no hay en Chiloé más indios que los de la suma, porque son muchos más aun de los referidos; y sin contar los gentiles, los indios y españoles, esto es, no puros indios pasan de 25.000; pueblo grande para tan pocos misioneros, que llevan el *pondus diei et aestus* (el peso del día y del calor), trabajando sin sosiego. Y si la misión

que corre solamente da las referidas, se puede decir que las comuniones de todas las misiones y colegios juntamente pasan de 70.000 todos los años, sin contar las de enfermos que son cotidianas y tantas confesiones en 13 sujetos solos. Ciertamente que es algo, aunque no fuesen mayores otros afanes espirituales, como son los sermones, la enseñanza de la doctrina, escuelas, ejercicios de San Ignacio, que todos los años se dan cuatro veces a las personas más capaces habiéndose para esto fabricado una casa con cincuenta aposentos, y sobre todo innumerables impertinencias de aquel pueblo, aun neófito, que confunden. Pero puede asegurar que el trabajo de aquellos fervorosos jesuitas es dulce y muy llevadero, porque siembran en tierra buena, que produce copiosos frutos de vida eterna. En diciendo aquellos naturales: "El padre lo dice", acabóse, no hay para ellos razón más poderosa ni convincente. Una rara particularidad se ha de notar, que los sermones que hacen los misioneros de pueblo en pueblo han de ser escritos y los ha de leer el padre, porque de esta manera tienen para ellos más autoridad y fuerza, de manera que si el padre predicara de memoria, hicieran poco caso de ello. Pero esto de verlo leer escrito por el mismo padre es cosa superior. Y se fundan en que esto de decir de memoria y con eficacia lo hacen ellos también en sus coyactunes o, digamos, parlamentos, mas esto de decirlo por escrito, no alcanzan ellos a tanto. El padre predica siempre con poncho y una cruz larga en la mano, sin bonete y en pie. Es imposible que en la misión vaya un indio a comulgar sin hacer las paces con el que estuviere reñido. Y así el modo de hacer la paz es éste: va uno de los dos al padre, cuando ve que éste está confesando a su enemigo y le dice allí, delante de todos, la quiebra que tiene con aquel que se está confesando, y el padre los lleva a los dos delante el Señor y allí les dice que no se alcen hasta hacerse amigos. Comienza el uno a decir al otro cuanto se le viene a la boca, el otro le repite otro tanto, pero ninguno quiere confesar su culpa, hasta que no teniendo ya más qué decir, se piden perdón, se abrazan, se levantan, van al padre y le piden la bendición, y quedan amigos para siempre.

Todos, acabada la confesión y comunión, allí mismo, en la iglesia o en la plaza, se hincan y piden perdón a sus padres y éste les echa su bendición. Y cuando el hijo o la hija (casados ya), necesitasen enmendar algunos defectos, allí se los dice su padre y ellos proponen la enmienda. Esto es tan natural en ellos, que más vergüenza tendrán de no pedir aquella bendición, que en pedirla, siendo así que lo hacen en público, delante de todo el mundo. La mayor parte de aquel archipiélago se junta en la ciudad de Castro tres veces al año. La primera vez está allí desde Semana Santa hasta Cuasimodo. En aquel tiempo se hace una grande misión, que comienza el Sábado Santo y dura diez días, y entonces confiesan todos y comulgan. La segunda vez es desde el 23 de julio hasta el 1º de agosto, cuando los españoles hacen la fiesta de Santiago y la de San Ignacio en el Colegio, y al otro día la de San Javier por estar entonces junto el pueblo. La tercera es desde el 8 de agosto hasta los 16 del

mismo mes, cuando se juntan todos los indios a la novena y fiesta de la Asunción de aquella Gran Reina, la cual fiesta hacen con toda magnificencia en medio de aquella pobreza. Y como es tanta su devoción con la Señora, vienen tantos enfermos que es preciso destinar un padre, que vaya por los ranchos dando la comunión a los enfermos que no pueden ir a la iglesia. Ellos traen su leña para aquellos días, harina, papas, cuanto baste para aquel tiempo. Y a más de esto traen algunas bolitas de sebo, del que se hacen las velas que arden en la iglesia. Adornan el templo con flores, con laureles, con banderas, la barren, la cuidan. En una palabra se persuaden que sirven a la misma Señora como si la viesan. Fuera de estos días, es grande el concurso a la ciudad los otros días festivos, que no es posible en muchos días satisfacer a tantos que se confiesan.

Doy fin a esta relación con referir lo que parecía increíble, porque ¿quién creyera que en un pueblo así bueno, así piadoso, un pueblo que no tiene otro bien que lo espiritual, ni otro consuelo que los padres, hubiese de perderlos, quedando sepultados en un momento al desamparo? Así fue el día 8 de diciembre del año de 67 al alba. Fueron presos todos los padres antes de la aurora siendo gobernador don Manuel Castelblanco, quien con los soldados de Chacao, entró armado con dieciocho pares de pistolas, prendiéndolos, y recogiendo en una pieza, se llevó cuanto había en aquellas casas, aunque poco era. Cuando aquella gente vio lo que acababa de admirar, quedó como arrebatada y fuera de sí, tanto que el mismo gobernador conoció no ser conveniente tanto rigor con los padres, quienes casi solos y como voluntarios se fueron a Chacao, donde se embarcaron para Lima en el navío, que había venido aquel año para este fin. ¿Cómo estaba aquel pueblo al ver un caso así grande? Déjolo a la consideración de cada uno, porque más es para omitirse que escribirse. Y ¿cómo ha quedado ahora? ¿Quién podrá jamás ponderar bien el desamparo? Es aquella tierra pobre y miserable, que por lo mismo no hay más que tres curas, y éstos siempre son aquellos menos hábiles, porque, no siendo llevados del bien de las almas, ninguna quiere ir allá, teniendo como pasarlo medianamente en otra parte. De estos curas ninguno sabe la lengua de aquellos indios. De los poquísimos frailes tampoco. Pues ¿cómo podrán éstos cultivar aquella viña? Si todos éstos y trece jesuitas, que de día y de noche trabajaban, con todo, no podían dar abasto ¿cómo lo darán ahora? Esto en vano se dice y sólo se dice con verdad que aquello queda perdido. ¿Quién reducirá a los caucahues, a los taijatafes, a los calenches, a los puelches, poyas, pehuenches y otras naciones gentiles nuevamente descubiertas? Poderoso es Dios para hacerlo, mas también deja perecer muchísimos por sus ocultos juicios. Y en esto no hay sino venerar los secretos de su infinita grandeza y no escudriñar el por qué Dios permite que se pierdan aquellas almas de Chiloé, vergel de la Iglesia y cristiandad verdaderamente florida.

Por último, siendo notorio que los más fieles vasallos de Su Majestad Católica en aquel archipiélago eran los jesuitas, he aquí que a éstos les

levantan que querían entregar a los ingleses todo Chiloé, siendo cosa ciertísima que para que los ingleses tomen a Chiloé el mejor medio es echar a los jesuitas de allí, pues sin esto no son capaces todos los ingleses de cogerlo, como muy bien saben esto los que tienen un cabal conocimiento y experiencia de aquellas tierras y aquí fuera largo referir. El mismo gobernador siendo así que debía saber por menudo aquello de su gobierno, poco sabe de Chiloé, y sólo sabe de Chacao y Castro. Y cuando se han publicado guerras, todo el consuelo de los gobernadores han sido los padres. Pero estas cosas no las quieren conocer, aunque son tan manifestas, y aun si ahora se dice que Chiloé con la ausencia de los padres queda perdido, no lo creerán y pensarán que es hipérbole; y no es otra la razón, sino porque juzgan que la perdición de una provincia consiste en que se hunda o se acabe de repente, en que unos y otros se maten o en que se acaben todos de una vez. No llaman perdición la soltura de vicios, perdición de las almas, pecados y más pecados, olvido de sacramentos, fomento de pasiones y una insensibilidad, que se va introduciendo poco a poco, a lo que es espiritual.

ADICION

Omití explicar lo del machitún, que Campomanes dice que permitíamos o tolerábamos en Chile; y si en Chiloé hay algo de esto, está muy caído, y sólo reina como en confuso en Quenac y Chaulinec. Digo, no obstante, que los indios llaman machitún el curar por artes particulares, de modo que algunos indios se fingen poderosos para curar todo mal y adivinar la causa de él. Lllaman a estos machis los parientes del enfermo; y luego el curandero hace mil gestos y reza cosas que no deja entender, y dice que la enfermedad de aquél procede tal y tal causa, y si se le antoja, dice también que N. la causó. Con esto los parientes del enfermo se vengán del nombrado por el machi y o lo matan o le hacen pagar cuanto quieren. Si se pregunta al machi quién le ha enseñado a curar, da a entender que los espíritus se lo han enseñado. Esto se hace en Chiloé muy rara vez y muy a escondidas de los padres. Por donde se verá que lo que se dijo del machitún (sin duda por impostura del P. Angel Espiñeira, Obispo de la Concepción de Chile), que nosotros lo tolerábamos, es muy falso. Y aun si así fuese ¿qué mal sería tolerar lo que no se puede impedir? El mismo señor obispo lo tolera.

No hice mapa, porque no sé hacerlo, y también porque supongo no lo desea Vuestra Reverencia sino por hacer algún concepto de aquellas tierras y mares; y va sólo este bosquejo que me parece bastante para esto. Que si con todo Vuestra Reverencia quisiere alguno mejor, procuraría hacer cuanto sé.

ADICIONES A LA BREVE NOTICIA DEL ARCHIPIELAGO DE CHILOE, ETC.

Aunque el archipiélago está en mayor altura que Chile, su clima es menos frío, pero muy húmedo por las muchas lluvias tanto en tiempo de invierno cuanto de verano, si bien en éste no son tan continuadas. Por ese motivo el poco trigo y cebada que cogen, poquísimas veces se llega a secar en la campaña. Después de segado el trigo o cebada, forman unos atados o gavillas, y si se logran algunos pocos días de sol y viento sur, entierran en los mismos campos unas estacas y atravesando sobre ellas una varas largas, cuelgan aquellas gavillas para que distantes de la humedad del terreno, con el beneficio del sol y del aire más presto se sequen. Lo que regularmente sucede es que o no practican esta diligencia por no dar lugar el tiempo o empezada a practicar las repetidas lluvias que sobrevienen les obligan a meter en ese estado la cosecha dentro de sus ranchos, donde del mejor modo que pueden la extienden por las vigas y a fuerza de fuego y humo suplen lo que les impidió el poco sol y mucha humedad.

El terreno así de la isla grande como de todas las otras es generalmente desigual, no hallándose apenas sino muy pocos pedazos de campaña llana. La mayor parte son lomas y quebradas, lo que juntamente con la calidad del terreno conduce no poco para que no se malogren del todo las cosechas, porque siendo arenisco y pendiente, corre el agua y se evitan las inundaciones, que de otra suerte fueran frecuentes, siendo tan copiosas las lluvias.

En todo el archipiélago no hay más que dos poblaciones, si población quiere llamarse un conjunto de casas o por mejor decir ranchos, que la mayor parte del año están deshabitadas. Tal es la ciudad de Castro y un poco menos el puerto de Chacao porque en éste viven efectivamente el gobernador y una compañía de soldados, que por lo común son casados, y alguna otra familia. Todas las demás familias así de indios como de mestizos y españoles, están dispersas por las islas. Son muy pocos los que no tienen a lo menos un poco de terreno, en donde tienen su rancho y cuidan de cultivarlo. Las casas tanto de Castro y Chacao como las de la campaña son todas de tablas y, a excepción de muy pocas que tienen también de tablas el techo, las demás lo tienen todas de paja. Hasta el que se llama palacio del gobernador tiene el techo de paja, y no tiene habitación o vivienda alguna en segundo piso.

Cuando en esta relación se habla de pueblos de indios, no se ha de entender lugar o villa, donde vivan juntos, como regularmente suena el nombre de pueblo. Todo el archipiélago está dividido en varios distritos, en cada uno de los cuales hay una capilla. Los que pertenecen a la tal capilla, si bien dispersos a veces en distancias de tres, cuatro, cinco y más leguas, componen el que en el país se ha usurpado el nombre de pueblo. Hay sin embargo así en las tres misiones, como en cada

una de las capillas un agregado, cual de cuarenta, treinta, veinte y menos ranchos. Estos sirven en las capillas principalmente para que en aquellos días en que los dos misioneros, que una vez al año corren todo el archipiélago, hacen su misión, puedan juntarse los que pertenecen a ella, sin la incomodidad de ir y venir tres o cuatro veces al día para las funciones acostumbradas. En las misiones estables y lo mismo en la ciudad de Castro sirven más frecuentemente, ya con ocasión de concurrir los sábados y días de fiesta para la explicación de la doctrina, misa, plática, y procesión, también porque en ellas viven los niños de la escuela. Estos cada seis u ocho días van a sus casas o los suyos tienen cuidado de enviarles su provisión, que se reduce comúnmente a papas y un poco de harina de cebada; en la playa se pueden proveer de marisco, y ellos son los dueños de casa, criados y cocineros, aunque regularmente suele ser fría toda la comida. La misión de Achao o de Chonos, situada en la isla de Quinchao, tiene el título de Villa de Santa María, concedido por los años de 1753, siendo gobernador don Antonio de Santa María, en cuyo tiempo se trasladó dicha misión de Chequián, que es la punta de la isla que mira al leste, al sitio donde al presente está que es el centro de ella.

Si los habitantes de estas islas vivieran juntos, como suelen en otras misiones, o a lo menos los de cada isla tuvieran formado su pueblo, no fuera tan trabajoso el ejercicio de los ministerios, en especial el de confesar y asistir a los enfermos, particularmente en las islas; porque es preciso embarcarse frecuentemente en aquellas débiles y poco seguras embarcaciones, sucediendo no pocas veces no poder volver a casa en algunos días o por la distancia o por las muchas borrascas que en aquellos mares se levantan, las que ya por las corrientes de aquellos golfos, ya por la poca resistencia de las embarcaciones, repetidas veces ponían a los misioneros en manifiesto peligro o de encallar en alguno de los muchos bancos de arena o de estrellarse en alguna peña en tiempo de bajar o de zozobrar la embarcación por algún balance o irse a fondo con los golpes de mar o por el agua que suele entrar por las costuras, las que suelen ceder ya por ser de paja, ya también por la violencia del viento y de las olas. En semejantes excursiones cuando o por las distancias o por no permitirlo el mar, se quedaba fuera de su misión o colegio el padre, su habitación era un ranchito, que está formado junto a la capilla para alojamiento de los misioneros. Este es de tablas con techo de paja, el que varias veces ni aun sirve para defender del agua y mucho menos del frío, porque las tablas poco unidas entre sí dan franco lugar para que pueda pasar libremente el viento. Si el misionero no trae su cama, duerme sobre un catre de palos o tablas y cuando más sobre unos pellejos, porque la moda de los colchones tiene poca introducción en aquellos países. El fiscal y patrón de aquella capilla, de los cuales se hace mención al *capítulo VI* hablando de la misión general, cuidan de agasajarlo dándole una buena comida o cena que se reduce ordinariamente a uno o dos guisados de mariscos, unas papas asadas y alguna

vez un hervido o asado de oveja y unas tortas de harina de trigo cocidas al rescoldo en lugar de pan.

Los indios están repartidos en varias encomiendas, las que poseen aquellos descendientes de españoles más antiguos, que tienen o mayor mérito o más fortuna o más poderosos empeños. Hay encomiendas de 300, 200, 100, 60, 40 y otras de menos indios. Estas se dan en la corte, según los informes que envía la audiencia de Chile (Ahora creo que dependen de la de Lima). No son hereditarias, sino hasta cierto término: esto es, dura mientras vive el que la obtuvo y, muerto éste, entra a poseerla su primogénito. Después de la muerte de éste, se hacen nuevos empeños, y entra en poder de otro, durante igualmente sólo el tiempo de la vida del padre y del inmediato sucesor. En tiempo de vacante quedan depositadas en el gobernador, quien sabe aprovecharse de la ocasión. El encomendero tiene obligación de pagar al respectivo cura tanto por cada uno todos los años y éstos son los derechos que los curas cobran de los indios. Cada indio desde la edad de los dieciocho años hasta los cincuenta debe servir y trabajar personalmente todos los años cincuenta y dos días en utilidad de su encomendero. Antiguamente había muchos desórdenes, por qué abusaban algunos amos del dicho tributo haciéndoles trabajar más de lo justo, y por eso ya está tasada la tarea, que es muy moderada. Suelen a veces componerse y tratan entre sí encomendero e indio, y éste hace en veinte o veinticinco días o lo más presto que puede lo que había de trabajar en cincuenta y dos. Todo este tiempo se ha de mantener el indio a gasto propio, sin que el amo le dé un bocado de comer ni un trapo de vestir. En tiempos pasados, tomándose los encomenderos más derecho que el que les competía, hacían también servir en sus casas a las indias, principalmente solteras, de donde, según se puede creer, proviene el crecido número de mestizos, esto es de una y otra sangre, que se observa en el archipiélago. Los hijos del cacique, a excepción del primogénito, que es enteramente exento, pagan tributo no personalmente, sino en equivalente, esto es, algunas libras de hilo u otros géneros del país. Igualmente exentos que el cacique y su primogénito son los patrones y fiscales de las capillas, mientras están en el oficio.

A más de los ya dichos, están también libres de tributo los indios pertenecientes al curato de Calbuco. Estos son oriundos de los de Osorno en el continente de Chile. Habiéndose sublevado los de dicha nación contra los españoles, los ascendientes de los que ahora se llaman calbucanos siguieron el partido de los españoles, y huyéndose con algunos de éstos a Chiloé, se les concedió en premio de su lealtad el poderse establecer en las islas de Calbuco eximiéndolos del tributo general a todos los indios chilotas, pero pagan a su cura los derechos, como los demás españoles y mestizos. Los chonos o guayhuenches, los caucahues, taijatafes y los demás que se van convirtiendo, ni aun pagan derechos a ningún cura, por estar inmediatamente sujetos a los misioneros, quienes

no sólo no les piden contribución alguna, sino que emplean en bien de ellos lo poco que tienen.

A excepción de las manzanas, se puede con verdad decir que carece aquel archipiélago de toda fruta. Las dichas se dan con no mucha escasez, pero a más de ser regularmente de no buen gusto, les falta con el calor la sazón, viéndose obligados a cosecharla a veces cuando no han acabado de crecer. En el colegio había algunos ciruelos y guindos, y en una misión había, a más de éstos, un pérsico, un nogal, una higuera y una parra. Los ciruelos y guindos florecen mucho, pero apenas empieza a crecer la fruta, empieza también a caer; y la experiencia muestra que de toda aquella abundancia de flor, cuando más se logran ocho o diez guindas, y no tantas ciruelas tan poco sazonadas que no se pueden comer. Un año por gran regalo y cosa particular se le enviaron ocho al gobernador. Del pérsico, higuera y nogal no se ha probado fruto. La parra, siendo así que está arrimada al edificio de la misión, en el lugar más a propósito para que le dé el sol, y uno de los misioneros ha tenido el prolijo cuidado de cubrirla con una manta por la noche y cuando había neblina o corría viento frío, en una sola ocasión dio dos o tres pequeños racimos, los que iban a ver con admiración los chilotos, por ser maravilla nunca vista en el país. Ni por eso se consiguió el fin, porque después de tantas diligencias, sólo algunos pocos granos de uno de ellos llegaron a tomar un poco de color, cuánto bastaba para poderse conocer que era de calidad negra.

Además de carecer de las frutas de Europa, que en Chile y otros parajes se pueden dar excelentes, no tiene propias el país, a excepción de dos, que son de poca o ninguna consideración. Estas son las que allí llaman avellanas y chauchau. Las primeras tienen en el gusto alguna semejanza con las de Europa. El árbol crece como los mayores álamos y chopos de por acá. Los navíos que vienen de Lima suelen cargar alguna porción de estos palos para hacer remos, por ser madera flexible. El chauchau es una frutilla algo parecida a la que suelen dar los arrayanes, aunque sea dulce es fastidiosa su dulzura, la produce el lumo, árbol grande de madera muy dura. Diéranse en abundancia las fresas, si se aplicaran a plantarlas y cultivarlas. En uno que otro sitio que las hay, se cogen muchas y si bien no son tan dulces y fragantes como las de Europa, son notablemente mayores, excediendo regularmente en la grandeza a un huevo de paloma y algunas igualan a un huevo ordinario de gallina.

Es propio aquel terreno para las papas que son unas raíces, que en la figura, color y solidez se asemejan a las batatas de Málaga, pero nada dulces, antes bien de ningún gusto; pero no por eso dejan de ser el más común sustento de aquellos isleños, ya asadas, ya cocidas.

Los bosques y campañas están poblados de pájaros de distintas especies, pero no de notable hermosura, y a excepción de los jilgueros, que poco o nada se distinguen, los demás son todos diversos de los que

por acá comúnmente se ven. No lo están menos las playas, las que en algunos sitios no muy frecuentados o en algunas islas despobladas suelen estar a veces cubiertas de ellos. Hay algunos entre estos anfibios tan grandes como las ocas o gansos, entre ellos una especie que llaman quetu, de color ceniciento. Aunque tienen toda la figura de volátil, no tienen plumas, sino en lugar de ellas un género de pelo muy suave, el que suelen hilar las indias chonas y caucahues, y hacen los colmanes, que es una cubierta de cama muy ligera y que abriga mucho. Hacen los quetus sus nidos en los bosques vecinos a las playas y, aunque comúnmente se puede observar por donde entran en aquellas espesuras de árboles y matorrales, es sumamente difícil dar con el nido por las muchas vueltas y rodeos que hacen para llegar al lugar donde lo tienen. Después que han nacido todos los polluelos, bajan con ellos los padres a la playa y, cuando ven de cerca a alguno que viene o pasa, se meten en el agua. Una cosa particular se observa en estos animales y es que naciendo diez, doce o catorce en cada nido, a los pocos días que han bajado a la playa, apenas quedan dos o tres, porque los padres se comen los otros.

Cuán poblados están los bosques y campañas de pájaros, tan despoblados lo están de fieras y animales silvestres. En todo el archipiélago no se ve un tigre, un león, un lobo, oso, etc., como ni tampoco ciervos, liebres, conejos, etc. Sólo se halla, pero rara vez, una especie de venado que llaman pudu del tamaño de un cabrito de seis meses, de color de café no muy encendido. Tienen dos astas, como de tres pulgadas de largo cada una. Cuando cogen alguno, se domestica tan presto, que a los pocos días llega a ser molesto por demasiado familiar. No sólo carece aquel país de fieras, sino también de animales ponzoñosos, pues aunque tal vez se vea una culebra muy mediana, se cree propiamente de agua. Si bien el número de habitantes llegará a 25.000 personas, está escasísimo el archipiélago no sólo de ganado mayor, sino también de menor. Y yo no tanto lo atribuyo a la pobreza de los naturales, cuanto a la escasez de pastos y poca substancia de ellos, causada de la mucha humedad, mucha espesura de bosques y poco calor, lo que será también el motivo de hallarse tan pocos insectos y ningunos animales ponzoñosos.

Háblase varias veces en la relación de los mariscos, de que verdaderamente abundan muchas de las playas de aquellas islas, y que son gran parte del mantenimiento no sólo de las personas, sino también de las bestias. Son los mariscos unos vivientes del mar. Hay de muchas especies y, a excepción de pocos, todos están dentro de la concha. Algunos se crían dentro del mar como son los erizos, locos, choros, apancoras, tulis, etc. Otros en la playa, pero no distantes del agua, porque siempre les alcanza el flujo del mar, que sucede dos veces al día. De éstos los gilmahues quedan descubiertos, pegados a las piedras, que suele haber en las playas. Las tacas, navajuelas y otros están asimismo en la playa y las cubre igualmente el flujo, pero están siempre cubiertas de arena;

y es menester alguna práctica para conocer sus criaderos y no perder inútilmente el tiempo buscándolos donde no los hay. Las gaviotas, pájaros del mar, suelen comer de estos mariscos, y por tener el pico blando y no poder abrir ni quebrar la concha, usan de esta industria. Cogen en el pico uno de aquellos mariscos, levántanse en alto, dejándolo caer sobre las piedras, y bajan luego a lograr el fruto de su trabajo; si con aquel golpe no se abrió la concha, hacen segunda vez la diligencia o cogen otro hasta que consiguen su deseo. Hay una especie de aves de rapiña, que gustando de los mariscos y teniendo garras y pico fuerte, ni sabe abrir las conchas, ni se vale de la industria de las gaviotas; pero tiene habilidad para aprovecharse así de la industria como del trabajo de las gaviotas. Cuando ve que la gaviota desde lo alto deja caer el marisco, déjase caer con velocidad o ya está esperando en tierra, y cuando llega la gaviota ya el tiuque, que así se llama, tiene entre sus garras el marisco quebrado. Sucede, a veces, quedar descubierta sobre la arena o entre las piedras de la playa alguna taca, la que suele abrirse dejando patente la carne. Algunos pájaros se llegan a comerla, y cerrándose la concha de repente coge el pico o la garra del pájaro, y la aprietan tan fuertemente, que si bien se levanta por el aire, el gran dolor les hace caer en el suelo, y se dejan coger por librarse de aquella molesta prisión. Los perros y puercos domésticos, de que abundan aquellas islas, saben ya, más parece por instinto que por experiencia, las horas del reflujo o bajamar y así cuando éste está a la mitad, empiezan ya a bajar a la playa en gran número, y ya con el hocico ya con las zarpas, desentierran los mariscos y los comen.

OBRAS DEL AUTOR

LIBROS

Peumo, historia de una parroquia, Santiago, 1963, 213 pp.

En torno a la filosofía en Chile, Santiago, 1963, 117 pp.

La filosofía de don Juan Egaña, Santiago, 1964, 153 pp.

Tres dimensiones del pensamiento de Bello: Religión, Filosofía, Historia, Santiago, 1965, 163 pp.

Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1955), México, 1969, 144 pp. 2ª edición, Buenos Aires, 1974, XV, 263 pp.

Las vocaciones en Chile, México, 1970, 135 pp.

El catecismo político-cristiano. Las ideas y la época 1810, Santiago, 1970, 147 pp.

Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile, Santiago, 1972, 332 pp.

Juan Ignacio Molina, sabio de su tiempo, Caracas, 1974, 108 pp., 2ª edición, Santiago, 1976, 178 pp.

Un ataque dieciochesco a Juan Ignacio Molina, en Homenaje a G. Feliú Cruz, Santiago, 1974, pp. 459-521. 2ª edición, Santiago 1976, 134 pp.

El arte de cocinar de Juan Ignacio Molina, Santiago, 1976, 150 pp.

El historiador Alonso de Ovalle, Caracas, 1976, 309 pp.

Epistolario de Juan Ignacio Molina (coautor Charles E. Ronan), Santiago (Chile), Chicago, Ill. (U.S.A.), 1979, 257 pp.

ARTÍCULOS

Historia, Universidad Católica de Chile, Santiago:

Rousseau, la Ideología y la Escuela Escocesa en la filosofía chilena, 1828-1830. Número 7, 1968, pp. 89-146.

El P. Manuel Lacunza. Su hogar, su vida y la censura española de su obra. Número 8, 1969, pp. 157-234.

Esclavitud y libertad de los indios de Chile. Número 16, 1981, pp. 5-65.

Boletín de la Academia Chilena de la Historia:

Del primer colegio de los jesuitas al Instituto Nacional. Número 68, 1963, pp. 110-136.

La familia del P. Luis de Valdivia en Granada. Número 77, 1967, pp. 129-146.

Miscelánea Histórica. Número 78, 1968. pp. 198-212.

Relaciones del Obispo Alday con la Santa Sede y la Corte de Madrid. Número 79, 1968, pp. 100-113.

Los jesuitas y la independencia de América, especialmente de Chile. Número 82, 1969, pp. 13-82.

Don Abdón Cifuentes (En los 50 años de su muerte).

Homilía. Jaime Eyzaguirre en los 10 años de su muerte. Número 90, 1978, pp. 197-207 y 213-217.

Mapocho:

Retrato hablado de Jaime Eyzaguirre. Número 23, 1970, pp. 303-318.

Lo que no se sabe del Abate Molina. Número 27, 1979, pp. 59-74.

Revista Universitaria. Universidad Católica de Chile:

Don Abdón Cifuentes y la Universidad Católica de Chile. Número 2, 1979, pp. 8-20.

Andrés Bello y el Derecho Natural. Número 6, 1981, pp. 38-56.

Archivum Historicum Societatis Iesu.
Roma.

Epistolario de Juan Marcelo Valdivieso (1776-1815).

Manuel Lacunza y el milenarismo. Conspectus bibliographicus. Volumen XL, 1971, pp. 91-146 y 496-511.

Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas.
Köln, Alemania.

El P. Carlos Haimbhausen, precursor de la industria chilena. Número 10, 1973, pp. 133-206.

Rafael Fernández Concha y su Teología Mística en *Estudios en honor de Pedro Lira Urquieta*, Santiago, 1970, pp. 411-459.

ANTOLOGÍAS

Alonso de Ovalle, Histórica Relación del Reyno de Chile. Selección, prólogo y notas de W. Hanisch. Santiago, 4 ediciones, 1974, 1977, 1978, 1980, 124 pp.

Juan Ignacio Molina, Historia natural y civil de Chile. Selección, prólogo y notas de W. Hanisch. Santiago, 1978, 173 pp.

JORNADAS DE LA HISTORIA DE CHILE, 1981
Fernando Campos Harriet

DE SANTO TOMÁS A VELÁZQUEZ PASANDO POR LOPE DE VEGA, 1981
Oswaldo Lira

DENUNCIA, 1981
Alexander Solzhenitsyn

CRÍTICA DE LA POESÍA MESTIZA, 1982
Alejandro Lora Risco

IDEA DE LA LIBERTAD, 1982
Ricardo Cox

LA ISLA DE CHILOÉ, CAPITANA DE RUTAS AUSTRALES, 1982
Walter Hanisch E.

